

**ESTADO DEL ARTE
DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE LAS
COMUNIDADES DE AFRODESCENDIENTES
Y RAIZALES EN BOGOTÁ D. C.**

ESTADO DEL ARTE DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE LAS COMUNIDADES DE AFRODESCENDIENTES Y RAIZALES EN BOGOTÁ D. C.

Natalie Rodríguez Echeverry
Directora de investigación

Natalia Jiménez
Investigadora asistente





Bogotá sin indiferencia

© Alcaldía Mayor de Bogotá

© Instituto Distrital de Cultura y Turismo-Observatorio de Cultura Urbana de Bogotá

El contenido del texto es responsabilidad exclusiva de los autores y no representa necesariamente el pensamiento del Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

Equipo de investigación

Mónica Therrien

Asesora

Yenny Andrea Real

Digitación de planimetría

Diana Martínez

Asistente

Concepción de memoria:

María Angélica Garzón Martínez-OCUB

Coordinación editorial:

María Bárbara Gómez Rincón

Diseño y armada electrónica:

Ángel David Reyes Durán

Impresión:

D'Vinni Ltda.

Impreso y hecho en Colombia

Primera edición: noviembre de 2006

ISBN: 978-958-8232-97-3

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida, en ninguna forma o por ningún medio magnético, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de los editores.

Contenido

Agradecimientos	11
-----------------	----

Prólogo	13
---------	----

Presentación	17
--------------	----

ESTADO DEL ARTE: LO ESCRITO COMO TESTIMONIO DE LO HECHO

La mirada histórica de los afro y raizales en Bogotá	23
--	----

Activa pero silenciosa presencia	27
----------------------------------	----

Llegada masiva... La ciudad receptora	31
---------------------------------------	----

Hacia la mirada académica: publicaciones, tesis e investigaciones	31
---	----

De afuera y de adentro: en búsqueda de la divulgación	72
---	----

HACIA UN DIAGNÓSTICO DE LA SITUACIÓN ACTUAL

El desplazamiento: Bogotá, la meta por alcanzar	86
---	----

Arribo y permanencia: emplazamiento en la ciudad	91
--	----

Lugares de emplazamiento	97
--------------------------	----

Mecanismos de inserción	98
¿Cuántos son?: aportes a la demografía urbana	100
En búsqueda de la supervivencia: principales actividades y empleos	101
Principales lugares de empleo	108
Condiciones del nuevo territorio: en búsqueda de indicadores	109
Vivienda	109
Salud	112
Servicios públicos	113
Educación	113
Una aproximación al territorio afrobogotano: la apropiación de la ciudad	117
Discriminación socio-racial	117
Mecanismos de defensa frente a la agresión discriminatoria	121
Situaciones de violencia	122
Imaginario de lo afro	125
Paisanaje y colonias: reafirmando la solidaridad	126
Aproximación política	128
Lo estipulado	128
La organización	138
Organizaciones en la ciudad	145

HACIA UN DIAGNÓSTICO DE LA PROBLEMÁTICA CULTURAL

Migración, desplazamiento y destierro: formas de romper el hilo con la tierra	153
El proceso del contacto: hacer presente el territorio perdido dentro de lo ajeno	154
Bogotá: aportes y problemáticas culturales	160

Identidad étnica	161
De lo conocido a lo desconocido: el pescado, el arroz con longaniza y el borojó	164
Saberes y sabores	168
Frutas y comida de mar: dos puntos de vista sobre el consumo cultural de lo afro en Bogotá	170
Rehaciendo saberes: entre “sucedidos” y drelas	172
El arte de <i>peluquiá</i> y su recorrido por Bogotá	173
De Buenaventura a Bogotá, con la máquina de <i>motilar</i>	176
Las peluquerías: espacios con múltiples sentidos, espacios de escenificación y afianzamiento cultural	178
Entonces ellas le decían a uno: “Venga hija, le hago un sucedido”	180
¡Que suenen los tambores! Música y fiesta afrocolombiana en Bogotá	181
El folclor como espejo de los valores afrocolombianos	182
Memoria corporal e identidad	184
San Pacho, tienes que vivirlo para sentirlo	185
Ritmos afro al parque: escenarios multiculturales	187
En las discotecas afro: “música que llega más a la sangre”	187
Nos impusieron a la Virgen de la Candelaria [...] nosotros la asumimos como la diosa del mar	189
El destierro de los velorios	191
Lugares de encuentro, espacios de reunión	192

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

Dificultades	203
Bibliografía	207
Bibliografía específica	207

Bibliografía general	213
Normativa y documentos	213
Bases de datos	214
Páginas electrónicas	215



Agradecimientos

Andrea Rodríguez

Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes)

Dilia Esther Robinson

Organización de la comunidad raizal

Eloy Mosquera

Corporación de Estudios Africanos

Idalmy Minotta

Aspirante al Senado por comunidades negras

Conferencia Uniandes

Jaffer Mosquera

Peluquería Terraza Pasteur

Jairo Castillo

Conferencia Nacional de Afrocolombianos

Entrevista Museo de Bogotá-Observatorio de Cultura Urbana (IDCT)

Jattan Mazzot Llele

Afrodes

John Francisco Ariza Montoya

Referente de grupos étnicos y población desplazada,
población desmovilizada y reincorporada

Dirección de Salud Pública

Secretaría Distrital de Salud

Juan de Dios Mosquera
Movimiento Cimarrón
Conferencia Uniandes

Julio Rentería
Julio Rentería y su Chirimía

Lina María Vargas
Socióloga y escritora

Luz Angélica Díaz
Centro de Atención al Migrante
Entrevista Museo de Bogotá-Observatorio de Cultura Urbana (IDCT)

Luz Marina Becerra y Eusebio Mosquera
Afrodes
Entrevista Museo de Bogotá-Observatorio de Cultura Urbana (IDCT)

Madeleine Andebeng Alingué
Universidad Externado de Colombia

María Angélica Garzón
Observatorio de Cultura Urbana (IDCT)

María Dolores Cáceres C.
Secretaría de Educación de Bogotá

Miguel Antonio Sánchez
Grupo de Danzas Universidad Nacional de Colombia

Pedro Ferrín
Consultiva distrital

Ramón Villamizar
Subdirección de Fomento a las Artes y las Expresiones Culturales (IDCT)

Restaurante Secretos del Mar

Rudecindo Castro
Orcone

Prólogo

En un esfuerzo por aportar al análisis de las dinámicas culturales de los diferentes grupos de población que habitan Bogotá, el Instituto Distrital de Cultura y Turismo (IDCT), por medio del Observatorio de Cultura Urbana, presenta el siguiente diagnóstico sobre la problemática cultural de las poblaciones de afrodescendientes y raizales de la ciudad de Bogotá, realizado por Natalie Rodríguez Echeverry.

Este diagnóstico, siguiendo una premisa que ha cruzado el ejercicio investigativo desarrollado por el Observatorio, tanto en sus indagaciones sobre problemáticas culturales como en las relacionadas con las artes canónicas en Bogotá, se plantea desde la siguiente pregunta: ¿podría hacerse un estado del arte del proceso investigativo? Tal pregunta obliga a un cambio en la perspectiva de la investigación; de hecho, aquí no se da cuenta del conocimiento producido en determinada área, sino más bien se intenta generar un diagnóstico desde la práctica de la investigación.

Por este motivo, las fuentes de información en las que se sustenta el diagnóstico tienen un carácter académico y documental. No obstante, éstas no incluyen la amplia producción nacional sobre afrodescendientes y raizales, pues la investigación se ubica en una cuestión específica: la investigación sobre las problemáticas culturales de los afrodescendientes y raizales en la ciudad de Bogotá. Nos interesa privilegiar las problemáticas culturales porque ellas son exponentes de las diversas dinámicas culturales, conflictos sociales, negociaciones, articulaciones, reapropiaciones y transformaciones en la vida de este sector poblacional. En este sentido, siguiendo la definición de la investigadora, se entiende por *problemáticas culturales* el conjunto de maneras de pensar, sentir y actuar que entran en conflicto y negociación bajo ciertas circunstancias, componiendo y recomponiendo la realidad social, los estilos de vida y la tradición de un grupo determinado de personas.

Es importante tener en cuenta tres aspectos cardinales a la hora de abordar la cultura como el campo donde se ubican las luchas por el sentido de la vida social, y los conflictos, o problemáticas culturales, que de allí se derivan. El primer aspecto es la identidad, entendida no como una esencia homogénea, sino como producto histórico de prácticas, rutinas e interacciones cotidianas. ¿Qué pasa con la identidad de un sector poblacional cuando éste tiene que narrarse desde lugares de asimilación cultural, racismo soterrado, estigmatización y convivencia interétnica? ¿Cuáles son las estrategias de adaptación y reconstrucción de las identidades? ¿Qué tipo de identidad se recrea o privilegia desde las prácticas investigativas con respecto a afrodescendientes y raizales en Bogotá? El segundo aspecto se relaciona con la distinción entre lo cultural y lo social. Para la investigadora lo cultural incluye dinámicas sociales como la migración, la inserción laboral, la educación, la salud, las estrategias de solidaridad y la vivienda. ¿Qué tanto se pueden diferenciar en la vida de una peluquería afro las prácticas meramente sociales de las prácticas estéticas e identitarias? ¿Cuál es el sentido de proponer límites y definiciones de lo social y lo cultural como si éstas fueran, en la actualidad, esferas separadas de la vida humana y no estratos que se yuxtaponen y complementan?

Después de aclarar estos puntos de partida, la investigadora desarrolla el diagnóstico desde tres ejes: asimilación cultural, discriminación y estigmatización, y convivencia interétnica, ya que éstos componen, junto a los temas de identidad, población y expresiones culturales, la investigación sobre dinámicas culturales de los afrodescendientes y raizales en Bogotá. Fenómenos como la migración y el desplazamiento; experiencias como el contacto y la adaptación con la ciudad receptora o la inserción en el mundo laboral de la urbe; consumos culturales como la gastronomía, la música y el peinado; prácticas religiosas como las fiestas patronales o la santería; ejercicios de resignificación del territorio, creación de tradición y olvido, cruzan en su totalidad, y de forma compleja, el diagnóstico.

Esto permite pensar, no de manera apresurada, que las citadas dinámicas culturales, además de transformar las realidades políticas, sociales y culturales de Bogotá, están re-creando un mundo simbólico afro en el cual es posible la rearticulación de identidades, etnicidades, sentidos de vida y pertenencia de este sector. No obstante —asegura la investigadora—, aún inquieta el poco conocimiento que entre la mayoría de los habitantes de la ciudad existe con respecto a la riqueza cultural de los pueblos afrodescendientes que habitan Bogotá. A eso habría que sumarle la ausencia de información de la población raizal y su presencia en la ciudad. Además, existe una resistencia de algunos integrantes de este grupo a compartir información, memorias o documentos que llenen ese vacío, pues consideran que así evitan perpetuar el esquema en el cual ellos son el objeto de la investigación pero nunca los beneficiarios.

En un sentido semejante, también preocupan las prácticas de discriminación racial, documentadas en extenso desde fuentes académicas, las cuales hablan de la construcción de imaginarios sobre “la diferencia” cargados, como explica la investigadora, de elementos peyorativos y discriminatorios. Ciertamente, existen tendencias a negar la diferencia racial y étnica, bien descalificando sus estilos de vida, bien estereotipándolos, o bien generando procesos de inclusión por “blanqueamiento”, es decir, aceptando a los individuos siempre y cuando hayan asimilado las formas de hablar, vestir y comportarse de la sociedad hegemónica. Paralelamente, la autora resalta las diversas formas, estrategias y espacios que han sido apropiados por los afrodescendientes y raizales para reelaborar sus identidades y consolidar su diferencia; se destacan aquí las acciones de gente joven que, en la actualidad, expone ideologías y estéticas rastafari y llevan drelas en el pelo, como parte de una identificación cultural y étnica positiva.

Para terminar, y como una proyección del diagnóstico, la autora propone posibles itinerarios de investigación como vías para apreciar, produciendo, la complejidad de la trama cultural, racial y étnica de la ciudad, con el fin de imaginar soluciones a las problemáticas culturales, estrategias de fomento de la riqueza cultural y procesos de empoderamiento del sector. Aquí se resaltan perspectivas teóricas como las del multiculturalismo, luchas políticas como la visibilización de los grupos y agendas de investigación que incluyen el estudio de la situación política, los procesos de inserción urbana, los proyectos de integración cultural y las formas de organización de los sectores afrodescendientes y raizales, haciendo énfasis en el último ítem, por ser éste el que menos se ha investigado en Bogotá.

Finalmente, es importante agradecer el apoyo prestado por la Secretaría Ejecutiva del Convenio Andrés Bello (SECAB) para la realización del presente estudio.

Observatorio de Cultura Urbana
Instituto Distrital de Cultura y Turismo

Presentación

El presente trabajo muestra los resultados de la elaboración del estado del arte acerca de la actividad de la investigación sobre las comunidades afrodescendientes y raizales en la ciudad de Bogotá, a partir de la cual se construye un diagnóstico secundario de las problemáticas culturales fundamentales identificadas en el sector de estudio.

Como preámbulo, es necesario reflexionar acerca de la manera de denominar y referirse al grupo étnico de los afrocolombianos. Si bien las denominaciones son muy variadas en relación con las formas del lenguaje y la interpretación, cabe llamar la atención desde el inicio del presente trabajo sobre la prioridad de estudiar a fondo esta realidad. Según lo encontrado, y de acuerdo con Claudia Mosquera (1998), algunos se autodenominan *negros* porque desconocen el significado de *afrocolombiano*; otros sostienen que la raza afrocolombiana no existe; otros afirman: “Ni persona negra, ni afrocolombiano, simplemente persona humana”; otro renglón asume la denominación *afrocolombiano* por un supuesto origen africano; otros dicen ser afrocolombianos por el mestizaje cultural entre negros e indígenas; algunos expresan no identificarse como afrocolombianos por ser una categoría peyorativa que asimila negro con esclavo; otros afirman que ser negro es una cultura recibida, independiente del color de la piel, y unos más se autodenominan *libres*, aun cuando es una categoría empleada con mayor frecuencia en el ámbito rural. Así, en el transcurso del texto se asume que se hace referencia al grupo étnico en general como *afrocolombianos* o *afrodescendientes*, guardando el mayor respeto por la autodenominación que cada poblador asume de su origen y su identidad étnica y cultural. Por su parte la denominación *raizal*,¹ y en

¹ Según el texto de Alianza Entrepueblos, *Hacia una ciudad intercultural. Visión panorámica de los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom, que habitan en el Distrito Capital*: “El pueblo raizal es un producto de las dinámicas coloniales, principiadas en 1527, que fundieron y mixturaron a pobladores de origen étnico y geográfico disímil hasta configurar un pueblo nuevo e inédito. Es así como a lo largo de un proceso histórico de algo más de trescientos años de hibridaciones y mestizajes culturales se fue configurando el pueblo raizal a partir de los descendientes de los primeros pobladores permanentes de las islas que eran puritanos británicos que llegaron a principios del siglo XVII, de los esclavos africanos que dichos colonos trajeron de África y de distintas islas del Caribe, así como de diversos pueblos indígenas istmeños y caribeños. Es por esta razón que el pueblo raizal es un pueblo indígena afrodescendiente” (2004:10).

concordancia con el texto de Alianza Entrepueblos (2004), hace referencia al pueblo “originario, nativo, autóctono, aborigen”, en síntesis *indígena*, del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

Igual de importante es aclarar *desde el principio*, que pese al interés de dar cuenta de la situación actual de la población raizal en la ciudad, e incluir en el transcurso del texto apartes que den cuenta de su aporte y presencia, esto no fue posible en su totalidad dado que el resultado de la búsqueda que alimenta el “estado del arte” no arrojó los estudios pertinentes y necesarios para ello. Pese a contar con el aporte valioso de la doctora Dilia Robinson, quien de manera amable y abierta intercambió información y puntos de vista, para la producción de los diagnósticos se requiere de diversas fuentes, temáticas y un amplio muestreo que alimenten y sustenten lo que se diga, y aporte al tema. Cabe aclarar que el objeto del presente trabajo *se restringe* a dar cuenta de lo construido por otros, para a partir de esto aproximarse a un diagnóstico secundario. Sin embargo, esta realidad permite llegar a conclusiones que permitan a construir desde un inicio propuestas claras, veraces, congruentes, decisivas, ordenadas, entre otras, con un claro fin.

Así, el presente trabajo en su primera etapa da cuenta del estado del arte² del tema de investigación. Con éste se persigue “buscar las huellas” del tema de interés, lo que significa vislumbrar qué se ha dicho sobre el tema, quiénes lo han dicho, en qué momento lo hicieron, cómo se encuentra el tema y cuáles son las tendencias hacia su conocimiento. Así, para su elaboración se estableció un periodo de tiempo de cuatro meses, de acuerdo con los objetivos de la investigación.

El estado del arte que se desarrolla abarca dos fases: la *fase heurística*, concentrada en la búsqueda y recopilación de las fuentes de información primarias y secundarias (bibliografía general y específica, investigaciones, artículos, documentos públicos o privados, entre otros), y la *fase hermenéutica*, en la que cada una de las fuentes investigadas se lee, se analiza, se interpreta y se clasifica de acuerdo con su importancia dentro del trabajo de investigación. Así, se sistematiza la información en “fichas bibliográficas”, a manera de síntesis analíticas y textuales.

De lo anterior se desprende un capítulo con un texto que muestra lo dicho en diversas publicaciones acerca de los grupos étnicos afrodescendientes y raizales de Bogotá. La información se presenta por periodos históricos, tipo de información, autores y temáticas, haciendo un breve análisis de los aportes pertinentes para el presente trabajo y de los cuestionamientos que éstos plantean, no restringiéndose a un estado del arte que muestre exclusivamente los datos generales del libro y categorice la información.

² El *estado del arte* se aborda como una de las primeras etapas desarrolladas en una investigación, ya que su elaboración permite entender lo construido e introducirse en el tema que se va a desarrollar en la investigación planteada.

Sin embargo, esta clasificación de las fuentes por líneas de investigación y temáticas se incluye en el ítem de bibliografía. Así para mayor claridad, los resultados del último periodo histórico, que dan cuenta de la situación actual, se exponen por tipos de producciones: investigaciones y trabajos universitarios por institución, publicaciones puntuales sobre el tema, publicaciones generales que incluyen apartes relacionados con el estudio y publicaciones publicadas vía Internet.

La segunda etapa se centra en la aproximación a la construcción del *diagnóstico secundario de la situación actual de la población afrodescendiente y raizal* radicada en la ciudad. Este apartado hace claridad que su construcción se realiza a partir de la información recopilada en el estado del arte, situación que puede originar faltantes y vacíos no contemplados en los trabajos hasta la fecha realizados. Sin embargo, se asume que estos faltantes hacen parte del diagnóstico, ya que muestran temas inexplorados o informaciones superficiales por completar.

De esta forma, el diagnóstico secundario de la situación actual se centra en temáticas como el desplazamiento hacia la ciudad, la migración, los mecanismos de inserción urbana, el emplazamiento en la ciudad y la demografía, expone indicadores referentes a la vivienda, el empleo, la salud, la educación, etc., y aborda temas como la discriminación y los espacios políticos, entre otros. Igualmente, se aproxima a la lectura de los lugares de emplazamiento y ocupación en la ciudad desde diversas esferas. Así mismo, se incluye información acerca de las organizaciones existentes en la ciudad.

La tercera parte se centra en las *problemáticas culturales actuales* por las que atraviesan las poblaciones afrocolombianas y raizales radicadas en la ciudad. Al igual que el apartado anterior, este ítem se construye a partir de lo construido y dicho desde el estado del arte, frente a lo cual se resalta que pueden existir fallas dada la carencia de un corpus completo de información —para ambos grupos— que permita acercarse de manera real a *todas* las problemáticas culturales por las que atraviesan estos grupos étnicos en la ciudad.

El ítem de las problemáticas culturales es la aproximación al cruce de la variable cultural con las distintas dimensiones sociales, políticas y económicas —principalmente—, cada una de las cuales lleva implícita la connotación cultural. De esta forma, temas tratados *desde la situación actual* pueden parecer repetidos en la dinámica cultural, pero cabe resaltar que su enfoque de análisis es distinto.


Así, el apartado cultural se construye a partir de la comprensión de las condiciones y características de las distintas prácticas culturales que se desarrollan en el contexto urbano teniendo como referencia el lugar de origen. Con este referente se vislumbran las principales problemáticas que se originan como producto de las nuevas dinámicas

de emplazamiento, y *se trata* de establecer sus posibles consecuencias. Así, este ítem dista de ser un listado de problemáticas sin un contexto que las fundamente y que no aporte al conocimiento de los grupos étnicos.

El cuarto ítem incluye los apartados de conclusiones, recomendaciones y dificultades, que buscan mostrar conclusiones generales del trabajo, aportar ideas y enfoques a partir de los vacíos hallados, con miras a futuros trabajos, y mostrar los principales impedimentos que se presentaron a lo largo de la investigación y que se podrían repetir en futuras experiencias similares o relacionadas con el tema.

Por último, en el apartado de la bibliografía, se aporta un listado de los principales libros, publicaciones, investigaciones y trabajos relacionados con el tema. Así se hace claridad de que el filtro de búsqueda fue la población afrodescendiente y raizal en el contexto urbano de Bogotá, y no en el territorio nacional, factor que hizo más específica la búsqueda. De igual forma, se brinda un listado de las bases de datos consultadas, así como de los enlaces electrónicos de interés.

Cabe resaltar que el trabajo contó con el apoyo de distintas personas afro y no afro: investigadores, pobladores, trabajadores, especialistas, políticos, organizaciones y gente del común, experiencias que fueron registradas, previa autorización —aunque algunos prefirieron no grabar su testimonio—.



**ESTADO DEL ARTE:
LO ESCRITO
COMO TESTIMONIO
DE LO HECHO**

La mirada histórica de los afro y raizales en Bogotá

Los estudios referentes al tema de los afrodescendientes en Bogotá muestran un primer momento histórico, o etapa de presencia afro en la ciudad, entre el siglo XVI y finales de siglo XIX, época en la que la presencia de esclavas y esclavos negros fue considerable, y en torno a la cual se dieron prácticas sociales y culturales, muchas de las cuales no han sido tenidas en cuenta, pero que marcaron de manera significativa el territorio bogotano.

Así, en este contexto se encuentra la serie de obras elaboradas por Rafael Antonio Díaz, quien ha estudiado el tema del sometimiento por parte de España y la esclavitud en Santa Fe de Bogotá durante la segunda mitad del siglo XVIII. El trabajo de Díaz se ha construido a través de la lectura juiciosa y analítica de registros documentales que muestran a la afrodescendencia posicionada en diferentes ámbitos de gestión e intercambio. Entre sus obras sobresalen *El perfil económico del mercado esclavista Santafereño, 1700-1750* (1994), correspondiente al informe final de resultados de la investigación adelantados por la Pontificia Universidad Javeriana; *El sistema esclavista urbano y urbano-regional en Santa Fe de Bogotá, 1700-1750* (1995), producto de la tesis para el doctorado en historia en el Centro de Estudios Históricos Colegio de México;¹ el artículo para la revista *Memoria y Sociedad* del Departamento de Historia y Geografía de la Pontificia Universidad Javeriana titulado “Entre la cohesión y la disolución: la familia esclava en el área urbano-regional de Santa Fe de Bogotá, 1700-1750: estudio preliminar” (1996); la publicación *Esclavitud, región y ciudad: el sistema esclavista urbano-regional en Santa Fe de Bogotá, 1700-1750* (2001), obra que reúne los resultados de varios años de investigación; *La manumisión de los esclavos o la parodia de la libertad en el área urbano-regional de Santa Fe de Bogotá, 1700-1750* (2002), y *La esclavitud urbana: el caso de Santa Fe de Bogotá* (2002).

¹ Este documento se encuentra publicado en la revista *Memoria y Sociedad*, vol. 1, No. 1, Departamento de Historia y Geografía de la Pontificia Universidad Javeriana, 1995.

En el campo de la historiografía se ha hecho poco énfasis en el estudio de las problemáticas inherentes a la familia esclava. Ante la falta de estudios detallados y la existencia de información muy fragmentada sobre este tema, en su más reciente obra, Rafael Antonio Díaz propone un texto a manera primera “inmersión” en esta problemática, donde se busca dilucidar cómo fue el lugar que habitaron las familias esclavas, analizar su tipología familiar, tener un acercamiento a la familia esclava como vehículo y espacio de etnomestizaje, para finalmente estudiar la condición social de las familias esclavas desde las perspectivas intrafamiliar e interfamiliar.

En la misma línea histórica adelantada por la Pontificia Universidad Javeriana se destaca el trabajo de grado *La esclavitud en Bogotá durante el período de 1819 a 1851* (1973), de Antonio José Galvis, basado en el estudio de los datos aportados y consignados en las notarías Primera, Segunda y Tercera de Bogotá. A partir de los datos arrojados por los documentos notariales, este estudio da cuenta de las condiciones y los aspectos en que se dio la esclavitud en la Nueva Granada durante tres décadas del siglo XIX. De igual forma, Galvis produjo un artículo titulado “La abolición de la esclavitud en la Nueva Granada: 1820-1852”, publicado en la *Revista Javeriana* (1981), que aporta datos explícitos sobre la abolición esclavista para el mismo periodo de estudio. Así, este autor se concentra en un periodo de tiempo no estudiado, aportando al entendimiento de lo ocurrido durante la primera década del siglo XIX.

Otro de los trabajos de tipo histórico que indaga sobre los esclavos negros en Santa Fe es el correspondiente al trabajo de grado de magíster en historia desarrollado en la Facultad de Educación de la Universidad Externado de Colombia *Esclavos negros en Santa Fe de Bogotá durante el periodo colonial* (1994), resultado de una minuciosa revisión de documentos llevada a cabo por Lady Quintero Díaz en las iglesias parroquiales de Nuestra Señora de las Nieves y Santa Bárbara, así como en el Archivo General de la Nación, en particular en la sección de Negros y Esclavos de Cundinamarca.

El trabajo de Quintero se compone de un extenso texto que comienza por esbozar un marco teórico de la esclavitud en general, para luego concentrarse en una descripción de lo que fue el abastecimiento y la comercialización de esclavos negros en América y posteriormente la población y ocupación del territorio colombiano. En el segundo capítulo analiza el papel que tuvo la religión católica en el proceso de aculturación de los esclavos negros, y desde ese planteamiento se concentra en el análisis de la población negra de Santa Fe de Bogotá, partiendo de los registros de bautismo, confirmaciones, matrimonios y defunciones encontrados en las parroquias anteriormente citadas. En el tercer y último capítulo, la autora se aproxima a la elaboración de un diagnóstico de la situación social y jurídica del negro esclavo en Santa Fe de Bogotá durante el periodo colonial, haciendo hincapié en las causas de las demandas contra negros en la época.

Otra de las obras de tipo historiográfico que se destaca es la de Carmen Ortega Ricaurte titulada *Negros, mulatos y zambos en Santa Fe y Bogotá. Sucesos, personajes y anécdotas* (2002), editada por la Academia Colombiana de Historia. Esta completa obra hace un recuento de la *presencia negra* en tiempos de la Nueva Granada, desde el siglo XVI hasta hoy. El trabajo realizado por la autora constituye un valioso aporte de carácter histórico al tema de la presencia afro en Bogotá, ya que por medio de un recuento cronológico se aportan datos, se muestran sucesos históricos y se llama la atención sobre la existencia de pobladores que ayudaron a construir la historia de la ciudad.

Así, con esta obra Carmen Ortega realiza una introducción al tema de la esclavitud desde la época precolombina, en donde se destacan temas como la esclavitud indígena durante la Colonia y la Conquista, la llegada de los primeros esclavos negros, las principales características de los esclavos negros de la Nueva Granada, y hace un recuento de las principales etnias que llegaron al país. Así mismo, aporta datos acerca del precio de los esclavos negros, los principales oficios que desempeñaban, los sitios de vivienda o *palenques*, las fugas en búsqueda de la libertad y las dinámicas culturales que, por entonces, caracterizaban a este grupo étnico en el interior del país.

Adicionalmente, en su obra Ortega trata el tema de la presencia esclava negra en el siglo XVII, de la que menciona muy escasos datos, pero aporta algunas fuentes históricas² que podrían ser exploradas en búsqueda de información que dé continuidad histórica a la presencia de población negra en la Nueva Granada. En otro aparte, Ortega (2002) analiza el siglo XVIII, al que caracteriza como de gran actividad política, cultural y económica, lo que redundó en una gran bonanza para la capital del virreinato. Así, destaca la presencia de negros esclavos en importantes instituciones neogranadinas,³ y aporta información tanto sobre los primeros propietarios particulares de esclavos y de los derechos que éstos comenzaron a adquirir, como de las prácticas y labores en las cuales se destacaron.

El siglo XIX es abordado por Ortega (2002) por medio del análisis de las divisiones administrativas virreinales. Se mencionan datos referentes al comercio de esclavos y a la lucha esclavista, narrados a través de sucesos como la Patria Boba, la Reconquista española, la época del terror y la campaña libertadora, principalmente; por medio de un juicioso recuento se aportan datos referentes al proceso de la abolición de la esclavitud que tuvo como epicentro la Nueva Granada, relato que deja ver la presencia

² Se destacan las siguientes fuentes primarias: a) los libros históricos, b) los documentos de la Audiencia de Santa Fe en el Archivo General de las Indias de Sevilla, c) la correspondencia epistolar de algunas personas como el padre Gonzalo de Lyra y fray Gregorio Guiral, d) el Archivo General de la Nación, e) el Archivo Histórico del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, f) el Archivo Musical de la catedral de Bogotá, g) los inventarios de las haciendas, h) los inventarios de los talleres artesanales, i) los archivos de las notarias Primera y Segunda. En estos sitios se encuentran documentos en los que figuran la compra y venta de esclavos, los precios pagados, sus nombres y edades, los oficios que desempeñaban, los cantos que interpretaban, las enfermedades que padecían y los nombres de algunos amos que los liberaban.

³ Como las capellanías, las comunidades de monjas y frailes, la Compañía de Jesús y el Colegio Mayor del Rosario, así como se hace mención de algunos particulares que compraron esclavos.

y el aporte de la población negra a los procesos de carácter histórico llevados a cabo en el interior del país.

Como aparte final, la autora trata el tema de la presencia negra en Santa Fe durante el siglo XX. Así, se adentra en el tema a partir de la llegada por vía terrestre de los primeros afro provenientes de otras regiones del país, para pasar a evidenciar los aportes dados a la ciudad por el grupo de migrantes intelectuales y estudiosos, al tiempo que destaca nombres de personajes afro que llegaron y abanderaron el movimiento negro en Bogotá. Así mismo, por medio de un barrido general, introduce el tema de la migración en la segunda mitad del siglo XX, y aporta datos estadísticos que, aunque no son analizados en profundidad, sirven de parámetro para otras investigaciones.

Como complemento a lo expuesto, otro trabajo que aborda el tema de las oleadas migratorias es el realizado por Alianza Entrepueblos, entidad que lidera una lucha en pro de los derechos de las comunidades étnicas. Así, el documento titulado “Hacia una ciudad intercultural: visión panorámica de los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom⁴ que habitan en el distrito capital” (2004), hace parte de un folleto que apareció publicado en Bogotá en septiembre de 2004, correspondiente al Contrato SUB0201240006 suscrito entre la Secretaría de Gobierno Distrital y la Alianza Entrepueblos, realizado en el marco del Proyecto PNUD/COL/02/012.⁵ El texto llama la atención sobre la presencia afrodescendiente en Bogotá desde la época de la Colonia, y plantea el interrogante de si en el ámbito de la ciudad ha existido una continuidad histórica que entrelace de alguna manera a sectores de la población afro actual con los núcleos de población esclava del período de la dominación hispánica.

Frente a lo expuesto, se puede concluir que son escasos los estudios de carácter histórico que tratan la presencia del grupo étnico afrocolombiano en la ciudad de Bogotá; sin embargo, los documentos existentes son valiosos y aportan información importante para la reconstrucción de la historia afro en Bogotá. De igual forma vale la pena entender por qué hay falta de interés por estudiar este tema tan importante para una ciudad que necesita saber quiénes han sido sus pobladores y qué aportes le han hecho, para poder escribir su historia.

La corriente historiográfica, citando palabras de Inírida Morales,

⁴ El pueblo rom procede del norte de la India y cerca del año mil emprendió una diáspora hacia los pueblos de Occidente, lo que lo caracterizó como *nómada* y lo llevó a ubicarse en gran parte de los países del mundo. Según el texto de Alianza Entrepueblos: “A lo largo de toda su historia tanto colonial como republicana, Bogotá, D.C., ha contado con una incesante circulación de diversos patrigrupos familiares rom que la recorrían o la habitaban temporalmente. Desde la primera década del siglo pasado se puede identificar con mayor claridad una presencia más permanente de patrigrupos familiares rom cuyos descendientes, con el paso de los años, terminan transformando su ancestral itinerancia en una amplia movilidad geográfica que se expresa actualmente en una mayor sedentarización” (2004: 15).

⁵ Sin embargo, el contratante del proyecto aclara que las opiniones expresadas en la publicación son responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Secretaría de Gobierno de la Alcaldía Mayor de Bogotá, D.C., ni del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

[...] aún no da cuenta real de los aportes de la población afrodescendiente a la construcción del orden social y cultural urbano desde los procesos de mestizaje, compartidos con los demás pobladores, y de reagrupamiento y estructuración como grupo étnico; tampoco ha escudriñado las elaboraciones culturales derivadas del encuentro e intercambio permanente y multidireccional que se dio en la época y sus posteriores efectos. Es tal la invisibilización que se retoma la trayectoria de los afrodescendientes en Bogotá sólo a partir de mediados del siglo XX y de una manera imprecisa y difusa en el tiempo [Morales, 2003: 643].

De igual forma, es importante entender qué pasó durante el siglo XVII y la segunda etapa del XIX, con todos sus aspectos sociales, económicos y culturales. Con este fin, vale la pena hacer uso de las fuentes primarias de carácter histórico, ya que constituyen los principales registros de información de la época, y por tanto, las fuentes de investigación de entonces.

Por otra parte, en lo referente a la población raizal, no se encontraron registros ni mención de su presencia durante este periodo histórico. Aunque para muchos puede resultar “lógica” la no presencia de este grupo humano —en la ciudad, durante el periodo citado—, valdría la pena dar cuenta de la historia de esta población en dichos años, de forma que se pueda articular con el momento de su llegada a la ciudad.

Activa pero silenciosa presencia

En la primera mitad del siglo XX, e incluso hasta la década de los setenta, no eran muchos los afrocolombianos que vivían en Bogotá, ni los que se desplazaban hacia esta ciudad, debido quizá a la inexistencia de medios eficaces de transporte. Hacia finales de la década de los treinta, la construcción de vías de acceso a la capital y el auge de los servicios férreo y aéreo estimularon las migraciones hacia Bogotá, hecho que se acrecentó a mediados del siglo por la violencia ocasionada por las discrepancias de tipo político.

Así, frente al tema de la oleada migratoria y la dinámica urbana generada por los “nuevos” pobladores durante las primeras décadas del siglo XX, no se encontró ninguna publicación puntual. Sin embargo, algunos autores han llamado la atención sobre este momento migratorio en la ciudad haciendo mención de sucesos y personajes afro destacados, así como de la necesidad de documentar e indagar al respecto.

De los estudios que aportan datos referentes a la presencia afro en la ciudad durante la primera mitad del siglo XX, se destaca el de Carmen Ortega Ricaurte titulado *Negros, mulatos y zambos en Santa Fe y Bogotá: sucesos, personajes y anécdotas* (2002), quien —como se mencionó en el ítem anterior— en el capítulo VI del mismo, titulado “Los

negros en Bogotá: siglo XX”, hace un somero recuento de destacados personajes inmigrantes relacionados con la etnia negra, quienes tuvieron como campo de acción a Bogotá y posteriormente se proyectaron a nivel nacional e internacional. Dicho documento constituye parte de la memoria de los personajes afro en la ciudad.

Así, Ortega (2002) resalta los papeles de Delia Zapata Olivella⁶ y Toto la Momposina en el campo de la danza folclórica, de Luis Carlos Meyer, más conocido como *el Rey del Porro*, a nivel musical, de Rogelio Velásquez Murillo en el campo de las letras,⁷ y de otros personajes destacados, como Manuel Zapata Olivella, Jorge Artel, Mister Howard Rochester y Rafael Carrillo.⁸ De igual forma, la autora aporta datos relacionados con los principales oficios desempeñados por personajes afro durante la primera década del siglo XX que llegaron a destacarse en la ciudad.⁹

Por otro lado, la socióloga Lina María Vargas, en su libro *Poética del peinado afrocolombiano* (2003), hace mención de la llegada de la elite afrocolombiana a Bogotá. Pese a no ser éste el tema principal de la obra, en la narración el hilo conductor introduce al lector a mediados del siglo XX, época en que arriban destacados personajes, entre los que se encontraban Luis Antonio *el Negro* Robles, primer ministro afrocolombiano de la historia de Colombia, y el poeta Candelario Obeso. Para la autora, la primera mitad del siglo XX fue un periodo caracterizado por la migración de intelectuales afrocolombianos que viajaron a formarse en las universidades de la capital. Entre ellos se cuentan Manuel Zapata Olivella, médico y literato; Natanael Díaz, poeta y abogado, y Jorge Artel, también literato. Vargas (2003) concluye que los años sesenta constituyen

⁶ En el campo de las artes, Delia Zapata Olivella (1926-2001), natural de Lorica, Córdoba, se destacó como bailarina y profesora de danza. Fundó una agrupación folclórica que se presentó en varios escenarios del país y del exterior. En 1985, junto con Liliana Villegas creó el grupo multidisciplinario Oilé, que contaba con más de 30 artistas. Entre sus últimas empresas figuró el proyecto El Puente, resultado de un proceso de cooperación entre Francia y Colombia para contribuir al desarrollo de la danza contemporánea en nuestro país. Dedicó toda su vida al estudio y la investigación del folclor, publicando varios artículos sobre este tema. De otra parte, Toto la Momposina, también se ha destacado como folcloróloga, y como cantante se ha presentado en importantes escenarios de Colombia y del exterior.

⁷ En el campo de las letras, las negritudes cuentan con figuras muy importantes como Rogelio Velásquez Murillo, quien fue poeta, novelista, antropólogo y folclorólogo. En Bogotá fue representante suplente a la Cámara e investigador del Instituto Colombiano de Antropología. Entre sus obras se encuentran *Canción a una muchacha*, *Las memorias del odio*, *La esclavitud en la María de Jorge Isaacs* y varias más.

⁸ *Jorge Artel*, seudónimo de Agapito de Arcos, junto a su profesión de abogado cultivó la dramaturgia, la novela y la poesía. Fue miembro del Partido Comunista y secretario del Frente Popular de Bogotá. Manuel Zapata Olivella: médico, antropólogo, etnomúsico, escritor de dramas, novelas y cuentos; destacan sus novelas *Tierra mojada*, *Chambacú*, *corral de negros* y *Changó el gran putas*. Mister Howard Rochester: oriundo de Jamaica, llegó a Bogotá por los años cuarenta e hizo de ésta su segunda patria; trabajó como profesor en el Instituto Cultural Colombo Británico y en el Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional; era versado en literatura inglesa, sobre todo en Shakespeare. Rafael Carrillo: nacido en Atanquez, Magdalena, fue un abogado y filósofo que dedicó toda su vida a la docencia; junto con Danilo Cruz Vélez fundó el Instituto de Filosofía y Letras.

⁹ Los cocineros: desde la Colonia los negros y negras se distinguieron por sus habilidades culinarias. En el siglo XX han sobresalido varios *chefs* negros. El más conocido fue el *maitre chef de cuisine titulaire du Cordon Bleu de l'Académie de Cuisine de Paris*, Segundo Cabezas, cuyo restaurante fue uno de los más acreditados de la ciudad. También trabajaron como deshollinadores, emboladores, empleadas del servicio, latoneros, obreros, porteros y políticos. Entre éstos se destacaron Manuel Mosquera Garcés, periodista y ensayista, ministro de Educación durante el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla; Diego Luis Córdoba, abogado y doctor en ciencias políticas y sociales, se desempeñó como abogado auxiliar en el Consejo de Estado, fue diputado a la Asamblea de Cundinamarca, concejal de Quibdó y ejerció algunos cargos más. Adán Arriaga Andrade desempeñó importantes cargos, como el de intendente del Chocó, personero de Medellín, secretario del Ministerio de Agricultura y profesor universitario.

el penúltimo periodo de migración de afrocolombianos a la ciudad, principalmente profesionales afrodescendientes vinculados al sector público, fase previa a la actual, caracterizada por el desplazamiento forzado.

En relación con lo expuesto, en su análisis de las peluquerías afrocolombianas de la ciudad, Vargas (2003) brinda valiosos datos, como el de la fundación de la primera peluquería afro en Bogotá, hecho que tuvo lugar en 1957, así como de los emplazamientos de estos lugares de consumo de la estética afro. Lina María logra mostrar que la llegada de los primeros inmigrantes negros a la ciudad se caracterizó por un movimiento de gente intelectual y trabajadora, y deja abierto el campo de investigación a futuros trabajos.

Quizá uno de los trabajos más críticos y analíticos sea el de Inírida Morales, quien en su ensayo “La presencia afrocolombiana en las ciudades: Bogotá, una experiencia multicultural” (2003), propicia la reflexión acerca del papel de la afrodescendencia durante la historia, abordando el tema en directa relación con los procesos de reconstrucción de identidad étnica de estos grupos en el contexto urbano. De igual forma, la autora llama la atención acerca de la carencia de *estudios detenidos* referidos a los fenómenos de *ocupación temprana*,¹⁰ lo que ha derivado en interpretaciones a priori donde se afirma que esta oleada migratoria no aportó a las transformaciones del tejido social y urbano de la ciudad. Sin embargo, Morales argumenta que la población migrante de entonces posicionó usos y costumbres antes desconocidos en la urbe, como los gastronómicos, que no eran tradicionales y no hacían parte de la dieta de los habitantes de Bogotá.

De igual forma, el trabajo de Morales (2003) aporta información acerca del principio de identidad afro que se empezó a vivir en la ciudad, de la música y la gastronomía, del surgimiento y la consolidación de una cultura política, todo enmarcado en nuevos criterios ideológicos, posicionamiento laboral y buenas condiciones de vida. Así mismo, su trabajo destaca la situación social de los migrantes de entonces, muchos de los cuales hoy ocupan cargos administrativos, institucionales y docentes importantes.

El trabajo de Morales (2003) llama la atención sobre la importancia de interpretar los procesos de inserción a la vida urbana y de aportar a la pregunta formulada por Claudia Mosquera sobre las formas de autodenominación que adoptan los afrodescendientes como factor de identidad:

¹⁰ Inírida Morales (2003: 641) aporta la denominación de *ocupación temprana* para calificar el periodo comprendido entre los años cincuenta y setenta, cuando, por un lado, “inmigrantes independientes se trasladaron de forma voluntaria a la capital buscando mejores condiciones de vida, de acuerdo con el nivel de desarrollo de sus potencialidades profesionales y laborales, y, por el otro, la violencia bipartidista y algunos fenómenos naturales imprevisibles forzaron el traslado masivo hacia los centros urbanos”.

[...] ella se pregunta cómo alcanzar el reconocimiento individual o colectivo de la integridad de la existencia, cuando, según el decir popular de algunos de los recientes abanderados de la causa, “los negros urbanizados pierden identidad étnica, su autenticidad, se blanquean [...] negros verdaderamente étnicos son los que se encuentran en las zonas rurales [...]” [Mosquera, 1998: 21].

Como complemento a lo expuesto, Morales anota que

[...] los afrodescendientes de este periodo y sus descendientes, sus historias de vida y sus aportes a la construcción de la ciudad que hoy vivimos, han sido invisibilizados por la historia y por las recientes investigaciones. Y es posible que en ellos y ellas se encuentre el eslabón perdido, el intersticio de ubicación ignorado y necesario para comprender las raíces y el sentido de la afrodescendencia y, en consecuencia, los procesos de construcción y reconstrucción de identidades étnicas en los contextos urbanos [Morales, 2003: 645].

Retomando el proceso migratorio a Bogotá, el trabajo de la Alianza Entrepueblos “Hacia una ciudad intercultural: visión panorámica de los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom que habitan en el distrito capital” (2004), hace aportes al entendimiento de la migración tanto del pueblo afro como del raizal. Según la Alianza Entrepueblos, la presencia de población afrodescendiente en Bogotá se explica a través de las sucesivas oleadas migratorias, las iniciales —primera mitad del siglo XX— ocasionadas por la presunción de mejores oportunidades laborales y educativas, y las últimas originadas por los desplazamientos forzados derivados del conflicto social y armado que acontece en la nación. “Es claro que estas oleadas se yuxtaponen y se complementan” (2004: 17).

El texto constituye un gran aporte, ya que se detiene a explicar la migración del pueblo raizal a la ciudad. Según la Alianza Entrepueblos (2004), los primeros contingentes de raizales arribaron a la ciudad de Bogotá en la década de los cincuenta, época en que fue erigido en la isla de San Andrés el aeropuerto, el cual, al disminuir las distancias entre el archipiélago y el continente, sin duda favoreció la presencia de raizales en la ciudad. Estos primeros raizales que llegaron, según el texto, fueron traídos por compañías multinacionales petroleras que los requerían tanto por sus conocimientos de inglés como por su alto nivel educativo, “alcanzado en los colegios regentados por la Iglesia bautista en el archipiélago o por los estudios superiores cursados en diferentes universidades, principalmente, de los Estados Unidos” (2004:12).

De esta forma, el documento aporta información referente al perfil socioeconómico de la población raizal que se radicó en Bogotá durante las décadas de los sesenta y setenta, y de los fines que perseguían con su desplazamiento. Del mismo modo, da cuenta de las

dinámicas organizativas que han creado en la ciudad y de sus características culturales como pueblo, entre otros temas.

En consecuencia, el trabajo adelantado por la Alianza Entrepueblos es el único aporte puntual que de la población raizal se tiene —o al que se tuvo acceso— respecto a este periodo. Llama la atención el poco interés que la ciudad ha demostrado por adelantar estudios sobre esta población, que den cuenta de sus dinámicas de inserción, su situación social, política, económica y cultural, sus problemáticas culturales derivadas de la vida en una ciudad ajena, entre otros muchos aspectos que aportarían a una mejor comprensión de la multiculturalidad presente en la ciudad.

Llegada masiva... La ciudad receptora

Durante las últimas tres décadas, Bogotá ha sido testigo de un elevado número de inmigraciones ocasionadas por el conflicto interno armado que azota al país. El desplazamiento se ha volcado a la ciudad, con lo cual ésta ha visto aparecer una gran cantidad de afrodescendientes o inmigrantes negros, lo que ha generado una incipiente necesidad de estudiar aquello que se considera *diferente*. De igual forma, se registró un aumento de la población raizal radicada en la ciudad, no causado exclusivamente por la violencia sino también por otros factores, como el interés por una mejor educación, la búsqueda de mayores y mejores fuentes de empleo, entre otros aspectos.

Así, durante el último periodo se ha realizado una serie de trabajos que tratan sobre la evidente presencia de los grupos étnicos en la ciudad, y de las transformaciones a las que ha estado expuesta Bogotá en razón de esta presencia de grupos con acervos culturales distintos. A continuación se da cuenta de los estudios¹¹ encontrados referentes al pueblo afrodescendiente radicado en Bogotá, y de la reflexión acerca de la inexistencia de los mismos para el grupo raizal.

HACIA LA MIRADA ACADÉMICA: PUBLICACIONES, TESIS E INVESTIGACIONES

De los estudios realizados sobre la presencia afrodescendiente en Bogotá, se destaca el trabajo que viene adelantando la Universidad Nacional de Colombia a través del Grupo de Estudios Afrocolombianos del CES (Centro de Estudios Sociales de la Facultad de Ciencias Humanas), en cabeza de Jaime Arocha, quien ha liderado —y dirige en la actualidad— distintos proyectos de investigación referentes al grupo étnico

¹¹ El presente ítem da cuenta de los trabajos, estudios y publicaciones encontrados referentes al tema de estudio. La presentación de los resultados se clasifica de acuerdo a la procedencia de la fuente, como metodología para presentar la síntesis, los aportes y cuestionamientos de cada uno de los trabajos referenciados. Sin embargo, en el ítem de *anexos* se aporta un listado bibliográfico por líneas y temas de investigación, donde se clasifica la documentación bibliográfica, base para la elaboración de los diagnósticos secundarios de la situación actual y la problemática cultural.

afro residente en Bogotá, en los que se inscriben publicaciones y trabajos para optar a título profesional.

El primer proyecto investigativo que registra el grupo se denomina Estudio Socioeconómico y Cultural de la Población Afrodescendiente que Reside en Bogotá (1999-2001), el cual busca establecer el número de afrocolombianos que hay en esta ciudad, su procedencia o lugares de origen, su actual residencia, el acceso que tienen a servicios públicos, salud y educación, entre otros. Las tareas planteadas requirieron identificar un marco muestral no existente para la población afro, para lo que se empleó la metodología de redes y posteriormente se identificaron cabezas de red, datos que fueron sistematizados y georreferenciados. Se procedió a aplicar encuestas que se complementaron con entrevistas de tipo cualitativo. La información recopilada fue consignada y alimentó otros proyectos investigativos.

Otro proyecto de investigación se conoce como Convivencia Interétnica dentro del Sistema Educativo de Bogotá (2000-2001), y estudia la convivencia de afrocolombianos y personas de otras afiliaciones étnicas dentro del sistema educativo de Bogotá. De esta experiencia se desprendió el trabajo *Convivencia interétnica dentro del sistema escolar de Bogotá* (2001), auspiciado por el CES y la Secretaría de Educación, no publicado.

El tercer *gran* proyecto investigativo se denomina Rutas, Senderos y Memorias de los Afrocolombianos en Bogotá (2001-2004), consistente en un estudio exploratorio acerca de la identidad histórico-cultural de los afrodescendientes que residen en Bogotá. Del mismo modo, delimita las persistencias de africanías en Bogotá y explora la forma como, durante la última década, los afrocolombianos que llegan a la ciudad se han adaptado negociando algunos de los aspectos de su cultura, como la religión, y recreando sus relaciones sociales, los espacios de convivencia interétnica, su música, su gastronomía y su escenificación y estética popular.

El último proyecto investigativo registrado —o del que se tiene conocimiento— que trabaja el tema de los afrodescendientes en Bogotá es Afrocolombianos Desterrados en Soacha: Entre el Retorno y la Inserción Urbana (de 2003 a la fecha). Este trabajo busca entender cómo quienes han sido alejados de sus tradiciones idean innovaciones para sobrevivir en la ciudad. Así, el proyecto plantea realizar observaciones etnográficas, trabajo directo con la comunidad de niños desplazados, un seminario permanente con maestros y seguimiento de las políticas y actividades que adelanta el Estado respecto a este grupo étnico.

Retomando lo producido desde el proyecto denominado Rutas, Senderos y Memorias de los Afrocolombianos en Bogotá (2001-2004), se destacan los siguientes trabajos de

grado realizados por estudiantes que en su momento fueron integrantes del grupo.¹² Así, se encuentra el titulado *Pa'que baje el santo: la santería: práctica mágico-religiosa de los afrocolombianos en Bogotá* (2004), de Mónica Eliana Velasco Olarte. Este trabajo se centra en la santería como práctica religiosa llevada a cabo por algunos sectores afrodescendientes en Bogotá, y aporta en su primera parte un contexto histórico de la trata, la Inquisición y el cimarronaje, donde se destacan las formas de incorporación de la santería como mecanismo de apelación a los conocimientos ancestrales, y las tradiciones y las formas culturales como medio de reivindicación étnica y cultural.

En el aparte final, el trabajo se centra en la santería cubana en Bogotá, ofreciendo un panorama general de los ritos, mitos y música que giran en torno a esta práctica, así como de los lugares donde se llevan a cabo (se destacan los altares con presencia de elementos representativos del sincretismo o enmascaramiento de la religión católica en esta religión, como imágenes de vírgenes, santos, y diversos instrumentos como soperas, entre otros). Así, frente a este contexto se recalca cómo, en Bogotá, existe una “cultura” de sabedores y feligresía de la santería.

De esta forma, Velasco (2004) ubica la santería cubana como una práctica mágico-religiosa que se ha constituido en un elemento de la identidad cultural de los afrocolombianos residentes en Bogotá, práctica que durante los últimos tiempos ha venido tomando fuerza y adeptos de distintos orígenes. Pese a que en su mayor parte es un registro descriptivo de la práctica de la santería en la ciudad, que se vale de conversaciones sostenidas con santeros, personas iniciadas y clientes, se constituye en un instrumento valioso que aporta al conocimiento e identificación de las distintas prácticas y saberes que tienen cabida en la ciudad como aporte de los grupos étnicos.

Continuando con lo realizado, el trabajo de Martha Abello titulado *Boraudó: una cultura afrochocoana en Bogotá* (2004) aporta información valiosa tendiente a evidenciar la presencia de las mujeres afrocolombianas que llegan a la ciudad por el desplazamiento forzado. Este trabajo se constituye en una etnografía sobre un grupo de mujeres desplazadas que llegan desde Boraudó (Chocó) al barrio Veinte de Julio de Bogotá. La autora hace especial énfasis en las memorias de minería artesanal llevadas a cabo en sus lugares de origen, en los ritos afrocolombianos de iniciación y muerte, y en las innovaciones que las mujeres han creado para adaptarse al entorno y las nuevas condiciones impuestas por la ciudad. Así mismo, el estudio se apoya en la realización de historias de vida que recrean y evidencian las condiciones del desplazamiento, y la llegada e inclusión en la ciudad.

¹² Generó en torno al tema de los afrocolombianos, cursos de investigación: Taller de Técnicas Etnográficas y el Laboratorio de Investigación Social; estudiantes que realizan su proyecto de grado dentro del proyecto de investigación Rutas, Senderos y Memorias de los Afrocolombianos en Bogotá; tres seminarios internacionales en 2001: 150 Años de la Abolición de la Esclavización: Pasado, Presente y Futuro de los Afrodescendientes (Cartagena), La Nación Multicultural: el Primer Decenio de la Constitución Incluyente (Bogotá), y VI Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado: Desde la Marginación a la Construcción de la Nación, 150 Años de la Abolición de la Esclavización en Colombia.

Otro trabajo de tipo antropológico es *Artesanos afrodescendientes en Bogotá: aportes culturales en un contexto urbano* (2003), de Hernando Andrés Pulido Londoño. Este estudio de tipo cualitativo analiza la inserción de migrantes afrodescendientes en Bogotá mediante la actividad artesanal, y manifiesta que los migrantes afro que toman como opción la artesanía manejan esquemas estéticos, de movilidad y organización propios que se adaptan a las estructuras organizativas preexistentes en Bogotá. De igual forma, logra identificar que por medio del intercambio de conocimientos con otros artesanos, instituciones y terceros interesados, los afrodescendientes responden a las presiones del mercado artesanal en forma creativa.

Así, el trabajo se concentra en estudiar de manera general los conceptos del arte primitivo y étnico, las experiencias sobre estéticas no occidentales, al tiempo que ofrece un acercamiento occidental a las artes africanas, a la producción artística africana y a la cultura popular manifiesta en la artesanía. Se brinda un contexto general de la tradición artesanal proveniente del continente africano y el aporte occidental a los productos artesanales.

Por otro lado, Pulido (2003) se centra en el tema de los artesanos, la elaboración de artesanías y las apreciaciones estéticas que se derivan de este oficio. Se aporta así al conocimiento de las materias primas, las técnicas y variaciones de las cuales los artesanos se valen para realizar sus productos lejos de su territorio. El trabajo convida a un recorrido por las calles bogotanas en búsqueda de las fibras chocoanas, los materiales autóctonos, la artesanía callejera y el rastafarismo, los tambores y la música de gaitas, la técnica y los aspectos estéticos, el estilo e identidad étnica, todo conjugado en el espacio urbano en el cual se crean distintas apreciaciones de cada una de las ópticas: distritales y personales. Así mismo, el trabajo ofrece una caracterización de los artesanos afrodescendientes en Bogotá, en la cual se aproxima a la antropología económica y al proceso de producción artesanal, a los medios de producción, distribución y consumo, así como al polifacetismo, la itinerancia, dispersión y difusión cultural a que se someten las artesanías afro en la ciudad.

Por su parte, María Paula París Becerra realiza el trabajo *Transformaciones y permanencias en los hábitos alimenticios de las mujeres del Pacífico en Bogotá: una mezcla de olores, sabores, historias y memorias* (2003), el cual aborda las diferentes prácticas culinarias de los afrocolombianos que, por un lado, hacen parte de la oferta gastronómica capitalina y, por otro, son parte de su propio consumo cotidiano. La obra analiza las transformaciones en los hábitos alimenticios y cómo éstos son afectados por las condiciones socioeconómicas de este grupo poblacional. Además, describe y concluye en la importancia que toman las relaciones entre paisanos y sus espacios de encuentro. Así, el trabajo resalta que la riqueza que se esconde en la preparación de los alimentos radica en la tradición familiar y los secretos heredados. Sin embargo, se sacan a la luz

algunos obstáculos que impone la ciudad para desarrollar plenamente este arte, como en el lugar de origen, barreras fundamentadas esencialmente en la escasez de productos autóctonos. Así mismo, destaca cómo las costumbres que giran en torno a la comida tienen que ver con las relaciones económicas, sociales, culturales e incluso religiosas, y cómo éstas se ven afectadas en el nuevo entorno, lo que en muchos casos significa romper con la cadena de transmisión de conocimientos de madres a hijas. De igual forma, muestra cómo la gastronomía constituye una de las primeras fuentes de empleo para las mujeres que llegan a la ciudad, y resalta el lugar que ocupan los restaurantes del Pacífico como sitios de reunión y lugares donde se tejen lazos de parentesco y compadrazgo entre la población afro residente en la ciudad.

Otro de los trabajos que aborda la práctica gastronómica es el de Mónica Godoy Ferro denominado *Prácticas culinarias afrochocoanas en Bogotá* (2003), obra etnográfica que trata la descripción del sistema culinario en los restaurantes chocoanos y las pescaderías del Pacífico en el ámbito bogotano, relacionando dicho esquema con la vivencia migratoria de la gente afrochocoana y las dinámicas en torno a la construcción de sus identidades. Godoy (2003) analiza y define los restaurantes y pescaderías afro como escenarios de intercambio y solidaridad cultural, y como espacios en la capital pensados por los afrocolombianos para sobrevivir, valiéndose del uso de los estereotipos desarrollados por el imaginario capitalino no afro. De igual forma, el trabajo muestra estos escenarios como lugares de intercambio cultural entre afros y mestizos, estos últimos personas que valoran las preparaciones culinarias, apoyados en la imagen de exotismo y “buena sazón” que tienen de las recetas de los afrocolombianos. En su análisis, Godoy (2003) se adentra en el mundo gastronómico a través de un recorrido por la ciudad, y desde este ámbito aporta al conocimiento de las principales zonas de emplazamiento y sus características, las experiencias migratorias, las formas de inserción y la dinámica de identidad cultural generada en torno a ésta, y los mecanismos de respuesta frente a la discriminación.

En conclusión, los trabajos de París (2003) y Godoy (2003), ya sea desde las transformaciones y permanencias culinarias o desde las prácticas culinarias que tienen cabida en la ciudad, muestran cómo los alimentos y los lugares donde éstos se comparten, se constituyen en elementos culturalmente significativos, poseedores de un carácter simbólico importante en la persistencia cultural y el ejercicio de la memoria. De esta forma se exalta y profundiza en una realidad evidente en la ciudad y se plantean necesidades que conviene indagar acerca de la ubicación de estos lugares, sus características y su cuantificación en la ciudad.

Por su parte, Carlos Andrés Meza Ramírez elabora un juicioso análisis titulado *Mensaje estético o estrategia autosuficiente: vendedores afrocolombianos en la dinámica del comercio callejero en Bogotá* (2002), que aborda el tema de la venta ambulante ejercida

por los afro como mecanismo de sustento alrededor del cual se crea toda una serie de dinámicas sociales y culturales teniendo como escenario las calles bogotanas. Referente al mismo tema, Meza realiza el artículo “Narrativas e itinerarios de los afrodescendientes en la dinámica del comercio callejero en Bogotá”, publicado en la *Revista Colombiana de Antropología* (2004).

El estudio en su inicio brinda una amplia información acerca de la configuración de la imagen afro y la dinámica histórica afrodescendiente. Así, trata de entender el *concepto estético* desde la idea del negro contenida en la iconografía costumbrista colonial y del siglo XIX, desde los afrodescendientes como sujetos y objetos del comercio, y desde la estética como estrategia de mercado. Posteriormente el estudio aborda el tema de la identidad y el trabajo, aportando al entendimiento de las adaptaciones alrededor de la venta de frutas, las dinámicas socioculturales de las que se valen los grupos étnicos para desarrollar actividades económicas en el contexto urbano, y los estereotipos socioeconómicos derivados de éstas.

Meza (2002) hace especial énfasis en la ciudad como escenario de la dinámica cultural presente en las ventas callejeras de frutas. Se ofrece un panorama de la dinámica del contacto, la división del trabajo, los tipos de venta, los productos y las preparaciones, y las condiciones de vida de los afro dedicados a esta práctica. De igual forma, se aporta información sobre la dinámica del comercio callejero, asumiendo temáticas como la informalidad, las áreas de concentración del comercio callejero, las condiciones de la venta, y las persecuciones ejercidas por el Distrito. Se incluye también una reflexión sobre el atractivo de la venta callejera para este grupo, y sobre cómo ésta se constituye en un mecanismo de socialización y defensa contra la exclusión racial que tiene como escenario el espacio público.

En consecuencia, este trabajo es un aporte valioso, ya que toma como elementos de análisis la población que ha emigrado a la ciudad y los mecanismos y adaptaciones culturales que se derivan de las actividades económicas que ésta adelanta. De igual modo, hace críticas al tipo de manejo por parte de los entes distritales, manifestando la falta de condiciones para que los grupos étnicos realicen actividades económicas y desarrollen sus prácticas culturales, y a la falta de propuestas distritales en lo referente a los mecanismos de inserción de la población inmigrante, pues lo que se ha hecho es apelar al fácil mecanismo de las actitudes: *la voluntad del olvido*.

Como complemento a los trabajos realizados por el CES, otro estudio de gran interés realizado en la Universidad Nacional¹³ es el de Soledad Aguilar Muñoz titulado

¹³ Como adición a lo realizado por el Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Humanas, de la Universidad Nacional, se tiene conocimiento de trabajos de apoyo a los proyectos de investigación, como el de Manuela Urrego “Peluquerías afrocolombianas en Bogotá” (2002), manuscrito para el Taller de Técnicas Etnográficas del Plan Curricular de Antropología. Así mismo, el texto de Laura de la Rosa y Lina del Mar Moreno “Los paimadoseños en Bogotá” (2001), manuscrito para el Taller

Inmigrantes negros: recreación y adaptación cultural en la ciudad de Bogotá (1995). Este trabajo ha sido un gran aporte y aproximación al tema de la inserción urbana, los mecanismos de adaptación a las nuevas condiciones de vida, los imaginarios y los procesos organizativos creados por los inmigrantes. Quizá uno de los mayores aportes sea la discusión que se entabla en torno al tema de la inserción, en donde se resalta la necesidad del grupo afro de la ubicación y adaptación de un espacio que sea reconocido como propio, siendo ésta la base fundamental, según Aguilar (1995: 28), “sobre la cual se perpetúa la identidad, donde se construye la conciencia de grupo, de arraigo y de pertenencia”.

A través de sus análisis, Aguilar (1995: 25) logra mostrar la ciudad “como un gran escenario donde protagonistas con diferentes rostros caracterizan procesos de mestizaje, inmigración y urbanismo recientes”, escenario éste donde ubica el proceso adelantado por la población afrodescendiente. Así, se muestra cómo dentro de la ciudad se han creado sectores donde se han asentado poblaciones afrocolombianas que se caracterizan por tener un mismo origen y procedencia, lo que facilita la recreación y renovación de los lazos familiares, las tradiciones y el fortalecimiento de los sitios de encuentro. De igual forma, el estudio establece tipos de permanencia dependiendo de la transitoriedad o radicación en la ciudad, y el tipo de actitud o desdoblamiento que la gente de color puede asumir dependiendo del lugar donde se desenvuelva.

Adicionalmente, Aguilar hace una crítica a los medios de comunicación que venden una imagen falseada o parcializada de la población negra, situándola en lugar de inferioridad en todos los roles, lo que según la autora repercute en acciones racistas y en muchos casos desencadena un proceso de fortalecimiento de los lazos de paisanada y compadrazgo. Así mismo, destaca la parcialidad de la información presentada allí, en donde siempre se destacan los mismos elementos y características culturales y no se indaga sobre otras esencias y aportes del grupo étnico tanto para sí mismos como para la nueva ciudad que habitan.

Así, este trabajo es uno de los primeros, y por ende un valioso intento, en tratar el tema de la inserción y las condiciones que ésta genera en una ciudad que no está preparada para ello, y que obliga a un grupo étnico a adaptarse y en algunos casos a modificar sus dinámicas. De igual forma, aporta información específica de tipo urbano, ya que no pierde el contacto con la ciudad como ente donde se desarrollan las prácticas sociales y culturales, entre otras, y deja planteados los siguientes cuestionamientos: ¿hasta qué punto es posible que la cultura negra pueda expresarse y mantenerse?, ¿hasta dónde se puede conservar un polo de similitudes y diferenciaciones? Afirma Soledad Aguilar (1995: 30): “el rostro de Bogotá hoy es en gran medida el fruto de los

procesos migratorios y de la inserción de diferentes poblaciones étnicas y regionales que son agentes culturales”.

En la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional se realizó el trabajo *La organización de las mujeres en situación de desplazamiento como posibilidad de acción política: el caso de las mujeres de la Asociación Afrocolombiana de Desplazados, Afrodes* (2004), de Lina María Cabezas Rincón. Este riguroso trabajo toma el tema de las mujeres desplazadas y la problemática de derechos humanos generada a partir del desplazamiento, y las posibilidades de organización para mejorar las condiciones de vida en el contexto urbano. Así, se aporta un completo análisis sobre las políticas, los programas, proyectos y leyes definidos por el Distrito y el gobierno nacional, y de otra parte los resultados en materia política obtenidos por Afrodes.

El estudio describe el cambio de rol de las mujeres afrocolombianas al llegar a la capital por condiciones de desplazamiento forzado, y las condiciones raciales a las que se ven sometidas. Así mismo, se analizan las diferentes manifestaciones de acción política de este grupo de mujeres, los mecanismos de lucha para abrir espacios de inclusión en la sociedad de manera que se respeten sus derechos de género y raza.

Así, este trabajo constituye un valioso intento por vislumbrar las condiciones generadas por el desplazamiento, y las herramientas legales de las que se puede valer la comunidad en su lucha por los derechos humanos. Queda abierta la pregunta por la verdadera eficacia de las normas y programas —entre otros mecanismos de lucha— y su real aplicación.

Otro trabajo referenciado es *Cuerpos, espacios de encuentros y desencuentros: misas afrocolombianas en Bogotá* (2005), de Luis Carlos Castro, realizado en el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional. Pese a que su título hace hincapié en el tema de estudio, no se pudo acceder a él.¹⁴

Por otra parte, el periódico *UNperiódico* de la Universidad Nacional, en su sección de Cultura, ha publicado dos artículos que hacen referencia a la presencia afro en la ciudad de Bogotá como prácticas culturales destacadas en los últimos tiempos. El primero, de Paula Andrea Grisales Naranjo (2004), titulado “Saberes y sabores del Pacífico”, por medio del análisis del trabajo de grado de María Paula París acerca de la comida del Pacífico en Bogotá, busca dar cuenta de la antigua tradición que estos platos tienen. Así, pese a ser un corto artículo, muestra la importancia que para los afro residentes en la ciudad representa la cocina y por ende su comida. Esta riqueza trasciende las fronteras, y a través de ella los afro logran transportarse a sus lugares de origen, donde

¹⁴ En la búsqueda bibliográfica se halló referenciado en la recopilación bibliográfica *Gente negra en Colombia* (2005) de Eduardo Restrepo; sin embargo, no se encontró en el catálogo de la Universidad Nacional.

las mujeres aprendieron la tradición de sus madres, tías y abuelas en una cadena que empezó en tiempos de la esclavitud, tradición que hasta ahora se ha mantenido pese a la distancia respecto de los territorios de origen.

El artículo destaca apartes del estudio de María Paula París, exaltando la riqueza de la comida del Pacífico que se realiza en la ciudad, y las transformaciones que ha experimentado como resultado de la ausencia de los ingredientes indicados y la calidad del pescado, entre otros. Pese a esto, se resalta la altísima calidad de esta comida, para cuyo disfrute no se necesita ser afro, reconocida por gran cantidad de gente que a diario frecuenta los lugares donde se expende y que encuentra en ella una conexión especial que trasciende la cultura. Grisales (2004) anota que “La capital se impregna de los olores, sabores y texturas que los afrocolombianos, al migrar, traen a la capital, pues a pesar de los cambios conservan sus tradiciones gastronómicas”. Este artículo cobra especial importancia por el hecho de ser publicado en la sección de Cultura, y porque a través de él se busca mostrar escenarios de “saberes y sabores” así como los aportes que un grupo inmigrante hace a Bogotá.

Por su parte, Nelly Mendivelso elabora el artículo “Mapa de fuga y otros secretos afro” (2004), basado en el trabajo de Lina María Vargas *Poética del peinado afrocolombiano*. El corto texto busca resaltar los principales aportes del trabajo de Vargas y dar cuenta de un espacio u oficio que se posiciona en la ciudad como muestra de la identidad y de la presencia afro. Así, se resaltan apartes del trabajo de Vargas (2003) como la tradición milenaria del peinado en las culturas afro, el espacio posicionado en la ciudad y las huellas de africanía presentes en Bogotá. El texto muestra de manera general cómo nació esta técnica en tiempos remotos, cómo ha perdurado en el tiempo, el papel desempeñado por las mujeres dentro de su cultura como grandes artistas, y cómo las peluquerías se han convertido en sitios de convergencia social y lugares donde se perpetúa el arte heredado de generación en generación por los afrocolombianos.

Así, los artículos del periódico de la Universidad Nacional exaltan dos trabajos importantes que contribuyen al conocimiento del grupo afro en la ciudad, y aportan a la divulgación de la información para visibilizar los aportes culturales de dicho grupo.

Entre los trabajos publicados realizados por integrantes del Grupo de Estudios Afrocolombianos del CES, se destaca *Mi gente en Bogotá: estudio socioeconómico y cultural de los afrodescendientes que residen en Bogotá* (2002), de Jaime Arocha, María Elvira Díaz y Lina María Vargas. Esta obra es el resultado de una investigación básicamente de corte cualitativo, y de iniciativa distrital, que tuvo como objetivo principal conocer el número de afrocolombianos residentes en Bogotá, su situación social, económica y cultural. El texto es un informe, resultado del proyecto de investigación adelantado

por el CES, que da cuenta del trabajo desarrollado entre junio de 2000 y mayo de 2001 por un grupo interdisciplinario de antropólogos, sociólogos y estadísticos.

Como metodología para la selección de la muestra de la población, el estudio aporta un *plan de muestreo* y un *procedimiento de estimación* correspondiente a los algoritmos y fórmulas para obtener valores poblacionales a partir de los datos muestrales. Al final, las estadísticas cruzadas en algunas variables con los datos arrojados por el censo de 1993, permiten trazar unos mapas de medición de la concentración de afrodescendientes en Bogotá. Quienes realizaron el estudio fueron conscientes de haber empleado la metodología más adecuada según las limitaciones del estudio, en particular la referente al trabajo con una población que es minoría en la ciudad, y para la cual el texto es crítico al afirmar que no se han desarrollado metodologías suficientes que se adapten para su estudio.

De esta forma, mediante la aproximación a los hogares de afrodescendientes se logra identificar el proceso de movilidad de este grupo en la ciudad, descubrir cuál es la situación de vivienda, determinar sus condiciones de vida, sus percepciones y opiniones sobre la discriminación, hacerse una idea sobre los equipamientos o bienes para determinar la posición socioeconómica de los hogares, visualizar aspectos relacionados con la discriminación y la violencia, la participación social y política de los afrobogotanos, y exponer posibles estrategias de difusión cultural propuestas por la comunidad.

Es importante mencionar que este estudio tenía entre sus limitaciones el hecho de haber contado con un presupuesto reducido que impedía el cubrimiento de todas las zonas de interés, y dado que usaba la información de los barrios que el DANE había cartografiado, no se contaba con datos para los barrios periféricos y subnormales, donde hay una gran concentración de población afrocolombiana. Adicionalmente, los términos de referencia excluían a Soacha, municipio donde también se presenta una alta concentración de población desplazada del litoral pacífico. Así, el estudio no aporta datos sobre la situación en los barrios ilegales o subnormales, por lo cual la información correspondiente a la vivienda, y por supuesto a los demás aspectos, no es válida para el total de la población.

Buscando contrarrestar los vacíos que se pudieron generar en el estudio sociodemográfico adelantado para la construcción del texto *Mi gente en Bogotá...*, los autores incluyeron un capítulo denominado “Conversando con mi gente”, basado en entrevistas realizadas por Claudia Mosquera en 1998, donde se da cuenta de la historia de vida de distintos afrobogotanos que vinieron a la ciudad no sólo a causa del desplazamiento, sino buscando educación y trabajo. De esta forma, se brindan relatos que arrojan datos significativos sobre el desplazamiento y las formas de vivir y percibir la ciudad.

Por otro lado, con la elaboración de la red de hogares afrocolombianos que se derivó del proceso adelantado por los investigadores de *Mi gente en Bogotá...*, el estudio logra un acercamiento a las costumbres y sitios de reunión de los afrocolombianos en la ciudad, así como a sus lugares de recreación y en general a la experiencia de vivir en la ciudad, lugar donde han logrado trasladar y adecuar algunas de sus prácticas tradicionales. Así mismo, brinda información sobre el papel de las mujeres afrocolombianas en la inserción a la ciudad y el nacimiento de grupos de jóvenes interesados en constituirse en interlocutores de su comunidad con el Estado.

Frente a lo expuesto, el trabajo advierte un desconocimiento por parte de los afrocolombianos de la Ley 70 de Comunidades Negras, así como de la existencia de la Cátedra Afrocolombiana.¹⁵ De igual forma, hay una preocupación manifiesta por parte de los investigadores frente al sentimiento de pertenencia étnico de los afrocolombianos que aún no es explícito, contrario al caso indígena, donde frecuentemente se están empleando etnónimos como embera y arhuaco para autodenominarse. Siguiendo los planteamientos de Nina S. de Friedemann y otros historiadores, en el texto se señala que para el caso afrocolombiano se podría tomar el término *renacientes*, que se deriva de la concepción de las familias de la región aurífera de Güelmambí, en Nariño, que afirman ser las ramas, los descendientes, y en última instancia *los renacientes* de los troncos de cada árbol que se ha arraigado en sus minas. Para finalizar, se concluye resaltando la falta de un trabajo detallado sobre las colonias afrocolombianas en Bogotá que deje ver cuántas hay y de qué procedencias, y la manera como llevan a cabo sus actividades sociales, culturales, económicas y políticas en la ciudad.

Así, *Mi gente en Bogotá...* es un valioso aporte al entendimiento de la situación socioeconómica y cultural de la comunidad afro en la ciudad. Pese a tener una metodología muestral compleja, proporciona datos cuantitativos y cualitativos importantes, al tiempo que expone planteamientos y cuestionamientos en un intento de contribuir al conocimiento de este grupo étnico.

Como complemento a lo expuesto, de la producción del antropólogo Jaime Arocha referente a los afrodescendientes en Bogotá, se destacan artículos publicados como “Afrocolombianos: de esclavizados descendientes en Bogotá” (2000), que trata el tema de la etnicidad y el conflicto, y el desplazamiento forzoso. El trabajo maneja el enfoque sobre las causas de la diáspora afrocolombiana y los medios de los cuales se valen los afrodescendientes para adaptarse a la vida urbana de Bogotá. Por otra parte,

¹⁵ Un cuestionamiento que surge en relación con estos aspectos es cuál fue el tipo de población que se seleccionó para la muestra. De acuerdo con las respuestas que arroja la encuesta, los autores concluyen que en las localidades estudiadas pareciera no encontrarse la población desplazada por la violencia, sino “quienes aspiran a ascender en el escalafón socioeconómico, aprovechando las oportunidades que les brinda la capital”, población que en última instancia “no está tan mal”, como afirman los autores del texto.

de los capítulos en libros publicados, se destaca “Africanía y globalización disidente en Bogotá: la ruta del esclavo” (2002), que según palabras del autor,

[...] introduce el concepto de globalización disidente en términos del conjunto de redes transnacionales de carácter político, social, ambiental, religioso o comunicativo que pueden crearse alrededor de filosofías, espiritualidades, míticas, poéticas, estéticas, y demás características y reivindicaciones que los sistemas hegemónicos someten a la invisibilidad, estereotipan y desdeñan.

Así mismo, “Patrimonio afrocolombiano en Bogotá” (2002) reflexiona sobre los lugares de emplazamiento donde la población afro lleva a cabo sus prácticas cotidianas. Pese a ser un texto breve, expone la carencia de lugares autóctonos para desempeñar prácticas comerciales —un caso de estudio es el centro comercial Galaxcentro 18—, y cómo la población afro se adapta a las formas arquitectónicas existentes en la ciudad.

En la línea de estos textos cortos se encuentra el artículo “Muntu y Ananse amortiguan la diáspora afrocolombiana”, (2002) publicado en el segundo número de la revista *Palimpsestos* de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, donde Arocha analiza el tema de la pérdida de sabidurías milenarias dentro de la población afrodescendiente, aduciendo que dicha merma puede ser una de las causas del destierro. Adicionalmente, muestra algunas innovaciones en las prácticas de los afrodescendientes que han emigrado a Bogotá, como estrategias de resistencia y adaptación. Las protestas en el Planetario, en mayo de 2002, contra los ataques de las FARC a la iglesia de Bellavista, la historia de un joven futbolista de Santa Fe que presta el servicio de peluquería a sus paisanos en las calles, los platos que los *niches*¹⁶ “arman” para que los bogotanos se sientan ante platos típicos y algunas innovaciones introducidas a la persignación en la misa, son algunas de las múltiples facetas sobre las cuales hace aportes este texto, como mirada a lo que implica insertarse en un nuevo mundo urbano.

Retomando los trabajos que tienen iniciativa o respaldo institucional, se destaca la investigación *Poética del peinado afrocolombiano*¹⁷ (2003) de Lina María Vargas Álvarez,¹⁸ donde se descubre la importancia y la significación que entraña el ejercicio

¹⁶ Etnónimo que, al igual que el de *afro*, se emplea con frecuencia en el contexto urbano para designar a los afrodescendientes.

¹⁷ El interés de la autora por el peinado y la estética afrocolombiana derivó de su participación en el Grupo de Danzas Afrocolombianas de la Universidad Nacional. Allí se le despertó una curiosidad por entender algo que “como un ritmo, algo típicamente caribeño [que] conecta todos y cada uno de los actos de la cotidianidad” de los afro, como “el caminar erguido, el hacer de pronto un paso de salsa en la calle, el levantar la mano para saludar a un conocido, [...] una risa sin pudor, la manera de contar la última hazaña de un amigo en Quibdó o del alcalde de Buenaventura, o el uso de colores llamativos en gran parte del vestuario” (Vargas, 2003: 23), son elementos de la cultura heredados por generaciones a través de la observación y el aprendizaje.

¹⁸ Este trabajo, dirigido por Jaime Arocha, se enmarca en las líneas investigativas del Grupo de Estudios Afrocolombianos del

de peinar y *motilar* dentro de la población afrocolombiana residente en Bogotá. El trabajo destaca, desde la perspectiva sociocultural, a Bogotá como una ciudad diversa, en tanto que en ella se mezclan habitantes que han migrado de todas partes del país, y que en su proceso de adaptación y asentamiento en la ciudad han aportado elementos propios de su tradición. En el caso particular de los afrocolombianos, ellos se han ido haciendo visibles en esta ciudad debido a los procesos de desplazamiento no voluntario desencadenados por la violencia en algunas zonas del país y a la apertura de nuevos espacios de representación política para esta minoría.

En la monografía de Vargas se tratan dos aspectos de la cultura afrocolombiana que tienen gran fuerza en la capital: las peluquerías afro como “espacios de múltiples sentidos” y la estética afro como un elemento de identificación cultural y étnica que se construye en oposición al *otro*, y que según Vargas permitiría encontrar algunas huellas de africanía heredadas de los modelos sociales africanos, basados en formas organizativas extensas y matrifocalidad.

La investigación de Vargas se concentró en la observación de algunas peluquerías de afrocolombianos que desde hace algunos años funcionan en la capital. La importancia de la heterogeneidad de la muestra abarcada por este estudio descansa en la posibilidad que brinda por contrastar y permitir apreciar la multiplicidad de significaciones que adquiere el espacio de la peluquería en el contexto de análisis de la situación actual de la población afrodescendiente residente en Bogotá. Si bien la peluquería no deja ser el espacio para “motilarse”, peinarse, alisarse y hacerse diseños exclusivos sobre el cuero cabelludo, adquiere un significado más amplio en la medida en que en ella se integran elementos de gran importancia para la cohesión y el bienestar de estas poblaciones. Aparte de estas actividades típicas propias de las peluquerías, allí se presta el espacio para el cultivo de las relaciones sociales, para enseñar y aprender pasos de baile tradicionales, para jugar una partida de dominó e incluso para promocionar y ofrecer actividades y servicios comunitarios.

Un aspecto importante que permite entender otra de las dinámicas asociadas a las peluquerías en Bogotá lo recoge la autora en el aparte titulado “Los subordinados hablan”, en donde se evidencia el carácter de resistencia que pueden llegar a tener los peinados afrocolombianos, entre otras prácticas propias de esos grupos, pues se derivan de una lucha profunda de sus ancestros para escapar de las posturas dominantes de los esclavizadores. Ligado con este tema, resulta interesante observar el fenómeno de consumo de la producción cultural de la estética afrocolombiana, del cual Vargas da cuenta al señalar el caso de muchos jóvenes no afro que adoptan peinados propios de los afro, como las

Centro de Estudios Sociales (CES) de la Universidad Nacional de Colombia, y hace parte de una investigación más extensa que viene desarrollando el grupo en mención bajo el nombre de Rutas, Senderos y Memorias de los Afrodescendientes que Residen en Bogotá.

drelas, sin que ello implique negociar los estereotipos que se tejen alrededor de dicha población.

Como se reitera en distintas partes del texto de Vargas, las peluquerías son multifuncionales, o en palabras de la autora, *holísticas*, en el sentido de que allí se presta un servicio, pero también se refuerzan los lazos sociales y culturales, se reafirma la identidad afrocolombiana y se recrean los espacios del lugar de origen. Al respecto, Vargas (2003: 84) argumenta:

No son sólo las funciones que se llevan a cabo en los espacios lo que importa —cuestión que se reduce al materialismo y la producción—, sino, además, la variedad de significados culturales que en ellos se tejen, generando un sentido para quienes han crecido inmersos en las culturas afro.

A manera de conclusión, el trabajo de Lina María Vargas se concentra en una práctica muy arraigada entre los grupos afrocolombianos, como es el peinado. A lo largo de su trabajo, de manera inteligente Vargas logra presentarnos el panorama de lo que son los afrocolombianos inmigrantes en Bogotá y la forma como a través de su corporalidad, y en particular de su arte de peluquear, “motilar” y hacer diseños sobre la cabeza, dan cuenta de una historia de dominación y liberación, en la cual se entremezcla una multiplicidad de elementos de su tradición cultural.

Otro trabajo publicado que se destaca es el de Claudia Mosquera Rosero, titulado *Acá antes no se veían negros: estrategias de inserción de la población negra en Santa Fe de Bogotá* (1998), publicado por el Observatorio de Cultura Urbana del Instituto Distrital de Cultura y Turismo (IDCT). El trabajo se articula en torno a la pregunta “¿Por qué en Bogotá hay tanto negro ahora?”. Si se vuelve sobre ella de manera inadvertida, lo primero que llama la atención es su alusión a un ahora y a un antes implícito, sugiriendo que hoy podemos encontrar en Bogotá una población negra que hace 15, 20, 30 ó 50 años no existía.

Para Mosquera, la motivación principal se halla en poder resaltar qué han aportado, y cómo lo han hecho, los negros “al caleidoscopio étnico-cultural que representa esta urbe” (Mosquera, 1998: 9). El eje central de su indagación se encuentra ligado con el análisis de los mecanismos de inserción de los inmigrantes negros y no negros en la ciudad, para a partir de allí elaborar una caracterización más detallada de los barrios donde principalmente se encuentran habitantes negros, muchos de los cuales, se sabe, están ubicados en el suroccidente de la ciudad. Otra de las inquietudes fundamentales para el texto, y de interés particular para el Instituto Distrital de Cultura y Turismo, se funda en la discusión sobre cómo generar mecanismos desde la política distrital para intervenir ante los problemas que se generan en la ciudad por la confluencia de pobla-

dores con acervos culturales distintos, es decir, ante la presencia de la multiculturalidad; y en última instancia, cómo construir tolerancia frente a la diversidad étnica.

Con el fin de hallar respuestas a estos interrogantes, la autora elabora un texto donde se pregunta por la procedencia, las experiencias migratorias, las ocupaciones y las redes de apoyo que facilitan la inserción residencial y laboral de los inmigrantes negros en Bogotá, buscando con ello descubrir cómo funciona la solidaridad entre paisanos y cómo desarrollan estrategias para contrarrestar los obstáculos que se les presentan en la ciudad, que no pueden juzgarse sólo como económicos sino que, para dar un ejemplo, en el caso de la discriminación, se insertan directamente en lo que atañe a sus valores culturales, sociales e identitarios.

Si bien *Acá antes no se veían negros...*, no busca indagar sobre el grado de etnicidad de los negros en la ciudad, sí quiere profundizar en el debate sobre cómo se construye multiculturalidad en la ciudad y qué tipo de conductas se consideran formas de expresión identitarias o prácticas socioculturales propias de una comunidad como la de inmigrantes negros en la ciudad.

En su texto Mosquera coincide con otros autores al no referirse a estos inmigrantes como afrocolombianos, sino como *inmigrantes negros*, pues afirma que ellos “se sienten estigmatizados cuando se les califica como negros, pues esta denominación está investida de una significancia social-relacional muy desvalorizante”. A pesar de la connotación peyorativa de la denominación *negro* o *negra*, muchos la asumen sólo por una identificación con un rasgo físico, que se aprecia en la frase “soy negro porque mi piel es negra” (Mosquera, 1998: 13).

Así mismo, Mosquera argumenta que los intelectuales, académicos, y las organizaciones de base reivindican con mayor frecuencia la denominación de *afrocolombiano* como *political correctness*, buscando invertir el valor peyorativo que se le ha dado al color negro de la piel a lo largo de la historia y recordando un origen africano y unas huellas de africanía que se han recreado en el Nuevo Mundo. De otro lado están muchos otros que, como advierten las respuestas consignadas anteriormente, rechazan la categoría de *afrocolombiano* y siguen autodenominándose *negros*.

Partiendo de esta distinción entre nominalizaciones, la autora se planteó una metodología que le permitiera recolectar información sobre la inserción de la población del Pacífico en Bogotá. Para ello escogió dos barrios de distinta estratificación social, Casablanca y Britalia, donde realizó un precenso de 180 hogares negros, aclarando que no todos los habitantes de dichos hogares se percibían a sí mismos como *negros*. Del precenso se escogieron aleatoriamente 75 hogares de cada barrio para conformar la muestra total de 150 hogares.

El estudio empleó tres técnicas de recolección. La primera consistió en la realización de encuestas sociodemográficas aplicadas a negros y no negros donde se obtenían datos sobre la vivienda, las características demográficas y socioeconómicas de los miembros del hogar y se buscaba reconstruir la trayectoria migratoria y laboral del jefe o jefa de hogar, además de las prácticas culturales que llevan a cabo en la ciudad y los mecanismos que han empleado para vencer los obstáculos que les plantea la vida en la urbe. La segunda tuvo como fin complementar la información aportada en las entrevistas a través de los relatos de vida que permitían a su vez identificar a las personas con trayectorias migratorias grandes, y la tercera fue la realización de talleres con la población negra tanto como con la no negra, donde se abordaron, entre otros temas, los lineamientos de una política distrital para la población de color.

Mosquera define el concepto de *estrategias de inserción urbana* para recoger todo aquello que, desde las comunidades negras, pueda hacerse para lograr el reconocimiento de su existencia y especificidad por parte de la sociedad. Para reconocer estas estrategias de inserción urbana en el ámbito cultural se pueden observar prácticas culturales asociadas a la esfera privada como la gastronomía, las formas de expresión oral, la distribución de los espacios en el hogar, que responde a una lógica particular, y los códigos que regulan las relaciones entre los miembros del grupo familiar.

El texto de Claudia Mosquera deja en claro la manera como las comunidades de inmigrantes negros han ido negociando su posición y su permanencia en la ciudad, y como han aportado desde la diferencia a la construcción de una ciudad multicultural.

Frente al panorama expuesto, se resalta la importancia y el aporte del proyecto educativo e investigativo emprendido por la Universidad Nacional de Colombia. Con el material construido se abren nuevas vías al entendimiento y conocimiento del grupo étnico afro asentado en Bogotá, desde distintas variables, principalmente culturales, sociales y económicas.

Por otra parte, y retomando los trabajos de carácter académico, se tiene el caso de la Universidad Externado de Colombia. El claustro tiene en la actualidad un Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales (CIPE), del cual hace parte la línea de investigación Estudios Africanos (EA),¹⁹ de la Facultad de Finanzas Gobierno y Relaciones Internacionales. Entre sus actividades se encuentra la publicación de textos, la realización y participación en eventos académicos y el establecimiento de contactos con organismos internacionales, universidades y ministerios, entre otros. Así mismo, entre los programas de pregrado y posgrado de la Universidad Externado de Colombia, el

¹⁹ Los objetivos del grupo son: a) intercambiar y analizar las estrategias y experiencias de los afrodescendientes en Colombia, las Américas y el Caribe, b) analizar la legislación de derechos humanos en todo el hemisferio y su rol en el proceso de eliminación de la discriminación racial, y c) consolidar los esfuerzos para crear una red de académicos y organizaciones de base de la sociedad civil dedicada a las comunidades afrodescendientes en las Américas y el Caribe.

Estudio de Área de África contribuye con el análisis de las dinámicas y problemáticas del continente africano en Colombia. Actualmente la Línea Estudios Africanos trabaja los siguientes proyectos de investigación: Cooperación Sur-Sur, Migraciones y Trata de Personas, y Diásporas y Afrolatinidad. Sin embargo, no se han producido publicaciones ni trabajos específicos referentes a la comunidad afro radicada en Bogotá, ni hay información específica que aporte a esta investigación.

Sin embargo, en la Facultad de Comunicación Social se realizó la tesis *Chocolate con leche: una mezcla deliciosa* (2004), de Catalina Ávila y Paola Gómez. El texto brinda, tomando el reportaje como metodología de aproximación a las distintas realidades sociales, una mirada a ese espacio y prácticas que los afrocolombianos o *niches* vienen ocupando y dotando de significados propios en la ciudad, hasta el punto de que hoy se puede reconocer una Bogotá diferente, la de “la salsa, la chirimía, el currulao, la champeta y desde hace algunos meses el reggaetón, que huele a sierra frita o en salsa; y que comunica personalidades, deseos e identidades a través del cabello” (Ávila y Gómez, 2004: 1).

A partir de un conjunto de entrevistas a afrocolombianos, la mayoría de ellos cho-coanos, que han venido a la ciudad buscando mejores oportunidades laborales y educación, en el texto se construye una narración que —como se describe en el párrafo anterior— permite realizar una lectura de una población que hace presencia con sus bailes y su música, su gastronomía y los delicados diseños que peluqueros afro plasman en la cabeza de sus paisanos. Ávila y Gómez se adentran en la historia de las discotecas, las pescaderías y las peluquerías de afrocolombianos acudiendo a la memoria de quienes allí trabajan y asisten como clientes, quienes, vale aclarar, no son exclusivamente afrodescendientes, sino bogotanos mestizos e indígenas que encuentran en las expresiones culturales de lo afro puentes de aproximación a una cultura que tiene “sabor” y que se niega a dejarse apagar en la ciudad, lejos de sus tierras exóticas y casi paradisíacas.

Las preguntas que subyacen al reportaje *Chocolate con leche: una mezcla deliciosa* son en sí mismas un elemento de comprensión básico de las “partes del Pacífico en Bogotá”. Las preguntas “¿cuáles son?”, “¿dónde quedan?”, “¿cómo son?”, “¿qué ocurre allí?”, son los ejes de articulación del reportaje, que salta de una historia a otra sin rupturas, mostrando cómo se perciben a sí mismos y a su cultura quienes de una u otra forma, como clientes o como cocineros, peluqueros o músicos, habitan temporal o permanentemente en esas “partes del Pacífico”. Para la selección de los lugares donde finalmente realizaron las entrevistas, Ávila y Gómez tuvieron en cuenta los sectores —según las autoras— con mayor presencia de afrodescendientes (el centro, Kennedy, Las Ferias y Suba). Una vez allí, se basaron en los criterios de antigüedad, ubicación, variedad, reconocimiento y afluencia para escoger a sus entrevistados.

El texto aporta datos acerca de la ubicación de algunos restaurantes, discotecas, pe-luquerías, y destaca zonas de confluencia dentro de la ciudad. De igual forma, ofrece apartes de entrevistas y expone citas que muestran la forma de pensar y sentir de algunos de los pobladores. Las autoras no se limitan a exponer la información, sino que, producto de su análisis, demuestran que esos lugares se constituyen en sitios de reunión, de oportunidad laboral, de esparcimiento, entre otras prácticas que contribuyen a perpetuar su identidad como grupo étnico.

Por su parte, la Universidad de los Andes, según expone Adriana Maya en el I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana (2002), desde hace algunos años ofrece en el Departamento de Historia dos asignaturas relacionadas con la cátedra de estudios afrocolombianos. De igual forma, viene haciendo adelantos relacionados con la enseñanza y la discusión alrededor de la etnoeducación afrocolombiana; así mismo, se realizan seminarios especializados, uno sobre el siglo XVII, dedicado a los problemas de reconstrucción cultural de los africanos y sus descendientes durante el periodo colonial, y otro centrado en el siglo XIX. En el marco de estos campos se han realizado trabajos de grado, algunos con opción de doctorado en universidades extranjeras.

Pese a que no cuenta con un grupo con trayectoria investigativa específica en el tema, en la Facultad de Antropología se realizó una tesis de grado titulada *Transformaciones y continuidades de la danza tradicional del Pacífico colombiano en población en situación de desplazamiento: un estudio de caso en los barrios La Isla y El Oasis (Soacha)* (2004), que representa un aporte valioso, ya que ofrece un estudio juicioso de un aspecto cultural importante para los afrodescendientes, como es la danza, la cual no había sido explorada de manera teórica y conceptual en el caso de Bogotá. La tesis de la antropóloga María Cristina Tavera busca, a partir del análisis de las danzas tradicionales del Pacífico, entender la problemática antropológica que se teje entre la pérdida de lugar, el desarraigo y la identidad de los pobladores de esas tierras que han venido a vivir a Bogotá debido a un desplazamiento forzado.

En el texto, la autora parte de hacer una caracterización social y geográfica detallada de los barrios La Isla y El Oasis, ubicados en municipio de Soacha, donde existe una numerosa población afrodescendiente en situación de desplazamiento. Por tanto, dichos barrios son dos espacios sociales interesantes para visualizar cómo se han dado transformaciones, adecuaciones y nuevas conceptualizaciones de la danza tradicional del Pacífico en Bogotá.

El primer capítulo de la tesis, sustentada en un trabajo etnográfico de ocho meses tanto en Bogotá como en Quibdó, gira alrededor del análisis de las condiciones de vida en La Isla y El Oasis. De allí se pasa, en el segundo capítulo, a ver la danza como una forma de memoria corporal en la cual se inscriben y dejan entrever estructuras, dinámicas

sociales y códigos compartidos que permean la vida de la población del litoral pacífico. Finalmente se da cuenta de los procesos de adaptación de la danza tradicional al contexto de los barrios estudiados, con el fin de mostrar cómo la danza ha dejado de ser un espacio de “goce” para quien la ejecuta, para transformarse en un espectáculo, “teatralizado”, en términos de Tavera, que sirve de mecanismo de “rebusque” en medio de la selva de cemento que es la ciudad para estos nuevos pobladores.

En el texto de Tavera se hace un énfasis particular en la naturaleza devastadora de la ciudad frente a los saberes de los afrodescendientes recién llegados, ya que estas personas, principalmente campesinos, resultan “inútiles” para las dinámicas de la ciudad. Como consecuencia de ello, sólo pueden conseguir empleos inestables y mal remunerados en actividades como la construcción, en el caso de los hombres, y el servicio doméstico y los restaurantes, en el de las mujeres.

En lo referente a las prácticas culturales de los afropacíficos, Tavera (2004: 48) afirma que “espacios como La Isla y El Oasis facilitan el desenvolvimiento y la recreación de todas las prácticas que hacen parte de su entramado cultural”. La cercanía con los demás habitantes del barrio facilita de alguna manera la interacción, compartir historias, lenguajes y recuerdos y el fortalecimiento de las costumbres y tradiciones. Muchas prácticas culturales se pierden por las dinámicas urbanas, pero el entramado cultural, eso que la autora denomina *territorialidades incorporadas*, permanece, independientemente de que pueda o no ponerse de manifiesto.

A partir de una primera aproximación etnográfica a la situación de las comunidades de afrocolombianos habitantes de los barrios La Isla y El Oasis, la autora emprende un recorrido, basado en un periodo de campo en el Chocó, por la danza y la música propios de los pueblos del litoral pacífico. En este aparte de la tesis se encuentran datos importantes que permiten entender la manera como la memoria corporal de esos pueblos es un factor de generación de identidad muy fuerte.

La lectura del desplazamiento a partir de la danza deja ver los tipos de danza o rituales corporales que se desarrollan en los barrios estudiados y las adaptaciones que se les han hecho con el objetivo de “urbanizarlos”.

En términos generales, el texto de María Cristina Tavera hace una descripción interesante de cómo una población del litoral pacífico que ha tenido que desplazarse de manera involuntaria vive en un contexto urbano. Su análisis sobre la danza y la música, visto desde una mirada a la tradición *in situ* en el Chocó y contrastada con las adaptaciones que se han hecho en Bogotá, permite entender que no sólo los individuos y los grupos humanos experimentan de manera cruda el desplazamiento; también sus tradiciones, historias y las más íntimas memorias experimentan rupturas.

Así mismo, de la Universidad de los Andes, más específicamente del Departamento de Antropología, se destaca el trabajo de Adriana Melendro *Expresión de identidad étnica y racial en migrantes del corregimiento de Guayabal (Chocó)* (1996). La antropóloga presenta en este texto una aproximación a la manera como se expresa la identidad étnica en la vida cotidiana de un grupo familiar chocoano como vehículo de autolegitimación frente al medio externo. A manera de objetivo secundario, la autora analiza la incidencia de las relaciones establecidas en la ciudad sobre las formas de identificarse o verse frente al medio urbano en las poblaciones afrodescendientes, teniendo en cuenta los espacios que frecuentan y las actividades que realizan.

El trabajo de campo de Melendro tomó como referente de información un grupo de personas inmigrantes de Guayabal, municipio cercano a Quibdó, quienes vinieron a la ciudad y se establecieron en un inquilinato, manteniendo así fuertes vínculos familiares y amistosos. En su investigación, Melendro resalta la alta movilidad espacial de las poblaciones de afrocolombianos, como pilar de la identidad étnica negra del Chocó.

Tras asignar un capítulo completo a la caracterización de las condiciones económicas del departamento del Chocó, la autora repasa algunos puntos relevantes con respecto a la identidad étnica y racial de los afrodescendientes de Guayabal que se encuentran en la ciudad. Posteriormente analiza las redes de interrelación de los chocoanos de Guayabal en Bogotá. En primera instancia, da una mirada a los espacios doméstico y laboral como ejes donde se activan las redes para ingresar a la ciudad. Luego aborda el tema de la vecindad, la recreación que permite estrechar vínculos que pueden contribuir a la adaptación laboral del inmigrante, y finalmente se concentra en los espacios de transición, como la calle en el caso de los vendedores ambulantes, a partir de los cuales se da el acceso a lo urbano.

El texto de Melendro constituye una aproximación etnográfica a la realidad de un grupo de chocoanos inmigrantes en Bogotá. A partir de los diálogos sostenidos con sus informantes mujeres y la observación participante desarrollada en un inquilinato del barrio Las Ferias, da una mirada a los mecanismos de negociación de identidades étnicas y culturales que desarrolla esta población al entrar en contacto con el medio urbano.

La Universidad Pedagógica de Colombia también ha hecho aportes al conocimiento de la población afrocolombiana residente en la ciudad desde la experiencia musical y la danza, como lo construido intelectualmente. Uno de los trabajos de grado es el de Ana Felicia Barajas, y se titula *Variación espacial en la localización de residentes chocoanos en Santa Fe de Bogotá* (1992). Se trata de una aplicación de la geografía urbana que intenta explicar la distribución y la movilidad espacial de 100 familias chocoanas en la ciudad durante el periodo comprendido entre 1960 y 1991. Así, la autora entiende

el desplazamiento como un fenómeno geográfico enmarcado en la inmigración y la emigración.

El estudio buscó indagar por los factores que inciden en la localización residencial actual de la comunidad chocoana en la ciudad de Bogotá, mostrar la ubicación cartográfica según estratos socioeconómicos en que se han localizado los chocoanos, analizar las principales causas de la migración a la ciudad y establecer las causas por las cuales se da un proceso de migración intraurbana entre los chocoanos.

Tras el trabajo con 100 familias chocoanas dispersas por la ciudad, la autora muestra cómo la ubicación inicial de las mismas no está determinada por su estrato de origen sino por la instalación previa de amigos y familiares. De igual forma, aclara que la permanencia en el primer barrio es mucho más corta que la permanencia en el siguiente; es decir, la población no se queda en el lugar de llegada sino que recorre varios barrios hasta ubicarse en el que complace sus intereses. Así mismo, la autora concluye que “la localización de las familias es producto de un proceso migratorio intraurbano, caracterizado por una alta movilidad espacial” que depende esencialmente de las oportunidades que se les presente, como la adquisición de vivienda y facilidad de arriendo —entre otras—, que eleven su calidad de vida. Barajas (1992) concluye que no existe similitud entre la teoría revisada referida a la migración y los resultados que arroja el trabajo, ya que la primera expone conceptos muy generales principalmente sobre la migración rural-urbana, y en la práctica se trabaja con un caso concreto de migración intraurbana.

Por otro lado, el trabajo de Wilmer Villa y Fanny Quiñónez denominado *La ruta afrocolombiana en el contexto de la interculturalidad en Bogotá* (2004), se cuenta como otro aporte construido desde la Universidad Pedagógica. Pese a que su título llama la atención sobre el tema de estudio, no se tuvo acceso al mismo.²⁰

La Universidad Distrital Francisco José de Caldas ha hecho varios aportes desde su Facultad de Ciencia y Educación, a través de trabajos de pregrado y maestría en investigación social interdisciplinaria. El trabajo de grado titulado *Expresiones particulares de la cultura tradicional oral de la comunidad negra del litoral pacífico radicada en la localidad de Suba* (2003) es el resultado de la labor investigativa adelantada por Edgar García y Martha Gutiérrez. Su objetivo general es describir los aspectos de la memoria colectiva de los afrodescendientes habitantes de la localidad de Suba, a partir de una recopilación de elementos de su tradición oral.

²⁰ Se halló referenciado en la recopilación bibliográfica *Gente negra en Colombia* (2005) de Eduardo Restrepo; sin embargo, no se encontró en el catálogo de la Universidad Pedagógica.

Basándose en entrevistas a adultos mayores de 45 años y a jóvenes de entre 15 y 25 años, los autores aportan información de gran interés acerca de la medicina popular, las prácticas mágico-religiosas, los sitios relacionados con la muerte, la celebración de la Semana Santa y las fiestas patronales, aspectos socioculturales que se mantienen arraigados en la memoria y la tradición de estas comunidades. Igualmente, aportan datos extraídos del Diagnóstico y Plan de Acción Comunidades Negras de Suba, elaborado por la Corporación Plan y Gestión (2001), acerca de la población estimada de afrodescendientes en la localidad.

En el segundo capítulo, el documento aborda el mito, la leyenda y el cuento, tres formas de narrar que se inscriben en la memoria y el entramado cultural de los afrodescendientes habitantes en Suba. Posteriormente se contribuye a la visibilización de otras expresiones particulares de la cultura afro, como la medicina popular, la santería y la curandería como formas populares de curación de enfermedades, y el manejo de prácticas como la hechicería y la brujería. También se da cuenta del uso de alabaos, arrullos, romances y otras formas de adoración empleadas tradicionalmente en el Pacífico en los actos religiosos, los velorios y la vida cotidiana, algunos elementos de los cuales se han adaptado al uso urbano. Finalmente, en el último capítulo, se da una mirada a los procesos de asimilación y adaptación de los jóvenes afrocolombianos frente a la tradición oral de su cultura, para identificar una de las problemáticas culturales que mayor incidencia tienen para la comunidad afrocolombiana en el contexto urbano: la falta de interés, el desconocimiento y la poca importancia que los jóvenes están dando a su cultura, y en particular a su tradición oral.

Por otra parte, el trabajo de Nevis Balanta y Myriam Monroy *La ciudad migrante: una aproximación al fenómeno de la etnicidad afrourbana vista a través de los pajonaleros residentes en Bogotá* (2001), aborda el tema de cómo la migración ha configurado un nuevo tipo de etnicidad en las ciudades, una etnicidad más móvil y dúctil. El interés del documento descansa en el análisis del fenómeno de la conformación de etnicidad afrourbana a partir de la experiencia de la comunidad pajonalera del barrio San Jorge, partiendo de la motivación que tenían las autoras de estudiar la condición de los afro-migrantes de la costa caribe, de quienes no se han hecho estudios hasta el momento, pues éstos se han concentrado en las poblaciones de la costa pacífica.

El primer capítulo, “La migración y sus impulsos”, da una mirada general al proceso de la migración. El segundo constituye una aproximación al concepto de etnicidad afrourbana y a los conceptos relacionados con este tema, que han sido tratados por las ciencias sociales. El tercer y último capítulo, titulado “El tiempo: una lente para mirar la etnicidad”, analiza algunos elementos del contexto de la migración, entendiendo a Pajonal (Sucre) como el lugar de origen y al barrio San Jorge, de Bogotá, como el de recepción.

En la migración urbana, las autoras señalan que hay un proceso de pérdida y ganancia de doble vía, algo así como la construcción de una nueva identidad afrourbana a partir de la reconstrucción de lo netamente urbano y lo propiamente negro. Partiendo de este señalamiento, el texto se interna en la discusión sobre la categoría *afrocolombiano*, desde la posición de reconocidos autores como Meter Wade, Claudia Mosquera, Soledad Aguilar y Eduardo Restrepo.

Para efectos de la población que trabajan, las autoras subrayan la distinción que existe entre *lo negro* y *lo costeño*, y resaltan que esta última categoría, aunque implica *lo negro*, tiene una connotación diferente, pues “la región conocida como verdaderamente negra es la Pacífica, con lo que eso involucra: atraso y primitivismo”, y los imaginarios contruidos alrededor de los costeños, aunque muchas veces son negativos, no abarcan esas connotaciones de atraso y primitivismo.

Amílkar Ayala realizó el trabajo *La construcción de nación desde lo afrolatinoamericano: caso Bogotá D.C.* (2004), en el cual expone un debate extenso sobre la complejidad de la opresión de los grupos étnicos. Parte de esa premisa para examinar en varios capítulos temas como la noción de raza y racismo, la manera como la antropología contemporánea responde a la discusión sobre la raza, el antisemitismo, la aplicación de los principios de nación, ciudadanía, nacionalidad, Estado y cultura, así como evalúa “de manera cualitativa el impacto en términos de participación ciudadana y de construcción de nación a partir de las diferentes naciones en el interior de los afrolatinoamericanos en Bogotá”.

El suyo es un ejercicio de exploración acerca de las visiones, los sentires y las actitudes de la comunidad negra afrolatinoamericana del Pacífico residente en Bogotá, tomando como base metodológica una exploración participativa de la relación que estos individuos establecen con la ciudad, vista como “instrumento de aplicación de la política social del Estado y de la teoría aprendida de los académicos”.

Para efectos de la comprensión de la situación sociocultural de la comunidad afro residente en Bogotá, el documento de Ayala no propone muchas respuestas, ya que se concentra básicamente en comprender las subjetividades de la etnicidad a partir de preguntas sugeridas por personas de la comunidad afro, que generan respuestas del tipo que se expone a continuación: “Somos esclavos de nuestros propios complejos, ‘lo negro es lo peor’, la comunidad se pregunta por qué no discutimos esto antes, y sobre todo, ¿por qué nos llamamos y permitimos que nos llamen negros?” (afrocolombiana entrevistada en Ayala, 2004: 153).

Así mismo, entre los trabajos elaborados en la Universidad Distrital se encuentra el de Julie Herrera y Cindy Ibarra “Comunidad afrocolombiana”, en *Bogotá, ¿una ciudad*

para todos? (2004), y el de Wilmer Villa *Las estructuras hegemónicas de la ciudad y esa otra imagen de lo negro* (2001). Pese a estar relacionados con el tema de estudio, no se obtuvo acceso a ellos.²¹

Por su parte, la División de Investigaciones del Colegio Mayor de Cundinamarca ha aportado el trabajo *Itinerarios y experiencias de mujeres jóvenes migrantes afrodescendientes del Pacífico sur en Bogotá* (2004), elaborado por Alcira Rodríguez. Al igual que en el caso anterior, pese a que el tema de estudio es relevante para el presente trabajo, no se obtuvo acceso a él.²²

Por otro lado, y continuando con las investigaciones y publicaciones realizadas sobre los afrocolombianos residentes en Bogotá, cabe mencionar una serie de trabajos que tratan el tema afrocolombiano a nivel nacional, incluyendo información específica sobre Bogotá, pertinente de abarcar. Es el caso del *Atlas de las culturas afrocolombianas* (2003), “primer material didáctico elaborado bajo la iniciativa del Ministerio de Educación Nacional como apoyo a la cátedra de Estudios Afrocolombianos sancionada en el artículo 39 de la Ley 70 de 1993”. Según este texto, el Estado se compromete a difundir la historia y la cultura de las comunidades negras en el ámbito de la escuela para que los docentes dispongan de material didáctico para la puesta en marcha de la cátedra. Esta obra fue dirigida por Luz Adriana Maya Restrepo, y el capítulo aquí descrito hace parte de un conjunto de 13 textos publicados en la página web Colombia Aprende.

“Los afrocolombianos hoy” es un artículo incluido en el *Atlas de las culturas afrocolombianas* que se construye a través del trabajo de diez monografistas afrocolombianos pertenecientes a diversas regiones, y aporta tanto información cualitativa y cuantitativa como un panorama general del estado actual de las comunidades afro. Así, se aborda el estudio de áreas culturales afrocolombianas como el litoral caribe, el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, el litoral pacífico y las zonas de migración reciente —donde se encuentra Bogotá—, indagando en cada región

[...] las particularidades geográficas, la importancia histórica y geográfica, los manejos tecnoambientales y tecnoeconómicos, los procesos de titulación colectiva de tierras, los indicadores de educación, salud, servicios públicos, empleo y vivienda, las relaciones interétnicas, la discriminación social y racial, el desplazamiento forzado y el impacto del conflicto armado, y la puesta en marcha de la Cátedra de Estudios Afrocolombianos [*Atlas de las culturas afrocolombianas*, 2003: 252].

²¹ Referenciado en la recopilación bibliográfica *Gente negra en Colombia* (2005) de Eduardo Restrepo; sin embargo, no se encontró en el catálogo de la Universidad Pedagógica.

²² *Ibid.*

En lo referente a las particularidades geográficas de las zonas de cultura afrocolombiana, se destaca la forma como los afrodescendientes se han

[...] ubicado en una zona u otra del territorio colombiano dependiendo de estrategias de emancipación o huida, poblamiento y establecimiento de comunidades libres en gran parte de la geografía nacional. Aun hoy en día la apropiación de espacios por parte de los afrocolombianos se hace de manera espontánea y creativa, y responde a destrezas para la supervivencia física y cultural [*Atlas de las culturas afrocolombianas*, 2003: 252].

En el caso bogotano se reflejan en la ubicación en zonas precarias carentes de infraestructuras básicas. En lo que respecta a la importancia histórica y demográfica de la población afrocolombiana, se resaltan las condiciones actuales de la población afrodescendiente relacionadas con procesos históricos de gran profundidad —la esclavitud, la exclusión y la invisibilización—, aportes que desde la Colonia se han dado en Bogotá, manifiestos en una activa presencia reflejada hoy. Así, se arrojan datos demográficos, formas de crecimiento y tendencias, entre otros.

De igual forma, el texto manifiesta que pese a no tener aplicabilidad temas de análisis como el manejo tecnoambiental y tecnoeconómico, y el proceso de titulación de tierras, se detiene en la manera como las comunidades afrocolombianas asentadas en Bogotá “han generado espacios donde se refuerzan los lazos de autorreconocimiento e identificación étnica alrededor de las actividades económicas que realizan”. Así, se destaca que ciertos “espacios mantienen y refuerzan los códigos lúdicos y estéticos de sus culturas”, como son los restaurantes, bares y peluquerías, principalmente. En lo relacionado con el tema de la titulación colectiva se muestra cómo los pobladores afrocolombianos adelantan procesos de organización y participación política en torno a otros aspectos de la Ley 70. De igual forma, se reflexiona sobre el hecho de que muy pocos conocen los programas en pro de los afrocolombianos, las becas del Icetex, los movimientos de orientación, los grupos folclóricos, la consultiva distrital y los grupos culturales.

En lo atinente a la puesta en marcha de la cátedra de Estudios Afrocolombianos, se anota que la Alcaldía Mayor de Bogotá y la Secretaría de Educación del Distrito han publicado las orientaciones curriculares de la cátedra de Estudios Afrocolombianos con el propósito de respaldar la divulgación de estas culturas en las instituciones educativas del Distrito, y de reforzar la identidad étnica de los afrodescendientes que residen en Bogotá. Sin embargo, se critica que la mayor parte de la población no conoce ni ha escuchado hablar de esa cátedra.

Por último, el trabajo incluye información a partir del análisis de indicadores de educación, salud, servicios públicos, empleo, vivienda y discriminación social y racial, como

de la problemática del desplazamiento forzado y el impacto del conflicto armado en las poblaciones afrocolombianas. Así, la información de indicadores arrojada se caracteriza por ser sintética y precisa, y aunque no ahonda en muchos análisis es importante como elemento de referencia y estudio para futuras investigaciones y mediciones.

Así, este trabajo da una mirada general de la situación actual de la población afrocolombiana a nivel nacional y material de análisis para cada uno de los aspectos trabajados, que se constituyen en memoria y guía de estudio para futuros trabajos.

Por otra parte, el 30 y 31 de julio del 2002 se llevó a cabo en la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá el I Foro Nacional de Etnoeducación Colombiana, organizado por el Ministerio de Educación en coordinación con la Comisión Pedagógica de Comunidades Negras. El objetivo era “promover el conocimiento y la apropiación de la etnoeducación afrocolombiana, como un proyecto de educación intercultural para todos los niveles del sistema educativo colombiano, que contribuye a la consolidación de una nación pluriétnica y multicultural”. A partir de la información recolectada se realizó el libro *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Colombiana* (2002), que reúne las síntesis de las ponencias realizadas y ofrece valiosa información que contribuye al entendimiento de las distintas problemáticas que viven los grupos afro en Bogotá, así como las experiencias llevadas a cabo en la ciudad y las posiciones que respecto al tema se tienen a nivel distrital.

El tema de la etnoeducación afrocolombiana, según se consigna en el texto, toma mucha fuerza e importancia en la actualidad como propuesta y valoración de la diversidad étnica y cultural de la nación. Según la publicación,

[...] cada día existe mayor consenso en que los conflictos sociales entre grupos, comunidades, Estados y naciones son causados principalmente por la intolerancia, el irrespeto, la inequidad y la exclusión. Por ello, fundamentar la educación en el pluralismo, el respeto y el aprecio por todas las culturas es una estrategia que permite que la diversidad se transforme en un factor positivo de entendimiento. La educación es un medio de lucha contra la exclusión [2002: 12].

De las intervenciones expuestas y consignadas en esta obra se destaca la hecha por Dilia Robinson (2002: 13), quien señala que “desde el Movimiento Social Afrocolombiano se cuestionó el papel de la educación formal basada en el supuesto de una cultura nacional homogénea, desconociendo así las culturas de los grupos étnicos, factor que ha contribuido a la pérdida de su identidad cultural”. De igual forma su texto concluye con la idea compartida por diversos sectores acerca de la necesidad de una “etnoeducación para todos”, que fortalezca la identidad étnica y cultural de los afrocolombianos al tiempo que contribuya a la construcción de un sistema educativo

intercultural, con lo que se “propicia la formación de ciudadanos capaces de convivir en la diversidad”.

La intervención de la Secretaría de Educación del Distrito en voz de Hernán Darío Alzate expone que los objetivos fundamentales de la cátedra son “conocer, valorar y difundir la riqueza de las culturas afrocolombianas y fortalecer la identidad étnica de los educandos afrodescendientes en el Distrito Capital”. De igual forma, da cuenta de los resultados del estudio de convivencia interétnica que analiza el grado en que la escuela se constituye en un espacio de convivencia respecto a la diversidad étnica y cultural para los niños, niñas, jóvenes y docentes afrocolombianos en Bogotá. Este estudio tiene en cuenta tres ejes: el imaginario de los docentes, el aspecto institucional y la vida cotidiana de la institución escolar. De igual forma, se expresa que existen muchas cosas por hacer, como bases de datos que establezcan los recursos relacionados con el tema, encuentro de instituciones distritales para intercambiar experiencias, sensibilización y formación de docentes distritales aptos para la enseñanza e implementación de la cátedra, entre otros.

El foro trató el tema del multiculturalismo, etnoeducación y educación intercultural, que busca contraponer dos fenómenos presentes en los últimos siglos: “La homogeneidad cultural que históricamente ha tratado de imponer la escuela moderna, frente a la diversidad cultural que produce cualquier modelo de sociedad”. Así se dejaron expuestos algunos interrogantes en el marco de la etnoeducación, entre ellos: ¿es nueva esta diversidad cultural?, ¿cómo tratar esta nueva diversidad?, ¿cómo respetar a los otros y cómo respetarnos?; y por otro lado, más allá de la escuela, tratar el tema de la ciudadanía multicultural y determinar si el espacio escolar es el más indicado para iniciar los primeros intentos de aproximación a otras culturas.

Otra intervención que hace énfasis en la ciudad de Bogotá es la crítica de Leonardo Tovar (2002) al artículo publicado en la revista del periódico *El Espectador* del domingo 2 de junio del 2002. El artículo de Arnaldo Mutis titulado “El *look* afro se toma a Bogotá” es cuestionado por Tovar en la medida en que —pese a ser la portada y el artículo central de la revista— es abordado con “ligereza”, a diferencia del trato que se les da a los otros temas de la publicación, como el de las FARC y el de Álvaro Uribe.

En apariencia, el artículo ligero sobre los peinados preferidos por las colonias de inmigrantes de la costa pacífica no posee ninguna trascendencia frente a los textos duros de crítica política. Sin embargo, cuando leemos en el informe que, en muchos casos, tanto los peluqueros como sus clientes han debido desplazarse a la capital para huir de la violencia o la pobreza en sus zonas de origen, sus preferencias estilistas adquieren mucha trascendencia. Que la nota se centre en la apariencia física, puede ejemplificar la farandulización con la cual los medios periodísticos suelen tratar los

asuntos de las minorías, pero, a cambio, podemos leer en los cabellos un signo visible de la resistencia simbólica de los afrocolombianos [Tovar, 2002: 50].

Así mismo Tovar (2002: 52) se refiere a las actitudes asumidas por parte de la población afro frente a la *invisibilización* de la sociedad receptora:

Independientemente de que los jóvenes que migran a la urbe adopten patrones africanos en su cuerpo y vestimenta —con mentalidad activista o por seguir la moda extendida entre sus gentes—, así también revelan el esfuerzo por afirmar su alteridad en una sociedad que insiste en invisibilizarlos como personas y como comunidades.

De igual forma, Tovar expresa que los conocimientos de la diversidad cultural constituyen una fructífera fuente para enriquecer la democracia; así trae a colación una idea expresada en forma de inspiración kantiana, “democracia sin multiculturalismo es vacía, multiculturalismo sin democracia es cero”.

Por otra parte, en las *Memorias* se da cuenta de las experiencias etnoeducativas y de implementación de la Cátedra de Estudios Afrocolombianos a nivel urbano. Ruby Victoria Quiñones (2002) expone el caso de la maloca del colegio de San Francisco, en Ciudad Bolívar, área afectada por un contexto de violencia generalizada. Según Quiñones el aula escolar no puede ser ajena a la problemática social, económica y política de su población. Frente a esta situación los profesores de ciencias sociales emprendieron la tarea de que sus prácticas pedagógicas fuesen coherentes con la realidad vivida por la comunidad.

La idea de la maloca surgió en 1998 frente a la necesidad de los jóvenes de gozar un espacio *físico-temporal* propio para reunirse, y que rompiera con los esquemas de la escuela. Este espacio también se concibe como un escenario “democrático, participativo y cultural, donde se busca la interacción entre padres de familia, estudiantes, maestros y miembros de las comunidades indígenas y negras”. El proyecto de la maloca pretende impulsar acuerdos que permitieran la convivencia social y armónica entre los miembros de la comunidad, con el fin de cumplir con la función formadora integral (Quiñones, 2002: 72).

Otra intervención fue la de Jaime Arocha, en representación de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, quien participó en el panel de Educación Superior y Etnoeducación Afrocolombiana. En esta ponencia se mostraron las experiencias adelantadas por el Grupo de Estudios Afrocolombianos del CES (Centro de Estudios Sociales de la Facultad de Ciencias Humanas), y las actividades que en el campo de la

educación superior se adelantan en esta universidad.²³ Así, se mostró y destacó este escenario como uno de los principales centros dedicados al estudio del grupo étnico afrocolombiano residente en Bogotá.

Luz Adriana Maya (2002), por parte de la Universidad de los Andes de Bogotá, describe el programa de historia en relación con la enseñanza y la discusión alrededor de la etnoeducación afrocolombiana. Amaya insiste en que se carece de políticas tanto a nivel de las universidades como de las instituciones de educación superior, como ICFES, Icetex y Colciencias, que propicien espacios y ayudas como becas, pasantías o apoyo a los estudiantes interesados en el tema. La autora llama la atención sobre el poco interés por el tema, y lo relaciona con el trato a las fuentes primarias comúnmente utilizadas por los investigadores, ya que en el caso de los temas relacionados con los afro, mucha de la información ni siquiera ha sido procesada y no es utilizada. Pese a la gran riqueza de los archivos nacionales, la información no está sistematizada, así que no se encuentran guías específicas del tema.

Otra de las limitantes que describe Amaya se presenta con la tradición oral. Los diversos conflictos que vive el país dificultan los trabajos de campo, los desplazamientos y por ende la investigación directa con las fuentes, no pudiéndose acceder a la sabiduría ancestral. De igual forma, expresa la carencia de metodologías investigativas para recuperar y procesar la historia oral de estos pueblos.

Quizás allí es donde se encuentra uno de los desfases entre el trabajo de las organizaciones de base y la academia, que creo que sería otro de los grandes temas de debate para el impulso real de la Cátedra de Estudios Afrocolombianos. Obviamente, parecería haber una disociación, una divergencia, e incluso en muchos casos un conflicto, entre el saber que produce la academia (un saber en muchos casos basado en documentos escritos), y las apreciaciones que las organizaciones de base tienen sobre la labor que se realiza en los ámbitos universitarios [Amaya, 2002: 101].

Por otro lado, expone la necesidad de que haya una política de Estado que busque recuperar la memoria: “El Estado tendría que tener una visión estratégica acerca de las políticas de la memoria y, dentro de eso, por supuesto, el patrimonio intangible, el cual tiene que jugar un papel fundamental” (Amaya, 2002: 104).

Otra actividad del foro fue el panel Etnoeducación Afrocolombiana en Poblaciones Desplazadas y Migrantes, en el que se destaca el proyecto “Paimadó, Territorio y Cultura en las localidades de Suba y Engativá” (2002), en la vocería de Rudecindo Castro. El proyecto toma como foco de atención la población de jóvenes afro desplazados que “enfrentan el peligro de perder su identidad, su cultura, su tejido social y los elementos

²³ No se profundiza en esta intervención ya que parte de sus contenidos fueron consignados en apartes del presente trabajo.

identitarios, en un espacio culturalmente diferente que niega de plano su identidad”. Así, el proyecto, como lo explica Castro, protege los derechos humanos y étnicos de estos jóvenes afro en situación de desplazamiento, fundando las bases para que ellos edifiquen su propia estrategia de desarrollo económico y social partiendo de su visión cultural.

El proyecto tuvo como objetivos principales capacitar a 100 jóvenes afro de entre 14 y 30 años en derechos étnicos, derechos humanos y derecho internacional humanitario, con miras a establecer un proceso organizativo y productivo que concibiera una propuesta de seguridad alimentaria mediante una producción agroecológica. El proyecto²⁴ fue planteado para durar un año y se dividió en cuatro áreas:

a) formación: basada en talleres diseñados especialmente para fortalecer la identidad étnica de los participantes; b) promoción organizativa, propiciando espacios de encuentro, intercambio, debate y expresión artística; c) interlocución y cabildeo con autoridades estatales y gubernamentales en aras de concertar salidas que garanticen el ejercicio de sus derechos; d) construcción de alternativas económicas fundamentadas en un diagnóstico participativo de su situación, estudios de factibilidad y puesta en marcha de un proyecto basado en la producción agropecuaria “limpia”, en unidades denominadas “faros agroecológicos”, unidades familiares productivas sostenibles —UFPS— con una nueva visión del bienestar, dando lugar a la participación y a las formas tradicionales de producción [Castro, 2002: 117]

En lo referente a la construcción de alternativas económicas, el programa se fundamentó en un intercambio de experiencias con comunidades y proyectos con metas similares: “Se pretende que los jóvenes desplazados tengan la oportunidad de conocer experiencias concretas de economía solidaria con énfasis en la producción agropecuaria”. De igual forma, se pretendió desarrollar un proyecto agroecológico en el alto del Sisga: “Se trata de hacer un estudio sobre condiciones económicas viables del proyecto para determinar la pertinencia organizativa y de mercadeo”. Sobre el diseño del proyecto, la delimitación del estudio físico y el montaje de la experiencia, se dice: “Aquí se define o se implementa el tipo de cultivos, el manejo del suelo, la producción de abonos orgánicos y la elaboración de fungicidas naturales para iniciar la producción y su posterior comercialización” (Rudecindo Castro, 2002: 118).

²⁴ El resultado esperado de esta experiencia, según Rudecindo Castro, en el área de formación es que los jóvenes manejen conceptos básicos sobre derechos humanos y mecanismos para su defensa y promoción; en el área organizativa, que alcancen un nivel de organización e identidad que les permita afianzar su identidad como grupo étnico y como grupo empoderado para defender sus derechos; en el área de interlocución y cabildeo, que las entidades estatales y los organismos internacionales se comprometan en el desarrollo de proyectos y que presten apoyo institucional al proceso de los jóvenes; en el área de alternativas económicas, que 40% de los jóvenes participantes en el proyecto conformen un “faro agroecológico” en una finca cercana a Bogotá y produzcan alimentos limpios para su consumo y para la generación de recursos económicos.

Posteriormente, el libro de *Memorias* consigna la intervención de Jattan Mazzot Ilele por parte de Afrodes, titulada *Un estudio sobre la situación de los afrocolombianos desplazados en Bogotá* (2002), realizado a partir de las experiencias vividas por esta población en Bogotá y Soacha. La Asociación de Afrocolombianos Desplazados (Afrodes) y la Consejería para el Desplazamiento y los Derechos Humanos (Codhes) elaboraron un estudio sociodemográfico representativo de 456 personas. Así, el estudio brinda información sobre las causas generalizadas del desplazamiento, el deterioro de la calidad de vida al llegar a Bogotá, las condiciones de vida en las que se desenvuelven los desplazados afro en el nuevo territorio, las intenciones de retorno, el acceso a servicios básicos en la ciudad, entre otros ítems. De igual forma se hacen críticas, según Afrodes, a la carencia de ayudas para vivienda, educación, apoyo y asistencia legal; la respuesta gubernamental es poca en estos terrenos, “lo que advierte sobre la incompetencia, ineficacia e incapacidad del Estado para responder por los derechos económicos, sociales y culturales de las comunidades desplazadas” (Mazzot, 2002: 120).

La intervención de Afrodes finaliza expresando su punto de vista acerca de la etnoeducación y la Cátedra de Estudios Afrocolombianos:

Los afiliados a Afrodes no compartimos el sistema educativo colombiano pues no refleja las condiciones etnoculturales de los educandos ni de nuestro país, por ello genera aculturación y pérdida de la identidad cultural. La educación no puede seguir siendo agente de envilecimiento personal, ni una inversión objeto de lucro individual, sino promotora de la vida en sociedad, por tanto tiene un carácter social o colectivo. La educación nuestra es opresora, la requerimos liberadora y atractiva; es homogeneizante y manipuladora, la requerimos diversificada y humana.

Así mismo, se manifiesta que la Cátedra de Estudios Afrocolombianos debe transversalizar todos los contenidos de la educación porque ésta es apenas un instrumento de tránsito hacia la transformación del sistema educativo. Los contenidos de la Cátedra deben estar orientados a poner en escena la verdadera dimensión de la afrocolombianidad, sus aportes y sus proyecciones, desde la perspectiva de la construcción de un proyecto de vida étnico. En la construcción del Estado unitario y diverso que perfila la Constitución de 1991, la Cátedra debe servir, por un lado, para que los afrocolombianos afiancen un conocimiento sobre sí mismos que les ayude a elevar su autoestima y, por otro, para que las otras etnias ganen en conocimiento sobre los afrocolombianos y sus aportes en la construcción de la nación. En palabras de Leopoldo Sedar Senghor: “Si a la cultura universal le falta tan sólo el modo de vida de uno de los pueblos, la humanidad estaría incompleta y sin paz” (citado en Afrodes, 2002: 121).

Las intervenciones que dan cuenta de la experiencia afro con la ciudad de Bogotá terminan con la “Experiencia de organización comunitaria con la población afro-

descendiente en Suba”, expuesta por Leocadia Mosquera y Carmen Emilia Paz. El proyecto, realizado mediante la encuesta a 1.000 personas, visualiza la presencia de las comunidades negras en Suba y obtiene una caracterización socioeconómica que aporta información básica para los procesos de planeación local. La encuesta indaga y facilita datos sobre los motivos de desplazamiento, las razones para vivir en Bogotá, las tradiciones culturales, los grupos y prácticas recreativas, así como sobre los índices de población, rangos de edad, sexo, nivel educativo y estrato socioeconómicos, principalmente.

El desarrollo de la experiencia consta de dos partes. La primera aborda el *diagnóstico*, cuyos resultados dan origen a la investigación como un proceso de aprendizaje conceptual y actitudinal de la convivencia. La segunda fase aborda la *capacitación*, en donde se realizan talleres, panel-foros y conversatorios.

Los talleres para y con las comunidades negras de Suba se centran en procesos de reflexión sobre su autoconocimiento, autoestima, afirmación individual y colectiva, identidades culturales, derechos, procesos de participación, educación e interculturalidad. Su finalidad es ampliar el diagnóstico comunitario y concertar colectivamente el plan de comunidades. El foro permite avanzar en la formulación de proyectos y programas en el plan de acción [Mosquera y Paz, 2002].

Los resultados, avances y logros están enmarcados en un trabajo que busca “aglutinar la comunidad dispersa para que se reconozca como etnia, y en un diálogo colectivo, fortalecer las organizaciones y sobre todo para lograr la unidad e identificación de la comunidad”. Así, se logra crear la Organización Cultural Súper Calidad (Leíto), la Organización para el Desarrollo Afrocolombiano (Odafrocol), la organización de jóvenes Alma de Negro y ADN. Estas experiencias han tenido como resultado una mejor relación de los pobladores afro de la localidad de Suba.

De las limitaciones de la experiencia, las autoras destacan que las comunidades afrodescendientes se sienten discriminadas por la manera como son vistas, lo cual es producto de la discriminación o del desconocimiento de la idiosincrasia. “Por esta razón se sienten desarraigados de las comunidades o colectivos en donde intentan integrarse”. Así, el plan de acción tiene como objetivo la búsqueda del bienestar integral y la proyección ciudadana de los núcleos familiares y de los individuos de las comunidades afro procedentes de las diferentes regiones del país y del exterior, con habitación y actividades permanentes en la localidad de Suba (Mosquera y Paz, 2002).

Algunas de las necesidades identificadas en el plan son: “La creación de formas organizativas amplias que cobijen el conjunto de las comunidades negras de Suba”. En cuanto a proyectos culturales, las autoras anotan que es esencial el desarrollo y la

consolidación de grupos dedicados a los procesos de conocimiento, investigación, recreación y difusión cultural. Sobre salud es primordial un programa que haga efectivo el cubrimiento universal del servicio en sus distintos niveles. En materia de vivienda es perentorio la ejecución de una inscripción general de “familias sin vivienda, con vivienda en áreas de riesgo y con vivienda sin terminar”. En educación se requiere implementar la educación intercultural.

Así, frente a este panorama las *Memorias* del foro se constituyen en un importante documento que consigna información referente a las experiencias, avances y puntos de vista sobre el tema de la etnoeducación y destaca diferentes problemáticas de la población afro residente en Bogotá. Así mismo, consigna información no publicada y permite a los interesados conocer datos que de otra forma no serían accesibles.

Otra publicación importante para el conocimiento específico de los afrocolombianos es la *VI Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado: 150 años de la abolición de la esclavización en Colombia, desde la marginalidad a la construcción de la nación* (2003), patrocinada por el Ministerio de Cultura, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc) y la Fundación Beatriz Osorio. Esta obra incluye dos artículos específicos acerca de los afro en Bogotá.

Pro una parte, María Elvira Díaz Benítez elabora el texto “Ghettos Clan y Panteras Negras: reivindicadores de identidad afroamericana en Bogotá a través del hip-hop y el reggae” (2003). Los objetivos que subyacen en el texto de Díaz son: analizar la dinámica de los jóvenes artistas de Ghettos Clan y Panteras Negras a partir de sus aportes sociales en la creación de una cultura urbana, explorar sus búsquedas de una identidad afro y resaltar su lucha por el reconocimiento étnico y social.

En este texto Díaz (2003) retoma el artículo de Peter Wade²⁵ “Trabajando con la cultura: grupos de rap e identidad negra en Cali”, estudio de campo adelantado por él en 1997 en Charco Azul, barrio del distrito de Aguablanca, en Cali. De allí extrae algunos principios teóricos, haciendo uso principalmente de la noción de *trabajo* de Wade, definida como “actividad humana simbólica”. Díaz encuentra la explicación a la visibilización de las identidades de estos grupos juveniles, tras la aparición de estas entidades, pues se ha ido dando un proceso en el que se fomenta la autoestima y el sentido de pertenencia que pueden conseguir estos jóvenes, tras haber permanecido en la invisibilidad causada por la discriminación imperante a lo largo de la historia. De esto se sigue que

²⁵ Wade, en su ensayo, hace un análisis de la utilización de la cultura como mercancía y, posteriormente, explica cómo trabajar la cultura y la identidad cultural en unos grupos de la ciudad de Cali. Contrario a lo que Wade sugiere, que estas identidades locales no siempre son el resultado de una tradición, sino que se configuran a partir de una presencia estatal o capitalista que las convierte en mercancía, Díaz (2003: 555) sostiene: “Me parece conveniente precisar que la identidad hiphopera de algunos jóvenes de Aguablanca sí preexistía a la ‘estampida’ del Estado, de las ONG y de otras esferas económicas”.

los jóvenes raperos afrocolombianos de Aguablanca hayan encontrado en el hip-hop una manera de reafirmar su identidad cultural.

De igual forma, Díaz (2003) hace referencia a un estudio adelantado por el Grupo de Estudios Afrocolombianos, donde se les preguntó a algunos jóvenes por su identidad étnica, para dar cuenta de una de las problemáticas culturales que afecta a esta población. Según afirma, los jóvenes integrantes de Ghettos Clan y Panteras Negras no se sentían reflejados en Colombia, pues su presencia nunca había sido divulgada en los programas de educación o a través de los medios de comunicación, y sólo en algunas ocasiones se les mostraba de manera que en el imaginario de la gente quedaban reducidos a bailarines, muchachas del servicio o personas vinculadas con la magia y mundos oscuros. Y agrega:

[...] en las escuelas nunca nos hablaron de José Prudencio Padilla, ni de Benkos Biohó, los parques de nuestras ciudades tenían estatuas de Bolívar y Santander, ni una sola de un afrodescendiente que recordara que entre ellos también hubo héroes. Las clases de literatura nunca mencionaron a Jorge Artel, ni a Candelario Obeso, ni a Helcias Martán Góngora, ni a Arnoldo Palacios, ni a Eudhes Asprilla [Díaz, 2003: 559].

Así, el texto destaca el significado de la música, subrayando que ésta es para los jóvenes de Ghettos Clan y Panteras Negras un vehículo de promoción de su cultura y construcción de su identidad. Ambos grupos se apoyan en el discurso afrocentrista, y en particular en el garveyismo, doctrina promulgada por el jamaiquino Marcus Garvey, quien proclamara “África para los africanos, en el hogar y en el exterior, un Dios, un objetivo, un destino” (citado en Díaz Benítez, 2003: 561), sosteniendo que debía fundarse un Estado negro en África, donde pudieran llevarse los afrodescendientes nacidos en América. Del garveyismo se derivó el movimiento político, filosófico, religioso y musical conocido como rastafarismo, que promovía un retorno físico al África, que no pudo lograrse, por lo cual, desde sus lugares de origen, los rastafaris promovieron un “traslado emocional”, y a través del reggae y la música rasta, emprendieron un proceso de concientización política en contra de los gobernantes jamaiquinos blancos.

Díaz Benítez concluye que Bogotá se ha convertido en una enorme galería de arte popular, donde los muchachos expresan su creatividad por medio de la música, la vestimenta y la ideología. Según la autora, el hip-hop es una forma compleja de asumir y reelaborar el espacio urbano, los medios de expresión estéticos y musicales de los hip-hoperos, y anota que éstos son su mecanismo para actuar sobre el entorno de la ciudad y, de alguna manera, apropiarse de ella, para hacerse valiosos, útiles, necesarios. “Promocionarse y acceder a una vida social digna constituyen la médula sobre la cual reposan sus expectativas” (Díaz Benítez, 2003: 566). Así mismo, anota que en las letras de sus canciones se evidencia el peso de la discriminación racial a la que están

expuestos estos jóvenes. Según ellos, en Bogotá encuentran una ciudad más receptiva y respetuosa con su condición de afrocolombianos. A pesar de que aquí siguen operando algunas formas de discriminación, estos jóvenes esperan recibir muchas cosas positivas de la ciudad, al tiempo que buscan “aportar lo mejor de su imaginación y creatividad para trincarla en Bogotá”, en palabras de la autora.

Para concluir, Díaz Benítez explora un poco en el tema de la globalización de las prácticas culturales de los afrodescendientes, argumentando que la identidad de esos grupos adquiere matices de globalización en la medida en que retoman elementos de la expresión de otros grupos afroamericanos y africanos. Éstas son, según Díaz,

[...] identidades que responden a las dinámicas de una globalización disidente, que elige, de lo no originario, aquello que respalda sus intereses de moldear su propia historia en divergencia con la “cultura nacional” y las políticas de occidentalización y blanqueamiento [...] ¿por qué estos muchachos emprenden procesos de construcción de identidad a partir del hip-hop y el reggae y no desde el hard metal, el tango, el new wave, el new age, el punk o las rancheras? ¿Por qué buscan sus espejos en África y Afroamérica y no en la cultura celta, india, argentina, china o afgana? [Díaz Benítez, 2003].

La respuesta de Díaz a este interrogante es que quienes ostentan el poder tienen una tendencia a globalizar las prácticas culturales consideradas “exóticas”, de los países ubicados en la periferia, haciendo de ellas mercancías empacables, exportables, comerciables y transferibles.

El segundo texto que se incluye en el libro de la *IV Cátedra* es “La presencia afrocolombiana en las ciudades: Bogotá, una experiencia multicultural” (2003), de Inírida Morales. El texto realizado por Morales tiene como marco el evento que invita a reflexionar desde el ámbito académico acerca del lugar de los afrodescendientes en la historia nacional. Así, la autora asume el tema desde dos variables: la primera²⁶ se refiere “al análisis del concepto de *ciudad* desde el que se ha manejado el tema de la inserción de la población afrocolombiana institucionalmente, reflejado en la noción tradicional de ciudad desde la cual la comunidad urbana ha construido sus identidades y sus normas de convivencia sin asumir la diversidad”.

La segunda variable corresponde al tema de la identidad de la población afro en el éxodo que históricamente la ha disperso por el territorio nacional, hasta “reagruparla

²⁶ Esta etapa, según Inírida Morales, debe contener una verificación de los discursos tradicionales confrontados con los de las ciencias sociales, la noción de ciudad en concordancia con el tema de las migraciones y de las identidades étnicas, como piezas insolubles para la creación de concepto de ciudad. “Para el análisis de esta variable presenta una panorámica que va desde la ciudad inventada por la historia hasta su mutación en ciudad re-creada en el presente, como producto de los procesos migratorios que le han cambiado el rostro a la urbe”.

y reconfigurarla en las grandes ciudades a través de mecanismos de conservación identitaria recreados en la ancestralidad étnica y de reconstrucción cultural elaborados en el tejido urbano”. En esta variable, la autora se ocupa del caso específico de Bogotá como una experiencia de multiculturalidad posible. Así, el texto se fundamenta en la idea de que

[...] los comportamientos discriminatorios y racistas de la población colombiana obedecen a la distorsión histórica de su identidad, causada por la permanencia de estereotipos diseñados para consolidar el orden social, político y económico colonial; estereotipos basados en imaginarios y representaciones negativas de los grupos étnicos subordinados por este régimen de poder [Morales, 2003: 625].

A partir de este pensamiento, la autora concluye que el fenómeno discriminatorio se presenta de manera más contundente en el ámbito de los contextos escolares urbanos en los que se presenta una gran diversidad étnica, cultural y regional.

A partir de la información expuesta, Morales plantea algunas preguntas que limitan su trabajo: ¿qué cambios se han operado entre la ciudad creada por los discursos y la ciudad recreada en los encuentros multiculturales?, ¿cuáles son los referentes identitarios que permanecen en el traslado desde los lugares de origen a las ciudades, y cuáles los mecanismos de conservación?, ¿de qué manera se construyen y reconstruyen las identidades de los afrodescendientes, especialmente del grupo más vulnerable conformado por la población en edad escolar, en el contexto urbano de Bogotá? Frente a estas preguntas, Morales realiza una conceptualización del término *ciudad*, y muestra cómo a través de los discursos se reproducen imágenes, imaginarios y representaciones del estereotipo de la ciudad. Existe, según la autora, una ciudad inventada por la historia y otra paralela y antagónica, “la recreada por la dinámica de las poblaciones que la habitan” (Morales, 2003: 629).

En relación con lo expuesto, Morales plantea otros cuestionamientos: ¿qué lugar ocupan los afrodescendientes en el tejido social urbano?, ¿cómo recrean sus identidades construidas en la marginalidad y cómo las reconstruyen en la ciudad? Las respuestas a estas preguntas se presentan a través de los resultados del trabajo de Peter Wade, *Gente negra, nación mestiza: dinámicas de las identidades raciales de Colombia* (1997), obra de la cual se extrae la siguiente cita:

[...] la cultura tiene que ser entendida como un producto materia del trabajo y que nos ayuda a mantener una división entre lo simbólico y lo material. Por eso las identidades culturales que hoy en día se reclaman y se estriban con base en la cultura, tienen que ser conceptualizadas como productos del trabajo de personas que no pueden subsistir alimentándose de significados. Sobre todo en el mundo de fines

del siglo XX, las identidades culturales se producen como objetos y cuasi-mercancías para circular en las redes de intercambio dominadas por el mercado, el Estado y el sector voluntario [Wade, 1997].

Por otra parte, el trabajo aborda el tema de las *nociones de afrocolombianidad*, para lo cual cita a Eduardo Restrepo, quien afirma:

A pesar de que la gran mayoría de la población negra habita desde hace varias décadas en las ciudades, son escasas las investigaciones antropológicas de los territorios y las identidades en contextos urbanos (salvo las reseñadas que hacen parte del un universo limitado y ambiguo), y, más aún, que se pregunten por los procesos de definición de las experiencias culturales de dichas poblaciones [Morales, 2003].

En su parte final el ensayo de Morales (2003) se refiere al caso específico de la presencia afro en el entorno urbano de Bogotá a partir de tres etapas diferenciadas en *términos temporales y causales* cada una con características puntuales determinadas por “las condiciones sociales, políticas y económicas en el contexto nacional, internacional y local, así como por los procesos de inserción determinados por la proporción numérica de las migraciones frente a la densidad total de la población, entre otros factores”, dichos periodos son: *la ocupación histórica, la ocupación temprana y las migraciones recientes*.

Así, este trabajo aporta elementos de reflexión en torno al proceso de inserción urbana de la población afrodescendiente en la ciudad, se constituye en un texto crítico que cuestiona la falta de estudios calificados sobre el tema de la inserción, acerca de los referentes identitarios que permanecen en la ciudad, y sobre la construcción de identidad, entre otros. De igual forma, aporta datos para establecer una periodización más exacta y completa de la llegada de los grupos afro al territorio bogotano que contribuya a su reconocimiento en la ciudad. Éste es, así, un texto crítico y analítico que da pautas y abre campos de investigación importantes en torno al tema de inserción de los afrocolombianos en Bogotá.

Otra línea de publicación es aquella que hace mención a los trabajos, logros y experiencias de las localidades distritales en las que existe una alta presencia de inmigrantes negros. Estos trabajos se caracterizan por derivarse de una iniciativa distrital o local, y buscan dar cuenta de la situación en la que vive la población afroresidente.

Se destaca el trabajo titulado *Proceso de detección y sensibilización de organizaciones de base de la comunidad negra en ocho localidades de Bogotá* (2002), elaborado por la Organización de Comunidades Negras Orcone por encargo de la Dirección de Participación Ciudadana de la Secretaría de Gobierno de Bogotá, con respaldo de la Alcaldía de Bogotá. El estudio presenta un diagnóstico en ocho localidades de la situación real

organizacional del afrobogotano y del proceso participativo de las organizaciones y agrupaciones de base de las comunidades negras, en búsqueda de su “fortalecimiento institucional y su interacción con el resto de la sociedad y con la administración del Distrito Capital”. Las ocho localidades fueron Santa Fe, San Cristóbal, Tunjuelito, Bosa, Kennedy, Los Mártires, Antonio Nariño y Ciudad Bolívar.

Se trata de una investigación etnográfica elaborada bajo la *metodología acción-participación, exploratoria y descriptiva*, que permite la interacción entre investigadores e investigados. La información se recoge mediante la aplicación de una encuesta bajo la modalidad de “barrido” en cada una de las ocho localidades para obtener un mayor cubrimiento que el arrojado por el muestreo aleatorio. Las encuestas se aplican en la calle, los barrios, residencias, plazas de mercado y centros comerciales, entre otros. Así se logra detectar en campo la presencia de ciudadanos y organizaciones de base de la comunidad afrobogotana que trabajan en procesos locales de participación y organización cultural, social o política que no se encuentran formalizadas en el Ministerio del Interior o en otras entidades.

El estudio proporciona a los ciudadanos involucrados en el proyecto el material pedagógico y didáctico necesario, conceptual y metodológico para adelantar la sensibilización y capacitación respecto al proceso organizativo de la comunidad afrobogotana en las localidades objeto de estudio. De igual forma, el trabajo aporta una base de datos georreferenciada relativa a las agrupaciones de ciudadanos y las organizaciones de base detectadas que realizan trabajos sociales, culturales o políticos locales y distritales.

Orcone ha adelantado una serie de trabajos que tienen como epicentro Bogotá. Con apoyo de la Secretaría de Educación se desarrolló la investigación *Relaciones interétnicas en Bogotá* (2004), que está en proceso de publicación, y con la que se busca detectar la problemática discriminatoria que sufren los niños afro en la escuela por parte de los no afro y de los docentes. Otra de las líneas de trabajo es la referente a la capacitación de docentes del Distrito para aplicar la Cátedra de Estudios Afrocolombianos. Así, con el apoyo de la Pontificia Universidad Javeriana, se vienen adelantando diplomados para el Programa de Formación Permanente de Docentes (PFPD), experiencias que han dado origen a videos prácticos y didácticos; a raíz de estas experiencias el Instituto Pensar —del mismo claustro universitario— planea publicar el libro de memorias.

Orcone viene desarrollando proyectos con el DANE referentes a la pregunta étnica en el Censo, con el Instituto Distrital de Cultura y Turismo la investigación acerca de la danza y el modelaje como expresión artística (no publicada), con la cual se busca establecer la percepción de los no afro hacia prácticas culturales afro en la ciudad. Así se establece la necesidad del diálogo a través de la lúdica y la propuesta pedagógica de elevar el nivel de la conciencia étnica.

Otro trabajo publicado relacionado con las localidades, que da cuenta de la situación de la población afro en la localidad de Suba, es *Proceso de indagación de la tradición oral de la comunidad afrocolombiana de la localidad de Suba* (2004), de Maribel Becerra y Carol Ximena Vidal. Con el objetivo de “conocer el estado actual de los principales valores culturales de la comunidad afrocolombiana o negra residente en la localidad de Suba, con miras a sugerir alternativas de preservación o recuperación”, la Alcaldía de Suba y el Fondo de Desarrollo Local de Suba formularon y ejecutaron el proyecto. Si bien el fin era generar un corpus de información que sirviera de soporte para profundizar en el proceso de implementación de la Cátedra Afrocolombiana, se aprovechó para concebir el trabajo desarrollado como base para una investigación posterior más profunda relacionada con las comunidades afrocolombianas de la mencionada localidad.

Con la colaboración de dos de las asociaciones de danzas afrocolombianas del sector —Danzas Súper Leíto’s y Odafrocol—, la psicóloga Carol Ximena Vidal y la abogada Maribel Becerra se dieron a la tarea de realizar esta “indagación afrocolombiana” haciendo uso de una metodología que partía de seleccionar una muestra de 30 personas a las que entrevistaron y de asistir a algunos eventos culturales que se realizaron con la presencia de las organizaciones afrocolombianas ubicadas en Suba.

En la primera parte del texto, las autoras presentan un recorrido bibliográfico de la presencia de afrocolombianos en Colombia, a partir de la recopilación de alguna información histórica básica, extraída del Almanaque Mundial de 1999 y de fuentes similares, que se limitan a arrojar datos aislados de la dinámica de la esclavitud y la llegada de los esclavizados a la Nueva Granada. Posteriormente se aproximan de manera superficial a plantear algunos de los aportes del “negro” a la identidad nacional colombiana, entre los que destacan la religión, los vocablos y formas de construcción de vivienda, principalmente.

En lo referente a la recolección de información que da cuenta de la presencia afrocolombiana en la localidad de Suba, las autoras encuentran un obstáculo en la fragmentación, dispersión y calidad de los datos, que como en el caso de los censos nacionales, no reflejan claramente la realidad demográfica de estas poblaciones, o en otros casos, como el del estudio realizado por la Secretaría de Gobierno de Bogotá y la Asociación de Organizaciones de Comunidades Negras titulado *Proceso de detección y sensibilización de las organizaciones de base de la comunidad negra en ocho localidades de Bogotá*, se centran en otras localidades, pero no aportan datos específicos sobre Suba.

A partir del estudio titulado *Diagnóstico Plan de Acción Comunidades Negras de Suba* llevado a cabo por la Alcaldía Local de Suba, visto por las autoras como el documento con mayor volumen de información sobre la población negra en esta comunidad y a

la vez de mayor credibilidad, se establece un rango más confiable, según las autoras. Así, se establecen rangos de población por estratificación socioeconómica y se brindan datos acerca de los barrios de la localidad donde se asienta esta población.

Becerra y Vidal (2004) se enfocan en una selección de valores culturales y folclóricos, como la música y la danza, vehículos importantes para mantener la tradición cultural afrocolombiana. Estas dos expresiones artísticas se convierten, en el contexto de esta población, en elementos imprescindibles que acompañan las fechas importantes y los rituales de paso de los afrocolombianos, como el nacimiento, la iniciación, el matrimonio o la muerte. Un recorrido muy breve por la literatura, la danza, la música y la gastronomía sirve para entender vagamente las tradiciones culturales afrocolombianas. En el campo de la literatura, las autoras afirman que la comunidad afrocolombiana se ha caracterizado por cultivar una “literatura especialmente oral”, afirmación que en su misma esencia resulta contradictoria. Sin embargo, parece aludir a la importancia que reviste para estos pueblos y su historia la oralidad como vehículo de transmisión de una tradición a través de las generaciones. En ese sentido, resaltan de manera especial el uso de la copla, la poesía, el canto, el conversatorio, el cuento, el arrullo, el alabao y el gualí, sin llegar a explicar en detalle en qué consiste cada uno de estos géneros.

Así mismo se da cuenta de los eventos que se realizan en la localidad de Suba, que, aunque escasos, buscan preservar los valores culturales propios de las poblaciones de afrodescendientes que habitan en el sector, y se resalta el valor que tienen en esa comunidad. Estos eventos públicos, en los cuales participan tanto los afrocolombianos como los no afrocolombianos, se complementan con los seminarios y talleres sobre danzas y cultura afrocolombiana dictados por el profesor Nicolás Murillo en la sede de la fundación Casa de la Cultura de Suba. Igualmente, existe un espacio consagrado a la enseñanza de las coreografías de ritmos ancestrales como el currulao, el abozao, la polka y el makerule, en la casa de la profesora Leocadia Mosquera, quien también enseña en el colegio Alberto Lleras Camargo.

El capítulo “Análisis, conclusiones y recomendaciones” aborda algunas consideraciones derivadas del proceso de “indagación” adelantado en la localidad de Suba, y propone algunas recomendaciones encaminadas al fortalecimiento e implementación de la Cátedra de Estudios Afrocolombianos. Las autoras afirman, sin entrar en el debate que tal afirmación merece, que en Bogotá las poblaciones afrocolombianas asumen comportamientos propios de la ciudad, olvidando su cultura, tradiciones e incluso su propia identidad. Se aprecia un decaimiento en el mantenimiento de las tradiciones por parte de los mayores, con la consecuente pérdida de las mismas en las generaciones jóvenes. A esto se suma el miedo al rechazo que muchos afrocolombianos sienten, por lo cual tienden a asimilar comportamientos y elementos que los identifican más con la ciudad.

Contrario a estas posturas, se aprecia entre algunos gestores culturales y organizaciones un interés por preservar ese legado cultural tradicional entre algunos habitantes afrocolombianos de Suba, a pesar de la carencia de espacios de divulgación propiciados por el Distrito. Siguiendo a Becerra y Vidal (2004: 62),

[...] reflejan las indagaciones realizadas a través de entrevistas y charlas informales que existe otro grupo de personas que transmite sus valores culturales no sólo a los hijos, sino a sus vecinos, amigos, alumnos, compañeros de trabajo, utilizando para ello el mismo escenario en el que se desenvuelven diariamente, como su hogar, oficina, la escuela donde enseñan, llegando incluso a ofrecer programas de capacitación en danzas y música afrocolombiana dirigidos no sólo a personas de la raza negra, sino a toda la comunidad de Suba.

Para la implementación de la Cátedra Afrocolombiana, el texto propone que se incluyan de manera programática las dimensiones político-social, pedagógica, lingüística, ambiental, neohistórica, espiritual, investigativa e internacional. De esta manera, podría brindarse un conocimiento adecuado del aporte que las comunidades afrocolombianas han hecho a la construcción de la nación, el cual no ha sido reconocido en toda su dimensión por el Estado, lo que ha contribuido a mantener a este grupo social en la invisibilidad.

Por su parte, el Fondo de Desarrollo Local de Kennedy desarrolló el trabajo titulado *Fortalecimiento: proceso organizativo local afrobogotano en Kennedy* (2004). Pese a saber de su existencia, no fue posible tener acceso a él.

Por otro lado, de los trabajos publicados referentes a la población desplazada afrocolombiana, se destacan iniciativas de la Arquidiócesis de Bogotá y Afrodes, obras que aportan datos estadísticos acerca de esta realidad y de las labores que adelanta esta población. Así mismo se destaca la producción y edición de trabajos por parte de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes). Así el trabajo, “La situación de la población afrocolombiana desplazada en Bogotá” hace parte del texto *La población desplazada en Bogotá, una responsabilidad de todos*, publicado por Acnur, y el Proyecto *Bogotá, ¿cómo vamos?* (2003) y recoge lo dicho en una ponencia preparada y realizada por Geiler Romaña, representante de la población afrocolombiana desplazada en Bogotá, con el título “Diagnóstico del desplazamiento de la población afrocolombiana asentada en Bogotá y Soacha afiliada a Afrodes”. Allí se reconoce la importancia que Bogotá ha tenido para miles de desplazados del Pacífico que han encontrado en la ciudad un lugar seguro, donde pueden alejarse del conflicto de sus regiones y donde también es posible encontrar el apoyo y la solidaridad de parientes y amigos.

A finales de 1996 comenzó un periodo de éxodo masivo desde Riosucio, Chocó. Desde entonces, Afrodes ha registrado la salida de más de 20.000 individuos afrodescendientes de sus lugares de origen. Actualmente hay 280 familias que pertenecen a Afrodes, lo que da un total de 1.398 personas. No obstante, hacen falta estimativos oficiales del número de afrocolombianos desplazados, labor que se ha visto entorpecida por falta de claridad en la manera de registrar esta población.

El artículo aporta datos de una encuesta a 102 hogares afrocolombianos, realizada por la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes), donde se menciona que la mayoría de afrocolombianos desplazados residentes en Bogotá proviene del Chocó, habiendo llegado la gran mayoría entre 1998 y 1999. La principal modalidad de llegada fue de manera unifamiliar (62,75%), siguiéndole la individual (31,37%), y la colectiva dispersa (5%).

La calidad de vida de estos migrantes se ha visto notablemente afectada, por cuanto un altísimo porcentaje ha pasado de tener una vivienda propia a vivir en subarriendo o en inquilinatos. En cuanto al acceso a los servicios de educación y salud, se revelan datos igualmente desalentadores, pues vienen con grados de escolaridad muy bajos y resulta muy difícil la consecución de recursos para brindarles educación a los hijos; lo mismo ocurre en el caso de la salud, donde las cifras señalan que 77% de los miembros de un hogar no tienen afiliación a una EPS o al Sisben.

El texto aporta finalmente unas recomendaciones para la atención de la población afrocolombiana desplazada en Bogotá. Allí se resalta la importancia de registrar a esta población como perteneciente a una minoría étnica, con el fin de que su cultura, tradiciones y hábitos particulares sean tenidos en cuenta para “proyectar [planes] políticos y estrategias de atención acordes con sus propias necesidades”. Igualmente, se recomienda mayor agilidad en la consecución de opciones de vivienda digna para esta población y, por consiguiente, apoyo en la generación de ingresos para la subsistencia, que puede darse a través de la formación técnica en instituciones como el SENA. Entendiendo que es una población que ha tenido que experimentar un choque cultural y emocional de gran magnitud, se recomienda brindarles atención psicosocial a los individuos y familias, buscando fortalecerlas para enfrentar el desarraigo derivado de la movilización.

DE AFUERA Y DE ADENTRO: EN BÚSQUEDA DE LA DIVULGACIÓN

Sobre el grupo étnico afrocolombiano residente en la ciudad se ha dicho poco, pero a pesar de ello ha sido valioso. Buscando entender esta realidad se descubrió un medio de expresión hoy en día muy utilizado, a través del cual diversos organismos y entes nacionales e internacionales han manifestado su opinión y punto de vista frente a la

problemática que viven los grupos étnicos. Efectivamente, Internet se ha convertido en un medio masivo que, quizá por su bajo costo para publicar y su particular facultad de llegar a muchos, se ha constituido en un excelente medio para que los relacionados e interesados con el tema afro en la ciudad de Bogotá se expresen.

Así, llama la atención la manera como los grupos juveniles afro radicados en la ciudad utilizan este medio para publicar y dar a conocer su realidad en la urbe. La publicación de la Red Juvenil Afrocolombiana de Liderazgo titulada “La población juvenil afrocolombiana en Bogotá: entre la discriminación y la violencia política” (2005) evidencia la realidad que viven los jóvenes afro en Bogotá. Pese a ser un breve escrito, narra y da una idea precisa de la situación que tienen que vivir en la ciudad, la cual se desenvuelve entre la discriminación y la violencia. La narración se realiza a través de citas textuales y descripciones de jóvenes que habitan la ciudad y que muestran sus vivencias en ésta. De igual forma, muestra el panorama de muchos de estos habitantes, que viven la crudeza de la violencia en sus barrios y la discriminación con que los habitantes de la ciudad los estigmatizan por el hecho de ser “negros”.

El escrito comienza con una introducción donde se mencionan los principales barrios donde se emplazan los afro que llegan a la ciudad por motivos del desplazamiento forzado. Posteriormente se trata el tema de “la situación de los y las jóvenes” afro, y se muestra por medio de testimonios su desfavorable situación en los sectores marginales de la ciudad.

En los asentamientos de población afro residentes en Bogotá, se constata que los y las jóvenes carecen del goce pleno de sus derechos humanos integrales, tales como el derecho a la vida, la libertad de conciencia, libre expresión, libertad de asociación, posibilidades reales de ingresar a estudiar, a conseguir empleo digno y bien remunerado; disfrute de los escasos espacios deportivos y centros para ejercitar el desarrollo de prácticas culturales y de identidad juvenil, derechos que son limitados por el fuerte control que ejercen los grupos armados que tienen presencia en el sector, especialmente por el terror que viene imponiendo desde finales del año 2002 el Bloque Capital de los paramilitares [Red Juvenil Afrocolombiana de Liderazgo, 2005: 2].

El texto hace énfasis en que el tipo de maltrato o “exterminio” que sufren los jóvenes afro no sólo es físico sino cultural, ya que se les imponen “códigos de conducta extraños a su identidad, como impedir el uso de *piercings*, trenzas, cabello largo y permanecer en grupos después de las nueve de la noche”.²⁷ Así, se sustenta en los hechos y testimonios la discriminación y estigmatización que estos jóvenes sufren, quienes en muchos

²⁷ Testimonio de un joven afro colombiano del sector que participó en la visita realizada por Roberto Meier, representante en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, a Altos de Cazucá el 18 de agosto de 2004.

casos son tildados de *guerrilleros* o se convierten en un peligro para la sociedad por ser jóvenes desplazados y negros.

El texto destaca la ola de terror que se impone en diversas zonas de la ciudad y que afecta a los jóvenes afro, informada por el periódico *Voz* en su edición del 26 de enero de 2005:

[...] en estos barrios después de las seis de la tarde rige la ley del terror, la zona es patrullada por bandas paramilitares que portan brazaletes de las AUC y además de vacunar y extorsionar a transportadores y propietarios de pequeños negocios, les han implantado toque de queda con la amenaza [de] que después de las seis de la tarde todo el mundo [debe estar] dentro de sus viviendas o de lo contrario no responden por sus vidas o los acuestan temprano.

De igual forma, se denuncia que este tipo de actos son protagonizados también por las autoridades policiales, que cometen arbitrariamente allanamientos, etc. Se refiere que estos hechos ocurren tanto en Soacha como en Ciudad Bolívar.

En el apartado final del documento, de la misma forma sintética y general se describen la misión, los objetivos y la visión, entre otros, de la Red Juvenil Colombiana de Liderazgo. Así, este texto constituye un importante testimonio de la dura realidad que afecta a la población juvenil afro, y muestra una cara diferente de las dinámicas culturales y del desplazamiento. De igual forma, permite reflexionar sobre cómo la ciudad asume esta realidad, qué mecanismos de contención implementa para menguar el fenómeno de violencia, de qué manera ella misma y sus pobladores aportan a estas formas sutiles de violencia, entre muchos otros temas que se pueden plantear sobre este grave problema social.

Otro trabajo que llama la atención sobre la violencia que afecta a la población afro en Bogotá es el de Kirstine Westh Jensen, enviada especial del PCS Internal, titulado “La juventud dentro del conflicto armado: violencia, control social e iniciativa cultural en los Altos de Cazucá” (2005). El artículo describe la realidad social que vive en la zona de Altos de Cazucá, en la localidad de Soacha, el 50% de su población (cifra de la Federación para la Educación y el Desarrollo estimada para 2005).

La autora relata, por medio de una sencilla pero certera descripción, las condiciones socioeconómicas de la zona estudiada. Así explica cómo la zona se ha convertido en un área violenta, y cómo a pesar de las consecuencias del conflicto armado, la marginalidad y el control social sobre la vida de los jóvenes, se presentan ejemplos de iniciativas culturales que los tienen en cuenta. Por medio de las entrevistas a cinco mujeres que habitan la zona, la autora da cuenta de la discriminación a que son sometidas por

algunos renglones sociales de la ciudad, y de las consecuencias sociales que dicha discriminación implica. Uno de los casos narrados explica que muchos desisten de estudiar porque el cupo les es negado debido al color de piel, y que otros lo hacen por las difíciles condiciones económicas, pues las erogaciones que esta actividad implica entran en competencia con las que impone la necesidad de sustento de los familiares que aún permanecen en sus regiones de origen.

La autora anota que debido a este panorama la población joven afro que habita en el sector es presa fácil para dejarse influir negativamente por las presiones impuestas por algunos sectores de la ciudad. De una parte, los grupos armados —AUC, sectores de izquierda, grupos de informantes, etc.— tienden a absorber a los jóvenes de esta población, quienes debido a su inactividad sufren presión por parte de sus familias para que aporten recursos económicos. Muchos jóvenes que se han negado a acceder a peticiones de estas agrupaciones han terminado asesinados por pandillas o grupos armados. Por otro lado, en el caso de las mujeres, muchas terminan ejerciendo la prostitución, ya que no encuentran otra oportunidad laboral.

Los Altos de Cazucá, según la autora, dadas sus condiciones geográficas y de localización en la ciudad, se ha convertido en una zona estratégica para la guerrilla y las AUC. Westh argumenta que son alarmantes las cifras de jóvenes muertos o ajusticiados en esta zona, donde se vive el régimen del terror y, como lo registró el periódico *El Tiempo* el 16 de mayo de 2005, y entrevistas con residentes de El Oasis lo han confirmado, en Altos de Cazucá es frecuente la frase “Acuesten a sus hijos temprano o nosotros los pondremos a dormir”.

La vulnerabilidad de los jóvenes afro en las áreas periféricas de la ciudad, manifiesta Westh, es una realidad que —según muchos sectores de la sociedad civil, ONG y organizaciones de derechos humanos— ha sido ignorada por las autoridades distritales.

Durante una audiencia pública sobre el problema, celebrada en agosto del 2004, las fuerzas de seguridad argumentaron que ellos sí garantizaban la seguridad en los Altos de Cazucá mediante campañas cívico-militares en las que participaban más de 200 informantes. Las ONG, por su parte, argumentaron que involucrar a civiles en las campañas militares los convierte en objetivos militares estratégicos, lo que reproduce el terror social [Westh, 2005: 5].

Para la autora del artículo comentado, esta situación, que no deja a los jóvenes oportunidades y que atenta contra su identidad cultural, ha encontrado contestación en la organización de desplazados Afrodes, que ha logrado fundar en Soacha una red de solidaridad que busca, entre otros objetivos, dar apoyo a la población afro desplazada que llega a la ciudad, al tiempo que brindar oportunidades y organizar actividades para

los jóvenes. Los sábados en la mañana se concreta un espacio para que la población afro se beneficie de colaboraciones y tenga un espacio de esparcimiento y vivencia cultural. Así, se coordinan comparsas de baile, se recrean las chirimías del Chocó, reggeatón, hip-hop, entre otras actividades que tienen lugar en la Casa de la Cultura de Afrodes.

Este texto hace un análisis de la realidad que tienen que vivir los jóvenes afro a partir de sus condiciones de desplazamiento, y que se agrava por la falta de oportunidades y por las actitudes discriminatorias de un sector de la ciudad. Estas circunstancias en muchos casos los obligan a tomar parte en la guerra interna que vive el país, y en otros los motivan a hacer resistencia y a luchar por la permanencia de sus valores culturales e identitarios. Pese a ser un corto escrito, logra, adentrándose en varias historias de vida, recrear y explicar lo que le sucede a esta población en aquel sector.

No sólo los jóvenes aprovechan el espacio virtual para dar a conocer sus experiencias y avances; lo utilizan también organismos como Alianza Entrepueblos, que lideran una lucha en favor de los derechos de las comunidades étnicas. Así, se encontraron dos documentos que aportan información relacionada con el grupo afro radicado en Bogotá. El documento titulado “Hacia una ciudad intercultural: visión panorámica de los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom que habitan en el Distrito Capital”²⁸ (2004).

El artículo tiene el propósito de dar a conocer aspectos importantes sobre la situación de los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom que viven en Bogotá, y hace una breve descripción de cada uno de ellos.²⁹ Así, analiza el panorama actual de estos grupos, plantea cuestionamientos y muestra la actitud asumida por los entes distritales frente a su aparición en la ciudad. De igual forma, da su opinión acerca del tema al afirmar de entrada que, “pese a la enorme diversidad étnica que enriquece a la ciudad desde sus mismos orígenes, Bogotá dista mucho de ser una ciudad intercultural que valore y reconozca el diálogo —mejor sería decir *polílogo*— de saberes y conocimientos que portan los distintos pueblos que la habitan”.

El primer apartado trata el tema de los pueblos indígenas y rom. Posteriormente se introduce al caso de los raizales, haciendo una breve pero valiosa reseña histórica que permite entender la procedencia de éstos y el marco constitucional que los reconoció como parte integral de Colombia. Luego analiza el tema de la población raizal en Bogotá, aportando datos sobre el momento de su primera llegada, las condiciones de su desplazamiento y su manera de vivir la ciudad, entre otros. De otra parte, y conti-

²⁸ Hace parte de un folleto publicado en Bogotá en septiembre de 2004, correspondiente al Contrato SUB0201240006 suscrito entre la Secretaría de Gobierno Distrital y la Alianza Entrepueblos, realizado en el marco del Proyecto PNUD/COL/02/012.

²⁹ Para efectos de la presente investigación, sólo se comenta la información pertinente a los grupos raizales y afrodescendientes.

nuando con el mismo esquema de análisis utilizado para el pueblo raizal, se introduce en el tema de los afrodescendientes que habitan en la ciudad.

Los autores no dejan de lado la ligereza con que se trata el tema de la denominación racial. Resaltan que para que la población afro se considere como “comunidad negra” y se reconozca así su etnicidad, la legislación (Ley 70 de 1993 o Ley de Comunidades Negras) establece como necesarios varios requisitos, entre los que destacan: a) ascendencia afrocolombiana, b) cultura propia que la distinga del resto de la población, c) conciencia de identidad, y d) relación campo-ciudad, que se traduce en una territorialidad construida a partir de la ocupación y el uso colectivo de las tierras y la utilización de unas prácticas tradicionales de producción que imprimen una forma de relacionarse con el entorno.

Así, el texto plantea que “no todos los afrodescendientes hacen parte o configuran un grupo étnico o, lo que es lo mismo, la tonalidad de la piel y ciertos rasgos fenotípicos no son suficientes para que una población sea considerada como perteneciente a un grupo étnico”. Frente a este panorama se argumenta que es difícil contabilizar el número exacto de afrodescendientes en la ciudad guiándose no por su color de piel sino por su etnicidad. La Alianza Entrepueblos plantea interrogantes como: ¿qué cantidad de la población afrodescendiente hace realmente parte de un grupo étnico? ¿Qué proporción simplemente se distingue del resto de bogotanos por ciertos rasgos fenotípicos, donde la tonalidad de la piel es el más visible, y en todo caso han sido víctimas del racismo y la discriminación racial? Así, se pone en entredicho la veracidad de los resultados arrojados por estudios demográficos que buscan contabilizar a la población sin contar con metodologías claras y apropiadas, o sin basarse en un esquema conceptual correcto.

A partir de lo anterior el texto plantea: ¿cuáles son los elementos que, en el escenario de Bogotá, configuran la etnicidad de la población afrodescendiente? Si no son suficientes los rasgos fenotípicos ni la situación socioeconómica, ¿entonces cuáles son los indicadores de la etnicidad afrodescendiente válidos para Bogotá? Aunque en el texto no se pretendía responder a estos interrogantes, la Alianza Entrepueblos (2004:18), tomando en cuenta las definiciones contenidas en la Ley 70 de 1993 (Ley de Comunidades Negras), se aventura a plantear de manera meramente indicativa los siguientes elementos que contribuyen a visibilizar y configurar etnicidades afrodescendientes en Bogotá: a) deben escenificarse dinámicas culturales que le den forma y contenido a una comunidad, entendida ésta como algo más que el agregado y sumatoria de personas; b) la población debe provenir de contextos donde existan tierras colectivas de “comunidades negras” o se presenten contextos similares a los señalados en la Ley 70 de 1993 (Ley de Comunidades Negras); c) debe haber autoidentificación y conciencia de que se hace parte de un grupo étnico afrodescendiente; d) deben constatarse unos

liderazgos visibles y representativos que apunten a la reinención de instancias de autoridad propias.

Posteriormente, en el ítem “Epílogo político” se hace una reflexión acerca de la postura que las administraciones Mockus, Peñalosa y Garzón han asumido frente a la presencia de los grupos étnicos en la ciudad. Finalmente se recalca que

[...] los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom que viven en Bogotá D.C. son pueblos altamente vulnerables. Esta vulnerabilidad está dada no sólo porque estos pueblos, en términos generales, evidencian niveles altos de empobrecimiento y precarización de sus ‘niveles de vida’ sino, sobre todo, porque sobre los respectivos patrimonios culturales e intelectuales de estos pueblos se ciernen graves amenazas que atentan contra la continuidad de sus opciones civilizatorias propias. Sumado a la vulnerabilidad económica y social, estos pueblos tienen una vulnerabilidad étnica y cultural que de no hacerse nada al respecto puede significar la extinción como pueblos [Alianza Entrepueblos, 2004].

Con respecto a lo anterior, Alianza Entrepueblos publicó en 2004, vía Internet, el texto correspondiente a la relatoría hecha en las Jornadas Regionales de Cultura Centro-Oriente, que se consolidaron como

[...] espacios propicios para visibilizar las necesidades y aspiraciones que en materia de cultura manifiestan los grupos étnicos. Las experiencias de desarrollo de actividades culturales alrededor de estos grupos, si bien han sido significativas, son en su mayoría el producto de acciones lideradas por las mismas comunidades [Ministerio de Cultura, 2004].

Así,

[...] la característica de Colombia de ser multiétnica y pluricultural ha planteado a las instancias en general, retos para la consolidación e implementación de políticas culturales, sociales y económicas que requieren el desarrollo de los principios de interculturalidad y diversidad [Ministerio de Cultura, 2004].

Se obtiene así un documento valioso de aproximación al diagnóstico de la problemática cultural de los afrodescendientes, a partir del análisis de las políticas culturales existentes, en las que se ve el papel que juegan los grupos étnicos. Así mismo, la relatoría brinda propuestas para cada uno de los puntos tratados con el fin de mejorar la situación de estos grupos en el marco de la cultura nacional.

Otro artículo publicado en Internet es la “Ponencia de los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom de Bogotá, D.C., al Consejo Territorial de Planeación Distrital para su inclusión en el Plan de Desarrollo de Bogotá, D.C., 2004-2008”, que recoge las distintas propuestas planteadas por los sectores y organizaciones civiles correspondientes a dichos grupos como respuesta a la invitación hecha por la Alcaldía Mayor de la Ciudad, por medio de la cual el alcalde Garzón mandó disponer una Mesa Interétnica, con el acompañamiento de la Secretaría de Gobierno y la Dirección de Participación Ciudadana, “con el propósito de concertar con los pueblos y demás organizaciones étnicas las políticas, estrategias, los programas y proyectos y sus respectivos planes y metas plurianuales de inversión del Plan de Desarrollo de Bogotá 2004-2008”. El documento aporta información valiosa en la medida que expresa el punto de vista de la comunidad afro respecto a las políticas públicas y de orden distrital que los afectan en la actualidad. De igual forma, el documento aclara que aunque los grupos realizaron el procedimiento para que sus ideas fuesen incluidas en el borrador preliminar del Plan de Desarrollo, “éstas no fueron tenidas en cuenta”.

Por otra parte, en el documento se manifiesta la posición de los afrodescendientes frente al Plan de Desarrollo de la ciudad, el cual, para esta población, debe tener como “presupuesto esencial una voluntad política orientada a llenar el vacío de participación y afrontar el problema de la invisibilidad institucional que configuran la exclusión de la cual ha sido objeto dicha comunidad en las decisiones políticas, económicas, sociales y culturales del Distrito Capital”. Así mismo se anota que

[...] la falta de conocimiento sobre la historia, la cultura, la situación socioeconómica y jurídica de los afrodescendientes en Bogotá por parte de la mayoría de los dirigentes, funcionarios y de algunos sectores de la sociedad capitalina en gran parte explica el hecho de que esta comunidad se mantenga en los mayores niveles de marginalidad, pobreza y exclusión.

Con relación al medio interactivo de divulgación, los grupos étnicos han abierto espacios para mostrar sus acciones y propuestas. Así, se encuentra el texto “Misión de observación a la situación de las comunidades afrodescendientes en Colombia: desplazamiento forzado interno, violaciones al derecho internacional humanitario y situación de personas afrocolombianas en las cárceles” (2002), realizado por un grupo de organizaciones y entes de la comunidad afro,³⁰ que tiene como objetivo hacer seguimiento a la situación de desplazamiento que vive el pueblo afrocolombiano hoy y dar cuenta de esta realidad para buscar soluciones.

³⁰ Los responsables son: Asociación de Afrocolombianos Desplazados (Afrodes), Asociación de Mujeres Afrocolombianas (Amuaafroc), Centro de Estudios de Pastoral Afrocolombiana (CEPAC), Espacio Aframericano (Suiza), Huella Afrocolombiana, Movimiento Nacional por los Derechos de las Comunidades Negras Cimarrón, Organización de Comunidades Negras Horcones, Organizaciones Mundo Afro (Uruguay), Proceso de Comunidades Negras en Colombia (PCN), Pueblo Negro de Colombia (PNC) y Fundación Afrocolombiana Las Mojarras (Chocó).

El documento *resumen* reflexiona acerca de las violaciones a los derechos humanos de las comunidades negras en Colombia, en especial lo que atañe a las infracciones del derecho internacional humanitario (DIH), el desplazamiento forzado interno y la situación carcelaria en comunidades afrocolombianas. La reflexión tiene como marco específico el conflicto armado interno colombiano, “cuyos escenarios de combate se extienden por toda la nación, afectando particularmente a los territorios tradicionalmente ocupados por población afrocolombiana”.

Se destaca este texto porque brinda información sobre el sentir de un pueblo que por la violencia se ve obligado a abandonar sus viviendas y a radicarse en las grandes ciudades. Pese a no tocar explícitamente el tema de Bogotá, llama la atención la reflexión que se hace sobre los derechos humanos, las condiciones de discriminación, la falta de oportunidades, el trato que en las cárceles se da a la población afro, entre otros temas importantes que conviene tener en cuenta. De esta manera se expresa el punto de vista y la forma de sentir de la población afectada, elementos importantes a la hora de tomar medidas y emprender planes de acción.

Como complemento a lo expuesto, se destaca en el campo cultural el Proyecto de Acuerdo 126 de 2005, en el cual se exponen los motivos para instaurar el Encuentro Internacional de Expresión Negra “como un espacio para la reconstrucción cultural, la capacitación, el estímulo, el intercambio de saberes y productos culturales, la proyección internacional y la apropiación positiva de los patrimonios culturales afrocolombianos”. Así, en primer lugar, se exponen los motivos que indujeron a realizar la primera reunión que originó la presente petición:

[...] la discriminación económica, la marginalidad, la invisibilidad, el racismo, el endorracismo, la distorsión y la pérdida de valores culturales positivos, el desconocimiento de los aportes afrocolombianos a la construcción de la nación y la falta de apropiación de la afrocolombianidad como patrimonio distrital y nacional motivaron a organizar en la ciudad de Bogotá, en 1985 y con el apoyo de un grupo de intelectuales, artistas, científicos, educadores y estudiantes, el Primer Foro de Expresiones Negras [Proyecto de Acuerdo 126 de 2005].

Posteriormente el documento expone un marco histórico sobre los encuentros nacionales e internacionales de *expresión negra* que han tenido lugar en Bogotá en los años 1989, 1997, 1999, 2001, 2003 y 2004. Cada uno de estos actos, realizados siempre en Bogotá, ha contado con la presencia de países como Cuba, Venezuela, Costa Rica, Ghana, Guinea Ecuatorial, Sudáfrica, Estados Unidos, México, Angola, Brasil, Honduras, San Tomás y Panamá, entre otros, siendo el país de encuentro Colombia. Algunos objetivos que destaca el texto son:

a) Este Proyecto de Acuerdo tiene como finalidad el reconocimiento del Encuentro Internacional de Expresión Negra de Bogotá como un evento de interés cultural, dada la importancia histórica que ha tenido para los y las habitantes y visitantes de la ciudad capital, y en particular para el país. b) Los Encuentros Nacionales e Internacionales de Expresión Negra acortan las distancias, eliminan las barreras racistas y nos invitan a abrazar las diversas identidades que comparten nuestro territorio distrital, al tiempo que proyectan a Bogotá y a Colombia como puntos de encuentro de culturas y saberes milenarios. c) El Encuentro es un evento eminentemente popular, que se viene realizando desde 1985 en calles, plazas, teatros, centros comunitarios, iglesias, salones comunales y casas de cultura. Está dirigido a la comunidad en general, favoreciendo a los estratos 1, 2 y 3. Es un gran espacio pedagógico de capacitación, actualización artística y proyección de la cultura colombiana para el diálogo enriquecedor con otros saberes y otras culturas. Los Encuentros Internacionales de Expresión Negra construyen lazos de amor, lazos culturales y lazos de eternidad. d) Los Encuentros Internacionales de Expresión Negra estimulan, a través de los premios el Guachupé de Oro, la investigación y la creatividad. Este galardón es otorgado cada año a importantes instituciones, cultores de diferentes áreas y ya lo han recibido personalidades como Nelson Mándela, Enrique Buenaventura, Nina S. de Friedemann, Jaime Arocha, Delia y Manuel Zapata Olivella, Mario Hoyos Benítez, Aristarco Perea, María Isabel Urrutia, Óscar Borda, Bárbara Perea, Edgar Perea y Madolia de Diego, entre otras y otros, para un total de 45 premios entregados [Proyecto de Acuerdo 126 de 2005].

Así mismo, el documento expone los diversos aportes culturales que los grupos afro han hecho históricamente a la sociedad colombiana, desde la música, el baile, el canto (importantes elementos de catarsis de identidad y de resistencia), la construcción de símbolos e iconografías, entre otros. Por otro lado, el apartado “Marco social”, llama la atención sobre el hecho de que el Encuentro Internacional de Expresión Negra merece ser reconocido como un evento de interés cultural, ya que “desde 1978 la Fundación Cultural Colombia Negra y el Encuentro Internacional están haciendo aportes contundentes³¹ al empoderamiento cultural de Bogotá y Colombia”.

Llama la atención el hecho de que el Encuentro Internacional de Expresión Negra es el único espacio propio —según el texto— de “proyección nacional e internacional con que cuentan los artistas, científicos, docentes y estudiantes afrocolombianos de

³¹ De entre los aportes se resaltan: a) la creación y funcionamiento de la Compañía Artística Colombiana, otrora Colombia Negra, en 1978; b) la Escuela de Formación Artística y Etnocultural, desde 1986 hasta nuestros días; c) la producción y comercialización del Bono Portafolio “La Danza”, pro sede de la Casa de la Cultura Afrocolombiana, en 1987; d) la creación y realización de encuentros comunitarios afrocolombianos desde 1985; e) la creación y realización del Encuentro Internacional de Expresión Negra, desde 1989; f) la producción y comercialización del grabado en metal *Transverberación erótica* del pintor David Manzur, en 1993; g) la adquisición y adecuación de la Casa de la Cultura Afrocolombiana, en 1996, localizada en la carrera 5 No. 26-52; h) la concesión y las entregas del primer galardón honorífico colombiano Guachupé de Oro, desde 1999; i) la publicación de la gaceta de interés científico y etnocultural *La Griot*, desde 1999; j) la cooperación en la planeación y realización de la “Noche de Expresión Negra” en la Universidad Benedict College, en Columbia, Carolina del Sur, Estados Unidos, en 2001.

Bogotá y Colombia, que acontece en territorio nacional y constituye una fuente de nuevos proyectos, intercambios, actualización, capacitación y contactos”. De igual forma se destaca que este evento proporciona a las comunidades afro la oportunidad de ver lo que los movimientos culturales y civiles aportan al proceso cultural y artístico afrocolombiano, como

[...] disminución de los índices de ignorancia recíproca y de violencia interétnica, creciente interés estatal por el desarrollo sociocultural de los afrodescendientes, mayores niveles de apropiación de la cultura afrocolombiana por parte de la ciudadanía, mejoramiento de las relaciones interorganizacionales, mejoramiento de las pedagogías artísticas afrocolombianas, aumento de la oferta cultural afrodistrital, entre otros.

Otros artículos publicados en Internet corresponden a periódicos nacionales e internacionales, a revistas nacionales o sitios personales web —la mayoría con fines políticos—, institucionales u organizativos que buscan difundir noticias o captar público para fines culturales o políticos. Cabe mencionar que muchos de ellos sólo se limitan a esbozar titulares pero no profundizan, analizan, cuestionan o indagan en temas que atañen a la población afro en Bogotá, simplemente porque no es su finalidad.

De este tipo de artículos se destaca el publicado en un número de la revista *Cromos* (2005), titulado “Vida negra en Bogotá”, firmado por Gloria Castrillón. Este artículo muestra de manera general y clara las vivencias de muchos habitantes afro en la ciudad, las dificultades que se les presentan por la discriminación, algunos de los lugares que frecuentan, parte de las actividades que realizan como comunidad, entre otros, y hace especial referencia a la frase que refleja la experiencia afro en la ciudad: “Vivir con la diferencia”. Castrillón evidencia diversas realidades sociales a través de la realización de historias de vida que recrean las prácticas y dinámicas generadas en los barrios, jardines infantiles, peluquerías, restaurantes, bares, misas afro y eventos populares, entre otros.

Pese a las adversidades a las que se ven enfrentados muchos de los afro que migran a la ciudad, la autora destaca que “El ánimo rumbero y alegre es quizá una de las características que más se reconoce en los negros. No importa en qué condiciones vivan, siempre habrá espacio para un gran equipo de sonido y para recibir a parientes y amigos que se quieran unir a una fiesta”. Este artículo, a pesar de su brevedad, logra captar la atención y resaltar la presencia en la ciudad de un grupo étnico que se manifiesta de muchas formas, pero que aún se mantiene invisible para muchos.



**HACIA UN
DIAGNÓSTICO
DE LA SITUACIÓN
ACTUAL**



Con el propósito de elaborar un diagnóstico de la situación actual de las poblaciones de afrodescendientes y raizales en Bogotá, a partir de las investigaciones realizadas, es preciso recordar que la situación de cada oleada de inmigrantes que ha llegado a Bogotá ha sido particular, y que el estado del arte presentado en este documento no da cuenta de la situación actual de todas. Según se consigna en el *Atlas de las culturas afrocolombianas* (2003),

[...] las condiciones actuales de la población afrodescendiente están relacionadas con procesos históricos de gran profundidad: la esclavitud, la exclusión y la invisibilización. En Colombia habitan 10.562.519 afrocolombianos, cifra que equivale al 26% del total de la población. Están distribuidos de forma diferencial en todo el territorio nacional y en departamentos como Chocó, Magdalena, Bolívar, Sucre, San Andrés, Córdoba y La Guajira, representan más del 50% de la población.

En la actualidad se desconoce si de los pobladores afro del siglo XVI subsisten cadenas genealógicas. Respecto a las oleadas migratorias de las primeras siete décadas del siglo XX, tanto de los ilustres personajes como de gente del común, es poco lo que se sabe; quizá, como ellos mismos afirman, muchos han sido homogeneizados por las dinámicas de la ciudad, y otros se han acoplado a ésta desde esferas “aceptadas” por la mayoría de la población, es decir, se han insertado de manera que su alteridad es aceptada en alguna medida, y no es vista —del todo— como la “diferencia”. Del momento actual se ha dicho mucho y nada, la población afrocolombiana y raizal que habita la ciudad se trata con criterios homogeneizantes en todas las escalas. Los criterios fenotípicos son utilizados de manera indiscriminada sin entender su verdadero significado, todos los afrocolombianos son tratados como *desplazados* sin entender la magnitud del término, todos son tratados con conductas displicentes y tildados de perezosos e incapaces porque algunas personas o algunos medios de comunicación así lo han querido mostrar; la gran mayoría —por no decir todos— son encasillados

en una misma “cultura” y les han atribuido una “identidad” porque ha sido necesario para los intereses de algunos. En síntesis, los afrodescendientes y raizales han sido hasta tal punto ignorados e invisibilizados, que no han sido estudiados adecuadamente.

Para pensar y dar cuenta de la *situación actual* de la población afrodescendiente y raizal radicada en la ciudad es importante hacerlo desde las particularidades y características del momento histórico en que se inscribió su llegada, con el fin de no caer en homogeneizaciones y en el error de tratar a todos los grupos asignándoles las mismas características. Para ello resulta esencial disponer de estudios que den cuenta o aporten al entendimiento de las distintas situaciones de los pobladores afro y raizales. Aquí se construye un texto que da cuenta de la situación que viven en la actualidad los grupos afrocolombiano y raizal, a partir de la bibliografía y los documentos escritos consultados, sin perder la claridad del momento en que se realizó el trabajo.

El desplazamiento: Bogotá, la meta por alcanzar

Una violencia generalizada y sin sentido que se prolonga en medio de la impotencia de la sociedad, de la preocupación de la comunidad internacional y que debería estremecer al país de vergüenza con tantos hechos diarios de barbarie. Una violencia que se prolonga del campo a la ciudad en la tragedia de miles de hogares desplazados que están convirtiendo otra vez a las ciudades en escenarios de nuevos conflictos urbanos como consecuencia de la acumulación de miseria y abandono de los recién llegados y de los que intentan sobrevivir en medio de la pobreza.

Arquidiócesis de Bogotá-Codhes, 1997

Un efecto del creciente conflicto armado que se vive en Colombia desde hace algunas décadas es el desplazamiento forzado de un elevado número de familias y personas que salen diariamente de sus hogares ubicados en zonas de conflicto,¹ y que llegan a las grandes ciudades, en especial a Bogotá, en busca de refugio. Este fenómeno se ha tornado un drama social y demográfico que, violando los derechos humanos, aglutina a la gente en las ciudades en deplorables condiciones, atentando contra su calidad de vida con problemas de vivienda, educación, salud y servicios públicos, sin contar con los derivados de la adaptación a un contexto extraño en el que se experimentan sentimientos de desarraigo, discriminación y marginalidad (Arquidiócesis de Bogotá, 1997).

¹ No todos logran retornar a su tierra y migran a las grandes ciudades, buscando huir de las amenazas contra su vida y encontrar en el anonimato y la invisibilidad que permite la ciudad —en este caso Bogotá—, la tranquilidad que estaban buscando. En una encuesta realizada por la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes), en el año 2000, 80% de las personas entrevistadas provenían de Chocó, lo cual corrobora el planteamiento según el cual éste sería uno de los departamentos donde la violencia armada desplaza al mayor número de personas. Le siguen en orden Antioquía (13%), Bolívar (13%), Nariño (3%) y Santander (1%). Del total de encuestados, 48% llegó a Bogotá durante el año 1999, hecho que no es de extrañar por el pico de violencia que se presentó durante ese año en el Chocó (Arocha *et al.*, 2002: 108).

El desplazamiento forzado, según Vega *et al.* (2004), está acompañado de la acción de actores armados como la guerrilla y los grupos paramilitares, sin dejar de lado a los narcotraficantes, la delincuencia común y la acción expropiadora que algunas empresas o industrias han acometido en terrenos del Pacífico y en algunos resguardos de comunidades indígenas. A esto se suman las precarias medidas tomadas por el gobierno y el Estado en materia de seguridad de la población.

Las milicias urbanas son las causantes de cerca de una cuarta parte (23%) de los desplazamientos forzosos, en este caso intraurbanos; los otros responsables identificados son la guerrilla (21%), los paramilitares (13%), los narcotraficantes (4%), el ejército, la policía y los servicios de seguridad (8%). Las causas de los desplazamientos son las amenazas, las persecuciones, el despojo de la tierra o la inseguridad, todo originado en las acciones de los actores ya mencionados [Hoffmann y Agier, 1999: 109].

Según Codhes, entre 1999 y 2004, respectivamente 226.745 y 12.271 personas se desplazaron a Bogotá y Soacha. Sin embargo, estas cifras son problemáticas por dos razones. En primer lugar, porque excluyen a aquellas familias que por diferentes motivos prefieren que sus nombres no se registren formalmente. En segundo lugar, por las cifras de Soacha, ya que aunque muchas familias desplazadas primero llegan al municipio de Bogotá donde se registran como desplazadas, el costo relativamente bajo de la vivienda en la periferia del área metropolitana hace que muchos desplazados internos se trasladen a esas áreas, en particular Altos de Cazucá, con relativa rapidez después de su llegada [Westh, 2005: 1].

La ruta del desplazamiento está relacionada con la percepción de los lugares de acogida. Es así como la mayoría de la población rural se dirige a los centros urbanos, y en especial a Bogotá, por considerarlos fuente de oportunidades para rehacer sus vidas con grandes posibilidades de mantenerse en el anonimato. Los desplazados llegan a la ciudad con muchas expectativas alimentadas por esa necesidad de seguridad y de refugio. Los migrantes afrocolombianos que se desplazan a la ciudad, según Barajas (1992), lo hacen en busca de mejores condiciones de vida (17%), para realizar estudios (57%), para adelantar estudios y trabajar (9%), y exclusivamente para trabajar (17%).

Ellos traen la visión de una ciudad segura que les va a brindar todo lo que ellos necesitan, pero cuando llegan es todo lo contrario [...] también es importante señalar el choque cultural y la manera como se tienen que adaptar a nuevas circunstancias que no conocen [...] [Montaño citado en Vega, 2004].

Los flujos migratorios de la población rural a las zonas urbanas suponen la generación —en las ciudades— de ciertas dinámicas referidas a la reconstrucción de la identidad,

la cual está, la mayoría de las veces, ligada con el estigma homogeneizante contenido en la categoría de *desplazados*.

La integración y adaptación de los desplazados a la ciudad es un proceso lento que los conduce a vivir en una situación de tránsito, siendo obligados a restablecerse como personas, a retomar una identidad social y a insertarse en un mundo urbano, de lo cual surgen problemas ligados con el despojo, la pérdida de lugar no sólo en relación con la tierra y un sitio de pertenencia, sino también dentro de la sociedad, y la reinserción a nuevos contextos, algo que va conformando su mentalidad (Vega *et al.*, 2004).

Bogotá puede ser la meta final de varias etapas migratorias con el objetivo de quedarse definitivamente, o la última etapa de la movilidad en el interior del país para después emigrar a otros como Estados Unidos principalmente; como también una “etapa de itinerancia” en el interior de la biografía migratoria del sujeto, pues en varias oportunidades el inmigrante no se instala definitivamente en la capital [Mosquera Rosero, 1998: 34].

Según Orcone, la gran mayoría de los afrocolombianos, representados en un 79,98%, afirman que decidieron migrar a la ciudad por su propia voluntad a pesar del clima y de que el contexto sociocultural de la ciudad de destino es tan diferente al de sus regiones, y sólo el 8,77% respondieron que no.

Las expectativas laborales, de estudio y de mejores condiciones de vida hacen de Bogotá una urbe cosmopolita y la ciudad más atractiva para el provinciano, deslumbrado por el desarrollo industrial, comercial, educativo, laboral, residencial y cultural que muestran los medios de comunicación, especialmente la televisión, en contraste con el poco desarrollo de sus regiones, decide venirse a aventurar a “la ciudad de todos” [Orcone, 2002: 18].

La diáspora afrocolombiana encuentra en el desplazamiento forzado una de sus principales causas. Muchos de los pobladores de Satinga (Nariño), el Alto Naya (Cauca), el Alto Baudó (Chocó), Montes de María (Bolívar) y Guachené (Cauca), entre otros rincones de la geografía colombiana, se han visto obligados a buscar otras opciones de vida lejos de sus territorios ancestrales, y como consecuencia de la limitada posibilidad que tienen las ciudades intermedias y los pueblos más cercanos, han acabado por llegar a Bogotá (Arocha, 2002). “La presencia afrochocoana y afrocaucana es dominante entre los afromigrantes. En menor medida, la gente proviene del litoral caribe y los valles interandinos” (Mosquera Rosero, 1998).²

² 34,7% de la población afrocolombiana residente en Bogotá, es chochoana; 40% proviene del Cauca; 23,3% es nariñense, y 2% viene del Valle del Cauca (Mosquera Rosero, 1998: 28).

Las estrategias migratorias de los afrocolombianos convierten a Buenaventura, Cali, Quibdó y Tumaco, en centros urbanos que atraen oleadas de migrantes, mientras que Medellín y Bogotá contemplan el eje migratorio. La capital se presenta como la última etapa de desplazamiento en el interior del país (Vanín, 1996; Mosquera, 1998) [Meza, 2002: 46].

Los inmigrantes negros del Pacífico tienen trayectorias migratorias distintas si se comparan con las de los demás inmigrantes que llegan a Bogotá, por cuanto siguen varias etapas antes de arribar a esta ciudad. Estas etapas regularmente duran como mínimo un año, durante el cual estos migrantes realizan una búsqueda incesante de nuevas oportunidades. Según Mosquera Rosero (1998), 24,7% de los inmigrantes pasa de su lugar de origen directamente a Bogotá; 14,7% se asienta en tres lugares distintos al de origen antes de llegar a Bogotá; 29,3% vive en un solo lugar distinto al de origen antes de radicarse en Bogotá; 25,3% vive en dos lugares distintos al de origen antes de llegar a Bogotá; 2% vive en cuatro lugares antes de Bogotá, y 4% vive en cinco lugares previamente a dirigirse al Distrito Capital.

La movilidad dentro del país es una necesidad para la subsistencia de las desplazadas. Así, de los pueblos se pasa a las cabeceras municipales y de allí a algún departamento del interior del país, antes de conquistar la capital. En la mayoría de los casos, como señala Mosquera Rosero (1998), son los hombres jefe de hogar quienes migran primero, ante la necesidad de capacitarse en distintas áreas técnicas o en el magisterio, y posteriormente vienen sus esposas o compañeras y sus hijos. Otra de las razones para esta movilización es la necesidad de reunirse con la familia, motivo que mueve principalmente a las mujeres (65,6% de los casos). Los nombramientos en puestos políticos de mediano y bajo rango movilizan a 14,3% de los hombres y al parecer no influyen en la movilización femenina. De esta manera, se podría afirmar que hay seis tipos de migrantes negros: los que llegan por traslados laborales, los que vienen a trabajar en instituciones del Estado, aquellos cuya actividad principal es el estudio, que alternan algunas veces con el trabajo, aquellos que vienen a laborar en el sector privado, los que trabajan en el sector informal de la economía y los que trabajan como independientes, además, por supuesto, de los cientos de desplazados.

Los sentimientos de pérdida que generan los movimientos migratorios involuntarios adquieren un profundo sentido social, en la medida en que se perturba el vínculo que se ha establecido con la tierra y con un lugar en el que se han entablado relaciones, una memoria y una identidad.

La identidad del desplazado acumula una serie de estigmas, entre los que el de la violencia y el de la ilegalidad despiertan en los habitantes de las zonas de acogida una actitud de sospecha que éstos hacen recaer sobre los desplazados. De hecho, los

desplazados se encuentran en una situación de ausencia de *nomos* (concomimiento de su situación), sin un lugar social previsto, en un estado de flotación liminar y de abandono que no saben, a ciencia cierta, si será transitorio o permanente, presentándose manifestaciones de apatía, agresividad o intolerancia [Hoffmann y Agier, 1999: 125].

Frente a esta situación, se han ido consolidando instituciones que acogen a los desplazados y ayudan a distribuir las contribuciones que el Estado les aporta, como la Fundación de Atención al Migrante, fundada en 1996, de la cual se deriva el Centro de Atención al Migrante y en donde se reciben desplazados recién llegados a la ciudad. El Centro les ofrece a los migrantes involuntarios comida y alojamiento por un corto tiempo (de tres a cinco días), para posteriormente otorgarles una ayuda económica, con la cual puedan ubicarse y desenvolverse dentro de la ciudad durante el primer mes.³

Para los desplazados afrocolombianos existen instituciones como Afrodes, creada en 1999, que se proyecta como una organización nacional e internacional, con un comité especial y su respectiva junta directiva con sede en Bogotá, que actualmente ayuda a 280 familias afrocolombianas desplazadas y que cuenta con el apoyo económico de agencias de cooperación internacional para su sostenimiento. Afrodes funciona como un ente de apoyo, orientación y asesoramiento para los afrocolombianos desplazados, al mismo tiempo que se encarga de gestionar y luchar por los derechos de estas poblaciones dentro de la ciudad. Como lo explica una de sus funcionarias,

[...] uno de los trabajos de Afrodes, es velar por la calidad de vida de la población afrocolombiana en situación de desplazamiento, luchar por la defensa de los derechos humanos. Trabajamos también lo que tiene que ver con la identidad cultural. Colombia es un país homogeneizante, donde no se respetan las diferencias, y normalmente cuando la gente sale de su terruño, trata de aculturizarse con las otras culturas. Por eso uno de los trabajos más importantes que realizamos es que la gente mantenga su cultura, mantenga sus patrones, sus costumbres, porque la idea de la organización es que algún día puedan retornar a sus lugares de origen, cuando existan condiciones [Luz Marina Becerra, Afrodes].

Hasta hace un tiempo no se reconocía el desplazamiento forzado como un fenómeno vivo en la sociedad colombiana, pero desde hace más de una década el gobierno empezó a tomar en cuenta políticas públicas para enfrentar el problema del desplazamiento, como la Ley No. 387 de 1997,

³ Esta ayuda les permite a los desplazados encontrar vivienda en un inquilinato o una vivienda compartida, y asimismo les entrega un mercado y el diario para transporte. El Centro les recomienda conseguirse un lugar en la periferia o el sur de Bogotá para que se acomode con el presupuesto, que oscila entre 100.000 y 120.000 pesos, o 150.000 cuando son familias numerosas.

[...] por medio de la cual se adoptan medidas para la prevención del desplazamiento forzado; la atención, protección, consolidación y estabilización socioeconómica de los desplazados internos por la violencia en la República de Colombia [Arquidiócesis de Bogotá, 1997: 20].

Aunque esta ley reconozca la importancia sociodemográfica y humanitaria que acarrea el problema del desplazamiento forzado, no se han visto los resultados esperados a la hora de ponerla en práctica, lo que evidencia una ausencia de solución política al problema de violencia colombiana, algo que ha ido a la par con la consolidación y profesionalización de los actores armados y la pérdida de confianza en el Estado para resolver el conflicto interno.

La presencia real, imaginada o fantasmal de la población desplazada no sólo hace que surjan diversas posturas políticas y humanitarias. En la realidad, los desplazados, allí presentes, dejan huellas y van aportando nuevos elementos; pues además de la historia de violencia, se trae una cultura que se expresa y se suma a las otras haciendo heterogéneo y, aún más complejo, el tejido socio-relacional, pues en él convergen duelos, esperanzas, proyectos de vida e identidades regionales diversas [Bello y Mosquera, 1999: 472].

Frente a esta situación, la población inmigrante tiene sentimientos encontrados acerca de su intención de retorno. Según Mosquera Rosero (1998), 26,7% de los jefes de hogar encuestados no piensan regresar a su lugar de origen, pues allí no encuentran oportunidades de empleo; 26% piensan que hay más fuentes de empleo en Bogotá; 9,3% extrañan a su familia extensa, a sus amigos y su cultura, y perciben que las prácticas culturales propias recreadas en el contexto de la ciudad no son verdaderas; 6,7% afirman que retornan o retornarían a su tierra únicamente por un periodo de vacaciones, para participar en las fiestas patronales o para asistir a un funeral; 6% que se encuentran involucrados en el ámbito político dicen que volverían para trabajar por el progreso de la región.

Por su parte, el *Atlas de las culturas afrocolombianas* (2003) también muestra cifras que aportan ideas sobre la intención de retorno: 75% de los encuestados desean quedarse en Bogotá y Soacha y apostarle a una vida más segura; 23% quieren retornar a sus veredas y pueblos; 32% de los afrodescendientes desplazados llegaron solos y 63% con sus familias. De ellos, 49% recibieron apoyo de organizaciones no gubernamentales, 23% del gobierno, 20% de familiares y amigos, 3% de la Iglesia, y 6% de otros.

Arribo y permanencia: emplazamiento en la ciudad

La llegada a la ciudad representa para los migrantes alcanzar la meta anhelada en su búsqueda de mejores oportunidades, lo que para muchos también implica enfrentarse

a un nuevo horizonte totalmente desconocido. Existen diversas formas de asentarse en la ciudad y ellas dependen de los motivos y causas del desplazamiento. A su arribo a la ciudad, la población migrante apela en la mayoría de los casos a ubicarse donde familiares o amigos, y en otros casos —los más recientes— acuden a entidades u organismos de ayuda humanitaria como la Casa del Migrante, donde se les presta una ayuda momentánea.

Antes del desplazamiento, la cotidianidad permite a los individuos construir redes vecinales y familiares en un espacio geográfico determinado, las cuales se basan en relaciones económicas, familiares y organizacionales; a su vez se mantienen redes con familiares o amigos que se trasladaron a la ciudad buscando mejores condiciones de vida.

Una vez ubicadas las familias en la ciudad, su localización varía como producto de un proceso migratorio intraurbano que se caracteriza por una alta movilidad espacial. Según Barajas (1992), la movilidad referida a los barrios muestra cómo en el estrato bajo es de 3,6%, en el estrato medio de 3,8%, y en el estrato alto de 4,5%. Así mismo, Barajas (1992) anota que la ubicación inicial de las familias afrodescendientes en Bogotá no está determinada por su estrato de origen sino por la instalación previa de familias y amigos. Pese a que en muchos casos las condiciones socioeconómicas del lugar de origen son mejores, las nuevas distan mucho de serlo:

[...] esta movilidad depende esencialmente de las oportunidades que se les presenten, destacándose los factores como adquisición de vivienda, facilidad de arriendo, ascender de estrato, en términos generales mejorar las condiciones de vida [Barajas, 1992].

Sin embargo, pese al fenómeno de movilidad intraurbana, una vez saciadas las necesidades básicas, la población tiende a asentarse indefinidamente. Cabe resaltar que los lugares de emplazamiento definitivos tienen como principal característica una alta presencia de población afrodescendiente, lo cual evidencia la búsqueda de perpetuar las redes de compadrazgo, la solidaridad y agruparse según un criterio de identificación por el origen común:

[...] Se puede caracterizar la existencia y semejanza de origen y procedencia entre los habitantes afrocolombianos en ciertos barrios de Bogotá, como son Veinte de Julio, cuya población es mayoritariamente de origen caucano; en el barrio Casablanca, en el que predomina la gente de Condoto, Istmina y Quibdó; el barrio Britalia, cuya población es, por lo general, de Cauca, Nariño y Tumaco; y los sectores en el centro de la ciudad en donde confluye gente de diferentes lugares [Mosquera Rosero, 1998: 51].

En el caso particular de Ciudad Kennedy, Claudia Mosquera (1998) destaca los barrios Casablanca y Britalia o Gran Britalia como sectores con gran presencia de inmigrantes negros. El primero también llamado Casanegra, es un edificio de apartamentos en conjunto cerrado con una alta presencia de población negra; de ahí el sobrenombre que recibe. Tras su construcción, a principios de los años ochenta, los apartamentos fueron adjudicados a empleados del Estado, muchos de los cuales ya contaban con una vivienda propia, por lo cual los arrendaron a muy bajos precios, teniendo en cuenta las dificultades de acceso al transporte público que había en la zona.

Como señala un entrevistado que vivía en el barrio Veinte de Julio, pero que en Casablanca pudo compartir el costo del arriendo con un paisano, “a Casablanca llegué por el arriendo barato” (en Mosquera Rosero, 1998: 29). Había en ese entonces, hacia el año 84, únicamente dos familias de chocoanos, un profesor de danzas del Distrito y la familia de Hansel Camacho, un chocoano reconocido actualmente en el campo de la música a nivel nacional. Según los testimonios recogidos por Mosquera Rosero (1998), hay familias y gente que llevan 20 ó 21 años viviendo en Casablanca, un barrio que con el tiempo se ha ido valorizando hasta tener costos de arriendo similares a los de Chapinero.

En Britalia, o Gran Britalia, el asentamiento comenzó a mediados del año 1975 sobre un terreno que otrora fuera una hacienda de cultivo de cebada. Entre los primeros pobladores hubo algunas pocas familias negras, como lo señala el siguiente testimonio de un habitante del lugar:

[...] las familias negras fueron llegando en 1977 más o menos, comenzamos a interactuar con ellos... hacernos conocidos porque sufríamos las mismas consecuencias... o no las mismas, pero sí... más o menos, ya que a ellos les tocó llegar a coger agua a las piletas... ya llegaron cuando había gran cantidad de gente [Mosquera Rosero, 1998: 30].

No obstante, el panorama fue cambiando y el costo de vida en la ciudad fue aumentando, lo que obligó a muchos afrocolombianos a buscar alternativas menos costosas de vivienda, como señala Claudia Mosquera:

[...] Sin embargo, con la consolidación de este y otros barrios y el consecuente incremento en el costo de los servicios, muchos inmigrantes negros se vieron en la necesidad de buscar arriendos menos costosos en otros barrios, respondiendo así a una búsqueda imperante de ahorro que les permitiera enviar dinero a su familia en su lugar de origen y ahorrar para comprar eventualmente una propiedad [Mosquera, 1998].

El barrio Brasil-Brasilia, por su parte, se ubica en la localidad de Bosa, fue fundado en 1979 y loteado por un urbanizador pirata. Allí, en palabras de Mosquera,

[...] muchos de los inmigrantes negros propietarios, quienes coincidentalmente casi llevan en su mayoría el apellido Quiñones, instalados aquí, vivieron en el barrio Britalia. En algunos hogares negros que viven en arriendo pudimos observar que están construyendo sus casas en el barrio Caldas (Bosa) y en La Candelaria (Ciudad Bolívar) [Mosquera Rosero, 1998: 30].

Los inmigrantes negros concentrados en los barrios descritos anteriormente, según lo anota Mosquera Rosero (1998) tienen variadas procedencias. 34,7% son del Chocó, siendo 8,6% de Quibdó y 26,1% de los municipios de Istmina, Tadó, Condoto y Lloró, principalmente. 40% proceden del Cauca, en particular de los municipios de Puerto Tejada, Corinto, Santander de Quilichao, Guachené, Timbiquí y Caloto. 23% son de Nariño, del municipio costero de Magüí Payán y Tumaco. Y el 2% restante procede del Valle del Cauca, específicamente de Buenaventura. La procedencia ha sido en muchos casos importante en la consolidación de las casas de Colonia:

La gente afrodescendiente residente en la capital ha venido formando colonias de acuerdo a su lugar de origen como palenqueros, maguiseños, o quibdoseños. Otros se identifican como renacientes, denominación propia de la parte sur del litoral pacífico. Los jefes de hogares afrocolombianos nacidos en Bogotá representan el 38%. Les siguen los oriundos del Pacífico biogeográfico, que constituyen el 28,6%, y los naturales del litoral caribe, que equivalen al 21,2% [*Atlas de las culturas afrocolombianas*, 2003].

Y añade:

La población afrobogotana crece de dos maneras diferentes. Una con gente acostumbrada a la vida urbana, y otra con individuos que tienen poca experiencia en las grandes metrópolis. El 90%, por ejemplo, están acostumbrados a la vida en las ciudades. Muchos de ellos, el 37,4%, han vivido siempre en Bogotá. El 12%, tienen entre 11 y 20 años de residencia. Otros, el 12,8%, entre 21 y 35 años, y los menos, el 4%, más de 36 años de estadía. Desde 1995 comenzaron a llegar más afrodescendientes a la capital, debido a que la guerra se extendió por todas las regiones de tradición afrocolombiana; los que arribaron a la ciudad en los últimos cuatro años representan el 36,9%, y de éstos el 12,3% llegaron en el 2001 [*Atlas de las culturas afrocolombianas*, 2003: 262].

Según el estudio de Orcone (2002), la procedencia de la población encuestada en las ocho localidades⁴ se distribuye así: 29,24% de la región del Chocó, 10,72% del Cau-

⁴ Las ocho localidades fueron Santafé, San Cristóbal, Tunjuelito, Bosa, Kennedy, Los Mártires, Antonio Nariño y Ciudad Bolívar.

ca, 12,94% de Nariño y 0,10% de San Andrés y Providencia. El análisis por regiones muestra: 0,11% tienen procedencia insular (San Andrés y Providencia), 16,78% de la costa caribe y 72,49% de la costa pacífica.

Tanto Kennedy como Bosa son barrios de inmigración no reciente, lo cual se constata al analizar el alto número de propietarios de vivienda. La mayoría son viviendas unifamiliares tipo casa, pero también hay presencia de viviendas bifamiliares y de tres o más hogares en una misma vivienda. Muchos de estos espacios compartidos sirven para materializar las redes de apoyo y solidaridad que se tejen entre habitantes de la ciudad y sus familiares o amigos que vienen en calidad de migrantes a la urbe.

Por su parte, el municipio de Soacha también se caracteriza por albergar alta presencia de afrocolombianos. En la zona de Altos de Cazucá, según el artículo realizado por Kirstine Westh (2005), 50% de su población es afrodescendiente, cifra aportada por la Federación para la Educación y el Desarrollo en 2005. De igual manera, Cristina Tavera (2004) identifica los barrios La Isla y El Oasis, ubicados en el sector Corinto, zona tres del municipio de Soacha (que además agrupa a otros barrios con población negra, como Caracolí, Los Robles, El Progreso, El Arrullo, Luis Carlos Galán), como sectores donde hay presencia de una numerosa población afrodescendiente en situación de desplazamiento.

[...] en un proceso continuo, paulatinamente se ha ido ubicado en los barrios La Isla, Los Robles y El Oasis en Altos de Cazucá, en la cual se ha constatado la presencia de casi aproximadamente 250 familias, de las cuales 90 están afiliadas a Afrodes; de este porcentaje, la mayoría son jóvenes y niños (un 57%), y de éstos el 19% fluctúan en edades comprendidas entre los 11 y 17 años; pero de igual forma encontramos significativos de población afro en las localidades de Usme, Bosa, Kennedy, Fontibón, Santa Fe y Suba. En las 19 Localidades de Bogotá se encuentra población afrocolombiana y en estas localidades la población afro desplazada se encuentra viviendo en los sectores más deprimidos, barrios tuguriales o marginados donde los servicios públicos son deficientes o carentes de los mismos; caso concreto, Altos de Cazucá, donde el servicio de acueducto es prestado por la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá en forma limitada, no existe un programa de telefonía fija, el transporte público sólo es prestado por una empresa de transporte, las escuelas no ofrecen sino la educación básica y se carece de centros de salud [Red Juvenil Afro, 2005: 2].

En la localidad de Suba, según el trabajo de Becerra y Vidal (2004), la distribución de la población total afrocolombiana de la localidad, por barrios, está dada de la siguiente manera: en el barrio Rincón viven 33,62%; en La Gaitana 11,94%, en El Rubí 7,49%, en Corinto 5,51%, en San Cayetano 5,44%, en El Japón 5,08%, en Compartir 3,67%, en Villa María 3,60% y en Aures 3,32%.

Por otra parte, a partir del trabajo realizado por Carlos Meza (2002) con algunos vendedores de fruta de la zona centro, se concluye que la gran mayoría de éstos pagan arriendo en las mismas localidades donde trabajan: Santa Fe y Los Mártires, o viven en barrios del sur como San Blas, La Victoria, Veinte de Julio y El Ramajal.

Así, la localidad Centro se caracteriza por presencia afro. Según Orcone (2002), la población negra en la localidad de Santa Fe aparece con 474 encuestados para un 7,63%, seguida de Los Mártires con 266 para un 4,28%, y de Antonio Nariño con 264 para un 4,25% de la muestra. La localidad de Tunjuelito está representada con la cifra de 305 para una proporción de 4,91%. Orcone destaca en la localidad de Tunjuelito el sector denominado Isla del Sol, en donde algunos afrobogotanos realizan actividades culturales y se aglomeran alrededor de los bailaderos.

Sin embargo, pese a destacarse las anteriores zonas como las principales contenedoras de población afrodescendiente, a partir de la información arrojada del trabajo de Ana Felicia Barajas (1992) y de su representación cartográfica, se concluye que pese a existir zonas representativas, la ciudad ha albergado y alberga población afro en diversas áreas. Los diferentes momentos migratorios determinados por variadas causas de desplazamiento han hecho que la población —dependiendo de la actividad que desempeñe y de la existencia o inexistencia de redes de amigos, entre otras razones— busque ubicarse en un determinado lugar. Barajas en su trabajo aporta los nombres de los barrios donde se localiza su población de estudio durante la década de los noventa; así, muestra sitios como:

[...] Metrópolis, Santa Isabel, Villa Mayor, El Paseo, La Europa, Villa Alsacia, Niza 8, Candelaria la Nueva, Santa María del Lago, Casablanca, Calvo Sur, Britalia, Villa de los Alpes, El Lago, Entre Ríos Casas, Ciudad Roma, El Carmelo, San Diego, Santa Fe, Las Américas, Bonanza, La Arbolada, Colina Campestre, Marsella, Capellanía II, Salina, Tunal, Dorado Norte, La Francia, Alquería, Kennedy, Nueva Kennedy, La Guaca, Marsella, Quiroga, Aloha, Las Nieves, Cedro Golf, Álamos sur, Teusacá, entre otros.

Respecto a la población raizal, no se tienen estudios que evidencien el proceso de arribo y muestren los sitios de emplazamiento en la ciudad. Según narra Dilia Robinson, la población que llega a la ciudad atraviesa por procesos similares de arribo que otros migrantes provenientes de ciudades del país. Así mismo afirma que la población viene principalmente a capacitarse, a estudiar y a trabajar, y en la mayoría de los casos lo hace en lugares cercanos a los entes educativos, con facilidades de acceso al lugar de trabajo o según los cánones de arrendamiento, pero dice no tener datos exactos, o los encuestados han preferido guardar reserva de ellos. Según información de la Secretaría de Educación, localidades como San Cristóbal, Usme, Tunjuelito, Kennedy, La

Candelaria y Ciudad Bolívar albergan a jóvenes raizales, lo que indica presencia en estos sectores.

LUGARES DE EMPLAZAMIENTO

La georreferenciación de los lugares de emplazamiento muestra cómo, en la década de los noventa, la población afrodescendiente se ubicaba de manera dispersa en la ciudad, no creando zonas concretas de emplazamiento. Debido a la movilidad intraurbana de la que habla Barajas (1992), se muestran ubicaciones⁵ en distintos barrios de la localidad de Suba, seguidas por las localidades de Tunjuelito, San Cristóbal, Kennedy, Bosa y Santa Fe. Así, se ve cómo la población ocupa distintas zonas con diversos estratos económicos, lo que evidencia su capacidad económica, los motivos de movilización a la ciudad, la cercanía a los lugares de trabajo y estudio, las zonas frecuentadas, entre otros muchos elementos que influyen en la escogencia del lugar de residencia. Muchos de estos barrios actualmente siguen albergando población afrodescendiente, correspondiente a la segunda oleada migratoria.

Por su parte, la localización de finales del siglo XX (1997) y principios del XXI (hasta 2004), evidencia una tendencia hacia la ocupación de nuevos barrios de la ciudad. Así, se ve una alta presencia en localidades como Bosa, San Cristóbal, Ciudad Bolívar, Suba, Engativá, Tunjuelito, Kennedy, Rafael Uribe y Puente Aranda. Las localidades con menor cantidad de población son Los Mártires, Santa Fe, Usme, Chapinero, Usaquén, Antonio Nariño, Teusaquillo, Fontibón, Barrios Unidos y La Candelaria.

De esta forma, la zona suroccidental de la ciudad se convierte en el área con mayor número de nuevos emplazamientos. Se puede concluir entonces que allí se ubican los principales lugares donde se recrean los lazos de compadrazgo y donde se efectúa la llegada y asiento de la población migrante en época reciente. Así, se pueden ver las características socioeconómicas de los migrantes, que les permiten acceder a las viviendas, a los sistemas de educación y salud de estos sectores, y por ende las zonas de confluencia y de fortalecimiento de lazos de amistad. Así mismo, de la lectura de georreferenciación barrial en la ciudad se puede concluir que, pese a que existen unas zonas con mayores índices de población migrante que otras, la lectura planimétrica muestra que Bogotá alberga a lo largo de todo su territorio a la población afrodescendiente.

Los emplazamientos de la población raizal, pese a los datos aportados por la Secretaría de Educación que evidencia la asistencia de niños a seis localidades de la ciudad, no arroja información precisa de la ubicación de las familias, lo que impide la georreferenciación veraz de la información.

⁵ El presente ítem se refiere a la *localización* en barrios en la ciudad, y no da cuenta de datos poblacionales; sólo muestra tendencias y preferencias de ubicación en la ciudad durante ciertos periodos.

MECANISMOS DE INSERCIÓN

Por mucho tiempo, desde la perspectiva nacional se ha perseguido un esquema de integración de las comunidades negras, entendido como “adhesión pura y simple de estas poblaciones a las reglas de funcionamiento y a los valores de la sociedad mayor, puesto que son parte integrante de ésta” (Mosquera Rosero, 1998: 20). En su argumentación, Claudia Mosquera sugiere que debería darse prelación a un esquema contrario a éste, en donde se privilegie la inserción, que no es otra cosa que la “voluntad de respetar especificidades, de comprenderlas”, con el fin de no llegar a la desintegración cultural. Pero para lograrlo se debe reconsiderar el intercambio simbólico que se da entre la población negra y la no negra en la sociedad mayor, y este intercambio simbólico es, en última instancia, el respeto.

Mosquera define el concepto de “estrategias de inserción urbana” para recoger todo aquello que desde las comunidades negras pueda hacerse para lograr el reconocimiento de su existencia y especificidad por parte de la sociedad. Las estrategias de inserción urbana son

[...] el resultado de la elaboración (inconsciente o construida a un nivel individual y/o colectivo, en la cual el (los) sujeto(s) expresan diversas conductas de aceptación, rechazo o negociación de una “identidad étnica negativa” que otro(s) quieren asignarle en una situación de interacción, de relación social y de negociación de un estatus social en la ciudad [Mosquera Rosero, 1998: 20].

La familia extendida constituye para los afrodescendientes el eje básico de su sociedad, encabezado por la abuela o “mamá grande”. En el proceso migratorio a la ciudad, el núcleo articulador que era la familia extendida se queda atrás para dar preponderancia al papel de la familia nuclear. Aquí, la mujer es la figura central encargada de la reproducción de los valores ancestrales y culturales frente a la comunidad (Arocha *et al.*, 2002: 132). Venir a la ciudad supone, entonces,

[...] la fragmentación física de la familia extendida, un crecimiento de la movilidad entre los lugares de origen y los de recepción—aún dentro de estos mismos—y la inserción y permanente negociación de valores y prácticas culturales disímiles. Aquí, la adecuada recreación de patrones socioculturales de los lugares de origen hace parte de las tareas a desempeñar, fuera de asumir el trabajo por el bienestar propio y de la familia, el cual acá se va tornando más nuclear [Arocha *et al.*, 2002: 132].

Contraria a la posición que adquiere la mujer afrocolombiana en el campo, donde su labor principal es colaborarle al hombre y donde tiene una organización pasiva en las organizaciones populares, en la ciudad se convierte en la guía de las actividades eco-

nómicas del hogar, y aunque los autores dudan un poco sobre el carácter absoluto de esta afirmación, son también las líderes de las organizaciones que en la ciudad luchan en general por los derechos de las comunidades negras y su reivindicación histórica y cultural y, en particular, por la educación y el refuerzo de los valores étnicos y el empoderamiento de las mujeres afrocolombianas del país.

De igual forma, algunos autores destacan el protagonismo que tienen tanto las mujeres como los jóvenes, éstos últimos con marcadas tendencias e intereses en constituirse en interlocutores de su comunidad con el Estado. Los grupos de jóvenes se organizan para conocer sus propias realidades, integrar sus identidades y establecer cofraternidades. Son grupos de muy variada índole y procedencia: rastafaris, hip-hoperos, artistas, estudiantes con intereses políticos y jóvenes en general, venidos de Guapí, Tumaco, San Andrés, Cartagena, Palenque de San Basilio, Quibdó, Florencia y Puerto Tejada, por mencionar algunos. En sus reuniones de grupo, una persona se encarga de preparar una charla sobre un tema afroamericano de interés del grupo. Allí se busca entender las leyes relacionadas con las comunidades negras, por ejemplo la Ley 70 de 1993, y conocer y reflexionar sobre el aporte que éstas han hecho en la construcción del país. Pero no solamente se habla de política en estas reuniones: también se discuten las prácticas tradicionales de sus pueblos de origen y las memorias de los tiempos allí vividos. En conclusión, desde su posición, la juventud viene haciendo su aporte. Como señalan Arocha *et al.* (2002: 140):

Ya sea desde lo académico, lo político o lo lúdico, los estudiantes afrodescendientes que residen en Bogotá generan dinámicas que vale la pena examinar, como portadoras de un legado cultural que se renueva, crea y recrea al interactuar con una nueva realidad.

Otro aspecto relacionado con la inserción en la ciudad tiene que ver —como se mencionó anteriormente— con la localización en barrios determinados. Para casi todos los afrocolombianos que llegan a Bogotá, la ubicación en zonas donde se encuentren sus familias o redes de amigos constituye el primer paso para comenzar el proceso de inserción a la vida ciudadana. Allí se crean puentes de información que les permiten ubicarse laboralmente, abrirse espacio en la ciudad y recrear sus prácticas culturales.

Cabe resaltar que no todos los inmigrantes afro y raizales buscan el paisanaje y la colonia: muchos recurren al aislamiento como mecanismo de inserción individual. La gran mayoría de éstos son estudiantes universitarios que han asimilado los valores de la sociedad mayor y no hallan ningún interés en reunirse con su colonia. En palabras de una entrevistada:

Nunca... o sea, yo estoy junta aquí... pero no revuelta, en el sentido de que jamás, jamás me ha gustado acá en Bogotá, reunirme... o sea estar así metida, que... que ahorita nos vamos para esta casa, a pesar que... hay tanto paisano... [...] ese cuento no me gusta. ¡O sea, con todos pero de lejos! [Mosquera Rosero, 1998: 51].

¿Cuántos son?: aportes a la demografía urbana

Son muchos los estudios y textos que buscan dar cuenta de la cantidad de afrodescendientes que habitan la ciudad. Este fenómeno se ha agudizado en las últimas dos décadas, en las cuales la presencia de grupos étnicos en las ciudades ha crecido producto del desplazamiento forzado. Así, las mediciones tienen como principal objetivo cuantificar y obtener cifras que busquen dar respuestas —y por ende, brindar estrategias— a la masiva presencia de inmigrantes en la ciudad.

Así adquiere sentido el cuestionamiento de Claudia Mosquera (1998) acerca de “¿por qué en Bogotá hay tanto negro ahora?”. Si se vuelve sobre éste de manera inadvertida, lo primero que llama la atención es su alusión a un ahora y a un antes implícito, sugiriendo que hoy podemos encontrar en Bogotá una población negra que hace 15, 20, 30 ó 50 años no existía. Para finales de la década de los ochenta, según muestra Mosquera Rosero (1998), comenzó el crecimiento y se evidenció la presencia de afrocolombianos en la ciudad,

En 1987 hicimos una encuesta, a nivel de un sacerdote costeño que vino a tomar una encuesta sobre racismo, con la inquietud de saber cuántos negros había en la zona octava, fue una encuesta grande. Encontramos que en Britalia ya había en ese entonces 290 y algo de personas, en sólo Britalia... muchos, inquilinos. [Mosquera, 1998: 30].

De acuerdo con los datos del Censo de 1993 y del documento Conpes 2909 de 1997, la población afrocolombiana asciende a 10,5 millones de personas en Colombia, es decir, 26% del total de la población. Según anotan Becerra *et al.* (2004), los departamentos con mayor presencia afrocolombiana son, en orden, Valle con 1.720.000 personas, Antioquia con 1.205.985, Córdoba con 801.643, Chocó con 369.558, Sucre con 490.187, Cauca con 462.638 y Cesar con 411.742.

Por otro lado, la Comisión para la Realización del Plan Nacional de Desarrollo dice que en 1999 el 25% de los colombianos (10.562.519) eran afrodescendientes, de los cuales 900.717 estaban residenciados en Bogotá, es decir, 15% de los capitalinos eran afro. Según la investigación realizada, entre 2000 y 2001 por el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, “el total de la población afrocolombiana de Bogotá llegó a 129.022 personas”. En otro estudio realizado por el CIDSE-IRD-

Colciencias, publicado en 2001, se señala que entre Bogotá y Soacha hay 533.739 afrodescendientes; por su parte, los adalides de las organizaciones afrodescendientes ofrecen estimativos sobre esta población en la ciudad que van desde 1.000.000 hasta 1.200.000 (Alianza Entrepueblos, 2004).

Otras son las cifras que aporta el *Atlas de las culturas afrocolombianas* (2003), según el cual las proyecciones más recientes sobre el total de la población afrodescendiente que habita en Bogotá, y que está distribuida de manera diferencial en cada una de sus 19 localidades, “se expresan en guarismos contenidos en el rango de los 151.923 hasta 533.739 habitantes, cantidades que, respectivamente, estarían representando el 2,5% y 8,9% del total de la población”.

Entre 1999 y 2004, según Codhes, 226.745 y 12.271 personas se desplazaron a Bogotá y Soacha, respectivamente. Sin embargo, estas cifras, según cita la fuente, son problemáticas por dos razones:

[...] en primer lugar, porque excluyen a aquellas familias que por diferentes motivos prefieren que sus nombres no se registren formalmente, y en segundo lugar, por las cifras de Soacha, ya que aunque muchas familias desplazadas primero llegan al municipio de Bogotá, donde se registran como desplazadas, [y] el costo relativamente bajo de la vivienda en la periferia del área metropolitana hace que muchos desplazados internos se trasladen a esas áreas, en particular Altos de Cazucá, con relativa rapidez después de su llegada [Westh, 2005: 1].

Para la fecha en que se realizó el presente trabajo, pese a haberse realizado el Censo de 2005, los datos no se han procesado aún y por lo tanto no se tienen cifras referentes a la cantidad de afrodescendientes y raizales radicados en la ciudad. A pesar de existir estadísticas que dan cuenta de su presencia en la ciudad, estos datos —como se muestra anteriormente— son disímiles y varían mucho de una fuente a otra.

En búsqueda de la supervivencia: principales actividades y empleos

La llegada a la ciudad está acompañada por la necesidad no sólo de ubicarse y conseguir vivienda, sino de ocuparse laboralmente para obtener el sustento diario. Esta labor no es más fácil que la de localización, pues trae consigo una necesidad imperante de conseguir dinero, un sinnúmero de obstáculos enmarcados en la falta de oportunidades que se presentan y una multiplicidad de actitudes discriminatorias por parte de la población citadina.

Cuando llegan a Bogotá el dinero toma mayor importancia como intermediario entre el trabajo y la obtención de beneficios necesarios para la subsistencia; la comida, la

vivienda y la salud ahora dependen en gran parte de él. La alimentación de ellas y sus familias ya no está directamente conectada con el trabajo porque, en Bogotá, trabajar significa una oportunidad económica para satisfacer no sólo las necesidades básicas, también presenta una posibilidad para brindar una buena educación para sus hijos, razón por la cual, muchas de estas mujeres cocinan en los restaurantes de comida del Pacífico [París, 2003].

Los obstáculos que encuentran los inmigrantes negros en relación con el empleo, según anota Mosquera Rosero (1998), obedecen en la mayoría de los casos (28,7%) a la discriminación étnica en los procesos de selección, donde todo funciona bien hasta el momento de la entrevista personal. Le siguen la falta de apoyo político (6,7%), la falta de calificación profesional (8%) y el desconocimiento del mercado (19,3%). Es recurrente que las personas tengan como primer oficio el trabajo que tiene la jefa o el jefe de hogar que los recibe. Ahora bien, también es frecuente que cambien de trabajo a medida que van conociendo mejor la ciudad, van ampliando sus redes de conocidos y van identificando algunas oportunidades de ascender socialmente. En este proceso juega un papel importante la intervención de un pariente o amigo que por lo general ya lleva más tiempo viviendo en Bogotá. Son muchos los testimonios que se encuentran de personas que han sido objeto de la discriminación socio-racial en el momento de acceder a un trabajo:

[...] parte de la población no ha sentido la discriminación racial pero sí al buscar empleo: Eusebio ha intentado buscar trabajo como docente, “pero cuando se dan cuenta que uno vive en Cazucá piensan que no podrá llegar a tiempo en las mañanas” “Tal vez, se plantea Eusebio, ellos sólo suponen que uno es desplazado y lo discriminan por eso”. La población interpreta esto como discriminación racial o social, o por el aislamiento del sector de las áreas educativas, laborales, recreativas, etc. [Westh, 2005].

Frente a este panorama, la población afrocolombiana siente la discriminación debido a su color de piel. Muchos cuentan que las opciones de empleo les son dadas por teléfono y cuando se acercan a ocupar el puesto les son negadas sin justa causa. Así mismo, afirman que en el caso eventual de acceder a éstos siempre les son dados en categorías y labores inferiores pese a estar calificados, y la remuneración siempre es inferior pese a desempeñar roles similares a los desempeñados por gentes de diferente color y etnicidad:

[...] las áreas básicas de empleo de ciudades como Bogotá son: el servicio doméstico, la construcción, la vigilancia y el comercio informal o venta ambulante de fritos y frutas. En un porcentaje más bajo, los afrodescendientes ejercen como docentes, abogados, y, en menor medida, el 1%, como jefes o empresarios privados [*Atlas de las culturas afrocolombianas*, 2003: 263].

Así mismo, muchos argumentan que pese a estar bien calificados, en la ciudad no vale tener títulos de abogado, contador, docente, entre otros, pues la mayoría terminan obligados a ocuparse como empleadas de servicio, ayudantes de obra, obreros, vendedores ambulantes, celadores —entre otros puestos muy inferiores— que no son acordes con sus capacidades intelectuales. A pesar de ser conscientes de esto, se ven obligados a hacerlo dado que tienen que velar por el sustento diario de su familia en Bogotá y quienes se han quedado en la tierra de origen. Por otra parte, los afrocolombianos sienten que no tienen oportunidades y no saben cómo acceder a ellas; afirman que no existen facilidades por parte del Distrito para calificarse y competir en las mismas condiciones.

Frente a este panorama, cabe anotar lo manifestado por Tavera (2004), quien resalta la característica devastadora que tiene la ciudad frente a los conocimientos y saberes de los afrodescendientes recién llegados, ya que, según ella,

[...] estas personas, principalmente campesinos dedicados a las tareas del campo, resultan “inútiles” para las dinámicas de la ciudad. Como consecuencia de ello, sólo pueden conseguir empleos inestables y mal remunerados en actividades como la construcción en el caso de los hombres, y el servicio doméstico y los restaurantes en el de las mujeres.

Pese a todos estos inconvenientes, muchos afrocolombianos han logrado “realizarse” personal y profesionalmente en la capital en oficios como el derecho, la música, el baile, la docencia, la actuación o dedicándose a ser empresarios de sus propios negocios. Son muchos también los que vienen buscando ingresar a una universidad o a una carrera técnica o quienes ven en la música y el deporte una posibilidad para ascender en la escala social. Ejemplo de esto son algunos futbolistas que hacen parte de la nómina de las divisiones inferiores y profesionales de Millonarios y Santa Fe o grupos de hip-hoperos y raperos que han venido de Urabá, Cali, Cartagena, Quibdó y Buenaventura con la esperanza de encontrar una casa disquera que los apoye y grabar un sencillo. En cuanto a esta diversidad de intereses que traen a afrocolombianos de distintas procedencias a Bogotá, Olga Palacios, una quibdoseña entrevistada para el estudio *Mi gente en Bogotá...*, subraya lo siguiente:

Los chocoanos se vienen para Bogotá a estudiar, a diferencia de los caucanos que, por ejemplo, se vienen a trabajar y no les interesa qué clase de trabajo, honestos eso sí, que montar un restaurante, que vender frutas, cosas así, el chocoano casi siempre viene aquí a estudiar, la mayoría de los chocoanos que uno consigue están en la universidad [Arocha *et al.*, 2002: 118].

De esta forma, los afrodescendientes que adelantan algún tipo de actividad laboral en Bogotá representan —según anota el *Atlas de las culturas afrocolombianas* (2003:

277)— 40,15% del total de la población; se encuentran plenamente empleados 20,3%, y está subempleado uno de cada dos afrobogotanos. La situación socioeconómica de los afrobogotanos es inferior a la del total de la población de la ciudad.

Los ingresos que perciben, por trabajar el mismo número de horas semanales que las de los demás habitantes de la capital, son inferiores en 31,4%; la mitad de ellos reciben o un salario mínimo o menos, mientras que un residente no afrocolombiano devenga, en promedio, 529.424 pesos [*Atlas de las culturas afrocolombianas*, 2003].

Y añade:

En Bogotá las comunidades afrocolombianas han generado espacios donde se consolidan los lazos de autorreconocimiento e identificación étnica alrededor de las actividades económicas que realizan. Estos espacios mantienen y fortalecen los códigos lúdicos y estéticos de sus culturas. Entre las ocupaciones más comunes se encuentran las de las peluquerías, las pescaderías donde venden comidas típicas y los bailaderos donde se escuchan ritmos con una marcada influencia africana como la salsa, el vallenato, la champeta, el reggae y el rap [*Atlas de las culturas afrocolombianas*, 2003].

Con relación a lo expuesto Soledad Aguilar (1995: 81-82) anota:

Debido a las relaciones establecidas desde el campo laboral o profesional es usual que entre las personas que tienen un mayor nivel de preparación o de contacto con otras esferas se deba dar una apropiación más eficiente de los códigos interculturales de la ciudad, del otro lado para quienes esto no es tan necesario es común que el arraigo se mantenga fuerte.

Lugares como los restaurantes, según anota Mónica Godoy (2003: 189), facilitan la inserción económica a algunas personas afrochocoanas en Bogotá. Esta inserción consiste en un “proceso dinámico y multiforme de adaptación y negociación de los inmigrantes a un medio urbano con características particulares”. Según el trabajo de Ávila y Gómez (2004), la gastronomía además de ser una alternativa laboral es una forma de insertarse en la ciudad a través de la cocina. Examinando el caso de una pareja de hermanas chocoanas que venden comida típica del Chocó en su apartamento del centro de Bogotá, las autoras señalan:

[...] para esta pareja de hermanas profesionales, pues la una es abogada y la otra contadora, la cocina tradicional chocoana ha sido una alternativa laboral pero al mismo tiempo una forma de insertar su gastronomía en la ciudad. La cocina se transmite de generación en generación, y con ella sus secretos más íntimos, como es

el caso de la “verdura chocoana”, una mezcla de cilantro cimarrón, albahaca y poleo, que según las hermanas le da “un picantico y sabor” especial a las preparaciones [Ávila y Gómez, 2004].

De igual forma, las prácticas gastronómicas relacionadas con la economía de sustento vienen acompañadas de transformaciones culturales. Según lo expresa Godoy, las transformaciones se dan en muchos ámbitos, pero las más abruptas tienen relación con fenómenos como el destierro:

Sin embargo, durante mi investigación constaté la existencia de otros cambios realizados de manera rápida que tienen una estrecha relación con las transformaciones de la condición económica de los migrantes al llegar a la capital. Ejemplo de ello es la inclusión en la dieta de alimentos más baratos, como la verdura, y el desuso de algunos que resultan costosos, como el queso costeño, o las nuevas apetencias y necesidades alimenticias que surgen por la oferta de Bogotá. Con lo anterior no pretendo ignorar que existen cambios voluntarios y otros no deseados por las personas [Godoy, 2003: 91].

Otro espacio que ha encontrado la población afrocolombiana para insertarse económicamente a la ciudad ha sido la actividad artesanal y la venta callejera de frutas. La inserción de los inmigrantes afrocolombianos mediante la práctica de la artesanía implica dos componentes, según explica Hernando Pulido (2003: 141):

Por un lado, los individuos aprovechan la estructura económica de la actividad artesanal preexistente en la ciudad. Por otra parte, adaptan en la ciudad pautas de movilidad y socialización ejercidas históricamente por la población afrodescendiente.

La adaptación del grupo de artesanos radicados en la ciudad en términos de la actividad como de la organización que de éstas se deriva, les ha permitido conquistar un espacio y obtener “éxito” en términos laborales. “Así, los procesos económicos se potencian con estrategias recreadas a partir de la conciencia de una identidad étnica”.

De igual forma, Pulido (2003) afirma que no existe un grupo de afrobogotanos artesanos que se encuentren asociados en la ciudad. Las redes de producción, distribución y consumo son muy similares a los de los artesanos no afro de la capital. Así mismo expone:

No existe en Bogotá una organización de artesanos afrodescendientes de gran envergadura en forma de una asociación, cooperativa o federación. La asociación de estos artesanos es posible, pero perteneciendo a organizaciones de distinto carácter cuya función es agrupar a los artesanos, para otorgarles el derecho a un espacio

de comercialización a cambio de una remuneración económica, pero no otro tipo de garantías sociales. Tal como sucede en la Asociación de Artesanos de Bogotá, La Asociación de Buhoneros de Bogotá y la Asociación del Mercado de las Pulgas [Pulido, 2003: 109-110].

En lo referente a la calle, según lo expuesto por Carlos Meza (2002), al arribar a la ciudad, encuentran en la venta callejera una forma de lograr independencia económica y de evitar situaciones de exclusión social y racial. Se apoyan en la venta de fruta, en particular de chontaduro y coco, por las imágenes asociadas de “lo negro” y lo tropical, que se convierten en poderosos estereotipos de exotismo. De esta forma, la población afro se ingenia estrategias de subsistencia desde la dinámica del comercio callejero, en directa relación con lo estético, ya que según cuentan ellos, esto resulta llamativo para la población bogotana:

[...] Planteo la estética y la estrategia, pues ambas son las dos caras de la moneda que experimentan los vendedores de frutas, un sector particular de la población afrocolombiana en Bogotá. Estos hombres y mujeres tuvieron la idea de ponerse a vender fruta, o la aprendieron gracias a los conglomerados de solidaridad étnica y de parentesco. En ella buscaron el trabajo independiente y ahora deben sortear la persecución que ejercen las autoridades sobre el comercio callejero en Bogotá. Éstos son algunos de los aspectos de la vida cotidiana de muchos afrocolombianos obligados, o bien motivados a emprender viajes de desarraigo. En busca de ofertas de trabajo, los afrocolombianos laboran en construcción, servicio doméstico y ventas ambulantes. Actividades en las cuales se sectorizan de acuerdo con una tradición caracterizada por la marginalidad socio-racial que es perpetuada por el Estado y la sociedad colombiana, desde la esclavización [Meza, 2002: 32].

De esta forma, se muestra cómo los afrocolombianos crean mecanismos para su supervivencia económica, y apelan a entremezclar —en palabras de Meza— lo simbólico con lo económico. El desplazamiento altera y transforma su identidad cultural, la cual está relacionada con la ubicación en las diferentes formas de trabajo. Néstor García Canclini (citado por Meza, 2002) señala a este respecto que “no puede haber separación entre lo económico y lo cultural, ya que lo económico y lo simbólico se entremezclan y se diseminan en toda la vida comunitaria”. De las entrevistas realizadas por Meza (2002) a los vendedores de fruta, se extrae que

[...] la mayoría asegura que aprendió a vender frutas, chontaduros y cocos, en las calles de Bogotá [...]. Algunos argumentaron que: “[...] esto se ve en la ciudad, la frutita lista pa’consumir es un invento de nosotros pa’rebuscárnola porque uno aprende. Uno ve por la televisión a las mujeres de Cartagena con su ponchera en la cabeza [...] y que la fruta se trabaja donde la gente no la conoce [...] no sé, yo pienso que eso es algo como turístico” [Ricardo Mosquera citado por Meza, 2002].

Pese a encontrar en estas actividades económicas la retribución salarial, la venta callejera —según manifiesta la población estudiada por Meza— viene acompañada de persecuciones policiales ordenadas por el Distrito y de discriminación racial por parte de la gente que recorre las calles. Los problemas de higiene, contaminación e insalubridad de la venta callejera potencian la estigmatización. En este sentido,

[...] el vendedor ambulante no es sucio sólo por ser vendedor, la suciedad viene de ser negro [...]. En la ciudad, la discriminación adquiere un matiz de diferencia regional y se potencia con el problema de la venta callejera [Meza, 2002: 149].

Y agrega:

El vendedor afro no sólo enfrenta la persecución de la policía, sino también las prácticas discriminatorias reflejadas en los prejuicios socio-raciales de los transeúntes, compradores y de la gente que trabaja en la zona, incluyendo otros vendedores callejeros. Por ello, los más novatos se hacen acompañar de familiares o buscan hacerse cerca de paisanos. A simple vista uno puede identificar los núcleos o concentraciones afro que convierten la venta en un verdadero punto de encuentro tanto de colegas como de paisanos que no son vendedores. Ejemplos de ello son los enclaves de vendedores afro en la calle 13 y la avenida 19, donde se ubican las mencionadas concentraciones de afrochocoanos, satingueños y bonaverenses. Algunos vendedores se desplazan hacia otros lugares cuando la venta está *floja* o la zona habitual está *caribe*,⁶ mientras otros se han acostumbrado a la estrategia de venta ambulante con trayectorias definidas en la calle 6 desde la avenida Caracas a la carrera 30, por la zona de talleres, y entre la calle 13 y la avenida 19 [Meza, 2002: 111-112].

Otro es el caso de la población raizal, de la cual no existe documentación alguna que dé cuenta de la actividad económica que desarrolla. Según el testimonio de Dilia Robinson, raizal que lidera el proceso organizativo de esta comunidad en Bogotá, la población raizal residente en Bogotá viene, podría afirmarse que casi en su totalidad, a estudiar y a prepararse profesionalmente. Casi todos se radican en la ciudad porque encuentran más oportunidades laborales y de ascender profesionalmente, y por tanto, muy pocos retornan al archipiélago. Así mismo, Robinson cuenta que la gran mayoría ocupa cargos profesionales importantes, y otros crean sus propios negocios. Según ella, en los últimos tiempos han llegado raizales en condiciones económicas desfavorables, pero son muy pocos los que migran a Bogotá.

De igual forma, añade que los elevados costos económicos que implica vivir en la ciudad han constituido en gran parte un obstáculo para que los jóvenes raizales que

⁶ Los vendedores afrocolombianos dicen que una zona está *caribe* cuando es peligroso vender allí por el patrullaje continuo de la policía o porque es un lugar inseguro debido a las actividades delictivas.

llegan a la ciudad tengan mejores condiciones de vida que aquellas a las cuales estaban acostumbrados. Así, pese a querer estudiar en planteles educativos reconocidos, algunos optan por acceder a las denominadas “universidades de garaje”, dado que no siempre pueden pagar los elevados costos de la matrículas con el dinero que les envían desde su región de origen.

Según explica Robinson, los raizales que trabajan en la ciudad desempeñan cargos y empleos que en general son buenos y les permiten tener una buena calidad de vida. Sin embargo, aclara que las oportunidades se las crean ellos mismos y critica la falta de apoyo distrital, la carencia de oportunidades y la no existencia de beneficios estudiantiles que les permitan capacitar mejor a sus jóvenes.

Igual de importantes que las actividades laborales son las de esparcimiento. El deporte seguido de la música, la ocupación cultural, las dinámicas folclóricas, el ejercicio religioso, las reuniones comunales, la acción artesanal, son las predilectas. Las actividades que más gente afro reúnen, según Orcone, son las de índole deportivo, musical y cultural, que logran una masiva presencia y despiertan el mayor interés de la población.

PRINCIPALES LUGARES DE EMPLEO

La localización de los lugares donde la población afrocolombiana residente en Bogotá lleva a cabo actividades económicas muestra una gran cobertura a nivel urbano. La actividad gastronómica es una de las más dispersas por el territorio, aunque se evidencia una mayor concentración en la zona centro y sur de la ciudad, y una considerable existencia de negocios en el área oriental de Bogotá; sin embargo, se registra una tendencia a la aparición de sitios estratégicos con vocación comercial en el área norte y occidental de la ciudad.

Por su parte, las peluquerías —otro de los renglones económicos en que más se concentra población afro— muestran mayor tendencia de ubicación hacia las áreas central y sur. Sin embargo, también existen en la localidad de Suba y comienzan a aparecer en la zona occidental de la ciudad. Cabe aclarar que existen lugares como Galaxcentro 18 que, pese a figurar como un solo lugar en el mapa, alberga en su interior un gran número de peluquerías y locales destinados al comercio afro.

En lo referente a las discotecas, localidades como Chapinero y Teusaquillo son las predilectas para su localización; sin embargo, en las zonas centro, sur y norte (Suba) se destacan lugares reconocidos y con gran afluencia de público. En cuanto a las ventas ambulantes, hasta hace unos años la zona centro y las aledañas a las calles 26 y 13 y avenida 19 eran las predilectas; sin embargo, actualmente, dada la masiva presencia de afrodescendientes en la ciudad, su ubicación se ha desplegado hacia el norte, hacia

zonas de gran confluencia peatonal y vehicular, tanto en sectores de uso residencial como comercial, destacándose especialmente la Autopista Norte. En lo que respecta a la venta de artesanías, muchos se ubican en zonas reconocidas para la venta de estos artículos por otros grupos étnicos y de ventas ambulantes; las áreas preferidas son las aledañas a centros universitarios y vías principales de la zona céntrica, así como los mercados de pulgas, las ferias artesanales y los eventos auspiciados por Artesanías de Colombia y otros entes distritales, muchos de los cuales se realizan en la plaza de los Artesanos. Pese a existir zonas de ventas callejeras, su localización específica se dificulta dado el tratamiento que en los últimos años se le ha dado a la defensa del espacio público en la ciudad.

Vladimir Melo identifica por lo menos cinco áreas de concentración del comercio callejero en Bogotá (Melo, 2001). En algunas de ellas es significativa la presencia de vendedores afrocolombianos que trabajan la fruta. Éstas son el sector central de las localidades de Santa Fe y La Candelaria, que va desde la calle 26 a la calle 6, entre las carreras 5 a la avenida Caracas. La zona que corresponde a la localidad de Los Mártires también comprende las calles 26 a la 6, pero desde la avenida Caracas a la carrera 30. El sector internacional, a lo largo de la calle 26, con algunas concentraciones de familias en los alrededores de la carrera 30 con calle 26. El Siete de Agosto, Chapinero y la zona de los San Andresitos de la carrera 38 [Meza, 2002: 104].

Cabe aclarar que pese a haberse ubicado gran parte de los sitios comerciales a diversas escalas, se sabe de la presencia de muchos otros cuya localización se dificultó por no existir un registro único, por estar catalogados ante la Cámara de Comercio de Bogotá dentro de la actividad genérica de “restaurantes, discotecas, peluquerías”, sin distinción alguna que permita asociarlas con espacios de afrocolombianos y raizales, por no estar referenciadas en las guías telefónicas y adicionalmente por ser característica de ellas la escasez de pautas publicitarias, entre otros aspectos.

Condiciones del nuevo territorio: en búsqueda de indicadores

VIVIENDA

Un indicador que mide el grado de inserción en la ciudad de los grupos afrocolombianos y raizales es la vivienda. Según manifiesta Mosquera Rosero (1998), en 94,5% de los casos, los inmigrantes negros recién llegados a la ciudad se hospedan en la casa de un pariente o amigo, donde permanecen aproximadamente seis meses mientras se establecen laboralmente y pueden conseguir un lugar para arrendar. En muchos casos, “recrear la paisanada” o estar cerca de la gente de la misma región o pueblo se convierte en estrategia de inserción en el mercado laboral y en mecanismo para la consecución de vivienda. Una vez pasados los ocho años de permanencia en la ciudad, las familias

comienzan a adquirir una vivienda propia. Sin embargo, son muchas las que viven en una vivienda alquilada o en inquilinatos.

En lo referente a los tipos y condiciones de la vivienda, las familias afrobogotanas ocupan distintos tipos de viviendas: casas independientes, apartamentos, cuartos e incluso inquilinatos. En este sentido:

[...] la mayoría de ellas están construidas en ladrillo, bloque o prefabricado, y cuentan con pisos y techos elaborados en materiales duraderos; sólo 1,1% tienen pisos de tierra. De igual manera, la casi totalidad de los domicilios cuenta con servicios públicos e inodoros. 65% de los lugares de residencia, en algunas de las localidades bogotanas, tienen entre uno y cinco cuartos, 18,5% de 6 a 10 habitaciones, y 16,5% más de 10. El 55,7% de las viviendas alberga a un solo hogar, 37,5% entre dos y cinco, y 6,8% más de seis. Por otra parte, 47,9% de los hogares usan un único cuarto, 37% utilizan dos, y 15,1% más de tres. La tenencia de la vivienda entre los afrobogotanos es relativamente baja: sólo 15,9% de ellos viven en casas que ya han terminado de amortizar, y 6,3% las están acabando de pagar. Por otra parte, 72,7% de los hogares arriendan o subarriendan moradas, y 4,5% habitan un domicilio adquirido en usufructo, prestado, cedido o que es el medio de trabajo del hogar, caso concreto el de los celadores de edificios en construcción. [*Atlas de las culturas afrocolombianas*, 2003: 279].

Por su parte, el documento titulado *Mi gente en Bogotá...* (2002), aporta datos parciales extraídos de los barrios cartografiados por el DANE, donde no se incluyen los barrios ilegales o subnormales, por lo cual la información no es válida para el total de la población. Sin embargo, aporta al conocimiento de los indicadores de todas las localidades, y en particular de aquellas donde hay mayor presencia de afrodescendientes, es decir, Santa Fe, La Candelaria, San Cristóbal, Los Mártires, Chapinero, Suba, Kennedy, Engativá, Ciudad Bolívar y Bosa. Así, en lo referente a la vivienda, 32,18% viven en casas independientes, 28% en apartamentos, 26% en cuartos y 14,4% en inquilinatos. El 98% de las viviendas cuentan con paredes de ladrillo, bloque o son prefabricadas. Solamente el 1,1% tienen piso de tierra o arena. La conexión con servicios públicos domiciliarios en las localidades cartografiadas es buena, presentándose limitaciones en el acceso al gas natural y al teléfono, principalmente. El 47,9% de los hogares hace uso de un solo cuarto, el 37% de dos habitaciones y el 15,1% de más de tres habitaciones. Estas cifras se complementan con datos según los cuales el 61,3% de los hogares duermen en una sola habitación, el 34% en dos y el 4,7% en más de tres.

En lo referente al equipamiento o los bienes que permiten intuir la posición socioeconómica de los hogares, la encuesta —aplicada por *Mi gente en Bogotá...*— reveló que 70,5% de los mismos tienen televisor, 68% teléfono, 47,5% nevera, 41,5% equipo

de sonido, 33,5% muebles de sala, 16,5% lavadora, 10% computador y 7% vehículo particular. Un porcentaje significativo de los hogares, 72,5%, viven en arriendo o subarriendo, mientras que 15,9% viven en casa propia ya pagada, 6,3% están pagando su casa y 4,5% viven en una vivienda prestada, cedida o en usufructo.

En barrios como Britalia, Claudia Mosquera (1998) encontró que un elevado número de familias viven en condiciones de hacinamiento. En Brasil-Brasilia predomina el número de familias que habitan casas que están siendo construidas por etapas, y en Casablanca, donde hay únicamente apartamentos, 55% de los hogares encuestados viven en arriendo, mientras que 45% son propietarios.

Frente a este panorama, cabe aclarar que para la población afrocolombiana la vivienda tiene gran importancia. En ésta se recrean espacios y actividades en torno a la familia y los amigos, se estrechan lazos de solidaridad y se realizan actividades de esparcimiento. El trabajo de Adriana Melendro (1996), que consistió en acompañar durante un periodo de tiempo las actividades de un grupo de afros habitantes de un inquilinato en el barrio Las Ferias, deja ver la multiplicidad de significados y redes que se tejen en la interacción cotidiana de este grupo de chocoanos. En la noche, luego de llegar del trabajo, se reúnen a conversar sobre los acontecimientos del día, hecho que sigue el mismo patrón de interacción frecuente en su pueblo de origen, e incluso, podría afirmarse, en un gran número de pueblos del Pacífico. Los fines de semana, cuando al descanso habitual del domingo se suma la llegada de las hermanas y amigas que trabajan en el servicio doméstico, en el inquilinato se da paso a una interacción más intensa, donde no hay afanes y, por lo mismo, se hace posible disfrutar de conversaciones más prolongadas y de actividades distintas a las que se desarrollan durante la semana, como el juego, el baile y, en general, la recreación.

Pese a la importancia que tiene la vivienda para esta población, el acceso a ella en la ciudad está referido a un sinnúmero de dificultades. El principal obstáculo que tienen para el acceso a la vivienda es que los arrendadores prefieren no alquilar sus propiedades a personas negras, en parte por el imaginario que se tiene de que son bulliciosos:

La concepción que tiene la gente... es que el negro donde llega... llega con su equipo de sonido... o si no apenas tiene plata compra tremenda grabadora [...] y ese es el problema que hemos tenido [Afrodescendiente entrevistado, en Mosquera Rosero, 1998: 46].

Otro de los obstáculos relacionados con el acceso a la vivienda es el alto costo de los arriendos, que en muchos casos absorben la totalidad de los ingresos y limitan la posibilidad de enviar dinero a la familia.

Frente a la imposibilidad de acceder a vivienda, parte de la población se ve obligada a conseguir lugares donde habitar en las zonas marginales o periféricas de la ciudad. La marginalidad e ilegalidad de barrios como La Isla y El Oasis supone una ventaja para la población desplazada en general. Por las condiciones de pobreza y despojo de todo bien material con que llegan a la ciudad, la primera posibilidad de vivienda que tienen es la casa de un paisano o familiar que haya llegado desplazado con anterioridad. De allí, pasan a pagar un arriendo que oscila entre 10.000 y 70.000 pesos, y cuando ya tienen un empleo o alguna actividad productiva más estable, pueden adquirir una vivienda propia, cuyo precio está entre los dos y los cuatro millones de pesos⁷ (Tavera, 2004).

En grupos sociales específicos como el afrocolombiano, al llegar a las ciudades se tiende a crear redes de apoyo para facilitar el acceso a los recursos e insertarse en la dinámica de la ciudad más fácilmente. En ocasiones el rechazo por parte de la sociedad mayor cohesiona al grupo, a la vez que los induce a buscar la apropiación de nuevos lugares, muchas veces apartados, en donde “podamos andar tranquilos en la casa y que no nos digan que le arrendaron a uno es la pieza y no la casa” [entrevista a mujer afrocolombiana en situación de desplazamiento, 23 de agosto de 2003].

Un caso similar a los referidos anteriormente se encuentra en la situación de gran parte de los asociados a Afrodes, quienes según los datos aportados por Cabezas (2004), luego de vivir algunos años en barrios como el Veinte de Julio, en Bogotá, optaron por buscar lotes en Altos de Cazucá.

SALUD

En lo relacionado con la salud, las cifras son disímiles. Según lo expresado en el *Atlas de las culturas afrocolombianas* (2003: 271), de una muestra de 606 individuos, 14,5% manifiestan tener un muy buen estado de salud, 65,7% bueno, el 18,5% regular.

Estas cifras son significativas, ya que la cuarta parte de los interrogados está fuera del sistema institucional de salud debido a la falta de dinero (45,2%) y a la ausencia de vinculación laboral (6,2%). De los que se hallan afiliados, 53,4% lo está a una EPS, Cajas de Compensación y Empresas Solidarias, 16% al ISS, y 6,4% a regímenes especiales como las FF.MM., Ecopetrol y el magisterio. Por otra parte, 50,1% tienen afiliación al régimen subsidiado de salud, mientras que 48,7% están con el contributivo.

Aunque hubo claridad con respecto al tipo de régimen de afiliación, 90,3% de la muestra no dio razón sobre el plan o seguro de salud que disfrutaba. Así mismo,

⁷ Es importante resaltar que las características de estas viviendas son muy precarias en términos de los materiales empleados para su construcción, como son paredes de adobe, piso de tierra, puerta y techo de lata, e igualmente en el acceso a servicios públicos: sólo cuentan con la electricidad y se ven obligados a transportar el agua dos veces por semana desde Potosí y derivar ilegalmente líneas telefónicas de un poste con cableado para este servicio.

56,2% de los encuestados que tenían afiliación al sistema de salud admitieron ser beneficiarios de algún familiar, y 37,8% dijeron que el pago se lo descontaban de la nómina, salario o pensión [*Atlas de las culturas afrocolombianas*, 2003: 271].

Así mismo, entre los grupos afrobogotanos, el saber médico tradicional hace parte de las prácticas cotidianas en el diagnóstico y tratamiento de ciertas enfermedades, aunque muchos se hayan visto en la necesidad de recurrir a la medicina alópata, pues aquí no cuentan con el espacio ni el clima para el cultivo de ciertas hierbas de uso frecuente en la cura de algunas enfermedades o dolencias.

Por otra parte, las *Memorias del I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana* (2002) arrojaron cifras respecto a la seguridad social, donde se hace evidente que 77% no tienen ningún tipo de afiliación al régimen de seguridad social, 22% están afiliados (esta afiliación se hace por medio de una carta de salud temporal que da la Unidad Distrital por tres meses). El 8% de los encuestados manifestaron estar enfermos y el 100% necesita de servicios médicos generales a través de una EPS de manera gratuita.

En lo referente a los desplazados, según anota Romaña (2003), la calidad de vida de éstos se ha visto notablemente afectada; los datos referentes a servicios de salud son desalentadores: las cifras señalan que 77% de los miembros de un hogar no tienen afiliación a una EPS o al Sisben.

SERVICIOS PÚBLICOS

El indicador de servicios públicos contenido en el *Atlas de las culturas afrocolombianas* (2003: 273) mostró que en Bogotá las viviendas ocupadas por los hogares afrocolombianos presentan, en su mayoría, una aceptable cobertura en los sistemas de acueducto, alcantarillado, energía eléctrica y recolección de basuras; todas ellas presentan índices de cubrimiento por encima del 96%. La prestación del servicio telefónico es aceptable —alcanza el 86%—, mientras que la del gas natural, que es de 47%, es extremadamente baja. El 97,7% de las viviendas tienen inodoros conectados al sistema de alcantarillado.

EDUCACIÓN

En cuanto a los resultados referentes a la educación, consignados en el *Atlas de las culturas afrocolombianas* (2003), de una muestra de 533 afrobogotanos se evidencia que:

[...] 94% saben leer y escribir; de éstos, 30% han iniciado la básica primaria, 44,3% la secundaria y 14,3% la educación superior; 28,2% han adelantado cursos de ca-

pacitación o aprendizaje. Hoy día, 35,4% asisten a un centro educativo. Sin embargo, si se compara el nivel educativo de los bogotanos en su totalidad con el de los afrodescendientes, se observa que mientras el nivel de escolaridad en los primeros llega a 10,2 años, en los segundos sólo alcanza 6,4 años. Así mismo, mientras 43% del total de la población bogotana no ha completado la educación secundaria, 60% de los afrocolombianos tampoco lo han hecho. Estas dos diferencias podrían estar indicando una exclusión escolar que refleja patrones de discriminación.

Así mismo, según cifras suministradas por la Secretaría de Educación actualizadas para noviembre de 2005, 1.362 niños afrodescendientes se encontraban matriculados a nivel distrital en las 20 localidades. La localidad con mayor presencia es Usme, que cuenta con 343 estudiantes, le sigue Rafael Uribe con 263, Kennedy con 199 y Suba con 102. Esto da cuenta de la presencia afrocolombiana a nivel distrital, pero no es un indicador de alto nivel de escolaridad si se asume como verdadera la cifra según la cual habría un millón de afros en la ciudad, a no ser que una gran porción de estos últimos sean adultos.

Tabla 1. Estudiantes afrocolombianos por localidad

Estudiantes afrocolombianos	
No. / Localidad	Total
1 / Usaquéen	66
2 / Chapinero	1
3 / Santa Fe	11
4 / San Cristóbal	88
5 / Usme	343
6 / Tunjuelito	66
7 / Bosa	57
8 / Kennedy	199
9 / Fontibón	5
10 / Engativá	67
11 / Suba	102
12 / Barrios Unidos	7
13 / Teusaquillo	4
14 / Los Mártires	7
15 / Antonio Nariño	3
16 / Puente Aranda	10
17 / La Candelaria	5
18 / Rafael Uribe	263

Estudiantes afrocolombianos	
No. / Localidad	Total
19 / Ciudad Bolívar	7
20 / Sumapáz	51
TOTAL	1.362

En el caso de los raizales, según datos de la Secretaría de Educación existían para finales de 2005 catorce niños matriculados en colegios distritales, concentrados principalmente en las localidades de Usme, San Cristóbal y Tunjuelito, lo que indica la presencia en estos sectores del grupo étnico. De igual forma esta información es valiosa, dado el incipiente conocimiento que se tiene de este grupo humano en la ciudad, puesto que permitiría iniciar el contacto y los estudios a partir de ellos.

Tabla 2. Estudiantes raizales por localidad

Estudiantes raizales	
No. / Localidad	Total
4 / San Cristóbal	3
5 / Usme	5
6 / Tunjuelito	3
8 / Kennedy	1
17 / La Candelaria	1
19 / Ciudad Bolívar	1
TOTAL	14

Por otro lado, el conocimiento que tiene la población afrocolombiana y raizal residente en Bogotá sobre la Cátedra de Estudios Afrocolombianos es muy poco, pese a que el texto se publicó como resultado de un esfuerzo conjunto entre la Alcaldía Mayor de Bogotá y la Secretaría de Educación del Distrito. No obstante, el tema de la etnoeducación afrocolombiana toma mucha fuerza e importancia en la actualidad, como propuesta en torno a la valoración de la diversidad étnica y cultural de la nación:

[...] cada día existe mayor consenso en que los conflictos sociales entre grupos, comunidades, estados y naciones, son causados principalmente, por la intolerancia, el irrespeto, la inequidad y la exclusión. Por ello, fundamentar la educación en el pluralismo, el respeto y el aprecio por todas las culturas, es una estrategia que permite que la diversidad se transforme en un factor positivo de entendimiento. La educación es un medio de lucha contra la exclusión [*Memorias del I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, 2002: 12].

Respecto al tema, Afrodes, en las citadas *Memorias* (2002: 121), manifestó lo siguiente:

Los afiliados a Afrodes no compartimos el sistema educativo colombiano pues no refleja las condiciones etnoculturales de los educandos ni de nuestro país, por ello genera aculturación y pérdida de la identidad cultural. La educación no puede seguir siendo agente de envilecimiento personal, ni una inversión objeto de lucro individual, sino promotora de la vida en sociedad, por tanto tiene un carácter social o colectivo. La educación nuestra es opresora, la requerimos liberadora y atractiva; es homogeneizante y manipuladora, la requerimos diversificada y humana. [...] La Cátedra de Estudios Afrocolombianos debe transversalizar todos los contenidos de la educación porque ésta es apenas un instrumento de tránsito hacia la transformación del sistema educativo. Los contenidos de la Cátedra deben estar orientados a poner en escena la verdadera dimensión de la afrocolombianidad, sus aportes y sus proyecciones, desde la perspectiva de la construcción de un proyecto de vida étnico. En la construcción del Estado unitario y diverso que perfila la Constitución de 1991, la Cátedra debe servir, por un lado, para que los afrocolombianos afiancen el conocimiento sobre sí mismos que les ayude a elevar su autoestima y, por otro, para que las otras etnias ganen en conocimiento sobre los afrocolombianos y sus aportes en la construcción de la nación. En el marco de las palabras de Leopoldo Sedar Senghor: “Si a la cultura universal le falta tan sólo el modo de vida de uno de los pueblos, la humanidad estaría incompleta y sin paz”.

En otros aspectos, las experiencias etnoeducativas y de implementación de la Cátedra de Estudios Afrocolombianos a nivel urbano han tenido resultados valiosos, como en el caso de la maloca del Colegio de San Francisco en Bogotá, en Ciudad Bolívar. A través de la construcción de una maloca se buscaba mostrar la pluralidad de culturas existentes en el país, resaltando el hecho de que se puede habitar un mismo territorio, pero conservar tradiciones sociales, políticas y económicas particulares. Según lo establecido en el Foro (2002: 73):

[...] la interculturalidad es conocimiento, valoración y afirmación de la identidad étnica propia para proyectarse hacia el conocimiento de tecnologías producidas por otros grupos humanos. Así mismo presupone un análisis metodológico y sistemático de las culturas, en la medida en que permite llegar a comparaciones adecuadas y coherentes que se transforman en contenidos de enseñanza pluralista.

Al no contarse con estudios que den cuenta de datos sobre la educación media de la población afro y raizal en Bogotá, según lo expresado por algunos entrevistados, en universidades como la Pedagógica, la Nacional, la Distrital, principalmente, se han ido abriendo espacios que constituyen oportunidades para su formación profesional. Allí han podido encontrar afinidades económicas, intelectuales y espacios para desarrollar

sus prácticas culturales como la música y la danza. Sin embargo, según manifestó Dilia Robinson, durante una entrevista en 2002, no existen facilidades ni incentivos económicos para que los jóvenes de estos grupos étnicos puedan acceder a la educación.

Una aproximación al territorio afrobogotano: la apropiación de la ciudad

No se puede generalizar acerca del grado de apropiación que han generado los pobladores afrocolombianos y raizales sobre la ciudad. Como se mencionó anteriormente, existen al menos dos o tres grupos de migrantes, la descendencia esclava de la que no se da cuenta, la gente afrochocoana que arribó hace más de 10 años y quienes, a partir de 1995, huyeron de los campos desterrados por la guerra y la explotación de los recursos naturales de su territorio ancestral. En la mayoría de los casos, los segundos migrantes, según Mónica Godoy (2003), “construyeron una relación de apropiación más estable con Bogotá, impulsando procesos de inserción económica, social y cultural relativamente exitosos”. Para la tercera población,

[...] las condiciones fueron y son diferentes; con mayor frecuencia, experimentaron episodios de dominación y discriminación socio-racial y, su relación con la ciudad estuvo —y está— marcada por el rebusque económico, la pobreza y la falta de seguridad alimentaria.

Según expresa Hernando Pulido (2003), los migrantes han demostrado un gran bagaje enmarcado en el *polifacetismo* (entendido como una disposición en la que las actividades se complementan entre sí para dar paso a un nuevo tipo de trabajo), la *itinerancia* (desplazamiento permanente entre varios puntos relativamente prefijados), y la *dispersión* (al no permanecer familias mucho tiempo en un punto y ausentarse fuera de la ciudad por temporadas), todos “éstos podrían verse como extensiones en Bogotá de recursos históricos usados por la población afrodescendiente en su apropiación sociocultural de los territorios donde se han asentado” (Pulido, 2003: 132).

DISCRIMINACIÓN SOCIO-RACIAL

Más de un millón de afrocolombianos viven en Bogotá. Algunos vienen a estudiar, otros a buscar trabajo y muchos huyéndole a la violencia. A pesar de que su comida, su música, sus bailes y sus peinados contagian de alegría y colorido la fría cultura de los cachacos, se sienten discriminados. Vivir con la diferencia.

Gloria Castrillón, 2005.

Frente a los mecanismos de los cuales se vale la población afrocolombiana que llega a la ciudad para desenvolverse en diversas instancias, existe resistencia por parte de la población receptora, que a través de formas de discriminación y marginación explícitas, la mayoría de las veces no permite una verdadera inclusión de estos grupos a las dinámicas de la ciudad.

La población mayoritaria de Bogotá ejerce un racismo de baja intensidad. Esto se deduce de una investigación adelantada por el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia (2002). Según lo expone el *Atlas de las culturas afrocolombianas* (2003: 280):

[...] una tercera parte de los afrobogotanos encuestados sostuvo que en los barrios donde habitan existe discriminación; 82% opinaron que ésta se debe al color de la piel, 10% que es por el lugar de procedencia y 6,7% por la situación económica. 35,4% afirmaron haber sido discriminados al pretender arrendar una vivienda, y una cuarta parte reconoció discriminación en el acceso al trabajo; en ambos casos la discriminación estuvo asociada, en mayor medida, con el color de piel. En promedio, 25% de los afrobogotanos afirmó que el trato que reciben de los funcionarios de entidades públicas y privadas y por otras personas es peor al del resto de la población.

De lo anterior se sigue que la discriminación, según los testimonios de muchos afrocolombianos, se hace patente en diversas esferas de la vida cotidiana y con distintos grados de intensidad. No todos manifiestan haberla sentido por el color de piel; dicen sentirla en la falta de oportunidades, el desprecio con que se les mira, el rechazo que obtienen en distintos contextos, las necesidades básicas insatisfechas, entre otros aspectos que constituyen en sí mismos obstáculos para su inserción urbana:

La discriminación socio-étnica urbana que en materia de vivienda suele ser sutil y disimulada, también le pone obstáculos a la inserción. Todos los entrevistados que llegaron solos o acompañados a la ciudad, tuvieron problemas para arrendar una pieza de inquilinato o de residencias.⁸ Los vendedores no hicieron explícita esta experiencia de discriminación racial, pero sí la insinuaron mediante lo que algunos llamaron “la desconfianza del rolo”. Según ellos, los arrendatarios piensan que si le arriendan el cuarto a una persona afro, es probable que mañana lleguen 10 más. En consecuencia, los afrocolombianos dependen en gran medida, de los lazos de parentesco y el paisanaje para procurarse alojamiento [Meza, 2002].

Con respecto a lo expuesto, Mónica Godoy (2003) expone otros episodios de discriminación contra la población afrodescendiente en la ciudad, y las consiguientes respuestas que ésta genera como mecanismos de resistencia:

⁸ Para conocer el nivel socioeconómico y la características de los afrocolombianos en Bogotá, véanse los trabajos de Claudia Mosquera (1998) y Jaime Arocha *et al.* (2002).

[...] algunos afrochocoanos(as) me comentaron que en el transcurso de su cotidianidad —en Bogotá— han experimentado diferentes episodios de discriminación hacia ellos(as). Conseguir vivienda, emplearse, tener acceso a la educación, conseguir pareja, hacer uso del espacio público son asuntos franqueados por un sistema de valores donde *los negros* son desechados. En ese contexto, la gente afrochocoana migrante vive la dominación creando respuestas, oposiciones y resistencias, pero también adaptaciones, inserciones y nuevas formas de ser [Godoy, 2003: 81].

Por su parte Carlos Meza (2002), enfocando el problema del comercio informal en Bogotá encontró que “los estereotipos socio-raciales en relación con formas de trabajo perviven y se materializan mediante la asociación de las ventas callejeras con la delincuencia, el desorden y el caos”. De acuerdo con Harold, un afrodescendiente entrevistado, esta asociación “se refuerza cuando el vendedor es *niche*”, y tiene igualmente repercusiones en el trato agresivo que reciben de parte de la policía, si los atrapa en una redada (Arocha, 2002).

Las mujeres, por su parte, también son víctimas de continuos episodios discriminatorios que se manifiestan, según Lina Cabezas (2004), en la burla, la desconfianza, el trato diferenciado negativamente con respecto a los “no negros” y a la persistencia de las creencias que consideran que “la mujer negra es sucia, ladrona o si entra a trabajar en una casa solamente sirve para la cama”.

Así, por medio de las entrevistas aplicadas por Kirstine Westh (2005) a un grupo de cinco mujeres que habitan la zona de Altos de Cazucá, se pudo dar cuenta de la discriminación a que son sometidas en algunos renglones sociales de la ciudad, y de las consecuencias sociales que este rechazo trae para la población afro. Uno de los casos narrados cuenta cómo muchos desisten de estudiar porque el cupo les es negado por su color de piel, y cómo otros lo hacen dadas las difíciles condiciones económicas, los costos que de esta actividad se derivan y la necesidad de sustento de los familiares que aún permanecen en sus regiones de origen:

Cuando llegué a la Universidad Distrital el portero me preguntó que qué quería y me miró muy mal. Yo le respondí que venía a inscribirme en el curso que estaba abierto para inscripciones, pero cuando le dije eso, sólo me respondió que me fuera y que no había cupo para mí. [...], yo sabía que era porque soy negra, lo sabía por la forma como el portero me miró.

[...] una vez me presenté para un trabajo en un jardín infantil. Había llamado por teléfono y parecían estar muy interesados en mí, pero cuando llegué al lugar me miraron y dijeron: “Ah, pero usted es negra”, yo estaba tan furiosa que les dije: “¿acaso no saben que para trabajar con niños no tiene importancia que sea negra?” Pero no me dieron el trabajo [Westh, 2005].

En el aspecto de discriminación y violencia, en el estudio *Mi gente en Bogotá...* se preguntó a los encuestados si conocían algún afrocolombiano que hubiera experimentado actos de violencia, maltrato psicológico, insultos, etc., provenientes de alguna persona ajena a su familia en el último año. La mayoría, 81,8% de los encuestados, afirmó no conocer a alguien que hubiera pasado por esas circunstancias, mientras que 18,20% reportó que sí. Una circunstancia no debe desconocerse al analizar este tipo de respuestas, y es que ante la discriminación, la gente asume estrategias de defensa que, como en este caso, permiten refugiarse en el olvido y la negación. Sin embargo, al cruzar las respuestas a distintas preguntas, se puede observar que la discriminación contra la población afrodescendiente es una práctica vigente en Bogotá y una de las problemáticas culturales con mayor impacto en esta población, a la cual no sólo se la excluye y hace a un lado en el trabajo, la vivienda y los lugares públicos por su color de piel, sino por su condición de costeños y “ruidosos”.

Otro renglón poblacional que ha sentido la dureza de la discriminación son los jóvenes. El tipo de maltrato o “exterminio” que sufren los jóvenes afro no sólo es físico sino cultural, según relata la Red Juvenil Afrocolombiana de Liderazgo (2005). A los jóvenes se les imponen “códigos de conducta extraños a su identidad, como impedir el uso de piercings, trenzas, cabello largo y permanecer en grupos después de las nueve de la noche”.⁹ Así, la discriminación y estigmatización que estos jóvenes sufren se sustenta en los hechos y testimonios recogidos, muchos de los cuales refieren el hecho de ser tildados de guerrilleros, o de constituir un peligro para la sociedad por ser “joven, desplazado y negro” (Red Juvenil Afro, 2005: 3).

En los asentamientos de población afro residentes en Bogotá, se constata que los y las jóvenes carecen del goce pleno de sus derechos humanos integrales, tales como el derecho a la vida, la libertad de conciencia, libre expresión, libertad de asociación, posibilidades reales de ingresar a estudiar, a conseguir empleo digno y bien remunerado; disfrute de los escasos espacios deportivos y centros para ejercitar el desarrollo de prácticas culturales y de identidad juvenil, derechos que son limitados por el fuerte control que ejercen los grupos armados que tienen presencia en el sector, especialmente por el terror que viene imponiendo desde finales del año 2002 el Bloque Capital de los paramilitares [Red Juvenil Afro 2005: 2].

Del mismo modo la Red Juvenil advierte que la discriminación de los jóvenes afro en la ciudad ha llegado a afectarlos psicológicamente, por cuanto ni siquiera se les permite tomar el bus en grupo, a las jóvenes negras sólo se las ve como objetos sexuales o se las trata mediante el empleo de palabras con carga discriminatoria como *monas*, *marías*,

⁹ Testimonio de un joven afro colombiano del sector que participó en la visita realizada por Roberto Meier, representante en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, a Altos de Cazucá el 18 de agosto de 2004.

blancas, etc. Con relación a lo expuesto se citan los siguientes testimonios aportados por los jóvenes de la Red Juvenil Afro (2005):

[...] se constata además que los y las jóvenes afro colombianas son afectadas violentamente de diferentes formas psicológicas, estigmatización, [sic] burlas, marginamiento y discriminación, otras por métodos violentos como asesinatos selectivos, persecución política y falta de política pública dirigida a este sector poblacional. En lo psicológico los jóvenes sienten que son afectados en lo político cuando se les ve como pandilleros, auxiliares de alguno de los grupos armados y son percibidos solamente como material humano que debe engrosar las filas ya de la fuerza pública, los paras (AUC) o los ejércitos revolucionarios que hacen resistencia al modelo del gobierno.

Retomando la idea de los modismos discriminatorios que se emplean para hacer alusión a esta población, Mosquera Rosero (1998) coincide con otros autores al no referirse a estos inmigrantes como afrocolombianos, sino como “inmigrantes negros”, pues afirma que éstos “se sienten estigmatizados cuando se les califica como negros, pues esta denominación está investida de una significancia social-relacional muy desvalorizante”. A pesar de una connotación más peyorativa en la denominación *negro* o *negra*, muchos la asumen sólo por una identificación con un rasgo físico, que se aprecia en la frase “Soy negro porque mi piel es negra” (Mosquera Rosero, 1998: 13).

MECANISMOS DE DEFENSA FRENTE A LA AGRESIÓN DISCRIMINATORIA

La población afrocolombiana ha creado mecanismos de defensa contra las continuas agresiones de que son víctimas. Por un lado, se apoyan en el paisanaje, en los lazos familiares y en los organismos de ayuda, y por otro crean sitios donde se refuerzan los lazos de unión y se planean estrategias en favor de sus derechos. Son muchas las estrategias de resistencia de las que se valen los afrodescendientes para combatir las formas de violencia a las que están expuestos diariamente. En algunos casos, por ejemplo, han optado por restringir la entrada de los “no negros” a “sus sitios” de rumba, o han acudido a estrategias no agresivas como la creación de espacios en donde se puede manifestar abiertamente la interculturalidad de la ciudad, como señala Mosquera Rosero (1998: 49):

[...] En el caso de los y las afrochocoanas [...] éstos han creado múltiples formas de reacción frente a la discriminación. Ejemplo de ello son los restaurantes y pescaderías del Pacífico que permiten una forma de inserción económica, pero que a la vez, mediante los alimentos se comunican con *esos otros mestizos/blancos* y convierten sus negocios en lugares en donde el mundo negro y no negro se encuentran de manera respetuosa [Mosquera Rosero, 1998: 49].

Así mismo, como mecanismo de defensa, algunos de ellos optan por negarse a intercambiar información referente a su grupo étnico con otros sectores de la ciudad. Acceder a su información requiere, según ellos, la retribución de algún beneficio. Muchos dicen estar cansados de ser estudiados y que otros ganen dinero a costa suya. De esta forma, se valen de los mismos argumentos de exclusión que reciben de los mestizos para discriminarlos abiertamente, en una actitud aparentemente contradictoria con el discurso de igualdad que proclaman.

Así, la Misión de Observación a la Situación de las Comunidades Afrodescendientes en Colombia (2002) argumenta que un diagnóstico general de la situación de las comunidades negras en Colombia

[...] debe analizarse desde el modelo de interpretación que explica cómo la discriminación racial y étnica origina otras discriminaciones de tipo social, económico, cultural y político al que ha sido sometido este grupo étnico durante el período histórico que caracteriza la construcción de la nación colombiana.

Y resalta que

[...] al cumplirse 151 años de la expedición de la Ley 21 de 1851, que abolió legalmente de la esclavización en Colombia, la situación de las comunidades negras no parece haber cambiado mucho: las condiciones de marginalidad, discriminación y miseria en que más de 10 millones de afrocolombianos se encuentran, en especial, el desalentador panorama en los territorios tradicionales de asentamiento de descendientes africanos, como el Pacífico, es alarmante.

SITUACIONES DE VIOLENCIA

La discriminación y marginalidad que tiene que vivir la mayoría de inmigrantes negros en la ciudad están acompañadas en muchos de los casos por la crudeza de la violencia en sus barrios y la imagen estigmatizada que los habitantes de la ciudad tienen de ellos por el hecho de ser “negros”. Pese a haber huido de la violencia de sus tierras, al llegar a la ciudad, algunos —especialmente los jóvenes— experimentan nuevas formas de persecución y presión por parte de las milicias urbanas de los grupos al margen de la ley. La vulnerabilidad de esta población se pone de manifiesto en el siguiente extracto del texto de Godoy (2003: 113):

La llegada acá es sumamente terrible porque uno llega aquí como buscando [algo] mejor de [sic] la violencia terrible en el otro lado, pero llegamos aquí y uno es mirando todo raro y sufrimos otra violencia en esos barrios donde vivimos. Si nos van a dar un mercadito como para cubrir una necesidad, pues nos dan por ahí arrocito

y arveja, sin nada de arreglo y un frasquito de aceite. No puedo ni decirle porque el caso es penoso, aguantamos mucha hambre, esa es la verdad, madres que tienen hasta siete hijos y los niños aguantando hambre. En la escuela rechazan esos niños, todo es mal recibimiento, no nos tienen aprecio y nos dicen cada día: ¡Qué se vayan para su tierra!, a los niños los rechazan por ser negros y por ser desplazados.

Zonas como las de Altos de Cazucá son descritas por Kirstine Westh (2005) como áreas con problemas sociales, delincuencia y presencia de actores armados, los cuales repercuten en la marginalidad y el control social en la vida de los jóvenes afrodescendientes. Así, Westh afirma que debido a este panorama la población de jóvenes afro que habita en el sector se convierte en presa fácil y se deja influir negativamente por las presiones que se le imponen en la zona. Los sectores armados, ya sean de las AUC, de los sectores de izquierda o de los grupos de informantes, ejercen una presión negativa sobre aquellos jóvenes que deben generar ingresos como sustento para sus familias, situación que los hace más vulnerables y facilita que sean arrastrados al ejercicio de actividades ilegales. Según afirma Westh, muchos de estos jóvenes han terminado asesinados por pandillas o grupos armados por no acceder a sus peticiones, mientras que en el caso de las mujeres, muchas terminan ejerciendo la prostitución, dado que no encuentran una oportunidad laboral.

En Altos de Cazucá, según Westh (2005), son alarmantes las cifras de jóvenes muertos o ajusticiados; en esta zona se vive el régimen del terror, como lo evidenció el periódico *El Tiempo* el 16 de mayo de 2005, donde algunas entrevistas con residentes del barrio El Oasis y Altos de Cazucá advierten que han sido amenazados con frases como: “Acuesten a sus hijos temprano o nosotros los pondremos a dormir”.

La Red Juvenil Afrocolombiana de Liderazgo denuncia que la situación de violencia que se vive en las diferentes localidades de la ciudad ha dejado un saldo de 58 muertes selectivas en Altos de Cazucá atribuidas a grupos de las FARC. “Entre enero y marzo de 2005 han sido asesinadas violentamente más de 88 personas, de las cuales 38 son jóvenes [...], en la localidad de Kennedy donde se habla del asesinato de unos 66 jóvenes”, pero se manifiesta que si se hiciera un exhaustivo seguimiento la cifra sería mayor.

De igual forma, la Red Juvenil Afrocolombiana (2005) denuncia la ola de terror que impera en estas zonas de la ciudad y que afecta a los jóvenes afro, hecho que fue divulgado por el periódico *Voz* en su edición del 26 de enero, donde se informa:

[...] en estos barrios después de las seis de la tarde rige la ley del terror, la zona es patrullada por bandas paramilitares que portan brazaletes de las AUC y además de vacunar y extorsionar a transportadores y propietarios de pequeños negocios, les han implantado toque de queda con la amenaza [de] que después de las seis de la tarde

todo el mundo [debe estar] dentro de sus viviendas o de lo contrario no responden por sus vidas o los acuestan temprano.

Además, se denuncia que este tipo de actos también son protagonizados por las autoridades policiales, que cometen arbitrariamente allanamientos. Se anota que estos hechos ocurren tanto en Soacha como en Ciudad Bolívar.

Así, la vulnerabilidad de los jóvenes afro en las áreas periféricas de la ciudad es una realidad que según muchos sectores de la sociedad civil, ONG y organizaciones de derechos humanos, ha sido ignorada por parte de las autoridades distritales. En palabras de Westh (2005: 5):

[...] durante una audiencia pública sobre el problema, celebrada en agosto del 2004, las fuerzas de seguridad argumentaron que ellos sí garantizaban la seguridad en los Altos de Cazucá mediante campañas cívico-militares en las que participaban más de 200 informantes. Las ONG, por su parte, argumentaron que involucrar a civiles en las campañas militares los convierte en objetivos militares estratégicos lo que reproduce el terror social.

Frente al peligro que representa para los jóvenes salir de noche, muchos son obligados por sus padres a permanecer en sus viviendas una vez entrada la noche:

[...] yo peleo mucho con mi papá porque él dice que es peligroso salir de noche. Pero yo quiero ir a bailar o reunirme con otras personas y estoy cansado de estar en la casa todo el tiempo [Westh, 2005: 6].

Para Westh (2005), esta situación “que no deja a los jóvenes oportunidades, y que va en contra de su identidad cultural”, ha encontrado en alguna medida respuesta en la organización de desplazados Afrodes, que ha logrado construir en Soacha una red de solidaridad que busca, entre muchos otros objetivos, dar apoyo a la población afro desplazada que llega a la ciudad, al tiempo que le brinda oportunidades y organiza actividades para los jóvenes:

Los sábados en la mañana se concreta un espacio para que la población afro se beneficie de ayudas y tenga un tiempo de esparcimiento y vivencia cultural. Así, se organizan comparsas de baile, se recrean las chirimías del Chocó, reggeatón, hip-hop, entre otras actividades que tienen lugar en la Casa de la Cultura de Afrodes.

“[...] a mí siempre me ha gustado bailar, cuando era niña era lo único que me hacía sentir feliz [...] y las y los jóvenes deben asistir porque les gusta bailar y relacionarse entre sí dentro de la casa cultural, la que constituye un lugar donde pueden estar a salvo de la vigilancia y el control que viven en sus hogares y en las calles. Aquí pueden

realizar una actividad corporal, presentar su cultura afrocolombiana y relacionarse con el otro género dentro de la red de danzas y juegos de roles” [Westh, 2005: 6].

IMAGINARIO DE LO AFRO

La imagen del afro en la ciudad no alude sólo a lo exótico, sino a ladrón. Al llegar a la ciudad, se fortalecen los lazos de parentesco y paisanidad, por la desconfianza del bogotano.

Carlos Meza, 2002

La imagen que parte de los pobladores de la ciudad tienen de los afrocolombianos que habitan en Bogotá está fuertemente influida por ideas heredadas y por la información que de éstos despliegan los medios de comunicación. Muchos de los pobladores afirman que sus prejuicios contra la “gente de color” están ligados con estigmas que se han creado desde el pasado; otros cuentan que por las distintas experiencias que han tenido con algunos de ellos, juzgan a todo el grupo en general.

Como ha expresado el maestro Julio Rentería, en una entrevista realizada en 2006, en gran medida la discriminación comienza y se difunde desde los medios de comunicación en todas las escalas. Según él, el negro siempre figura en personajes secundarios y representando labores que no lo dignifican, y que tienden a *pordebajear* su labor en la sociedad. Pese al talento y la riqueza cultural que éstos poseen, siempre se les tilda de ladrones, o se les representa con actitudes de subordinación. De esta forma, se contribuye a vender una imagen del negro que de ninguna forma está de acuerdo con verdadero sentido del “ser afro”.

En la práctica se perciben medios de comunicación como la televisión, medios impresos, radio, entre otros, en donde se muestra, desde los imaginarios de la sociedad mayor, al negro en roles de sumisión o subordinación que corresponden a los estereotipos ligados tradicionalmente; y en el sistema educativo a través, por ejemplo, del tratamiento de los textos escolares dan al tema de la presencia de los negros en la historia de Colombia desde la Colonia [Aguilar, 1995].

Así mismo, Soledad Aguilar (1995) recalca el hecho de que el negro siempre es asociado con ciertas expresiones culturales particulares:

Respecto a la cultura, siempre se destacan la música y la danza como expresiones únicas del elemento afro, conocidas son las imágenes del bailarín, del cantante y del rumbero; más allá de esto no se dejó entrever cualquier otra característica cultural o étnica.

En el caso de la población afrocolombiana desplazada, a la existencia de ciertos estereotipos que rodean la figura del desplazado(a) se le agregan algunas ideas según las cuales los afro son identificados como una cultura machista, bulliciosa, agresiva, poco trabajadora y muchas veces sucia. En el caso de las mujeres, el estereotipo que se maneja es el de una mujer “cochina, rumbera, perezosa, sobre todo, buena para el sexo y buena para los oficios domésticos” (entrevista con la secretaria general de la Asociación, realizada el 8 de enero de 2004, en Cabezas, 2004).

Pese a esto, algunos pobladores “blancos” de la ciudad afirman haber cambiado la idea que tienen de los afrocolombianos a medida que han ido entablando algún tipo de acercamiento, ya sea en un restaurante del Pacífico, en lugares de esparcimiento, en las universidades o en el campo laboral, entre otros posibles espacios de interacción intercultural. Sin embargo, resaltan la ausencia de un mayor número de espacios de intercambio donde se dejen a un lado los prejuicios.

PAISANAJE Y COLONIAS: REAFIRMANDO LA SOLIDARIDAD

Como se ha mencionado anteriormente, uno de los factores de movilización de los afrocolombianos, y una de las características que amortigua la migración hacia Bogotá es la presencia de grupos, redes de familiares y amigos que se encuentran radicados aquí, constituyéndose en la primera “puerta” de entrada de los recién llegados a la ciudad. El contacto con el familiar o amigo que, previamente a la migración, ya está en la ciudad asegura en gran medida la posibilidad de llegar a una casa, donde independientemente de las condiciones socioeconómicas de la familia, el migrante recibirá soporte económico y emocional, lo cual representa, como señalaba un entrevistado, “la fuerza necesaria para aguantar la ciudad” (Mosquera Rosero, 1998: 121). Una vez aquí, se va introduciendo en el grupo de manera natural, generando sentido de pertenencia y sintiéndose acogido por el grupo de su región que habita en la ciudad. Mosquera Rosero (1998) señala que

[hay] dos experiencias grupales con mucha significación para los inmigrantes negros: la colonia y la paisanada. La noción de colonia es un concepto elaborado, tiene un carácter mucho más “formal” y “visible”, lleva en sí la responsabilidad de representar los intereses de los paisanos, de servir de interlocutor o puente entre éstos y los demás.

No obstante, muchos perciben a la colonia como un obstáculo para insertarse rápidamente en la ciudad, en el sentido de que restringe la interacción al grupo de personas de la misma procedencia. La paisanada, por su parte, es un grupo más informal, al cual se pertenece por el solo hecho de haber nacido en un mismo lugar y no maneja los criterios de exclusión que pueden llegar a tener las colonias, en las cuales los miembros

hacen parte de ellas en la medida en que tengan algún reconocimiento fuera del grupo o posean relaciones sociales de prestigio.

Hay que resaltar la solidaridad como una de las principales características de la paisanada. Ésta se evidencia en situaciones de necesidad, frente a la muerte de algún miembro de la comunidad, sea o no de la misma procedencia, entre otros aspectos que, según Mosquera (1998), denotan los fuertes lazos de amistad y compadrazgo que se mantienen en la ciudad. Así,

La Isla es un barrio ubicado entre Ciudad Bolívar y Soacha, adonde llegan personas como Roberto porque encuentran un número importante de población negra desplazada habitando allí, lo cual genera lazos de solidaridad en primera instancia, y da un panorama más alentador ante la posibilidad de conservar hábitos, costumbres y creencias [Tavera, 2004].

Uno de los barrios donde confluyen personas de distintos lugares es Casablanca. Éste es reconocido como un espacio afro en la ciudad, donde a muchos les es posible encontrar gente de su pueblo e integrarse con su colonia, como relata Martha Mena:

Después llegué a Casablanca porque había referencias, había muchos paisanos acá y tú sabes que por más que sea uno busca el núcleo, el vínculo con la colonia, habían paisanos que no, sí habían pero no como ahora; había muy pocos en ese tiempo. Cuando yo recién llegué, en ese tiempo ya estaban saliendo los que estaban acá, ya estaban terminando su universidad y se estaban yendo al Chocó o a otras partes. Desde ese momento llegamos y encontramos un núcleo bastante grande, después la gente empezó a reforzar, la gente empezó a venirse y empezamos con nuestras actividades a profundizar todo lo nuestro, nuestra tierra. Y ahí estamos y hoy en día, somos una gran población de chocoanos acá en Casablanca. No solamente del Chocó, hay mucho caucano, tumaqueño, de Buenaventura, pero viven en la parte de abajo, en Britalia. Aquí en Casablanca somos un buen número de paisanos [Arocha *et al.*, 2002: 121].

Otra de las colonias con presencia en la ciudad es la de Magüí. Aun cuando no se localiza en un barrio en particular, sus miembros buscan la manera de reunirse en lugares que les prestan, como el colegio Dagoberto Mejía, de propiedad de un magüiseño.

También, hay que resaltar la unión que se crea en los lugares de trabajo. Los espacios de los restaurantes, las discotecas y las peluquerías se caracterizan por la confluencia de un gran número de población afro. Allí recrean sus prácticas sociales, juegan, bailan, intercambian opiniones y datos, a la vez que circulan información sobre posibles ofertas de trabajo y vivienda, manteniendo los lazos de unión y camaradería. Es fre-

cuenta, como lo indican los propietarios de los restaurantes, que después de terminar la jornada se abran espacios de tertulia y reunión con fines políticos y sociales. Pase lo que pase, según sus propias palabras, buscan espacios para compartir e intercambiar con los amigos.

Aproximación política

LO ESTIPULADO

A nivel nacional existe una legislación que hace referencia a las comunidades afrodescendientes y raizales. Las leyes especiales del orden nacional están por encima de las normas de los entes territoriales y su finalidad es la protección de los ciudadanos y sus derechos fundamentales. La Constitución Nacional de 1991 convierte a esta población en

[...] sujeto legal del derecho de diferenciación positiva o discriminación positiva dentro del Estado Social de Derecho, cuyo desarrollo ha dado lugar a la expedición de una legislación especial para los grupos étnicos que deben implementar y cumplir las entidades municipales, distritales, regionales, departamentales y nacionales en todo el territorio colombiano.

De igual forma, la Ley 70 de 1993 y sus decretos complementarios reconocen a las poblaciones negras como minoría étnica en el país. Como explica Mosquera Rosero (1998), con esta ley se priorizó el estudio de estas comunidades y se dio un primer paso hacia la comprensión de la diversidad étnica y cultural de la nación. A pesar de la promulgación de esta ley, la misma autora hace hincapié en la ausencia, hasta la fecha, de un debate formal sobre lineamientos políticos, sociales y culturales que permita la inserción de estas comunidades en el ámbito nacional, respetando y valorando sus diferencias y particularidades.

La normatividad que hace referencia a los grupos étnicos, además de proteger la identidad cultural, los derechos étnicos, el territorio y todas las formas de exclusión, busca el reconocimiento autóctono y autónomo, tal como ordena el legislador, en lo que respecta a la pluriculturalidad, multiculturalidad a lo interétnico, interculturalidad, grupo étnico —pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom—, y diversidad étnica:¹⁰

[...] las leyes que protegen la diversidad étnica de los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom, son normas de diferenciación y acciones positivas que pretenden el desarrollo económico, social, político y cultural de estos pueblos y ponerlos en igualdad de condiciones frente a la ley. Porque para la sociedad no es

¹⁰ Texto extraído de la "Ponencia de los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom de Bogotá ante el Consejo Territorial de Planeación Distrital para la inclusión en el Plan de Desarrollo de Bogotá 2004-2008", 2004.

un secreto, y los estudios lo demuestran, cómo estos pueblos han sido excluidos, marginados, racializados y abandonados por el Estado colombiano [“Ponencia de los pueblos...”, 2004].

A pesar de la existencia de una legislación, la población afrodescendiente y raizaliente vulnerados sus derechos fundamentales y no ve que se esté aplicando la ley (caso de la educación, la cultura, el desplazamiento, la violencia, la igualdad, entre otros tantos).

Argumenta que a pesar del aporte que los afrocolombianos y raizales han hecho a la construcción de la identidad nacional, a través de su contribución a la economía, la música, el deporte, la medicina, la ciencia y el conocimiento, existe un profundo desconocimiento de esto y una falta de voluntad de los administradores y gobernantes que “argumentan la homogeneización de las personas desconociendo la diversidad de culturas que hacen parte de la nacionalidad y donde el Estado en los escenarios de discusión mundial ha reconocido y firmado convenios con los Estados partes” [“Ponencia de los pueblos ...”, 2004].

Frente a este importante tema, en la actualidad no se cuenta con un trabajo que analice y dé cuenta de la aplicabilidad y ejecución de los estatutos nacionales y distritales en la ciudad. Sin embargo, a continuación se extraen algunos artículos importantes de la normativa existente que hacen referencia a los pueblos afrodescendiente y raizales.

Tabla 3. Resumen de normativa

Constitución Nacional de 1991	
Artículo 2°	Son fines esenciales del Estado: servir a la comunidad, promover la prosperidad general y garantizar la efectividad de los principios, derechos y deberes consagrados en la Constitución; facilitar la participación de todos en las decisiones que los afectan y en la vida económica, política, administrativa y cultural de la nación; defender la independencia nacional, mantener la integridad territorial y asegurar la convivencia pacífica y la vigencia de un orden justo.
Artículo 7°	El Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana.
Artículo 8°	Es obligación del Estado y de las personas proteger las riquezas culturales y naturales de la nación.
Artículo 10°	El castellano es el idioma oficial de Colombia. Las lenguas y dialectos de los grupos étnicos son también oficiales en sus territorios. La enseñanza que se imparta en las comunidades con tradiciones lingüísticas propias será bilingüe.
Artículo 13°	<i>Todas las personas</i> nacen libres e iguales ante ley y recibirán la misma protección y trato de las autoridades y gozarán de los mismos derechos [...] sin ninguna discriminación por razones de sexo, <i>raza</i> [...]

Artículo 63°	Los bienes de uso público, los parques naturales, las tierras comunales de grupos étnicos, las tierras de resguardo, el patrimonio arqueológico de la nación y los demás bienes que determine la ley, son inalienables, imprescriptibles e inembargables.
Artículo 68°	Los particulares podrán fundar establecimientos educativos. La ley establecerá las condiciones para su creación y gestión. La comunidad educativa participará en la dirección de las instituciones de educación. La enseñanza estará a cargo de personas de reconocida idoneidad ética y pedagógica. La ley garantiza la profesionalización y dignificación de la actividad docente. Los padres de familia tendrán derecho de escoger el tipo de educación para sus hijos menores. En los establecimientos del Estado ninguna persona podrá ser obligada a recibir educación religiosa. Las integrantes de los grupos étnicos tendrán derecho a una formación que respete y desarrolle su identidad cultural.
Artículo 70°	El Estado tiene el deber de promover y fomentar el acceso a la cultura de todos los colombianos en igualdad de oportunidades, por medio de la educación permanente y la enseñanza científica, técnica, artística y profesional en todas las etapas del proceso de creación de la identidad nacional. La cultura en sus diversas manifestaciones es fundamento de la nacionalidad. El Estado reconoce la igualdad y dignidad de todas las que conviven en el país. El Estado promoverá la investigación, la ciencia, el desarrollo y la difusión de los valores culturales de la nación.
Ley 70 de 1993: Ley sobre comunidades negras y decretos reglamentarios	
Artículo 1°	Tiene como propósito establecer mecanismos para la protección de la identidad cultural y de los derechos de las comunidades negras de Colombia como grupo étnico, y el fomento de su desarrollo económico y social, con el fin de garantizar que estas comunidades obtengan condiciones reales de igualdad de oportunidades frente al resto de la sociedad colombiana. "Comunidad negra". Es el conjunto de familias de ascendencia afrocolombiana que poseen una cultura propia, comparten una historia y tienen sus propias tradiciones y costumbres dentro de la relación campo-poblado, que revelan y conservan conciencia de identidad que las distinguen de otros grupos étnicos.
Artículo 3°	La presente ley se fundamenta en los siguientes principios: 1. El reconocimiento y la protección de la diversidad étnica y cultural y el derecho a la igualdad de todas las culturas que conforman la nacionalidad colombiana. 2. El respeto a la integralidad y la dignidad de la vida cultural de las comunidades negras. 3. La participación de las comunidades negras y sus organizaciones sin detrimento de su autonomía, en las decisiones que las afectan y en las de toda la nación en pie de igualdad, de conformidad con la ley. 4. La protección del medio ambiente atendiendo a las relaciones establecidas por las comunidades negras con la naturaleza.

Artículo 39°	<p>El Estado velará para que en el sistema nacional educativo se conozca y se difunda el conocimiento de las prácticas culturales propias de las comunidades negras y sus aportes a la historia y a la cultura colombiana, a fin de que ofrezcan una información equitativa y formativa de las sociedades y culturas de estas comunidades.</p> <p>En las áreas de sociales de los diferentes niveles educativos se incluirá la cátedra de estudios afrocolombianos conforme con los currículos correspondientes.</p>
Ley 152 de 1994: Ley orgánica del Plan Nacional de Desarrollo	
Artículo 1°	<p>Propósitos. La presente ley tiene como propósito establecer los procedimientos y mecanismos para la elaboración, aprobación, ejecución, seguimiento, evaluación y control de los planes de desarrollo, así como la regulación de los demás aspectos contemplados por el artículo 342, y en general por el capítulo 2o. del título XII de la Constitución Política y demás normas constitucionales que se refieren al plan de desarrollo y la planificación.</p>
Ley 115 de 1994: Ley General de Educación	
Artículo 1°	<p>Objeto de la ley. La educación es un proceso de formación permanente, personal, cultural y social que se fundamenta en una concepción integral de la persona humana, de su dignidad, de sus derechos y de sus deberes. La presente ley señala las normas generales para regular el servicio público de la educación que cumple una función social acorde con las necesidades e intereses de las personas, de la familia y de la sociedad. Se fundamenta en los principios de la Constitución Política sobre el derecho a la educación que tiene toda persona, en las libertades de enseñanza, aprendizaje, investigación y cátedra y en su carácter de servicio público. De conformidad con el artículo 67 de la Constitución Política, define y desarrolla la organización y la prestación de la educación formal en sus niveles preescolar, básica (primaria y secundaria) y media, no formal e informal, dirigida a niños y jóvenes en edad escolar, a adultos, a campesinos, a grupos étnicos, a personas con limitaciones físicas, sensoriales y psíquicas, con capacidades excepcionales, y a personas que requieran rehabilitación social.</p>
Artículo 11°	<p>Establece como obligatorio en los niveles de educación preescolar, básica y media, el fomento de las diversas culturas, lo cual hace necesario que se adopten medidas tendientes a su articulación con lo dispuesto en la Ley 70 de 1993.</p>
Decreto 1122 de 1998: Cátedra de Estudios Afrocolombianos	
Artículo 1°	<p>Todos los establecimientos estatales y privados de educación formal que ofrezcan los niveles de preescolar, básica y media, incluirán en sus respectivos proyectos educativos institucionales la Cátedra de Estudios Afrocolombianos, atendiendo lo dispuesto en el artículo 39 de la Ley 70 de 1993 y lo establecido en el presente decreto.</p>

Artículo 2°	<p>La Cátedra de Estudios Afrocolombianos comprenderá un conjunto de temas, problemas y actividades pedagógicas relativos a la cultura propia de las comunidades negras, y se desarrollarán como parte integral de los procesos curriculares del segundo grupo de áreas obligatorias y fundamentales establecidas en el artículo 23 de la Ley 115 de 1994, correspondiente a ciencias sociales, historia, geografía, Constitución Política y democracia.</p> <p>También podrá efectuarse mediante proyectos pedagógicos que permitan correlacionar e integrar procesos culturales propios de las comunidades negras con experiencias, conocimientos y actitudes generados en las áreas y asignaturas del plan de estudios del respectivo establecimiento educativo.</p>
Artículo 3°	<p>Compete al Consejo Directivo de cada establecimiento educativo, con la asesoría de los demás órganos del gobierno escolar, asegurar que en los niveles y grados del servicio educativo ofrecido, los educandos cumplan con los siguientes propósitos generales, en desarrollo de los distintos temas, problemas y proyectos pedagógicos relacionados con los estudios afrocolombianos: a) conocimiento y difusión de saberes, prácticas, valores, mitos y leyendas construidos ancestralmente por las comunidades negras que favorezcan su identidad y la interculturalidad en el marco de la diversidad étnica y cultural del país; b) reconocimiento de los aportes a la historia y a la cultura colombiana, realizados por las comunidades negras; c) fomento de las contribuciones de las comunidades afrocolombianas en la conservación y uso y cuidado de la biodiversidad y el medio ambiente para el desarrollo científico y técnico.</p>
Artículo 4°	<p>Los establecimientos educativos estatales y privados incorporarán en sus respectivos proyectos educativos institucionales, los lineamientos curriculares que establezca el Ministerio de Educación nacional, con la asesoría de la Comisión Pedagógica Nacional de Comunidades negras, en relación con el desarrollo de los temas, problemas y proyectos pedagógicos vinculados con los estudios afrocolombianos, atendiendo, entre otros criterios, los siguientes: a) los principios constitucionales de igualdad y de no discriminación, como base de la equiparación de oportunidades; b) el contexto sociocultural y económico en donde se ubica el establecimiento educativo, con pleno reconocimiento de las diferencias; c) los soportes técnico-pedagógicos y los resultados de investigaciones étnicas, que permitan el acercamiento, la comprensión y la valoración cultural.</p>
Artículo 5°	<p>Corresponde a los Comités de Capacitación de Docentes Departamentales y Distritales, reglamentados mediante Decreto 709 de 1996, en coordinación con las Comisiones Pedagógicas Departamentales, Distritales y Regionales de Comunidades Negras, la identificación y análisis de las necesidades de actualización, especialización, investigación y perfeccionamiento de los educadores en su respectiva jurisdicción, para que las instituciones educativas estatales puedan adelantar de manera efectiva, el desarrollo de los temas, problemas y actividades pedagógicas relacionados con los estudios afrocolombianos. Igualmente las juntas departamentales y distritales de educación deberán atender lo dispuesto en este decreto, al momento de aprobar los planes de profesionalización, especialización y perfeccionamiento para el personal docente, de conformidad con lo regulado en el artículo 158 de la Ley 115 de 1994 y observando lo establecido en el Decreto 804 de 1995.</p>

Artículo 6°	Para efectos de lo dispuesto en el inciso primero del artículo 39 de la Ley 70 de 1993, el Ministerio de Educación Nacional, atendiendo orientaciones del Ministerio de Cultura y de la Comisión Pedagógica Nacional de Comunidades Negras, diseñará procedimientos e instrumentos para recopilar, organizar, registrar y difundir estudios, investigaciones y, en general, material bibliográfico, hemerográfico y audiovisual relacionado con los procesos y las prácticas culturales propias de las comunidades negras como soporte del servicio público educativo, para el cabal cumplimiento de lo regulado.
Artículo 7°	Las secretarías de educación departamentales, distritales y municipales prestarán asesoría pedagógica, brindarán apoyo especial a los establecimientos educativos de la respectiva jurisdicción y recopilarán diferentes experiencias e investigaciones derivadas del desarrollo de los temas, problemas y proyectos pedagógicos relacionados con los estudios afrocolombianos y difundirán los resultados de aquellas más significativas.
Artículo 8°	El Ministerio de Educación Nacional, con la asesoría de la Comisión Pedagógica Nacional de Comunidades Negras, promoverá anualmente un foro de carácter nacional, con el fin de obtener un inventario de iniciativas y de dar a conocer las distintas experiencias relacionadas con el desarrollo de los estudios afrocolombianos.
Artículo 9°	Las escuelas normales superiores y las instituciones de educación superior que posean una facultad de educación u otra unidad académica dedicada a la educación, tendrán en cuenta experiencias, contenidos y prácticas pedagógicas relacionadas con los estudios afrocolombianos, en el momento de elaborar los correspondientes currículos y planes de estudio, atendiendo los requisitos de creación y funcionamiento de sus respectivos programas académicos de formación de docentes.
Decreto 1860 de 1994	
Artículo 43°	Las instituciones educativas estatales deberán tener en cuenta lo establecido en este artículo, en el momento de seleccionar los textos y materiales, para uso de los estudiantes.
Ley 134 de 1994: Ley estatutaria de los mecanismos de participación ciudadana	
Artículo 1°	Objeto de la ley. La presente Ley estatutaria de los mecanismos de participación del pueblo regula la iniciativa popular legislativa y normativa; el referendo; la consulta popular, del orden nacional, departamental, distrital, municipal y local; la revocatoria del mandato; el plebiscito y el cabildo abierto. Establece las normas fundamentales por las que se regirá la participación democrática de las organizaciones civiles. La regulación de estos mecanismos no impedirá el desarrollo de otras formas de participación ciudadana en la vida política, económica, social, cultural, universitaria, sindical o gremial del país ni el ejercicio de otros derechos políticos no mencionados en esta ley.
Decreto 2248 de 1995: registro de organizaciones de comunidades negras	
Artículo 1°	Conformación. La Comisión Consultiva de Alto Nivel para las Comunidades Negras prevista en el artículo 45 de la Ley 70 de 1993, adscrita al Ministerio del Interior.

Ley 397 de 1997: Ley General de Cultura	
Artículo 1°	<p>6. El Estado garantiza a los grupos étnicos y lingüísticos, a las comunidades negras y raizales y a los pueblos indígenas el derecho a conservar, enriquecer y difundir su identidad y patrimonio cultural, a generar el conocimiento de las mismas según sus propias tradiciones y a beneficiarse de una educación que asegure estos derechos. El Estado colombiano reconoce la especificidad de la cultura caribe y brindará especial protección a sus diversas expresiones.</p> <p>7. El Estado protegerá el castellano como idioma oficial de Colombia y las lenguas de los pueblos indígenas y comunidades negras y raizales en sus territorios.</p> <p>9. El respeto de los derechos humanos, la convivencia, la solidaridad, la interculturalidad, el pluralismo y la tolerancia son valores culturales fundamentales y base esencial de una cultura de paz.</p>
Artículo 8°	Los planes de desarrollo de las entidades territoriales tendrán en cuenta los recursos para la conservación y la recuperación del patrimonio cultural.
Artículo 13°	Con el fin de proteger lenguas, tradiciones, usos y costumbres y saberes, el Estado garantizará los derechos de autoría colectiva de los grupos étnicos, apoyará los procesos de etnoeducación, y estimulará la difusión de su patrimonio a través de los medios de comunicación.
Artículo 22°	Parágrafo 1°. El Fondo de Cofinanciación para la Inversión Social, FIS, cofinanciará con los municipios programas y proyectos de infraestructura cultural orientados hacia los grupos étnicos de población más pobres y vulnerables, de acuerdo con la Constitución Política, la Ley 115 de 1994 y el Decreto 2132 de 1992.
Artículo 59°	Integración del Consejo Nacional de Cultura. El Consejo Nacional de Cultura estará integrado por los siguientes miembros: [...] 11. Un representante de las comunidades negras.
Artículo 67°	Parágrafo 2°. El Gobierno al establecer y reglamentar la estructura orgánica del Ministerio de Cultura creará la Dirección Nacional de Etnocultura con las respectivas seccionales en las entidades territoriales.
Ley 812 del 2003: Plan Nacional de Desarrollo 2003-2006	
Artículo 8°	<p>Fortalecimiento de los grupos étnicos: la Consejería Presidencial para asuntos étnicos coordinará con los ministerios el diseño y definición de las políticas conducentes a elevar el nivel de vida de los grupos étnicos y a garantizar su participación en las decisiones que les atañen. Se buscarán esquemas de concertación con las comunidades indígenas y afrocolombianas para el mejoramiento de sus condiciones de vida y se velará para que los servicios del sistema financiero y crediticio se hagan extensivos a estas comunidades. Se avanzará en los instrumentos legales que propicien el desarrollo de la población raizal del departamento Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Destinar los recursos y concertar con las comunidades afrocolombianas la formulación de un plan de desarrollo integral a largo plazo en cumplimiento de la Ley 70 de 1993, desde su visión y particularidades étnico-culturales. Fortalecer la institucionalidad para garantizar la participación y visualización de las comunidades negras y el fomento de su cultura y consolidación de su patrimonio.</p>

Artículo 3°.	Candidatos de las comunidades negras. Quienes aspiren a ser candidatos de las comunidades negras para ser elegidos a la Cámara de Representantes por esta circunscripción especial, deberán ser miembros de la respectiva comunidad y avalados previamente por una organización inscrita ante la Dirección de Asuntos de Comunidades Negras del Ministerio del Interior.
Ley 359 de 1997: rinde tributo a la vida y obra de tres grandes poetas afrocolombianos	
Artículo 1°	La República de Colombia le rinde tributo de admiración y exalta la vida y obra de los grandes y distinguidos poetas afrocolombianos: Jorge Artel, Miguel A. Caicedo y Helcías Martán Góngora, por su contribución a la literatura colombiana, destaca sus obras poéticas y pone como ejemplo a las generaciones presentes y futuras, sus vidas de grandes servidores y baluartes de las comunidades afrocolombianas.
Ley 22 de 1981: propugna por la eliminación de todas las formas de discriminación racial	
Artículo 1°	En la presente Convención la expresión "discriminación racial" denotará toda distinción, exclusión, restricción o preferencia basada en motivos de raza, color, linaje u origen nacional o étnico, que tenga por objeto o por resultado anular o menoscabar el reconocimiento, goce o ejercicio, en condiciones de igualdad, de los derechos humanos y libertades fundamentales en las esferas políticas, económica, social, cultural o en cualquier otra esfera de la vida pública.
Artículo 2°	Los Estados Partes condenan la discriminación racial y se comprometen a seguir, por todos los medios apropiados y sin dilaciones, una política encaminada a eliminar la discriminación racial en todas sus formas y a promover el entendimiento entre todas las razas.
Artículo 5°	En conformidad con las obligaciones fundamentales estipuladas en el artículo 2 de la presente Convención, los Estados Partes se comprometen a prohibir y eliminar la discriminación racial en todas sus formas y a garantizar el derecho de toda persona a la igualdad ante la ley, sin distinción de raza, color u origen nacional o étnico, particularmente en el goce de los derechos.
Ley 725 de 2001: Día Nacional de la Afrocolombianidad	
Artículo 1°	Establécese el Día Nacional de la Afrocolombianidad, el cual se celebrará el veintiuno (21) de mayo de cada año.
Artículo 2°	En homenaje a los ciento cincuenta (150) años de abolición de la esclavitud en Colombia consagrada en la Ley 21 de mayo 21 de 1851, en reconocimiento a la pluriétnicidad de la nación colombiana y la necesidad que tiene la población afrocolombiana de recuperar su memoria histórica, se desarrollará una campaña de conmemoración que incluya a las organizaciones e instituciones que adelanten acciones en beneficio de los grupos involucrados en este hecho histórico, cuya coordinación estará a cargo de la Dirección General de Comunidades Negras, Minorías Étnicas y Culturales del Ministerio del Interior.
Directiva Presidencial No. 17 de 1997	
Asunto	Impulso de la gestión institucional en beneficio de la población afrocolombiana.

Primero	Otorgar a la problemática que padecen las comunidades negras una atención especial dentro de la agenda gubernamental, encaminada a propiciar las condiciones necesarias para su pleno desarrollo mediante el derecho a la igualdad de oportunidades. Para ello el Ministerio de Hacienda y el Departamento Nacional de Planeación, darán prioridad a los proyectos de inversión destinados al mejoramiento de la calidad de vida de la población afrocolombiana.
Conpes 2909 de 1997	
El Gobierno Nacional formula el documento que contiene políticas y mecanismos tendientes a mejorar la calidad de vida de las comunidades negras y su fortalecimiento como grupo étnico.	
Conpes, mayo de 2002	
Concretó acciones para la protección de afrocolombianos amenazados por el conflicto y en situación de desplazamiento.	
Proyecto de Acuerdo 126 de 2005: Encuentro Internacional de Expresión Negra	
Objeto	[...] como un espacio para la reconstrucción cultural, la capacitación, el estímulo, el intercambio de saberes y productos culturales, la proyección internacional y la apropiación positiva de los patrimonios culturales afrocolombianos.
Artículo 1°	Reconocer como una actividad de interés cultural el “Encuentro Internacional de Expresión Negra de Bogotá”, que se realiza cada año en la capital de la República, en el mes de mayo, “mes de la afrocolombianidad”; y en el que se integran los diversos géneros y tendencias de las artes, que propician el entendimiento y la tolerancia entre los pueblos del mundo.
Artículo 2°	La administración distrital a través del Instituto Distrital de Cultura y Turismo, de conformidad con las disponibilidades presupuestales vigentes, podrá promover la participación activa de los diversos géneros y tendencias de grupos culturales y artísticos de la ciudad, en el “Encuentro Internacional de Expresión Negra de Bogotá”.
Decreto 059 de 1991: regula la personería jurídica de las organizaciones de Bogotá	
Artículo 1°	El presente decreto regula los trámites y actuaciones relacionados con la personería jurídica de las asociaciones, corporaciones, fundaciones e instituciones de utilidad común, con domicilio en Bogotá, a las cuales se refieren la Ley 22 de 1987 y el Decreto 525 de 1990, y con el cumplimiento de las funciones de inspección y vigilancia sobre instituciones de utilidad común delegadas por el Gobierno nacional.
Convenio 169 de la OIT: Ley 21 de 1990	
[...] Los servicios de salud deberán organizarse, en la medida de lo posible, a nivel comunitario. Estos servicios deberán planearse y administrarse en cooperación con los pueblos interesados y tener en cuenta sus condiciones económicas, geográficas, sociales y culturales, así como sus métodos de prevención, prácticas curativas y medicamentos tradicionales [...]	
Acuerdo Distrital 119 de 2004: Plan de Desarrollo para el Distrito	
Artículo 7°	Las políticas garantizarán el respeto a la diversidad étnica y cultural y se privilegiarán acciones de sensibilización y afectación de imaginarios en torno a la garantía de derechos, inclusión y equidad.

Acuerdo Distrital 175 de 2005: lineamientos de política pública sobre la población afrodescendiente	
Artículo 1°	Defínese la política pública para la población afrodescendiente residente en Bogotá, como el conjunto de acciones dirigidas a promover de manera efectiva y eficaz el desarrollo integral de esta población, a fin de proteger la diversidad étnica y cultural de la ciudad y reconocer los aportes de los afrodescendientes en la consolidación de un proyecto de ciudad más democrática.
Artículo 2°	Alcance: la Administración Distrital implementará acciones afirmativas para la población afrodescendiente residente en Bogotá y estimulará la participación de esta población en la toma de decisiones, la formulación y la ejecución de los programas y proyectos del Plan de Desarrollo Distrital y de los Planes de Desarrollo Local. Esta política pública estará orientada a superar la exclusión económica, social, política y cultural existente en el Distrito Capital para esta población.
Artículo 3°	Responsable: la formulación de la política pública para la población afrodescendiente residente en Bogotá estará en cabeza del alcalde mayor, quien liderará la política con base en el principio de acción afirmativa consagrado en la Constitución Nacional.
Artículo 4°	<p>1. <i>Equidad</i>: garantizar la igualdad de oportunidades a partir de la inclusión de la población afrodescendiente residente en Bogotá sin ningún tipo de discriminación.</p> <p>2. <i>Solidaridad</i>: garantizar la protección y la defensa del patrimonio cultural de esta población, construyendo una cultura basada en el reconocimiento recíproco y la solidaridad social para lograr un acceso adecuado de la población afro a todos los servicios públicos ofrecidos por la ciudad.</p> <p>3. <i>Descentralización</i>: coordinar interinstitucionalmente la aplicación de la política pública en todas en las entidades del Distrito Capital. Con cada una de las entidades del Distrito Capital se formularán, elaborarán y viabilizarán los proyectos que garanticen a la población afrodescendiente residente en Bogotá el acceso efectivo a los programas sociales y culturales contemplados en el Plan de Desarrollo Distrital y los diferentes planes locales.</p> <p>4. <i>Integralidad y concertación</i>: concertar con las representaciones de la población afrodescendiente, la inclusión de las iniciativas de los mismos, en los programas y proyectos del Plan de Desarrollo, teniendo en cuenta el tamaño de la población afrodescendiente residente en Bogotá, así como los montos presupuestales, las estrategias y las metas.</p> <p>5. <i>Corresponsabilidad</i>: establecer indicadores de gestión y de resultados que permitan realizar un adecuado seguimiento, control y evaluación de esta política pública en el Distrito.</p> <p>6. <i>Participación</i>: fortalecer la participación de la población afrodescendiente residente en Bogotá en espacios de representación para la toma de decisiones.</p> <p>7. <i>Identidad cultural</i>: promover el respeto a la identidad cultural de la población afrodescendiente y propiciar su desarrollo.</p> <p>La Secretaría de Gobierno fortalecerá a la Consultiva Distrital de las Comunidades Afrodescendiente, como instancia de concertación.</p>

Artículo 5°	<p><i>Institucionalizar la conmemoración del Día Nacional de la Afrocolombianidad:</i> la Administración Distrital celebrará el 21 de mayo en todo el territorio de Bogotá D.C., de conformidad con lo establecido en la Ley 725 de 2001, el Día de la Afrocolombianidad, y promoverá la vinculación a la celebración de todas las instituciones distritales, la ciudadanía, los colegios públicos y privados, las empresas públicas, como también las ONG y las empresas privadas que deseen participar.</p> <p>El IDCT, el IDR, la Secretaría de Gobierno, y la Secretaría de Educación Distrital, en concertación con la Comisión Consultiva Distrital, programarán las actividades correspondientes para dicha fecha, de conformidad con lo establecido en el presupuesto anual.</p>
Artículo 6°	<p>El alcalde mayor contará con el término de seis (6) meses a partir de la entrada en vigencia del presente Acuerdo, para expedir el Plan Integral de Acciones Afirmativas para la Población Afrodescendiente residente en Bogotá.</p>

LA ORGANIZACIÓN

Las organizaciones de la comunidad afrocolombiana radicadas en la ciudad critican la postura de las administraciones distritales. Según Alianza Entrepueblos (2004), la actitud que las pasadas administraciones de Mockus y Peñalosa asumieron frente a los grupos étnicos en la ciudad fue la de *invisibilizar* su presencia y aportes, al asumir el lema

[...] que todos los habitantes de Bogotá, D.C., son ciudadanos y, consecuentemente iguales, las políticas y programas que caracterizaron sus administraciones tendieron siempre a la homogeneización de toda la población y a la negación de particularidades y especificidades étnicas y culturales.

Es legítimo deducir, entonces, que en la ciudad proyectada e imaginada por estas administraciones distritales no había lugar para la diversidad étnica y cultural, e hicieron muy poco “por reconocer y garantizar, en los Planes de Desarrollo Distrital y en su gestión pública, los derechos colectivos y patrimoniales consuetudinarios de los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom que residen en la ciudad” [Alianza Entrepueblos, 2004].

Otro es el panorama que perciben frente a la postura de la actual administración de Garzón. Según Alianza Entrepueblos, ésta ha

[...] principiado a dar muestras de cambios significativos. Un reflejo de esta nueva situación que se está presentando es la importancia que los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom tienen en el Plan de Desarrollo Distrital Bogotá sin Indiferencia, en donde la interculturalidad es un componente fundamental en su estructuración [Alianza Entrepueblos, 2004].

Sin embargo, se hace objeción a la actual administración distrital por la escasez de escenarios e instancias institucionales que propicien la concertación con los grupos étnicos de manera de que se involucren en la toma de decisiones que los afectan. Pese a lo expuesto, las organizaciones afro piensan que existe voluntad política del actual gobierno distrital para ampliar y profundizar estos escenarios, con la creación de una Subdirección de Asuntos Étnicos, dependiente de la Secretaría de Gobierno, desde la cual se aboquen de manera unificada y conjunta los asuntos relacionados con estos pueblos [Alianza Entre Pueblos, 2004].

Así mismo, la Alianza Entrepueblos (2004) resalta algunas de las instancias que posee la Administración Distrital, en las que existe participación afro y raizal. En el Consejo Territorial de Planeación (CTP) tienen asiento dos representantes de los pueblos afrodescendientes, pero hasta el 2004 no existían cupos para los pueblos raizal y rom, lo que se asumió como una acción discriminatoria contra estos pueblos. El Instituto Distrital de Cultura y Turismo, en el seno del Consejo Distrital de Cultura (CDC), mediante decreto, reglamentó la participación de un representante por los pueblos afrodescendientes y no contando con participación para el 2004 del pueblo raizal:

Actualmente los representantes de estos pueblos en el CDC están planteando la creación de una Gerencia Étnica en el IDCT como mecanismo para visibilizar adecuadamente las aportaciones que los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom le han hecho al Distrito Capital.

De igual forma, el Departamento Administrativo de Bienestar Social del Distrito (DABS), en el marco del Consejo Distrital de Política Social (CDPS), reglamentó la participación de un representante por los pueblos afrodescendientes, excluyéndose injustificadamente a los pueblos raizales. En el Departamento Administrativo del Medio Ambiente (DAMA), así como en el Instituto Distrital para la Recreación y el Deporte (IDRD), instituciones que abordan temas de interés para los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom, no habían habilitado hasta finales del 2004 ningún espacio para abordar la relación con estos pueblos (Alianza Entrepueblos, 2004).

Del mismo modo, se resaltan los esfuerzos emprendidos por la Secretaría Distrital de Educación así como por la Secretaría Distrital de Salud, donde se habilitaron escenarios para la participación de estos pueblos. Así, se aportó a la definición de ciertas políticas públicas y programas gubernamentales concernientes a educación y salud. Sin embargo, se afirma en el documento de Alianza Entrepueblos (2004), el hecho de que “estos espacios no cuenten con una reglamentación que los institucionalice, sumado a que en ellos no han participado todos los pueblos concernidos, pese a ser intentos interesantes y que han permitido avances, se han mostrado, a la postre, manifiestamente insuficientes”.

No obstante, los grupos étnicos destacan que la experiencia más interesante de interlocución que se ha dado con la actual administración distrital es la Mesa Interétnica, a través de la cual “se ha abordado con una visión integral y de conjunto la problemática de estos pueblos”:

El trabajo de la Mesa Interétnica ha sido significativo, entre otras razones, porque ha logrado centralizar la discusión sobre los temas de preocupación para los pueblos de los que se viene hablando, en un único escenario, con lo que se ha principiado a superar la fragmentación y atomización que supone que estos pueblos, muchos de ellos dispersos y con bajo peso demográfico, tengan que desgastarse en una interlocución a nivel local en donde no consiguen ninguna incidencia. Esta Mesa Interétnica, la cual se ha planteado de composición mixta y bipartita, requiere necesariamente de una formalización que le dé vida jurídica para garantizar su efectividad [Alianza Entrepueblos, 2004].

En lo que atañe al Plan de Desarrollo¹¹ de la ciudad, se argumenta que para esta población se debe tener como presupuesto esencial el de una voluntad política orientada a llenar el vacío de participación y afrontar el problema de la invisibilidad institucional que configuran la exclusión de la cual ha sido objeto dicha comunidad en las decisiones políticas, económicas, sociales y culturales del Distrito Capital.

Pese a lo expuesto, con la Constitución, en 1994, bajo la primera administración de Mockus, se creó la Consultiva Distrital de Comunidades Negras

[con el] propósito central de formalizar un escenario privilegiado de alto nivel para abocar la concertación entre el gobierno distrital y nacional por una parte y los pueblos afrodescendientes del Distrito Capital por la otra, en la perspectiva de abordar las demandas de estos pueblos en el marco de la Ley 70 de 1993 o Ley de Comunidades Negras [Alianza Entrepueblos, 2004].

A partir de la Constitución de 1991, que en su artículo transitorio 55 establece las bases normativas para el reconocimiento de los pueblos afrodescendientes, que posterior-

¹¹ Pese a que los grupos étnicos siguieron el procedimiento para que sus ideas fuesen incluidas en el preliminar del Plan de Desarrollo, éstos manifiestan que no se tuvieron en cuenta, y anotan: “recogidas sus propuestas por la Mesa Interétnica, por los eventos locales, interlocales y distritales, tal como fueron la audiencia del CTPD del día 12 de marzo, se reafirma en reunión de los grupos étnicos celebrada el 15 de marzo el documento elaborado en la Mesa Entre Pueblos que le entregó el señor alcalde mayor se critica la actitud de quienes elaboraron el Plan de Desarrollo, que omitieron las propuestas de los grupos étnicos y se le solicita respetuosamente al Consejo Territorial de Planeación y a la Administración Central, al igual que al Consejo Distrital de Bogotá, D.C., prestar especial atención a esta situación y adoptar los correctivos respectivos”. Algunas de las fallas son: “solamente encontramos se mencionan los grupos étnicos en el programa del Eje de Reconciliación en el numeral ,4 ‘Derechos humanos para todas y todos’, pero que en las metas y actividades no se recoge. Así mismo, en el objetivo de Gestión Pública en el capítulo 1, ‘Gestión pública humana, sostenible y eficaz’, tampoco se refleja la voluntad política institucional del programa de gobierno del alcalde Luis Eduardo Garzón con relación a los grupos étnicos. En el Título IV del Plan de Desarrollo de Bogotá D.C. en ‘Proyectos prioritarios’, artículo 27 del ‘Plan de Desarrollo, Bogotá sin Indiferencia, un Compromiso Social Contra la Pobreza y la Exclusión’, en su numeral 13 del ‘Eje de Reconciliación’ sí contempla como prioridad en la participación a los grupos étnicos, a las mujeres y a los jóvenes, sin determinarse el ¿cómo y con qué?”.

mente son desarrolladas por la Ley 70 de 1993. Siendo en la primera administración de Antanas Mockus, el 11 de agosto de 1995, cuando se instala por primera vez la Comisión Consultiva Distrital de Comunidades Negras, reunida en espacio mixto con funcionarios de la Alcaldía Mayor de Bogotá; espacio que tiene su asiento jurídico legal definitivo mediante el Decreto 2248 de 1995, de la cual hacen parte entre otras entidades tal como lo expresa el artículo 9º parágrafo 2º el alcalde mayor, quien la preside, un representante de los alcaldes locales, el director del DABS, el director del IDCT, el director del IDRD, el director del IDU, el director del DAAC. Es a partir de este momento que la Administración Distrital y la población afrodescendiente, hacen los primeros intentos e inicios de concertación, pero éstos no se consolidan; lo que ha evidenciado la falta de voluntad política e institucional de las anteriores administraciones, para lograr una verdadera política de inclusión participativa y representativa de los afrodescendientes; lo que determina la precariedad de los procesos organizativos de estos pueblos en el ámbito distrital y local al no contar con las herramientas y la logística mínima para desarrollar sus actividades propias y de gestión promocional [“Ponencia de los pueblos...”, 2004].

Frente a las grandes expectativas creadas en torno a la creación de la Consultiva Distrital por parte de distintos entes organizativos e institucionales, este espacio evidenció carencias, limitaciones y reservas. La falta de apoyo permanente por parte de los organismos distritales, a la que se le adicionaron contravenciones en el interior de la Consultiva por parte de líderes comunitarios con diversas posturas, condujo al cese parcial de las actividades. En la actualidad, la Consultiva Distrital cuenta con una reorganización, en la cual se instauraron Comisiones de Trabajo de la Mesa Afrocolombiana, como comisión de salud, vivienda, educación, derechos humanos, comunicaciones, cultura, desarrollo, economía, ambiente, desplazamiento, Casa Afrocolombiana, juventud, participación y política, y mujer negra, género y participación política. Estas comisiones tienen la intención de trabajar, analizar y proponer a las distintas temáticas, con proyección a los diferentes organismos distritales y nacionales.

La responsabilidad de esta situación, hay que decirlo, no es exclusiva del gobierno distrital, sino que a las organizaciones afrodescendientes les cabe gran parte de la responsabilidad, por cuanto, con algunas excepciones, no lograron reflejar niveles de representatividad significativos. Un desafío que tienen las organizaciones afrodescendientes de la ciudad es proponer la reestructuración profunda de la Consultiva Distrital de Comunidades Negras, de manera que se transforme en un verdadero escenario amplio, plural, democrático y representativo, con una gran legitimidad de interlocución [Alianza Entrepueblos, 2004].

El desconocimiento de la Consultiva Distrital también es generalizado; según cifras de Orcone, 5,08% de la muestra manifiestan conocerla, y 94,92% dicen que no. Así mismo anota que 11,89% de la muestra manifiesta estar integrado en procesos institucionales

de participación local, y 88,11% expresa no estarlo. De los espacios de intercambio, a nivel distrital se distinguen las Juntas Administradoras Locales, el Consejo de Planeación Local, el Consejo de Cultura local, el Comité de Participación Ciudadana, las Veedurías Populares, el Comité de Defensa del Medio Ambiente y del Espacio Público, las Juntas de Acción Comunal, la Ligas de Consumidores y otras como la Asociación de Madres Comunitarias, la Asociación de Padres de Familia y las Juntas de Vecinos del Barrio o Conjuntos Residenciales, principalmente.

Cabe resaltar la presencia exclusiva de grupos afrocolombianos en estos espacios. Los raizales no han contado con la misma participación en los espacios distritales, ni cuentan con un número aproximado de personas en estas curules. Sin embargo, argumentan estar cohesionándose, a través del conocimiento de su población y una veraz organización que les permita proyectarse de una manera efectiva y ordenada en las distintas estancias distritales y nacionales. Sin embargo, anotan la posición distante en que los ha tenido el Distrito hasta hace unos años en que ha comenzado su paulatina integración.

Así, Bogotá para muchos de los afrocolombianos y raizales significa la plataforma de acción desde la cual se pueden ejecutar acciones tendientes a salvaguardar los derechos de sus comunidades. Durante las últimas dos décadas, aproximadamente, la ciudad ha visto aparecer un elevado número de organizaciones conformadas por la población afrodescendiente. La mayoría tienen reconocimiento distrital y hacen parte de la Consultiva Distrital; otras son creadas por intereses particulares, con propósitos específicos y por periodos de tiempo cortos. Sin embargo, pese a que existen aproximadamente 90 organizaciones inscritas en la Consultiva Distrital y cerca de 40 ejerciendo distintos roles sociales y culturales, parte de la población afrodescendiente manifiesta no saber nada al respecto y expresan no sentirse beneficiados por el proceder de éstas. Sin embargo se anota que

[...] los pobladores afrocolombianos de estas ciudades adelantan procesos de organización y participación política en torno a otros aspectos de la Ley 70. [...] La participación de afrocolombianos en organizaciones sociales y políticas en Bogotá es mínima. De igual manera, su conocimiento sobre los alcances de la Ley 70 y la Constitución Política de 1991. Muy pocos conocen los programas en pro de los afrocolombianos, las becas del Icetex, los movimientos de orientación, los grupos folclóricos, la Consultiva Distrital y los grupos culturales [*Atlas de las culturas afrocolombianas*, 2003: 264].

Prevalece igualmente un desconocimiento de la existencia de instituciones como la Dirección de Comunidades Negras del Ministerio del Interior. Como lo manifiesta el estudio de Orcone (2002: 23),

[...] hay una relación entre el desconocimiento de estas instituciones y la no afiliación a las organizaciones de base; sin embargo, la poca importancia presupuestal que le ha dado el Estado desde su creación y la falta de publicidad de sus programas y funciones por los medios masivos de comunicación, como lo hacen otras entidades oficiales y privadas, contribuye a su anonimato.

La Dirección General de Comunidades Negras no tiene una política clara y bien definida que le permita alcanzar lo que debieran ser sus metas a corto, mediano y largo plazo, por lo tanto, no es mucho lo que tiene para socializar con las organizaciones de base y la comunidad en general. Ni siquiera se difunden, con la importancia que se merecen, los eventos a nivel nacional e internacional de trascendencia para la comunidad negra del país y del mundo.

La participación social y política de los afrobogotanos no es muy activa. Así lo muestran los resultados arrojados por el estudio de *Mi gente en Bogotá...* (2002). De los hogares encuestados, 87,5% afirman que ningún miembro de ellos participa en una asociación u organización política, comunal, social, cultural o religiosa. De los que participan (12,5%), 60% lo hacen en la preparación de eventos comunitarios; 10% conocen de la existencia de programas distritales para la población afrodescendiente; 33% conocen las becas que ofrece el Icetex; 22,2% saben de la existencia de movimientos de orientación negra; 16,7% conocen grupos folclóricos; 11,1% saben que existe la Consultiva Distrital; 11,1% conocen grupos culturales, y 5,6% no saben o no responden.

Veamos las respuestas de la población afro a la pregunta “¿Cómo cree usted que la cultura afrocolombiana debe ser difundida?”:

[...] el 37% manifestó que a través de medios de comunicación de masas (prensa, radio y televisión); el 17% mediante divulgación de la cultura (valores, regiones negras y personajes); el 13,1% por medio de educación y capacitación; el 11,4% por participación, igualdad, empleo y respeto; el 10,2% mediante eventos culturales y espectáculos de música y danza; el 1,7% por medio de apoyo económico; el 0,6% a través del deporte; el 6,3% opina que no se debe difundir y el 2,8% no sabe o no responde [*Mi gente en Bogotá...*, 2002: 69].

En general, se advierte un desconocimiento de la Ley 70 de Comunidades Negras, así como de la existencia de la Cátedra Afrocolombiana, resultado arrojado por el estudio *Mi gente en Bogotá...* (2002). Dicha conclusión es respaldada por diversos habitantes afrocolombianos que argumentan no beneficiarse por el trabajo que realizan las organizaciones y afirman que siempre los entes distritales adjudican los trabajos a los mismos y no se da oportunidades al resto de la comunidad, que también podría aportar.

Por su parte, según lo consigna el estudio de las localidades de Orcone, 4,08% de los encuestados están afiliados a alguna organización de base afrobogotana y 95,92% manifiestan no estarlo.

Al parecer el negro reproduce acentuadamente la cultura de la informalidad de la sociedad colombiana en donde es más cómodo permanecer sin ataduras formales y libre de compromisos; o de pronto, el tiempo de que dispone después de una larga jornada laboral no le posibilita asistir a reuniones donde cree no se le solucionarán sus más urgentes problemas.

En general, el nivel de organización de los afrocolombianos en Bogotá deja mucho que desear; tal vez porque desconozcan que organizados podrían ejercer mejor presencia y presión ante las autoridades y el contexto del Distrito Capital y que podrían ser tenidos en cuenta para cualquier decisión en planes de desarrollo e inversión social “y qué no decir de lo que podría hacerse en el plano político” [Orcone, 2002: 20].

De igual forma, la comunidad manifiesta que “el ámbito público está monopolizado por algunos pocos, y ni se diga de la cultura [...]”, y cuestionan que algunos pocos se benefician con el supuesto de buscar el beneficio de todos.

[...] las comunidades afrodescendientes se sienten discriminadas por la manera como éstas ven el mundo, la cual es producto del desconocimiento de la idiosincrasia o por la discriminación. Por esta razón se sienten desarraigados de las comunidades o colectivos en donde intentan integrarse. El utilitarismo politiquero y la discriminación que ha sufrido el pueblo afro en Colombia, le generan prevenciones y cansancio. Como consecuencia, los afrodescendientes no muestran interés en los planes, programas y actividades de la política estatal, porque siempre se les ha ignorado. Otro obstáculo es la falta de interés y de solidaridad de los intelectuales afrocolombianos por los menos favorecidos [Mosquera y Paz, 2002: 123].

Pese a esta situación generalizada, tanto grupos aislados de la población —en el caso de las mujeres—, como organizaciones, lideran diversos mecanismos de lucha para abrir y crear espacios de inclusión en la sociedad de manera que se respeten y no se vulneren sus derechos de género y raza, así como la lucha por recuperar la memoria, el reconocimiento como etnia, el fortalecimiento de la comunidad, las políticas de salud y la educación, entre otros. Las diversas experiencias con las comunidades afrodescendientes han evidenciado carencias de políticas estatales. Se destaca lo siguiente:

Existe una necesidad de que haya una política de Estado que busque recuperar la memoria “El Estado tendría que tener una visión estratégica acerca de las políticas de la memoria y, dentro de eso, por supuesto, el patrimonio intangible, el cual tiene que jugar un papel fundamental” [Amaya, 2002: 104].

[...] me gustaría señalar que las políticas de atención para la población *desplazada* no tienen en cuenta las necesidades alimentarias de los grupos étnicos. La responsabilidad del Estado ante esa problemática debe ser garantizar por un tiempo prolongado la seguridad alimentaria, en concordancia con los gustos y apetencias de los grupos étnicos. [...] Para las familias chocoanas el queso costeño, el pescado, la yuca, el plátano, el chontaduro, los cerdos y las gallinas harían una real asistencia de alimentación. Estos ingredientes deben reemplazar el café, granos y enlatados de los mercados entregados por la red de solidaridad [Godoy, 2003: 114].

Frente a este panorama, la población afro manifiesta en una proporción (81,68%, según cifras de Orcone) estar interesada en pertenecer a una organización de comunidades negras, lo que evidencia un deseo a favor de su ordenación étnica y cultural. La población afrobogotana expresa el deseo de capacitarse para acceder, involucrarse o crear organizaciones de base en la ciudad, lo que para Orcone significa una “actitud que estimula la integración interétnica y cultural en la participación democrática de la Bogotá que aspira a que sus habitantes se encuentren “todos del mismo lado”.

ORGANIZACIONES EN LA CIUDAD

La aparición de organizaciones y entes relacionados con la población afrocolombiana radicada en la ciudad ha mostrado su mayor auge desde finales la década de los noventa. En muchos renglones políticos, este masivo crecimiento se da a partir de la Ley 70 de 1993. Así, se ha visto la creación y desintegración de un gran número de organizaciones y fundaciones, lo que da indicios de la transitoriedad de su existencia, para muchos determinadas por los intereses y estrategias políticas u oportunidades públicas y privadas.

La localización de estas organizaciones en la ciudad muestra una preferencia por la zona centro, similar a los intereses de las actividades económicas. De igual forma, el área sur y occidental de Bogotá alberga un considerable número de ellas, sin evidenciar un área específica pero sí mostrando la gran ocupación de la población afro en lo atinente a la actividad política. Así mismo, no se puede desconocer la actividad que se está generando en la zona norte, que aunque dispersa evidencia la cobertura de los grupos afrocolombianos radicados en la ciudad.

Es apresurado hablar de estrategias de localización dentro de la ciudad, pero sí es posible llegar a conclusiones sobre la ubicación de nuevos puntos de encuentro. Así, esta georreferenciación muestra tanto nuevos polos de acción como sitios de residencia, ya que como se comprobó en la verificación, en algunos casos coinciden. Sin embargo hay que evidenciar que parte de estos grupos, fundaciones y otras corporaciones son auspiciados por distintos entes no necesariamente afro, ubicados en diversas áreas urbanas.

En este apartado vale la pena profundizar en los tipos de enfoque y acción de las organizaciones y grupos de afrocolombianos radicados en la ciudad, para establecer a ciencia cierta su permanencia y transitoriedad, y a partir de esto ahondar en las predilecciones de ubicación.



**HACIA UN DIAGNÓSTICO
DE LA PROBLEMÁTICA
CULTURAL**



Atropellándose, la gente abandona los caminos por donde paseó sus deseos y mató el tigre mariposo que se robaba los niños cuando no encontraba gallinas, la casa de viajeros que recibía al forastero —aun al paisa que venía a calcular— y los atracaderos donde las pangas se posaban jadeantes mientras los pasajeros aplatanados de sol desembarcaban un bulto en Bajirá, una arroba de sal de Quibdó para salar el pescado, un balón para que los muchachos juraran fútbol a la hora en que los murciélagos reemplazan a las golondrinas. Atrás queda todo y adelante nada.

Alfredo Molano, *Pero cuanto más los oprimían, ellos crecían y se propagaban más.*

Con el propósito de elaborar un diagnóstico secundario sobre la problemática cultural de las poblaciones de afrodescendientes y raizales de la ciudad de Bogotá, a partir de la producción académica y documental existente en la ciudad, es preciso comenzar por aclarar lo que aquí se va a entender por *cultura* y la manera como lo cultural y lo social se encuentran íntimamente ligados.

Hablar de una *cultura afrocolombiana* o una *cultura raizal* resulta algo problemático por sí solo, en tanto que la cultura no es algo fijo, descriptible o inventariable en su totalidad, y afirmarlo sería caer en el error de homogeneizar a todos los afrocolombianos y raizales con el interés de asignarles unos atributos.

Marvin Harris (2001: 19), retomando una primera definición de cultura dada por sir Edward Burnett Tylor, sostiene que “cultura es el conjunto aprendido de tradiciones y estilos de vida, socialmente adquiridos, de los miembros de una sociedad, incluyendo sus modos pautados y repetitivos de pensar, sentir y actuar (es decir, su conducta)”.

Como indica esta definición, la cultura comprende los conocimientos, las creencias, las artes, la moral, el derecho, las costumbres, las capacidades y los hábitos que los individuos de una sociedad, o en este caso de una minoría étnica, como los afrodescendientes y raizales, han adquirido socialmente.

Tres aspectos deben tenerse en cuenta antes de introducirnos en el análisis de la problemática cultural. El primero supone no pensar la cultura como identidad. Ningún grupo, llámesele por el etnónimo *afro* o las categorías *raizal*, *blanco* o *mestizo*, tiene una identidad en esencia. Lo que genera una identificación entre un grupo social al cual la sociedad mayor llama, o el cual se autodenomina *afrodescendiente*, por ejemplo, es en primera instancia el hecho de haber establecido un límite o una diferencia relacional con los *otros*. En la identificación del *nosotros* opuesto a *los otros* se funda el principio de distinción, a lo cual se suma un proceso histórico que cohesiona y permite traer al presente algunos rasgos culturales del pasado (Grimson, 2000).

El segundo aspecto tiene que ver con lo que señalábamos anteriormente en relación con la necesidad de no homogeneizar cultural o socialmente a un grupo, sino buscar sus elementos compartidos en las experiencias históricas que pueden evocar, las creencias y las prácticas culturales que perviven una vez asentados en la ciudad, sus danzas, bailes y fiestas, y lugares que, como restaurantes, discotecas y peluquerías, son espacios para el consumo cultural de sus productos por parte de los no afro y no raizales.

De acuerdo con esto, emplearemos los vocablos *comunidad* y *población* como dos términos discursivos abstractos que permiten referirse al grupo de afrodescendientes y raizales que se agrupan en la ciudad porque se perciben, sienten y definen como iguales. Esta identificación entre individuos es una creación dinámica resultado de ciertas prácticas, rutinas e interacciones sociales habituales. Se aclara aquí que con el uso de estos términos no se pretende asignar características homogeneizantes a las poblaciones afrodescendientes, que se sabe no comparten un mismo territorio, no llevan a cabo las mismas prácticas culturales, no tienen las mismas formas de organización, poseen acervos culturales variados e historias igualmente distintas.

El tercer aspecto atañe a la distinción entre lo *cultural* y lo *social*, términos separados por una barrera que más bien parece estar desdibujada. Si bien la noción de *cultura* alude a los elementos que incorpora la definición de Tylor, y que presentamos aquí a través del texto de Harris (2000), un análisis del componente social supondría limitarse únicamente al estudio de la organización social de los grupos en cuestión y las relaciones sociales que éstos establecen. En el uso que aquí daremos al término *cultura*, para efectos de la elaboración de este diagnóstico de las problemáticas culturales de los afrodescendientes y raizales en Bogotá, se incluirá tanto lo definido anteriormente como *cultural*, como lo social visto desde la migración, los imaginarios sociales que se

construyen sobre los afrodescendientes, la dinámica de inserción laboral en la ciudad, la percepción de la ciudad, la solidaridad, la educación, la salud y la vivienda, esto con el fin de brindar un panorama de estudio más amplio en el entendido de que *lo cultural* y *lo social* son dos categorías que difícilmente pueden desligarse la una de la otra.

Habiendo hecho estas tres aclaraciones, se presenta a continuación una serie de temas que abarcan desde distintos puntos de vista las dinámicas culturales de los afrodescendientes y raizales en Bogotá. En un primer momento se abordará el tema de la migración, entendida como una ruptura territorial que marca y fragmenta profundamente el entramado sociocultural de las comunidades afro y raizal. En el segundo tema se dará una mirada al proceso de contacto entre los inmigrantes y la ciudad receptora, sus habitantes y su cultura. Allí se profundizará en aspectos relacionados con la negociación de identidades, valores y prácticas como consecuencia de los choques culturales que se generan en contextos de intercambio multicultural. Finalmente, el tercer tema presentará, a través de varios subtemas, distintos aspectos de la vida cotidiana de los afrocolombianos y raizales en la ciudad. Con ello se pretende dar una mirada global a las distintas prácticas que, desde lo cultural y lo social, afectan en alguna medida a estas poblaciones o les han permitido desarrollar estrategias de adaptación e inserción en el contexto urbano, resaltando al mismo tiempo los aportes que en distintos campos han hecho estas poblaciones a la construcción de ciudad.

Las problemáticas culturales que busca identificar este diagnóstico serían imposibles de comprender sin dar una mirada formal y detallada a los principales elementos que componen la vida de los afrodescendientes y raizales en Bogotá. Es por ello que se presenta aquí la conceptualización de la cultura vista desde la gastronomía y los saberes culinarios del Pacífico que los migrantes afro han introducido en la ciudad, la música y la danza como elementos inherentes a la construcción de las identidades afro y raizal, y los peinados en tanto que son formas estéticas de reivindicar etnicidades y afirmar identidades, y la religión como resultado de reinterpretar y mezclar las formas y creencias introducidas por los esclavizadores con las heredadas de la sabiduría ancestral africana.

El centro del debate sobre la problemática cultural de las comunidades afrodescendientes y raizales que habitan en Bogotá, a partir de lo recopilado, se funda en tres aspectos, principalmente, los cuales se cruzan de manera transversal con cada uno de los elementos que se abordarán en los subtemas mencionados con anterioridad. El primero de estos aspectos atañe al resultado del intercambio sociocultural que se da entre miembros de la minoría étnica, en este caso afrodescendientes y raizales, con individuos o grupos de la sociedad mayoritaria. A partir de algunas entrevistas realizadas y la consulta de los textos e información documental empleada en este diagnóstico, se percibe la demanda que hace la sociedad mayor a los individuos afro y

raizales de adoptar patrones de conducta y de comunicación (lingüísticos) y formas de vestir y de actuar similares o iguales a los suyos. Únicamente bajo esta modalidad de *asimilación cultural* o cambio en la identidad grupal o individual como *afrodescendiente*, *negro* o *raizal* es posible entrar a hacer parte del grupo de la mayoría, y por tanto, no ser estigmatizado y discriminado en la misma proporción que los demás individuos del grupo.

Ahora bien, esta *discriminación y estigmatización* es un segundo aspecto importante que se inscribe dentro de dicha problemática cultural. Desde su llegada a la ciudad y en el proceso de buscar un espacio laboral en el cual ubicarse, al igual que una vivienda en arriendo cuando ya se cuenta con algunos recursos, los afrodescendientes conviven diariamente con las actitudes de rechazo y exclusión de la sociedad mayor. Este fenómeno, estudiado con detalle por una organización afrocolombiana¹ que opera en Bogotá, revela una difusión de largo alcance dentro de la población no afro. Si bien muchos bogotanos dicen no ser *racistas*, los resultados de este ejercicio adelantado dentro del sistema educativo distrital revelan que son muchos los estereotipos e imaginarios que se construyen del *negro*, al cual se le califica de ignorante, bullicioso, ladrón, exagerado en su corporalidad y sexualidad, deportista y bailarín, entre muchos otros aspectos asociados con imágenes negativas u homogeneizantes.

Habiendo definido ya dos elementos que permiten hablar de una problemática cultural, vale la pena resaltar aquí un tercer elemento, que se halla conceptualmente ligado con los dos anteriores. Nos referimos a la problemática asociada a la *convivencia interétnica*. La interculturalidad, como característica de la vida cotidiana de nuestras ciudades, es un fenómeno que opera en muchos niveles y ámbitos. La cultura, como característica universal de la humanidad y fuente de su diversidad, debe buscarse en los elementos compartidos por el grupo, es decir, las experiencias históricas, las creencias prácticas, lógicas, espacios y temporalidades —principalmente— que garantizan la reproducción sociocultural. Por ello, en los temas que siguen se profundiza en la exploración del universo de estos elementos para el caso afrocolombiano y raizal, entendiéndolos como formas específicas de conocer, en las que con claridad se puede ver que en el contacto entre la sociedad mayor y *la diferencia* se siguen unos procesos de *resistencia*, *oposición* y *negociación*, a través de los cuales se puede analizar el gran problema cultural.

Difícilmente, en la medida en que las relaciones de desigualdad se sigan perpetuando, resultado del poder que ejerce la sociedad mayoritaria sobre la minoría en distintos niveles, estos tres elementos encontrados en el presente estudio, y que articulan la definición de una problemática cultural para los afrodescendientes y raizales, van a desdibujarse hasta desaparecer. Lo que con seguridad se desprende de estos procesos de contacto que afectan profundamente en el orden político, social y simbólico el mundo

¹ Organización de Comunidades Negras (Orcone).

de los afro en la ciudad, es un proceso paralelo de construcción de nuevas etnicidades y búsqueda de nuevos modos de identificación, que como se mostrará en algunos apartes de este documento de manera explícita, y en otros de manera implícita, se adaptan al tiempo y al espacio de la ciudad ante la necesidad de mantener el sentido colectivo de la cultura del grupo.

Aun cuando podría pensarse que para muchos de estos migrantes, la ciudad provee bases limitadas de identificación cultural, lo que aquí se advierte es la invención constante de formas alternativas de comunidad, sin desconocer que el choque cultural con la sociedad capitalina se hace evidente en la evaporación de muchas de las normas, valores y prácticas culturales del grupo.

Migración, desplazamiento y destierro: formas de romper el hilo con la tierra

Vives de las raíces de la tierra, pero en tus párpados reconozco la misteriosa región de la que nunca debí haber salido pero a la que algún día habré de volver.

Jorge Castillejo

Muchos son los colombianos que por voluntad propia o a causa de fuerzas ajenas a su control han salido de sus territorios de origen, del *terruño*, de la *tierrita*, como se dice en términos coloquiales, para buscar mejores oportunidades en las grandes ciudades, o simplemente para hallar en los rincones anónimos de éstas la tranquilidad que el conflicto social y político se llevó de sus pueblos. Migración, desplazamiento y destierro son tres formas distintas de movilización física que conducen a un mismo fin: dejar atrás, aunque sea temporalmente, la tierra donde nacieron, crecieron e incluso hicieron familia muchos afrocolombianos o raizales.

El territorio para los afrodescendientes del Pacífico, como señala María Cristina Tavera en su tesis *Transformaciones y continuidades de la danza tradicional del Pacífico en dos barrios de Soacha* (2004), adquiere su sentido basado en las prácticas que allí desarrollan y en sus saberes tradicionales. A partir de la migración a la ciudad, muchos de estos saberes y prácticas se deslocalizan y entran a formar parte de un proceso de resignificación en el nuevo territorio. Del análisis que hace Tavera para mostrar en detalle qué tipo de significados han ligado estas poblaciones a su territorio, se puede concluir que en éste se encuentran representados los valores propios de la cultura afro, además del capital económico y cultural. Y por supuesto, es allí, en ese espacio que se erige como escenario político, social y económico, donde se hacen tangibles las dinámicas socioculturales inherentes a este grupo humano.

El conocimiento, reconocimiento y construcción de su propio territorio a partir de los sentidos, constituye una parte esencial del ser afrocolombiano. El territorio es más que el espacio para la puesta en escena de las prácticas socioculturales, es algo a lo cual los afrodescendientes asignan características propias según su región y sobre lo que aplican distintas lógicas de apropiación y representación. En conclusión, muchas prácticas culturales se pierden por las dinámicas urbanas, pero el entramado cultural, eso que Tavera (2004) denomina “territorialidades incorporadas”, permanece independientemente de que pueda o no ponerse de manifiesto. La gastronomía tradicional, por ejemplo, es uno de los aspectos que los afrodescendientes buscan mantener, ya que califican como *desabrida* y poco natural la comida que se consume en Bogotá. De alguna manera esto es entendible pues la referencia al río y la posibilidad de pescar o cazar diariamente la comida del día es una constante no sólo en las historias de vida recogidas por Tavera, sino en apartes de las distintas historias plasmadas en los distintos textos consultados para la elaboración de este diagnóstico. Mantener en la ciudad el consumo de productos iguales o similares a los que se ingieren en el lugar de origen atentaría directamente contra la economía doméstica de las familias de estos pobladores del Pacífico, pues artículos como el pescado tienen un alto costo en el mercado local.

El proceso del contacto: hacer presente el territorio perdido dentro de lo ajeno

Aun cuando puede ser cierto que el destino de nuestros viajes no es circular sino lineal y sin retorno, el hogar representa al mismo tiempo el lugar del que salimos y al que retornamos, al menos en espíritu.

Eric Hobsbawm (citado en Rapport y Dawson, 1998: 9)²

Desde la perspectiva sociocultural, Bogotá viene construyéndose como una ciudad diversa, en tanto que en ella se mezclan habitantes que han migrado de todas partes del país, y que en su proceso de adaptación y asentamiento en la ciudad han aportado elementos propios de su tradición. En el caso particular de los afrocolombianos, debido a los procesos de desplazamiento no voluntario desencadenados por la violencia en algunas zonas del país, y a la apertura de nuevos espacios de representación política para esta minoría, ellos también se han ido haciendo visibles en esta ciudad. Desde distintas perspectivas, han ido haciendo presente el territorio perdido o dejado atrás, en el entramado social, cultural y físico de esta nueva ciudad.

Hablar de identidad y sentido de pertenencia cuando se debe tener en cuenta la movilización, ya sea por razones voluntarias o forzadas, es una tarea compleja. El des-

² Traducción de Natalia Jiménez.

plazamiento espacial engendra nuevas formas de *comunidad imaginada*, en el sentido de que la identidad ya no está asociada exclusivamente a la localización, la etnicidad o la religiosidad, sino que se apela a nuevas formas de identificación y generación de sentido de pertenencia en el lugar, en este caso la ciudad receptora.

El interés por la naturaleza del ser afrodescendiente y por conservar una identidad afro y un sentido de pertenencia a una región o comunidad cuando se habita, y aun más, cuando se ha nacido y crecido en una ciudad como Bogotá, es un aspecto importante de las dinámicas culturales que se desprenden de la migración. En el artículo “Vida negra en Bogotá” escrito por Gloria Castrillón y publicado en la revista *Cromos*, se muestran diversas facetas de la realidad afrocolombiana y se resaltan relatos como el de un niño afrodescendiente nacido en Bogotá, quien tiene únicamente referencias de su región a partir de lo que ha escuchado de sus padres y del círculo de personas allegadas, viviendo de esta manera el Pacífico a través de la lucha liderada por su madre que busca hacer trascender su cultura más allá de las fronteras regionales. Otro es el caso de un joven que desde muy niño vive en Bogotá, a la que percibe como una ciudad homogeneizante en sus políticas y dinámicas, hecho que no le impide librar su lucha fundada sobre el deseo de seguir siendo afro, aun cuando viva en otro territorio. En las palabras de este joven entrevistado,

[...] en esta ciudad quieren que seamos iguales y se pierde la diferencia, por eso decidí estudiar ciencias sociales [...] el nivel de los estudiantes afro que llegan a la ciudad nunca será igual al de los demás, porque la condición económica de nuestros pueblos es muy baja.

Como se puede apreciar en la recolección de información de distintas fuentes para este diagnóstico, en el proceso de contacto con la nueva ciudad, en este caso Bogotá, los elementos históricos de los afrodescendientes se mezclan con la apropiación de elementos urbanos y se incorporan en la propia tradición cultural. Como señala Axel Alejandro Rojas en el libro *Si no fuera por los quince negros: memoria colectiva de la gente negra de Tierradentro* (2004: 110):

[...] lo particular de un proceso como éste, en el que la memoria incorpora y entrelaza elementos de diversas tradiciones, se encuentra en la manera particular en que el grupo organiza dichos elementos, dando forma a una expresión nueva de la identidad negra, que no responde a los modelos con que tradicionalmente se ha abordado el estudio de estas poblaciones en el país. Estamos frente a una identidad que no se estructura sobre la fidelidad a una tradición cultural de origen africano, pero que tampoco es la resultante de un proceso de “pérdida” de la cultura “propia”.

Por su parte, Lina Cabezas, en su análisis sobre *La organización de las mujeres en situación de desplazamiento...* (2004: 43), sostiene en este sentido que la población

afrocolombiana rural que migra hacia las grandes ciudades, como Bogotá, experimenta procesos de transformación cultural más claros que otras poblaciones, a causa del desplazamiento forzado, en donde “no se presenta una destrucción de la cultura sino la transformación de la misma; el desarraigo de sus territorios crea la necesidad de adaptar anteriores prácticas y costumbres al nuevo contexto”.

En concordancia con la idea de una nueva identidad negra, cabe igualmente afirmar aquí que el pasado y la tradición africanos que conforman parte del bagaje cultural de estos pueblos no perviven de manera intacta; hay algunas cosas que se han perdido a través de las generaciones, otras que la memoria no asocia o identifica con esa herencia, pues no suponen una relación aparentemente directa con ese pasado, y otras que se atribuyen a ese pasado pero que en realidad son configuraciones del presente.

Algunas aproximaciones al problema de la multiculturalidad en la urbe, como la de Claudia Mosquera (1998) en *Acá antes no se veían negros...*, distan mucho de ser una indagación sobre el grado de etnicidad de los negros en la ciudad, pero se concentran en profundizar en el debate de cómo se construye multiculturalidad en la ciudad y qué tipo de conductas se consideran formas de expresión identitarias o prácticas socioculturales propias de una comunidad como la de los inmigrantes negros en la ciudad. La visibilización de los negros que se halla implicada en la profundización de este debate, constituye para Claudia Mosquera una de las maneras de empezar a combatir la discriminación socio-racial y los comportamientos de intolerancia frente al otro, dos de las principales problemáticas culturales de esta comunidad.

Múltiples documentos, tesis y libros consultados dan cuenta de la necesidad de enfrentar la discriminación racial y dismantelar los discursos estereotipados que circulan sobre los afrocolombianos. Igualmente, son múltiples los testimonios que se han recogido en distintos ámbitos académicos e informales, donde se exhibe claramente el rechazo y la marginación a que están expuestos los afrodescendientes en la ciudad. De esto da testimonio un informante entrevistado por Carlos Meza en su tesis titulada *Mensaje estético o estrategia autosuficiente: vendedores afrocolombianos en la dinámica del comercio callejero en Bogotá* (2002: 74):

[...] el frío mano, el frío aquí es muy verraco. Tener que bañarse uno con es'agua tan helada y andar con saco y chaqueta. Uno no está acostumbrado a eso [...] y pienso yo que la gente [...] así como de lo que yo he vivido aquí [...] que la gente es como regionalista [...] lo que quiere decir racista porque aquí al moreno lo miran raro, le esquivan el caminado y cosas así como pa'hacerlo sentir mal a uno. (Orlando Arrieta, 23 de agosto de 2001).

Para reconocer las estrategias de inserción urbana en el ámbito cultural, siguiendo el planteamiento de Claudia Mosquera, se pueden observar algunas prácticas asociadas

a la esfera privada como la gastronomía, las formas de expresión oral, la distribución de los espacios en el hogar, que responde a una lógica particular, y los códigos que regulan las relaciones entre los miembros del grupo familiar. Lo cultural a su vez se expande al espacio del barrio y de la interacción en los espacios políticos a través de la formación de redes sociales de tipo cultural como el *compadrazgo* o los vínculos que permiten la consecución de trabajo y vivienda.

En la institucionalidad, lo cultural opera como mecanismo de afirmación de una entidad grupal. En ese aspecto, es posible encontrar casas de la cultura de inmigrantes negros de distintas regiones, colonias de chocoanos, caucanos, costeños, etc., bares, discotecas y restaurantes que sirven de espacio para la interacción entre paisanos y la reproducción de los valores sociales y culturales compartidos. A nivel individual también se pueden identificar algunas estrategias de inserción urbana, como la interiorización de un discurso negativo sobre la identidad étnica, haciendo que individuos se aislen del grupo y consideren que no deben participar en las actividades de la comunidad para no ser relacionados con ésta en ningún aspecto, acción que la comunidad en general percibe como una forma de “blanqueamiento”.

Trabajos como el desarrollado por la antropóloga Mónica Godoy en *Prácticas culinarias afrochocoanas en Bogotá* (2003), dan cuenta del interés por observar los mecanismos de apropiación del espacio urbano por parte de los grupos de afrodescendientes. En sus propias palabras:

Mi interés por observar con detenimiento las formas como estos grupos humanos han hecho suyo el espacio urbano y acercarme a la manera como ellos y ellas enfrentan ese ser distinto ante el habitante bogotano mestizo/blanco, me llevó a lugares de análisis antes no contemplados: los restaurantes y pescaderías del Pacífico. Espacios de reproducción social, donde a diario se realizan los encuentros entre culturas diferentes: lo negro y lo mestizo, estableciendo diálogos múltiples entre lo propio y lo ajeno en un espacio concreto: el restaurante.

Y agrega:

[...] las transformaciones más abruptas tienen relación con fenómenos como el destierro. Sin embargo, durante mi investigación constaté la existencia de otros cambios realizados de manera rápida que tienen una estrecha relación con las transformaciones de la condición económica de los migrantes al llegar a la capital. Ejemplo de ello es la inclusión en la dieta de alimentos más baratos, como la verdura, y el desuso de algunos que resultan costosos, como el queso costeño, o las nuevas apetencias y necesidades alimenticias que surgen por la oferta de Bogotá. Con lo anterior no pretendo ignorar que existen cambios voluntarios y otros no deseados por las personas [Godoy, 2003: 91].

Tavera (2004) aporta a este debate de la adaptación cultural a la ciudad, a través de la historia de vida de Roberto, un líder comunitario y vocero de Afrodes que habita en Soacha, dando algunas puntadas hacia la construcción de un escenario donde se ponen de manifiesto los choques culturales profundos que afectan a la población que migra a la ciudad como resultado de las persecuciones y la violencia. Bogotá es para los afrocolombianos del litoral pacífico una ciudad fría, donde no se puede andar con tranquilidad y donde desafortunadamente los grupos ilegales y el narcotráfico también abundan. En el relato de Roberto se trasluce una constante desesperanza al encontrarse con una urbe donde las tareas de conseguir la comida, el trabajo y la educación distan mucho de seguir un patrón de consecución como el que tenían en el Chocó. A esto se le suma la discriminación a la que están expuestos los afrodescendientes, en una cadena de obstáculos que resume Roberto de manera magistral: “Acá me ha tocado al rebusque, pues nadie le da trabajo ya a un señor de 54 años, aparte de eso negro, y para completar desplazado” (Tavera, 2004: 16).

En cuanto a la conservación del aspecto simbólico y cultural de la población negra en situación de desplazamiento, se hace necesario indicar que el flujo cotidiano de la ciudad se interpone para poner obstáculos a dicho propósito. Como señala el informante Roberto, “el mismo espacio físico lo impide”, pues en la ciudad todos los espacios son más reducidos, impidiendo llevar a cabo las fiestas y los bailes tradicionales de su tierra, además de las reuniones con compadres y amigos y, por otro lado, esa falta de espacio también imposibilita tener elementos que en el lugar de origen eran esenciales, como una huerta con las hierbas que tradicionalmente se han empleado para la curación de enfermedades, lo cual los ha obligado a recurrir a la medicina alópata y, por tanto, a sentir que se enferman con mayor frecuencia.

Otro aspecto que sufre una transformación importante tras el contacto con la ciudad y que incide directamente en la organización del grupo familiar del migrante es la necesidad de que la mujer busque un empleo que permita conseguir mayores ingresos para el hogar. Según el argumento de Cabezas (2004),

[...] en el momento en que las mujeres llegan a la ciudad, sus referentes espacio-temporales se modifican, ya que deben salir del ámbito familiar en la búsqueda de un empleo que les genere ingresos para la manutención, así como la búsqueda de nuevas relaciones mediante la actuación de redes informales (de abastecimiento alimentario, de ingresos, de salud, de socialización, etc.) que les permita una transformación adecuada de su propia identidad.

Los inmigrantes negros han desarrollado algunas estrategias de adaptación en la interacción urbana con el propósito de evitar los malos entendidos que son frecuentes durante el contacto entre personas portadoras de acervos culturales diferentes. Siguien-

do las cifras aportadas por Claudia Mosquera (1998), estas estrategias tienen que ver con el aprendizaje de nuevos códigos lingüísticos en 41,3%, en particular cambiando el tono de la voz, el acento y las muletillas empleadas. En 28,7% son adaptaciones en la forma de dirigirse a las personas, a quienes se les debe pedir el favor de que hagan tal o cual cosa y no simplemente decirles “preste pa’ cá”. En 28,7% de los casos también implica no emplear algunas palabras que no tienen sentido o no son comprendidas por la gente de la ciudad, como por ejemplo: *arrechera* y *calentura*; 10% piensan que deben aprender del individualismo imperante en la ciudad; 8% que deben aprender del respeto por las otras culturas, y 12% sostienen que “son como son” y no deben desarrollar ninguna estrategia de adaptación.

Los inmigrantes negros han trasladado algunas de sus prácticas al entorno urbano, donde han encontrado apoyo especialmente de las casas de las colonias y de la paisanada. Algunas de ellas se desarrollan en el espacio privado, pero la mayoría tienen lugar en el espacio público. Contrario a lo que se pensaba, la llamada *colonia* no es el espacio de agrupación por excelencia de los inmigrantes negros. Los espacios de encuentro están por lo general asociados con una colonia que agrupa a los paisanos de un mismo municipio: tadoseños, condoteños, quibdoseños, istmineños, etc., y no del departamento.

Por otro lado, hay lugares de la ciudad, como los explorados por Tavera (2004), en los barrios La Isla y El Oasis de Soacha, donde uno de los mecanismos de adaptación a la ciudad se halla en la *ruralidad* expresada en aspectos como las relaciones sociales de compadrazgo, la ausencia de policía, la distribución del espacio físico, la falta de ordenamiento territorial y de la existencia de un terreno delimitado, el infaltable mercado dominical, la existencia de ventas ambulantes y en particular la infraestructura del hogar, la cual por su organización permite albergar animales como gallinas, cerdos, pollos y cabras. Con ello no sólo se refuerza la idea de que las dinámicas de adaptación de los desplazados del Pacífico son todas distintas, sino que hay espacios de la ciudad que se convierten en configuraciones similares, al menos en términos de su uso, a aquellas que tuvieron o tienen los inmigrantes en el campo o pueblo de origen.

A pesar de los diversos mecanismos de adaptación que los afrodescendientes han desarrollado buscando acoplarse al ritmo de la vida cotidiana en Bogotá y a sus dinámicas socioculturales, es innegable que existe un choque cultural propio de la confrontación con la diferencia, con *los otros*. Un ejemplo de ello se encuentra en la tesis de Lina María Vargas, titulada *Poética del peinado afrocolombiano* (2003), donde hace un recorrido etnográfico por el centro comercial Galaxcentro 18, donde funcionan varias peluquerías de afrocolombianos, y da cuenta de ciertas particularidades en el manejo espacial del centro comercial, donde los afrodescendientes que visitan o trabajan en los locales correspondientes a las peluquerías, restaurantes, bares y almacenes, “amplían más el

espacio de acción y, por lo tanto, lo público” al apropiarse del corredor central del edificio, llenándolo de música e incluso incorporándolo como extensión del negocio, cuando adentro no hay espacio para desarrollar ciertas actividades.

Esto, por supuesto, ha desencadenado una serie de roces con la administración del centro comercial y ha contribuido a perpetuar el estereotipo de los afrocolombianos como bulliciosos y exagerados en sus expresiones corporales, además de otros calificativos con cargas profundamente racistas, como es posible apreciar en el siguiente comunicado publicado por la administración del centro comercial: “Desde hace días, el centro comercial está siendo visitado por un grupo de *negros* que vienen a crear pánico, mostrando armas y haciendo escándalos. También nos han informado que vienen a vender droga en los pasillos del edificio” (Vargas, 2003: 83).

A estas formas de discriminación directa se han sumado otras acciones emprendidas por la administradora, como la prohibición del juego de cartas, dominó y bingo en los corredores, aduciendo que ello constituye una invasión del espacio público.

Bogotá: aportes y problemáticas culturales

[...] que los afrodescendientes hemos enseñado al país a construir libertad, después de pasar por 400 años de sometimiento en donde se desconoció todos los derechos ciudadanos y humanos. Que existe una deuda histórica, que la República pagó a los esclavistas españoles en el proceso de emancipación cuando se abolió legalmente la esclavitud, que a los africanos y afrodescendientes no les reconoció nada, se les ignoró a las etnias en la educación y en la cultura, se les excluyó de la ciudadanía y se les abandonó a su suerte en la marginalidad nacional.

“Ponencia de los pueblos...”

La diáspora afrocolombiana, considerada desde su inicio, cuando llegaron a Bogotá inmigrantes que buscaban formarse profesionalmente en las universidades de la capital, pasando por quienes vinieron contratados por empresas del Estado o quienes debían recibir educación técnica para desempeñar determinados oficios, hasta la última manifestación de esta movilización que aún hoy tiene lugar a causa del destierro resultado de la violencia y la explotación de las tierras del Pacífico, ha dejado huellas atadas a espacios, prácticas y formas de ser y hacer en la ciudad.

La riqueza cultural de los pueblos afrocolombianos que habitan en Bogotá es, sin duda alguna, un tema de poco conocimiento por parte de los habitantes de esta ciudad. Como parte del objetivo de esta investigación, se pretende resaltar este aporte de los afrodescendientes a lo que Claudia Mosquera (1998: 9) designa como “el caleidoscopio

étnico-cultural que representa esta urbe⁹. Entendiendo que el intercambio y el contacto con otras poblaciones ha transformado permanentemente los repertorios culturales de los afro en la ciudad, haciendo que muchos de éstos ya no se lleven a cabo y que otros hayan sido adaptados al contexto urbano en multiplicidad de formas, se presentan a continuación pequeños capítulos donde se conceptualizarán los principales repertorios culturales de los afro y sus problemáticas actuales.

Vale la pena aclarar, antes de abordar esta conceptualización, que la falta de conocimiento sobre la historia, la cultura, la situación socioeconómica y jurídica de los afrodescendientes y raizales en Bogotá, por parte de la mayoría de los dirigentes, funcionarios y —en general— de un amplio espectro de la sociedad capitalina, ha tenido gran incidencia en el hecho de que estos pobladores urbanos se mantengan marginados, excluidos e invisibles a los ojos de los habitantes de la ciudad. Esto, sumado al desconocimiento de las narrativas míticas, los ritos de iniciación y algunos saberes tradicionales heredados por generaciones, cuya transmisión se ha interrumpido a causa de la diáspora, son aspectos que llaman la atención y que permiten comenzar a dilucidar las rupturas y problemáticas culturales de los *niches* bogotanos.

IDENTIDAD ÉTNICA

Actualmente, distintas fuentes hablan de la presencia de un millón de afrocolombianos en Bogotá. En las calles, las universidades, el transporte público, los centros comerciales, los edificios gubernamentales, es posible encontrarse con afrodescendientes, a muchos de quienes se identifica por el color de la piel, a otros por la cadencia de la pronunciación y por sus cuerpos esbeltos que parecen danzar mientras caminan. Esta cifra, que quizá parezca falsa, hace inmediatamente reflexionar y pensar en la cantidad de personas, venidas muchas de ellas de distintas partes del litoral pacífico y algunas otras del archipiélago de San Andrés, que han encontrado en Bogotá un espacio para desarrollarse académica, profesional o laboralmente, o quizá más importante aún, para refugiarse de la incursión del miedo y la modernización en sus territorios.

Algunos elementos que aquí se presentan permiten entender cómo se construyen las identidades de una comunidad que, como la de los afrocolombianos, es a la vez una minoría étnica. Se ha abordado anteriormente el tema del contacto con la diferencia, como primer elemento de identificación, a partir del cual se establece un *nosotros* y se define un *ellos*. Ahora bien, se verá a partir de ciertas manifestaciones culturales propias de los afro cómo se van dando procesos de reivindicación étnica y de legitimación identitaria.

La autodenominación como mecanismo de referenciación identitaria es un elemento controvertido abordado en primera instancia. Resulta interesante ver cómo las res-

puestas que aportaron los inmigrantes del Pacífico en el estudio de Claudia Mosquera (2002: 13), en relación con las formas del lenguaje que usan para autodenominarse, son muy variadas. El 31,3% se autodenominan *negros* porque desconocen el significado de *afrocolombiano*; 8% sostiene que la raza afrocolombiana no existe; 20,7% afirman: “Ni persona negra, ni afrocolombiano, simplemente persona humana”; 10% asumen la denominación *afrocolombiano* por un supuesto origen africano; 4% dicen ser *afrocolombianos* por el mestizaje cultural entre negros e indígenas; 14% expresan no identificarse como afrocolombianos por ser una categoría peyorativa que asimila negro con esclavo; 8% afirman que ser negro es una cultura recibida, independiente del color de la piel, y 4% se autodenominan *libres*, aun cuando es una categoría empleada con mayor frecuencia en el ámbito rural.

Con mayor recurrencia, según sostiene Mosquera Rosero, los intelectuales, académicos y las organizaciones de base afrocolombianas reivindican la denominación de *afrocolombiano* como *political correctness*, buscando invertir el valor peyorativo que se le ha dado al color negro de la piel a lo largo de la historia y recordando un origen africano y unas huellas de africanía que se han recreado en el Nuevo Mundo. De otro lado están muchos otros que, como advierten las respuestas consignadas anteriormente, rechazan la categoría *afrocolombiano* y siguen autodenominándose *negros*. Otros planteamientos, como el de Nina S. de Friedemann de y otros historiadores, presentados por Jaime Arocha en el texto *Mi gente en Bogotá...* (2002), sostienen que en el caso afrocolombiano se podría tomar el término *renacientes*, que se deriva de la concepción de las familias de la región aurífera de Güelmambí, en Nariño, que afirman ser las ramas, los descendientes y en última instancia, los renacientes de los troncos de cada árbol que se ha arraigado en sus minas.

Llevando a un nivel más profundo el dilema de la autodenominación, se encuentra un aspecto más amplio: la conciencia étnica. Con relación a este tema, el documento publicado por la Alianza Entrepueblos, titulado “Hacia una ciudad intercultural” (2004), plantea a manera de hipótesis que la población afrodescendiente en Bogotá presenta dos horizontes:

Un horizonte se constituye a partir de personas y su entorno familiar más cercano, que viven aislados de otras familias afrodescendientes de su mismo origen y, consiguientemente, viven inmersos en la cultura blanco-mestiza, y en donde no existe un sentido de diferencia y, otro horizonte, compuesto por sectores afrodescendientes que han logrado constituir entornos comunitarios que han posibilitado la recreación de aspectos significativos de su cultura propia. Es en este horizonte, en el cual se están construyendo redes comunitarias de solidaridad, donde podría hablarse con mayor propiedad de población afrodescendiente con conciencia de grupo étnico.

La tonalidad de la piel y ciertos rasgos fenotípicos no son suficientes para que a una persona se le atribuya la afiliación o pertenencia a un grupo étnico. Por ello, ejercicios como el que se viene adelantando en el censo de la población colombiana, resultan muy complejos en la medida en que puede resultar sesgado el conteo si se tienen en cuenta únicamente rasgos fenotípicos sin preguntarles a las personas por su afiliación étnica.

Habiendo aclarado las problemáticas de la autodenominación y la etnicidad, es preciso adentrarnos en el tema de las reivindicaciones étnicas. En este sentido, Mónica Velasco (2003) parte de estudiar la santería cubana como manifestación religiosa en la cual los afrodescendientes que habitan en Bogotá encuentran una identificación particular de la cual pueden valerse para adelantar procesos de reivindicación étnica. Siguiendo a Velasco,

[...] el interés de los afrocolombianos y afrocolombianas en Bogotá por la santería se debe a varias razones. Por un lado, muchas gentes afrocolombianas han encontrado en los saberes tradicionales de la santería una forma de identidad cultural que contribuye al trabajo de reivindicación étnica al apelar a los saberes ancestrales heredados de África; como ocurre con muchos afrocolombianos dirigentes o miembros de partidos políticos.

Procesos similares ocurren con la venta de artesanías y frutas en la calle, los cuales han sido documentados por Hernando Pulido (2003) y Carlos Meza (2002), respectivamente. En lo que tiene que ver con la producción de piezas artesanales en materiales como madera, cuero, metal, cerámica y fibras y semillas chocoanas, Pulido (2003: 98) señala lo siguiente: “El trabajo de los artesanos afrodescendientes contiene una labor de reconocimiento con fines económicos, pero también de legitimación. Los aspectos identitarios juegan un papel importante y en ocasiones son manifestados abiertamente”.

Dos aspectos muy interesantes resalta Meza (2002) para el caso de los vendedores de fruta. Por un lado, la venta de la fruta no constituye en ninguna instancia una práctica llevada a cabo tradicionalmente en los territorios del Pacífico. Por el contrario, Meza sostiene que alrededor de la venta de fruta entre los afrocolombianos se viene construyendo una imagen de lo afro asociado al trópico y a lo tropical. De ahí se desprende que se hayan venido desarrollando transformaciones culturales en este aspecto, que implican la redefinición de los afrocolombianos como sujetos dentro de un imaginario de lo tropical, quizá asociado en gran parte con la venta de cocadas en las playas del país. Al respecto, Meza (2002: 86) añade lo siguiente:

En la capital, la diversidad regional de los afrodescendientes pierde preponderancia y se torna menos opuesta a medida que las diferencias entre unos y otros se convierten

en similitudes frente al contacto con la gente blanca y mestiza que vive en la ciudad. Este fenómeno expresa nuevas formas de relación y reintegración étnica a partir del paisaje étnico, o como se le conoce popularmente, de “la raza”. Sin embargo, las diferencias y los discursos de la identidad regional de unos frente a otros no se diluyen totalmente en el ámbito metropolitano. Estas diferencias pueden notarse en la predisposición que tienen los grupos regionales de trabajar en determinado tipo de venta. Los afrochocoanos y afrocaucanos tienden a ubicarse en la venta de chontaduro, mientras que los tumaqueños y los satingueños suelen trabajar las ventas de coco y cocadillas.

De lo conocido a lo desconocido: el pescado, el arroz con longaniza y el borojó

Los alimentos que se comen tienen historias asociadas con el pasado de quienes los comen: las técnicas empleadas para encontrar, procesar, preparar, servir y consumir esos alimentos varían culturalmente y tienen sus propias historias. Y nunca son comidos simplemente; su consumo siempre está condicionado por el significado.

Sydney Mintz, 2003: 28

A medida que los inmigrantes afrocolombianos han ido llegando a Bogotá, han traído con ellos sus preferencias en lo que a su gastronomía tradicional se refiere. Pero, lejos del mar y de las amplias posibilidades que tienen de obtener productos de éste y de las huertas que tienen en sus casas o en sus terrenos, aquí han debido cambiar algunos ingredientes en las recetas, reinventarse platos y, sobre todo, valerse de ese conocimiento culinario para sobrevivir en la ciudad, ofreciendo “platos del Pacífico” a bogotanos, mestizos e indígenas que encuentran en estas expresiones culturales de lo afro puentes de aproximación a una cultura que tiene “sabor” y que se niega a dejarse apagar en la ciudad, lejos de sus tierras exóticas y casi paradisíacas.

Como se mencionaba anteriormente en relación con la identidad étnica, insertarse en el nuevo mundo urbano supone negociar algunos elementos de la identidad propia. En su artículo titulado “Muntu y Ananse amortiguan la diáspora afrocolombiana” (2002), Jaime Arocha expresa con claridad este tipo de negociaciones que tienen lugar en el campo de la gastronomía del Pacífico en Bogotá, subrayando que incluso la oferta de productos varía dependiendo de si el comensal es afro o no:

En Bogotá, la comida del Pacífico consiste en fórmulas que los *niches* de la región fueron deduciendo para que los bogotanos se sintieran ante platos originales, pero no muy extravagantes: comiendo un pescado raro de mar, pero que no fuera ni seco, ni salado. Un arroz que supiera a coco, pero que no tuviera el gusto agrio. Un

plátano distinto a los patacones delgaditos que frita mamá, pero no tan seco como el de los sancochos del Baudó.

Y continúa diciendo:

En el Pacífico, uno casi nunca come la comida del Pacífico que preparan en Bogotá los restaurantes y pescaderías del Pacífico. Debido a que los moluscos cocinados son negros y más bien duros, un encocao'e piangua puede ser demasiado extraño para el rolo que va por primera vez a una de esas pescaderías. Así, los meseros de un restaurante como Secretos del Mar tan sólo le ofrecen ese plato a la gente del Afropacífico o a los andinos que ya lo han probado. Entonces, ese restaurante que ya es un reconocido polo de socialización afrobogotana tiene dos menús: uno para los del altiplano y otro para los de la tierra [Arocha, 2002: 101].

Ofrecer platos típicos del Pacífico cuando en realidad no son los platos que se consumen tradicionalmente en las tierras de afrodescendientes de Chocó, Valle, Nariño y Cauca, es una actividad articulada en la lógica de negociar la inserción y la permanencia en la ciudad. Como señalan múltiples autores consultados, los restaurantes —al igual que las peluquerías y los otros negocios establecidos por afrocolombianos en Bogotá— representan la posibilidad de inserción laboral más cercana que tienen estos inmigrantes y, paralelamente, permiten ir construyendo redes de afecto y amistad que facilitan la vida en un lugar desconocido.

Siguiendo este planteamiento, una forma de explicar el interés de los capitalinos por los platos del Pacífico puede encontrarse en el texto de Mónica Godoy (2003), donde se señala que en el imaginario bogotano, los afrocolombianos son asociados con frecuencia a ambientes cálidos y paisajes marinos, y a su vez a éstos se les atribuyen capacidades especiales en el manejo de alimentos, particularmente los pescados y mariscos. De ahí que, según Godoy, “el cliente bogotano no negro tiene [tenga] plena certeza del sabor del negro para la cocción de los alimentos marinos”.

La alusión al *sabor* del negro encontrada en la anterior descripción de Godoy es algo que va más allá de sus preparaciones culinarias; podría afirmarse que es algo que se inscribe en la esencia misma del ser afrocolombiano. Por supuesto, este *sabor* se traduce directamente en una aceptación y un gusto por la *sazón* de los platos que ofrecen los restaurantes del Pacífico en la ciudad. Si bien la gastronomía propia del Pacífico ha atravesado por un proceso de adaptación para satisfacer el paladar de los bogotanos, hay aspectos de ésta que se mantienen intactos y que marcan una diferencia con otro tipo de restaurantes bogotanos en donde se ofrece pescado y mariscos. El primero de estos aspectos se refiere a la *sazón* de las pescaderías del Pacífico, reconocida no sólo por sus propietarios y empleados, sino por sus clientes, quienes perciben en estos platos

un mejor sabor y los asocian con adjetivos como “más nutritivo” y “menos dañino”. En segundo lugar, está el origen de los ingredientes empleados en las recetas, muchos de los cuales son traídos periódicamente de la región pacífica, pues algunos, como el bije, que da sabor a las comidas, son imposibles de encontrar en Bogotá.

En el Pacífico, la disponibilidad de grandes espacios para la siembra de hierbas y alimentos para cosechar es una constante. En contraste, en Bogotá las mujeres no tienen al alcance este tipo de terrenos, pues las condiciones a menudo son precarias, lo que amenaza directamente la permanencia de algunas de las prácticas asociadas a la cocina y la cura de enfermedades mediante la utilización de hierbas. Este tema es abordado con mayor profundidad por María Paula París en su tesis titulada *Transformaciones y permanencias en los hábitos alimenticios de las mujeres del Pacífico en Bogotá: una mezcla de olores, sabores, historias y memorias* (2003), donde se resalta la imposibilidad de conservar ciertas tradiciones como la siembra en azoteas, y el surgimiento de otros elementos alrededor de la preparación de alimentos que funcionan como factores de cohesión:

Sin embargo [...] es posible mantener algunas tradiciones. En Bogotá, los restaurantes y las pescaderías del Pacífico se han convertido en una fuente importante de trabajo para las mujeres que llegan aquí. En ellos, las cocinas y una pequeña parte de sus comidas tradicionales siguen siendo un elemento importante alrededor del cual se congregan muchas personas que viven en estas regiones [París, 2003: 24].

Para junio de 2004, según datos consignados por Ávila y Gómez (2004), había 558 restaurantes de afrodescendientes en la ciudad, cifra aportada por la organización Cimarrón. En los documentos, tesis y artículos consultados se advierte algunas referencias que dan cuenta de la importancia que estos lugares tienen para la reproducción sociocultural de los afrocolombianos en la ciudad.

Podría afirmarse entonces que en los restaurantes y pescaderías del Pacífico se desarrollan dos formas distintas de intercambio sociocultural. La primera se refiere a la relación que se establece entre los afro y los no afro, en donde estos últimos, motivados por la buena *sazón* y el exotismo atrayente de estos lugares, asisten allí regular o esporádicamente a consumir sus platos. La segunda se establece entre los mismos afrodescendientes, que aprovechan los espacios de restaurantes y pescaderías para propiciar el encuentro entre paisanos y hablar de la vida cotidiana y de sus familias, actualizarse en noticias de sus pueblos de origen, construir redes de solidaridad en la ciudad, hablar de la posibilidad de retornar (Grisales) y recrear las memorias de su tierra, como argumenta Soledad Aguilar (1995: 90) para el caso chocoano en su tesis *Inmigrantes negros: recreación y adaptación cultural en la ciudad de Bogotá*:

Los alimentos como elementos culturalmente significativos, poseedores de un carácter simbólico importante en la persistencia cultural y el ejercicio de la memoria. Mediante la preparación e ingestión de platos de la cocina afrochocoana en Bogotá los hombres negros y las mujeres negras se encuentran y recrean su territorio. Otros en sus pescaderías del Pacífico establecen diálogos e intercambios culturales con los habitantes bogotanos no negros.

La significación cultural de los alimentos es en definitiva un aspecto que une a los afrodescendientes de la ciudad con su historia y su territorio:

Hablar sobre una comida como el sancocho de gallina, el tapao o el encocao, que son comidas tradicionales en las zonas del Pacífico, es aludir a las reuniones con los seres queridos, a las playas de los ríos o los mares, a los montes, a las siembras y a muchos elementos ligados con esa comida especial. Las comidas no son sólo sabores y necesidades alimenticias, alrededor de ellas están los familiares o amigos, un entorno particular y otros elementos que le dan un significado específico. Cuando las mujeres del Pacífico salen de sus regiones y llegan a lugares tan distintos como Bogotá, estos elementos se convierten en un recuerdo y es necesario empezar a crear medios que permitan mantener el lazo que las une a estos significados ligados a los hábitos alimenticios, que hacen parte importante de lo que ellas son. Por eso, uno de los contactos más importantes que ellas mantienen se hace a través de las comidas, cuando alguien va o viene de cada región, no dudan en pedir que les envíen un pescado, carne seca e incluso chontaduro y borojó [París, 2003: 77].

En las tierras del Pacífico, las niñas aprenden desde muy pequeñas a diferenciar las plantas útiles para la preparación de los alimentos, así como las hierbas y especias y los distintos tipos de pescado (París, 2003). A través del contacto cercano con la madre, las niñas se familiarizan con las labores de crianza de animales y otras tareas importantes para mantener el hogar. Por ello, ante la migración al contexto urbano, la educación y la transmisión de conocimientos de madres a hijas dentro de las cocinas se ve afectada por el cambio de entorno y de intereses.

Estos saberes adquiridos durante la crianza, se chocan en la ciudad contra una realidad que no posibilita la continuidad de los mismos, o que hace de esta tarea algo difícil de acometer. En la ciudad, como continúa el argumento de París (2003: 61), se presentan ahora nuevos intereses y nuevas metas que se deben conquistar:

Aprovechar las condiciones del medio ambiente implica ahora un gran interés por una buena educación escolar y académica y una dedicación cada vez menor a la preparación de comida dentro del ámbito familiar. Sin embargo, ellas [las madres] siguen enseñando a sus hijos los saberes culinarios del Pacífico y de los lugares que

han recorrido tratando de mantener una conexión entre madres e hijas y un vínculo de pertenencia entre sus hijos y sus orígenes.

Alrededor de un plato de comida se tejen historias, se comunican vivencias y se reafirman lazos comunitarios. Inconscientemente, así mismo se van construyendo redes articuladas por un lado en el reconocimiento de la partencia a un grupo cultural y por el otro, en la solidaridad:

Mientras comen, las palabras se van armando contando anécdotas de la vida diaria en donde la supervivencia y las diferentes formas de conseguir “el pan de cada día”, se mezclan con los cuentos sobre algún conocido que llegó a la ciudad, o con las últimas noticias nacionales o internacionales que, casi siempre, involucran un personaje afrodescendiente [París, 2003].

Aunque se ha dicho que en los restaurantes del Pacífico es posible conseguir algunos platos típicos de la región, a pesar de que la oferta principal ha sido diseñada para satisfacer la demanda y el gusto de los bogotanos, en muchos hogares de afrodescendientes se consumen con cierta frecuencia sus platos típicos. El arroz con coco, el sancocho, el arroz clavado (acompañado de trozos de queso costeño), el pescado sudado o frito, las sopas de queso, son, entre otros, algunos de los platos que alimentan la riqueza gastronómica de los afrocolombianos habitantes de la localidad de Suba. Ya sean originarios de la costa atlántica o de la costa pacífica, los afrocolombianos residentes en esta localidad preparan en sus casas platos tan desconocidos para los bogotanos como el pusandao, el encocao de tollo (carne de tiburón tierno guisado con leche de coco) o el arroz con longaniza, que posteriormente acompañan con cocadas, arroz de leche, dulce de piña y otras frutas, a manera de postre. Consumen igualmente las frutas típicas de su región, como el chontaduro, el borojó, el zapote, el tamarindo y el árbol del pan, que traen por encargo de su tierra natal.

SABERES Y SABORES

Una aproximación interesante a los lugares de comida típica del Pacífico es posible encontrarla en *Chocolate con leche: una mezcla deliciosa*, de Catalina Ávila y Paola Gómez (2004). Allí se aproximan a la historia de Alma y Delia Baloyes, dos hermanas chocoanas que de su madre aprendieron a cocinar los platos típicos de la cocina de su tierra. En su apartamento, ubicado en la calle 18 entre carreras 4 y 5, las Baloyes ofrecen todos los viernes platos típicos chocoanos acompañados de música chocoana y decoración hecha por miembros de la etnia indígena embera del Chocó. En un ambiente muy familiar, se mezclan los comensales afrocolombianos, mestizos e indígenas con los aromas de las recetas propias de las abuelas, como el pastel chocoano, el arroz con longaniza, el sancocho de las siete carnes, el guarrú (maíz procesado al que se le

agrega carne, queso costeño y una salsa), el birimbí (natilla de maíz), el enyucado y el tapao (pescado seco con plátano).

Para esta pareja de hermanas profesionales, pues la una es abogada y la otra contadora, la cocina tradicional chocona ha sido una alternativa laboral pero al mismo tiempo una forma de insertar su gastronomía en la ciudad. La cocina se transmite de generación en generación, y con ella sus secretos más íntimos, como es el caso de la “verdura chocona”, una mezcla de cilantro cimarrón, albahaca y poleo, que según las hermanas le da “un picantico y sabor” especial a las preparaciones.

En Bogotá, es común que las mujeres que trabajan en los restaurantes y pescaderías del Pacífico reemplacen la utilización de plantas o hierbas para cocinar por condimentos sintéticos mucho más fáciles de conseguir. Sin embargo, los saberes sobre las propiedades de cada ingrediente, si es frío, caliente o sanguino, se siguen aplicando a los nuevos condimentos, que hacen parte de sus comidas en esta ciudad.

La combinación de ingredientes como la salsina, el color, el Maggi o la harina de trigo que usan las mujeres en los restaurantes para preparar la mayoría de los platos, son elementos que sirven para dar un sabor especial a la comida que venden como “típica” del Pacífico. En sus regiones preparan los pescados sin agregarles tantos ingredientes, pero en los restaurantes necesitan esos elementos para que el sabor del pescado se identifique con ellas como mujeres del Pacífico y marque una diferencia frente a los sabores “insípidos” con los cuales relacionan la comida bogotana. Estos cambios se apoyan en saberes que cada uno trae consigo. La utilización de los condimentos que tienen sobre las propiedades de los aliños que usaban en sus regiones, y la harina la utilizaban para asemejar una consistencia propia de los pescados de sus tierras [París, 2003: 91].

Las técnicas de conservación, como el salado o el secado del pescado, son otra costumbre que forma parte importante de los conocimientos tradicionales sobre los alimentos. Son métodos que han sido muy utilizados porque permiten mantener las carnes por más tiempo a pesar de las condiciones del clima y la falta de refrigeración. En Bogotá, las mujeres de los restaurantes saben que este hábito, además de mantener las comidas, mantiene los lazos de pertenencia a las regiones y los vínculos afectivos con las personas que permanecen allá. Por medio del envío de pescados secos o salados desde el Pacífico hasta Bogotá, se fortalecen las relaciones que se dificultan por la distancia.

En complemento a la cocina de corte casero que, como se dijo anteriormente, ofrecen las hermanas Baloyes una vez por semana, gran parte de los bogotanos identifica claramente lo que se podría denominar un “enclave Pacífico” en la carrera 4 entre calles 19 y 21. Allí, tanto los afrocolombianos como los no afrocolombianos tienen

la posibilidad de degustar algunos platos del Pacífico, principalmente sancocho de pescado y bandejas con pescado. Son nueve las pescaderías que se extienden a lo largo de este corredor de dos cuadras, según los datos aportados por Ávila y Gómez (2004), y se reconocen con facilidad porque en su entrada siempre hay un afrodescendiente ofreciendo el menú a los transeúntes.

El Imperio del Pacífico, Las Juanas, Mojarra del Pacífico, El Rincón de York, Sabores del Pacífico, Pescadería Tropical, El Rincón del Pacífico, Liuvamar y El Litoral del Pacífico, son los nombres de los restaurantes que a través de los años, desde hace aproximadamente dos décadas, se han establecido en este sector para brindar una alternativa gastronómica a la ciudad y a los afrocolombianos residentes en ella y para funcionar como sitio de encuentro entre los paisanos de la región pacífica.

En el análisis de las transformaciones en los hábitos alimenticios de los inmigrantes afrodescendientes y la manera como éstos son afectados por las condiciones socioeconómicas de este grupo poblacional, María París (2003: 86) da cuenta de las relaciones que se entablan y la ayuda mutua que se prestan entre los mismos restaurantes, en razón de su cercanía:

La vecindad entre restaurantes también se afianza con las comidas que muchas veces salen de otros restaurantes aledaños que necesitan un poco de ensalada, unos cuantos pescados o algunos platos de sancocho para completar el almuerzo del día. En Bogotá, estos lugares sirven de escenario para continuar con un intercambio que, por medio de la comida que allí se prepara, afianzan lazos muy importantes para la supervivencia económica, social y cultural que los afropacíficos en la ciudad, y mantienen las redes basadas en la solidaridad y reciprocidad que permanecen como parte importante de su identidad, a pesar de los cambios estructurales que implica la migración.

FRUTAS Y COMIDA DE MAR: DOS PUNTOS DE VISTA SOBRE EL CONSUMO CULTURAL DE LO AFRO EN BOGOTÁ

El consumo cultural es un proceso de índole económica que se ha venido trabajando desde las ciencias sociales, a raíz de la aparición de la globalización como concepto. Este proceso ha resultado del contacto cada vez más amplio que las sociedades pueden tener de los productos culturales de las otras, hecho que es facilitado por los avances significativos en la comunicación, la difusión cada vez más amplia de la información a través de fuentes de consulta global como la Internet, entre otras formas virtuales y reales de contacto.

Para la comprensión de la dinámica cultural de los afrodescendientes en Bogotá, interesa mirar en esencia el consumo de los productos culturales de los afro por parte de

los capitalinos no afro. Los flujos de información y la vida urbana actual han hecho que las identidades sociales e individuales se hayan vuelto mucho más fragmentadas, ampliando sus mismas prácticas de consumo a mercados anteriormente no pensados. Hoy se asiste al escenario donde un mismo individuo puede acudir a consumir productos culturales diversos, lo que podría asumirse como una contradicción, pero que es en última instancia una lógica que responde a la fragmentación identitaria mencionada anteriormente.

Los bogotanos tienen patrones de consumo cultural muy variados, en distintos escenarios y que responden a lógicas igualmente distintas. En el caso particular de la cultura, los restaurantes, las peluquerías y la estética afro asociada a ciertos ritmos musicales o formas de vida como el rastafarismo se han ido convirtiendo en productos culturales de consumo para los no afro. Del exotismo asociado a estas prácticas culturales, entre otras razones, se deriva el interés de los bogotanos por los platos típicos del Pacífico, las drelas en el pelo y el hip-hop o el reggae. Para casos como la venta de frutas en las calles, Carlos Meza (2002: 103) señala la importancia que los afro le han asignado a esta actividad como mecanismo de subsistencia, convirtiéndola así en un producto cultural:

Entre los migrantes afrocolombianos identificamos los aprendizajes alrededor de las ventas de frutas, cocos y chontaduro, como una resignificación de saberes étnico-regionales, que se convierten en estrategias de subsistencia. De acuerdo con la tipología de Vladimir Melo, podemos clasificar las ventas de fruta, cocos y chontaduro como alimentos preparados en la calle, pero también como productos culturales. Usualmente, los productos culturales comprenden desde la venta de discos, libros y revistas, hasta las artesanías y actividades artísticas como las expresiones musicales, literarias y teatrales (Melo, 2001). Sin embargo, hemos visto que la preparación y exposición de la fruta también implica unos saberes que hacen de ésta una labor artesanal y de estética afro.

Igualmente sucede en los restaurantes, donde los afropacíficos se han valido de la asociación que los bogotanos hacen de ellos con lo tropical y lo marino, para configurar espacios en donde los bogotanos encuentran reflejada la imagen de lo que para ellos es el Pacífico. En palabras de Godoy (2003):

[En los restaurantes y pescaderías del Pacífico] las personas afrochocoanas fundaron un escenario para captar el consumo de los mestizos/blancos, integrando decoración náutica, colores cálidos, gente negra, alimentos marinos, música y baile; en un ambiente tropical semejante a la imagen de exotismo y primitivismo con que la cultura hegemónica los asocia.

Rehaciendo saberes: entre “sucedidos” y drelas

Y ella [la abuela Gregoria] me decía que ese árbol [de cola] lo había traído la abuela, la mamá de ella. O sea, la bisabuela, ¿no? Que los traían acá [en la cabeza] las semillas, las trajeron de África. Y los traían metidos en las trenzas, y lo mismo, acá también en la esclavitud, también las trenzas eran para esconder las semillas.

Leocadia Mosquera, entrevistada por Lina María Vargas

Nuestras prácticas corporales nos definen como miembros de un grupo social, a la vez que distinguen lo que *somos* de lo que *no somos*. El pelo para los afrocolombianos inmigrantes en Bogotá es un lugar donde se esconden secretos y memorias heredadas de las abuelas, las bisabuelas y sus antepasados. En su corporalidad, y en particular en su arte de *peluquiá*, motilar y diseñar sobre la cabeza, esta población da cuenta de una historia entremezclada de dominación y liberación, combinada con una multiplicidad de elementos de su tradición cultural.

Los peinados y la estética de los afro en la ciudad no responden, en ese sentido, exclusivamente a las formas en que a éstos les gusta llevar el pelo o a los estilos que se imponen a partir de las tendencias de la moda, sino que entrañan en sí mismos elementos que dan cuenta de los procesos de resistencia africana en América, a la vez que desencadenan procesos que refuerzan los valores e identidades comunitarias.

Sin embargo, los peinados y la estética afro, si bien han sido formas particulares de manifestación dentro de los grupos afrodescendientes y raizales, no se han mantenido alejados de la esfera del consumo, y por tanto algunos peinados y cortes se han ido popularizando entre algunos sectores de bogotanos no afrodescendientes, convirtiéndose en productos culturales que se pueden comprar. Con respecto a este tema, Lina María Vargas (2003) aclara:

[...] mientras los “negros” deben negociar con los estereotipos que les son impuestos, hay “mestizos” que sólo se acercan a lo producido por ellos porque lo consideran extraño u original, pero no aceptan en su totalidad —o por lo menos no conversan con— la cultura que encarnan quienes les ofrecen esa estética.

A pesar de este valor que han adquirido como producto de consumo, los peinados afro no han perdido su valor histórico y artístico. En este entendido, bien podrían tomarse como documento que da cuenta de un recorrido a través de africanías y vivencias de la esclavitud, que ahora son reinterpretadas y mezcladas con otros elementos, con el fin de mantener una memoria viva de la historia afrocolombiana.

De la interculturalidad presente en Bogotá se deriva el problema de los significados que desencadena, en parte, la estigmatización que recae sobre los afrocolombianos. Ante la ausencia de negociación cultural y la falta de aplicación de códigos de respeto por *el otro* que ostenta una cultura y unas formas de ser y hacer diferentes, se tiende a descalificar la diferencia, dejando a un lado la posibilidad de comprender los nuevos significados que pueden entrañar ciertas prácticas o ciertos objetos.

De lo anterior se sigue que en lenguajes simbólicos empleados por los afro, como el hablado y el peinado, hay ambivalencia de significados, en el sentido de que para ellos seguir una estética rastafari puede resultar algo místico, y para alguien que no comparte su universo de significación, esto puede constituir un episodio de agresión.

Se desprende así la idea del *look* como un aspecto muy importante en la vida cotidiana de los grupos afrodescendientes. En el texto de Ávila y Gómez se señala que el peinado y el vestido son elementos para *mostrarse* ante el mundo, como parte integral de una herencia africana que pervive en estos grupos humanos. El arte de peluquear o *motilar*, palabra proferida con frecuencia por los afrocolombianos dedicados al oficio, es una práctica que se aprende en la casa desde niño. Por ello no es de extrañar que en la ciudad se encuentren múltiples espacios que funcionan como peluquerías, la mayoría en el centro, los cuales a su vez sirven como lugares de encuentro entre paisanos afrocolombianos.

EL ARTE DE PELUQUIÁ Y SU RECORRIDO POR BOGOTÁ

En el libro *Antropología cultural* (2001), Marvin Harris señala que “el arte no es un sector aislado de la experiencia humana; está íntimamente relacionado con otros aspectos de los sistemas socioculturales”. Siguiendo su planteamiento, y entendiendo el arte como la representación de algo de manera no literal, de forma que lo que está siendo representado se convierte en imagen, sonido, movimiento, sensación, etc., bien podría afirmarse que los peinados afrocolombianos que se realizan en la ciudad, pero que en sí llevan una carga histórica muy fuerte, son en definitiva una experiencia estética. Como señala Misael Córdoba, un reconocido peluquero y gestor cultural afrocolombiano, “eso hace parte de nuestra cultura” (en Ávila y Gómez, 2004: 37), refiriéndose a la habilidad de hacer trenzas y peluquear, que se aprende en el hogar durante la infancia.

No se ha logrado establecer el número de peluquerías afro en la ciudad. No obstante, a partir de los datos aportados por la tesis de Catalina Ávila y Paola Gómez (2004), se sabe que sólo en el centro de la ciudad su número se acerca a la treintena, trece de las cuales se encuentran en el centro comercial Galaxcentro 18, ubicado en la carrera 10 con calle 18.

El trabajo de investigación adelantado por Vargas (2003) es quizás el más completo en lo que se refiere al tema de las peluquerías. Allí se da cuenta del proceso de establecimiento de las primeras peluquerías de afrocolombianos en Bogotá, las cuales se remontan a la llegada de don Juan Mosquera, quien llegó de Cali el 2 de enero de 1957. Don Juan tenía conocimientos de barbería, y al no contar con alguien que les prestara ese servicio en Bogotá, sus paisanos le propusieron que se quedara. Fue así como montó su primer local en el centro de la ciudad con el nombre de El Rincón Chocoano, el cual trasladaría posteriormente a la calle 84 bis No. 94-45, en el barrio Quirigua. Los salones de belleza para mujeres surgieron más tarde. El primero, Doña Zoila, fue abierto en 1987, bajo el nombre de su dueña.

A principios de los noventa comenzaron a aparecer las peluquerías de afrocolombianos en Galaxcentro 18, por iniciativa de un grupo de inmigrantes venidos de Buenaventura. La primera en este centro comercial, Los Niches, fue abierta en 1993 por los hermanos Aldo y James Mosquera de Condoto, Chocó, y trasladada en 2000 al Centro Comercial Terraza Pasteur. Con los años fueron apareciendo Black Power, Super Stilos, Jackson y Belleza Negra. En 2002 se inauguró New Face y en 1999 se comenzó a prestar un servicio muy interesante, que es el de peluquerías callejeras, referido igualmente en el estudio de Vargas (2003).

Aníbal Mosquera, más conocido como *Nany*, es uno de los primeros peluqueros que abrió las puertas de su local para atender afrocolombianos en Bogotá. Nany es especialista en peluquería para señores, a quienes les gusta que les haga los cortes *prieto* y *jersey*. Su peluquería está ubicada actualmente en un local en la carrera 9 con calle 19. Allí con frecuencia se reúnen afrocolombianos a dialogar, siguiendo con el esquema de sitio de encuentro que tienen estos lugares. Adicional a esto, es común que al local de Nany lleguen encomiendas para distintas personas afroamigas o clientas de él.

Cada una de las peluquerías de afrodescendientes se especializa para brindar atención a determinada clientela. Los criterios de especialización son: el *sexual*, caso en el cual se atiende sólo a hombres o a mujeres; otro es el *generacional*, cuando su clientela es principalmente de jóvenes, o de señores, etc.; o el *temático*, en el caso de quienes se inclinan por una estética rastafari, por citar un ejemplo.

Observando el caso de las peluquerías comprendidas en el estudio de Vargas (2003), en Super Stilos atienden clientela masculina entre los 18 y 50 años; en Black Power atienden jóvenes principalmente, muchos de ellos integrantes de grupos musicales, culturales o religiosos; en New Face las clientas son mujeres adultas y jóvenes y, en Belleza Negra la clientela es principalmente femenina y joven. La peluquería de Doña Zoila, ubicada en la calle 18 entre carreras 8 y 9, en el segundo piso de un edificio, está enfocada al grupo de mujeres adultas que buscan peinados y alisados de cabello.

El Rincón Chocoano es una de las primeras peluquerías que abrió sus puertas en Bogotá para atender clientela masculina adulta. La peluquería El Jerry, que funciona en el centro comercial Rampicentro, en la carrera 10 con calle 21, tiene una clientela más variada, pero su grupo objetivo son principalmente hombres jóvenes. Los Niches, ubicada en el primer piso del Centro Comercial Terraza Pasteur, atiende a hombres, estudiantes y adultos. Y como complemento a la muestra, Vargas seleccionó dos peluquerías que se salen del esquema del salón. Son dos espacios ubicados en la calle, la primera en San Andresito en la carrera 38 con calle 6, y la otra en la intersección de la carrera 50 con avenida La Esperanza. Son propiedad de la misma persona y están pensadas como espacio para la atención de los afrocolombianos que trabajan, por un lado, en los talleres de mecánica de San Andresito y, por otro, en las ventas ambulantes de rosas y limpiando vidrios de la avenida La Esperanza, cerca de la Fiscalía General de la Nación.

Hay una distinción importante de resaltar entre las peluquerías y los salones de belleza de afrocolombianos. Las primeras atienden principalmente a hombres y su personal de planta está constituido también por hombres. Los segundos tienen por clientes principalmente mujeres y sus trabajadores son mujeres y hombres homosexuales. En la mayoría de los casos, los trabajadores de las peluquerías son conocidos o paisanos de los dueños de las mismas, de manera que la peluquería cumple la función de facilitar la inserción de los inmigrantes en la ciudad.

En las peluquerías se observa la existencia de una división del trabajo y la presencia de jerarquías laborales marcadas. Dentro del grupo de trabajadores se encuentran las peinadoras, cuya labor es trenzar el cabello sin el uso de herramientas eléctricas; los y las estilistas encargados de *motilar* y peinar haciendo uso de herramientas eléctricas; y los peluqueros, quienes únicamente se dedican a *motilar* a hombres y mujeres con máquina eléctrica.

Como se ha dicho anteriormente, el oficio de la peluquería se aprende en la niñez y la adolescencia. Los hombres comienzan como ayudantes de algún adulto familiar entre los 11 y 14 años, mientras que las niñas aprenden a hacer trenzas alrededor de los seis años. “Saber trenzar” y “tener buena mano” son atributos que asignan un cierto estatus a quien los posee. Es frecuente que los hombres aprendan condicionados a una posibilidad real de montar un negocio o insertarse en el mercado laboral.

La diferencia de géneros es muy importante en las peluquerías. En casos como los de Super Stilos y Black Power no hay mujeres. Con frecuencia los peluqueros mandan a sus clientes a Belleza Negra, también ubicado en Galaxcentro 18, para que allí les den algunos toques femeninos o cuando un cliente requiere que se le haga el champú. A las mujeres las peluquean sólo mujeres u homosexuales, quienes se vinculan en ese arte

por poseer mayor sensibilidad estética. Si una mujer quiere que le hagan el jersey o prieto, o algún diseño en la cabeza, acude al peluquero hombre y, así mismo, cuando un hombre quiere hacerse trenzas o alisarse el cabello, acude a la peinadora o estilista.

Hay algunos instrumentos empleados en las peluquerías afro que son desconocidos en las peluquerías no afro o cuyo uso es distinto. Algunos de éstos son los cepillos de embetunar y brillar zapatos, empleados para conseguir un mejor peinado; las hojas de cuchilla que se sostienen entre los dedos para elaborar el miki (terminado alrededor de la cara) y tallar diseños sobre el cuero cabelludo; la piedra de alumbre que se moja y aplica sobre las líneas del corte para evitar la irritación; el talco, empleado para suavizar y aislar el cuero cabelludo de los químicos, para el alisado o para empolverar la mesa del dominó; la máquina eléctrica, que constituye el elemento por excelencia para cortar el pelo de los hombres en las peluquerías afro, y finalmente el marco, usado para separar y alistar las fibras de cabello sintético o natural a la hora de hacer las extensiones.

Hanner Piedrahita es el responsable de las peluquerías de la calle mencionadas con anterioridad. A San Andresito y al cruce de la carrera 50 con avenida La Esperanza, Hanner asiste solamente los sábados, con el único propósito de motilar a sus amigos que viven de la venta informal o trabajan en los talleres de mecánica. A la avenida La Esperanza llega los sábados en la mañana o al mediodía, “con un pequeño maletín donde guarda todo lo que necesita: la máquina, una extensión eléctrica, aceites, tijeras, alcohol, una bayetilla, un espejo mediano, una capa de peluquería y una toalla pequeña” (Vargas, 2003: 76).

En horas de la tarde sale a continuar con su trabajo en San Andresito, donde se vale de la electricidad de un poste de la luz para conectar su máquina y con la que motila a los afrocolombianos que interrumpen su trabajo por algunos instantes para que les sea prestado el servicio semanal de peluquería.

DE BUENAVENTURA A BOGOTÁ, CON LA MÁQUINA DE MOTILAR

A partir de los relatos ricos en descripciones y elementos propios de la etnografía empleados por Vargas en su tesis, se da cuenta de la historia de Robinson Valecilla *África*, un afrodescendiente que habita en Bogotá y en cuya vida e historias referidas es posible descubrir la importancia del peinado y otros elementos de la vida cotidiana en la cultura afrocolombiana.

Robinson Valecilla, mejor conocido en el ámbito de las peluquerías como *África*, trabaja en Black Power, una de las peluquerías del centro comercial Galaxcentro 18. Robinson nació en Buenaventura y allí, al lado de un amigo de su misma edad, aprendió el arte, como ellos lo denominan, de *peluquiá*. Al principio, y mientras ganaba experiencia,

dejaba a los niñitos y a los señores llenos de huecos. Después de un tiempo se fue para Cali, como parte de un proceso migratorio por etapas que lo conduciría finalmente a Bogotá. En Cali, dado que no poseía el capital para establecer su propio negocio, se empleó en “la rusa”, y con el dinero recibido de su primera quincena compró su máquina de *motilar*, elemento físico que constituye el primer paso hacia convertirse en peluquero. Con el tiempo pudo dejar su trabajo y con ayuda de algunos paisanos que le ayudaron con el local y los muebles necesarios para establecer una peluquería, Robinson montó su propio negocio.

El siguiente paso fue venirse a Bogotá, donde tenía un familiar que le brindaría techo mientras lograba establecerse laboralmente. Ya en la capital, y ante la idea de ver tanta diferencia étnica, Robinson comenzó un proceso de reafirmación de su identidad. Al sentirse confrontado desde su etnicidad, comenzó a despertar orgullo por su condición étnica, hasta el punto de adoptar el apelativo *África*, ya que como él asegura (en Vargas, 2003: 53): “yo no sé cómo soy negro, pero que una vez me dijeron que yo era africano y tal y... más de uno que me veía era: ‘¡África, África!’”.

La confrontación desde su identidad y la búsqueda de sus raíces llevaron a África a establecer un vínculo especial con la música afroamericana y jamaicana, cuyo contenido envuelve las proclamas y luchas de los africanos y su diáspora esparcida por el mundo:

África lleva el pelo corto porque considera que ha pecado y debe purificarse para renacer. Mientras él se lo deja crecer en su ejercicio de purificación, Edward, su colega [quien le enseñó a peluquear en Buenaventura],³ tiene largas drelas que cuida con esmero.

De esta manera, África logró desarrollar sus propios mecanismos para adaptarse a la indiferencia que percibía en Bogotá. En sus drelas, así como en el sinnúmero de peinados y cortes que realiza a diario a los clientes de su peluquería, busca dar cuenta de la identificación cultural y étnica que subyace al peinado y a la necesidad de mostrarse de los afrocolombianos.

En su mundo, como señala Vargas (2003: 56), la peluquería es un vehículo de identidades, una portadora de religión e ideología, un modo de representación, un marcador de ideologías, como se hace evidente en el caso de los seguidores del rastafarismo o en quienes simplemente van en busca de que en su cabeza les hagan el chulo emblema de la multinacional Nike o la conocida “raya Tyson”. De lo anterior se desprende que en muchas ocasiones la cabeza y el cuerpo se conviertan en escenarios o espacios “de representación de una identidad que no siempre es muy clara” (Vargas, 2003: 56), en

³ La aclaración contenida entre corchetes, es de Natalia Jiménez.

la medida en que se entremezclan informaciones y elementos de variadas procedencias y con significados igualmente distintos.

LAS PELUQUERÍAS: ESPACIOS CON MÚLTIPLES SENTIDOS, ESPACIOS DE ESCENIFICACIÓN Y AFIANZAMIENTO CULTURAL

Dos aspectos de la cultura afrocolombiana tienen gran fuerza en la capital: las peluquerías afro como “espacios de múltiples sentidos” y la estética afro como un elemento de identificación cultural y étnica que se construye en oposición al *otro*, y que según Vargas (2003) permitiría encontrar algunas huellas de africanía heredadas de los modelos sociales africanos, basados en formas organizativas extensas y matrifocalidad.

Contrastar y apreciar la multiplicidad de significaciones que adquiere el espacio de la peluquería en el contexto de análisis de la situación actual de la población afrodescendiente residente en Bogotá es una labor que cobra gran interés. Si bien la peluquería no deja de ser el espacio para *motilarse*, peinarse, alisarse y hacerse diseños exclusivos sobre el cuero cabelludo, adquiere un significado más amplio en la medida en que en ella se integran elementos de gran importancia para la cohesión y el bienestar de estas poblaciones. Aparte de las actividades típicas de las peluquerías, allí se presta el espacio para el cultivo de las relaciones sociales, para enseñar y aprender pasos de bailes tradicionales, para jugar una partida de dominó e incluso para promocionar y ofrecer actividades y servicios comunitarios. Como señala Vargas:

[...] las peluquerías afrocolombianas son espacios con múltiples sentidos, espacios de escenificación y afianzamiento cultural. Son sitios que posibilitan no sólo el encuentro, sino la recreación de los lazos sociales y las continuidades culturales que unen los pueblos de los inmigrantes con la ciudad.

Y agrega:

Permiten también ejercer la polifonía y el polirritmo, pues son los escenarios de éstos. En las peluquerías, el ámbito festivo y el cotidiano convergen hasta desdibujar sus límites [Vargas, 2003: 25].

Espacialmente, las peluquerías son muy distintas. Galaxcentro 18, en donde se concentra un buen número de estos establecimientos, es una construcción redonda en cuyo interior se encuentra una rampa en forma de espiral que sirve de corredor de comunicación entre los locales. Allí suelen sentarse los dueños y visitantes de los locales de afrodescendientes, recreando el espacio de la calle de enfrente que tienen en las casas de sus pueblos. En el espacio de este centro comercial se concentran peluquerías, restaurantes, bares y almacenes de artículos varios de propiedad de afrodescendientes

y algunos africanos, como es el caso de una tienda de artículos militares y el African Colombian Bar, este último de propiedad de un nigeriano.

En el segundo piso se encuentran dos restaurantes que venden comida chocona: Zamarý's la Mejor y el negocio de Ana. De estos dos restaurantes salen con frecuencia pasteles choconos y comidas ligeras para los otros negocios de afrocolombianos del lugar, que se concentran básicamente en el primer y segundo pisos del centro comercial. Cada local es de aproximadamente seis metros cuadrados y todos ellos cuentan con un equipo de sonido que funciona durante todo el día a alto volumen, creando una atmósfera particular que imprime tropicalismo al lugar. Todos los locales cuentan con avisos vistosos en su fachada, y en algunos casos, como el de Black Power, que incorpora en el diseño un croquis de África, se hace una alusión directa a una herencia o el pasado africano.

En el texto “Vida negra en Bogotá” (2005), Gloria Castrillón menciona igualmente las dinámicas que se recrean en escenarios como las peluquerías de Galaxcentro, donde no sólo se hacen peinados afro, sino que se baila, se canta, se cuentan anécdotas de la comunidad y se contribuye en la organización de eventos importantes para los afrodescendientes, como el reinado de belleza:

[...] por estas peluquerías han pasado varias de las concursantes de Miss Afro, el reinado de belleza que el tumaqueño Walter Atehortúa organiza hace cuatro años y que reúne a las jóvenes negras que representen a cualquier departamento. Las grises calles de Bogotá son el escenario para la exhibición de las comparsas. Currulaos, mapalés y vallenatos alegran las comitivas, mientras las candidatas desafían el frío capitalino con sus atrevidos vestidos de baño. [La principal condición es que estén entre los 17 y 25 años y se sientan lindas con sus labios gruesos y su nariz ancha].

Como se ha visto, Galaxcentro 18 es un espacio de confluencia de los afrocolombianos y de una de sus formas de visibilización más comunes en la ciudad: las peluquerías. Pero además, es un espacio urbano único, donde es posible encontrar la prensa chocona *Chocó Siete Días* y también a paisanos que se reúnen en los pasillos transformándolos en pista de baile o en salón de juegos como el dominó y las cartas, pues como afirma Jaime Arocha, gran parte de la motivación que los lleva a frecuentar estos lugares está en hablar con sus amigos, conocidos y en general paisanos con quienes comparten códigos culturales.

Como en las otras esferas de la vida de los afrodescendientes en Bogotá, el ámbito de las peluquerías no está exento de los choques culturales derivados de la convivencia con *la diferencia*. En Galaxcentro 18 se evidencia el choque cultural relacionado con la concepción desigual del espacio que tienen los afrobogotanos y los mestizos. En palabras de Lina María Vargas (en Ávila y Gómez 2004: 13),

[...] hay un choque cultural respecto a lo que es el espacio y lo que son las relaciones entre espacio público y a la vez privado [...]. La administración de éste [Galaxcentro 18] tiene una idea muy convencional de lo que es un centro comercial, la mayoría de las personas que son afrocolombianas y trabajan allí tienen un sentido del espacio muy diferente.

Lo anterior se manifiesta por ejemplo en la apropiación que hacen del espacio de afuera del local, expandiéndolo. Otra práctica relacionada en este sentido, llevada a cabo principalmente los fines de semana, es la de transformar los pasillos del centro comercial en una pista de baile donde lo que se baila es reggaetón, champeta, reggae, salsa y rap. Esto, por supuesto, ha sido motivo de choque constante entre la administración del centro comercial y las personas de los locales, pero no ha sido un impedimento para que se sigan propiciando encuentros de afrocolombianos alrededor de la música, el juego y la charla, posibilitada en gran parte por la existencia de lugares como las peluquerías y salones de belleza.

ENTONCES ELAS LE DECÍAN A UNO: “VENGA MIJA, LE HAGO UN SUCEDIDO”

Leocadia Mosquera, una mujer adulta que habita en la localidad de Suba y quien ha entregado gran parte de su vida a la enseñanza escolar, es aquí la protagonista de un relato que permite descubrir los secretos intrínsecos del peinado afrocolombiano. A Leocadia, su abuela le enseñó muchos de los secretos de los peinados de sus ancestros, por identificar en ella las características de Ananse,

El Prometeo de los pueblos afiliados con la familia akán del África Occidental, quien se encarnó en una araña cuya astucia, insolencia, autonomía, ingenio y sagacidad crecieron en América a medida que los cautivos se apoyaron en ese héroe mitológico para resistir a la esclavización [Arocha, 2002: 93].

Hay un peinado que Leocadia denomina “cachos de vaca”, que consiste en dos trenzas gruesas hacia los lados y arriba de la cabeza, como forma de representación del poder. En la época de la esclavitud, cuenta Leocadia,

[...] se reunía la gente a hablar, a contarse lo que había pasado en la jornada del día o en el tiempo de estadía, ¿no? Entonces, ellos empezaban a contarse, e iban peinando, entonces el peinado que se hacía, que era para estar dentro de la casa, se llamaba *sucedido*. Entonces ellas le decían a uno: “Venga mijá, le hago un sucedido” [Vargas, 2003: 119].

En estos peinados, la forma del tejido representa lo que pasó en la historia que se cuenta. Los “sucedidos” se siguen elaborando actualmente en el Chocó y constituyen posi-

blemente una huella de africanía. Del conocimiento heredado de su abuela, Leocadia refiere toda una serie de peinados desarrollados en el contexto de la esclavización. El peinado era entonces un depositario de secretos propios de los esclavizados; incluso la cabeza llegó a ser portadora de diseños que a manera de mapas de fuga, servían a los esclavos para huir de las haciendas donde los mantenían subyugados.

En las palabras e historias de Leocadia se reivindica el uso de los turbantes en la cabeza, por ser éste un elemento empleado por los africanos. Para ella, los turbantes también tienen su modo de uso:

[...] p'al trabajo se los amarran aquí, se amarran la pañoleta aquí [en la nuca] y acá [en la frente], como nos la amarramos cuando vamos a bailar la danza de la batea. Esa forma de amarrarse es de trabajo. Pero hay otros turbantes que usted no sabe ni donde va la punta, éstos son los de fiesta [Vargas, 2003: 121].

Por otro lado, Leocadia ve la utilización de ciertos elementos de uso frecuente en el peinado de los afrocolombianos como formas de *blanqueamiento* o expresiones de dominación. Para Leocadia, lo mejor es tener el pelo “chuto”, peinado en trenzas, y no acudir a ningún tipo de accesorios de los que muchas personas emplean en la actualidad, y que alteran el “sentido étnico” de los peinados. En este sentido, Leocadia (en Vargas, 2003: 116) afirma: “Aunque digan que no, pero eso del aliser sí es blanquismo, a la lata”.

¡Que suenen los tambores! Música y fiesta afrocolombiana en Bogotá

*¡Ay canamas camandongas!
¿qué tiene mi cocotín?
mi neguito chiquitín,
acuricuricandongas...
Epéese a que le ponga
su chupón y su sonaja.
Meme meme, buenalhaja,
pepita de tamarindo.
Duéimase mi nego lindo:
¡meme meme, há-ha há-ha...!*

Nicómedes Santa Cruz, “Meme neguito” (1960)

Partir de la afirmación según la cual “todos los negros llevan la danza en la sangre” implica caer en tipificaciones que homogeneizan e invisibilizan las características

particulares de estos grupos humanos. Si bien muchos afrocolombianos bailan y disfrutan profundamente de sus danzas, a muchos otros este tema no les interesa y lo desconocen por completo. Sin embargo, aquí nos ocuparemos de la danza, los bailes y la fiesta como manifestaciones culturales importantes para los afrocolombianos, aun en el contexto de la migración interna.

El Pacífico chocoano, como señala María Cristina Tavera en su tesis *Transformaciones y continuidades de la danza tradicional del Pacífico colombiano en población en situación de desplazamiento, un estudio de caso en los barrios La Isla y El Oasis (Soacha)*, no es, como se tiende a pensar, una región con características culturales compartidas. Hay un Pacífico chocoano, otro vallecaucano, otro caucano y finalmente uno nariñense, que comparten algunas prácticas entre sí, pero que en esencia mantienen tradiciones particulares en lo que a la danza y la música se refiere.

En lo que respecta a las bases musicales, hay dos fácilmente identificables: la chirimía para el Pacífico chocoano y la marimba para el Pacífico que abarca desde Buenaventura hasta Tumaco. La división en esas dos regiones ha venido acompañada de una serie de estereotipos e imaginarios de lo que implica pertenecer a uno u otro territorio, generando competencia y rivalidad entre personas y grupos.

Independientemente de la procedencia que tengan o de la filiación musical que hayan heredado tradicionalmente en su región, aquí presentamos algunos elementos musicales y de los bailes que los grupos afrodescendientes han legado a la nación y la ciudad de Bogotá:

Muchas de estas expresiones estéticas y otras han penetrado diversos ámbitos de distintas clases sociales imprimiendo especificidades a la personalidad cultural de varias regiones, situación que ha alcanzado a incidir en niveles nacionales. La cumbia, una danza de hombres y mujeres es una de ellas. También el bullerengue, el chandé y el mapalé dentro del gran horizonte de la música costeña [Proyecto de Acuerdo 126 de 2005, Concejo de Bogotá D.C.]

EL FOLCLOR COMO ESPEJO DE LOS VALORES AFROCOLOMBIANOS

En la tesis *Expresiones particulares de la cultura tradicional oral de la comunidad negra del litoral pacífico radicada en la localidad de Suba*, Edgar García y Martha Gutiérrez abordan la problemática inscrita en la falta de interés de los jóvenes afrodescendientes por el aprendizaje y la preservación de la cultura afro, señalando que “encontramos una marcada tendencia por el desconocimiento y la poca importancia que le dan a su cultura y en especial a su tradición oral” (2003: 125).

Esta falta de interés por el aprendizaje cultural se ha visto compensada, en el caso de algunos jóvenes, con la atracción que sienten por las danzas típicas del Pacífico, para cuyo aprendizaje han contado con el apoyo de varias organizaciones de la localidad, y frente a la cual han demostrado gran receptividad. Así, de la mano de organizaciones como la Organización Ancestral Afrocolombiana (Oanac), liderada por Teresa Rosales García, la Organización Cultural Súper Calidad Leíto, creada por la profesora Leocadia Mosquera, y la organización Odafrocol, en la localidad 11 se han llevado a cabo importantes esfuerzos por rescatar y reivindicar los valores de la cultura afrocolombiana a través de charlas, prácticas y talleres, donde el folclor se ha convertido en un importante protagonista.

En el texto titulado *Proceso de indagación de la tradición oral de la comunidad afrocolombiana de la localidad de Suba* (2004), Maribel Becerra y Carol Vidal mencionan algunos eventos públicos en la localidad de Suba en los cuales han participado tanto los afrocolombianos como los no afrocolombianos, y que se complementan con los seminarios y talleres sobre danzas y cultura afrocolombiana que son dictados por el profesor Nicolás Murillo en la sede de la Fundación Casa de la Cultura de Suba. Igualmente señalan que existe un espacio consagrado para la enseñanza de las coreografías de ritmos ancestrales como el currulao, el abozao, la polka y el makerule en la casa de la profesora Leocadia Mosquera, quien aparte de liderar el grupo mencionado anteriormente, también enseña en el colegio Alberto Lleras Camargo ubicado en la calle 139 No. 112-80.

En la misma línea de lo dicho para los afrocolombianos de la localidad de Suba, la tesis de María Cristina Tavera (2004) resalta la importancia que ha cobrado el baile para los habitantes afropacíficos que han migrado a Bogotá y se han asentado en barrios como La Isla y El Oasis, en el municipio de Soacha. Lo observado por Tavera contrasta con lo señalado por García y Gutiérrez para la localidad de Suba, en el sentido de que en La Isla y El Oasis la cercanía con los demás habitantes del barrio y el hecho de albergarse en éste un gran número de afrodescendientes facilita el desenvolvimiento y la recreación de todas las prácticas culturales, así como la interacción social y el fortalecimiento de las costumbres y tradiciones.

Allí, los fines de semana se entregan a la práctica de las danzas y juegos como el dominó, el bingo o las cartas. Por las noches se organizan fiestas hasta el amanecer en las casas o en el “bailadero de don Eusebio”. A través del ejercicio de perpetuar sus prácticas tradicionales, en donde el baile y la fiesta juegan un papel importante de identificación grupal, se están igualmente generando mecanismos de resistencia frente a la cultura de la sociedad mayor, como afirma Tavera (2004: 49): “La continuidad de muchas prácticas y quehaceres los identifica como diferentes, siendo esa diferencia un mecanismo de protección y resistencia hacia hábitos y costumbres lejanas, en este caso las de Bogotá”.

MEMORIA CORPORAL E IDENTIDAD

El texto de Tavera es quizá el único referente etnográfico, de los encontrados en la revisión bibliográfica adelantada, que hace algunos aportes importantes para entender la manera como la memoria corporal de los pueblos afrocolombianos se transforma en un factor de generación de identidad muy fuerte, dentro de una comunidad de inmigrantes urbanos en Bogotá. Allí se invita a ver la danza como una forma de memoria corporal en la cual se inscriben y dejan entrever estructuras, dinámicas sociales y códigos compartidos que permean la vida de la población del litoral pacífico, extendiéndose y reproduciéndose cuando éstos se hallan en contextos de migración.

La lectura del desplazamiento a partir de la danza contenida en el texto de Tavera deja ver los tipos de danza o rituales corporales que se desarrollan en los barrios La Isla y El Oasis y las adaptaciones que se les han hecho con el objetivo de “urbanizarlas”. La taberna de don Eusebio, localizada en uno de estos barrios, se ha transformado en el espacio de reunión de la comunidad afropacífica. Los domingos en la tarde sirve de espacio para ensayar las danzas tradicionales del Pacífico montadas por el grupo de niños y adultos de la comunidad, organizaciones que resultaron de una iniciativa de algunos jóvenes de los barrios y de Afrodés, movidos por el interés de generar un espacio de cohesión para la comunidad y de esparcimiento y formación de los jóvenes que fácilmente podrían caer en la drogadicción y el pandillaje, tan comunes en la zona.

En el espacio de los ensayos se adelantan procesos de socialización muy importantes, como la transmisión de saberes tradicionales a los niños afrodescendientes que salieron muy pequeños de su tierra o nacieron en Bogotá. A esto se debe que este lugar sea considerado el espacio por excelencia de reproducción y transmisión de las prácticas culturales de la región.

Hay una problemática constante que afecta a las comunidades afrocolombianas, relacionada con sus espacios de reunión y de ensayo de danzas y música tradicional en la ciudad. Los afrocolombianos desplazados por la violencia no encuentran lugares para reunirse, a lo cual se suma el rechazo que reciben del conjunto de la sociedad que tacha sus prácticas culturales de actos escandalosos y bulliciosos. Hay diversos grupos de música y danza tradicional del Pacífico en Bogotá que nacen como mecanismos de *rebusque* o como forma de posibilitar un encuentro e interacción social entre paisanos. Uno de ellos es el grupo Hijos del Pacífico, que en el barrio Egipto ha tenido que enfrentarse a estas dinámicas de exclusión urbana, en gran parte porque no tienen la capacidad de alquilar un lugar exclusivamente para adelantar sus ensayos. En algunos casos, a través de alianzas y convenios con amigos de las pescaderías del centro, éste y otros grupos han logrado hacerse a unos espacios para practicar y presentar sus bailes.

SAN PACHO, TIENES QUE VIVIRLO PARA SENTIRLO

Las fiestas patronales, frecuentes entre los pueblos del Pacífico, son celebraciones en donde los santos y las vírgenes son llevados en balsas y canoas por los ríos, acompañados de las bandas de chirimía, marimba o cununo, dependiendo de qué región se esté hablando. Los santos son humanizados como parte de lo que se podría identificar como una huella de africanía, de manera que pueden entrar “moviendo sus caderas con sensualidad”, o “le pueden hacer daño los aguardientes que les dan sus devotos”, como se señala en el estudio *Mi gente en Bogotá...*

De un trabajo de campo adelantado por Tavera en la ciudad de Quibdó —como complemento a su análisis de la transformación y adaptación de la danza de los afrocolombianos en Bogotá—, esta antropóloga logró evidenciar el papel que juegan la música y la danza en las fiesta de San Pacho, que tiene lugar en Quibdó en honor de San Francisco de Asís, patrono de la ciudad. A partir de ello se puede exponer la importancia que tiene “el espacio público como escenario de interacción y vivificación de la tradición” y, por tanto, las implicaciones, y en particular las dificultades que presenta el traslado y la adaptación de esta fiesta al contexto bogotano. En Quibdó la experiencia de campo permitió que la autora descubriera el vínculo estrecho que hay entre danza y territorio, ya que es en la relación entre el hombre y el territorio que la danza adquiere verdadero sentido.

Dado que el interés no es profundizar en los eventos que se desarrollan en la fiesta de San Pacho en Quibdó, se presenta aquí la información que permite dar cuenta de la adaptación de dicha fiesta al contexto bogotano, donde, vale decir, la comunidad afrodescendiente ha encontrado buena receptividad para el cultivo de las tradiciones y la celebración de algunos de los eventos que como San Pachito —nombre que se da a esa festividad en Bogotá—, adquieren un significado importante dentro de su entramado cultural. De ello da cuenta Carlos Meza (2002: 125):

En las comparsas y desfiles que se realizan en la ciclovía, encontramos aspectos propios de la estética afro presentes en las danzas de máscaras, los toques de tambor y la corporalidad en los bailes. Eventos típicos afrocolombianos fueron la conmemoración de las fiestas de San Pacho realizadas el pasado mes de octubre, cuyo desfile por la carrera 7 se ambientó con música de chirimía. El evento electoral protagonizado por las campañas políticas de María Isabel Urrutia y Zulia Mena en febrero de 2002, también tuvo características similares. Alrededor de la venta callejera de fruta en Bogotá podemos percibir esas formas estéticas cuya sola presencia ya supone una dinámica de intercambio sociocultural en la cual los afrocolombianos transforman la ciudad con sus colores, olores, sabores y texturas que ejercen un atractivo en los ciudadanos no afros.

Durante varios años se ha realizado la fiesta de San Pacho en Bogotá, resultado de la iniciativa de distintas organizaciones o colonias de afrocolombianos asentados en la ciudad, muchos de los cuales, ante la imposibilidad de irse para Quibdó, han buscado la manera de reproducir en pequeña escala la fiesta que en Quibdó comienza el 3 de septiembre y culmina el 4 de octubre, día de San Francisco. Al respecto, Claudia Mosquera (1998) señala lo siguiente:

Entre las fiestas patronales merece especial atención la que se celebra en la urbanización Casablanca: la fiesta de San Pachito, el diminutivo alude al hecho de que no es la verdadera celebración sino más bien una remembranza de la verdadera fiesta que se desarrolla en Quibdó.

En complemento a este señalamiento de Mosquera, una de las entrevistadas en el estudio de *Mi gente en Bogotá...* cuenta brevemente la historia de San Pachito en Bogotá y explica cuál es la importancia que la música de la chirimía tiene en el conjunto de esta celebración:

Aquí se celebró San Pacho como en el 88, 89 en el Calvo Sur, lo celebra la colonia del Chocó. El Calvo Sur queda detrás de La Hortúa, yo me les metí como dos veces allá, eso era el grupo de chirimía, la vacaloca, todo, y la gente disfrutando pues la fiesta, el que no podía ir al Chocó a disfrutarlo, lo disfrutaba allá. Acá en Casablanca se empezó a celebrar a raíz de que había mucha gente que no iba [a Quibdó]. [...] Nosotros aquí lo celebramos en este centro comercial de aquí, pero fue muy lindo a pesar de ser primera vez, claro que nos fue mal porque no tuvimos apoyo, no teníamos quién nos apoyara... Nos apoyaron dos o tres personas, porque la gente quería era estar más o menos con la gente de la misma colonia, compartir un rato, bailar chirimía. [...] La chirimía es un grupo conformado de unas siete, ocho personas, donde uno lleva el clarinete, otro lleva el tambor, otro lleva los platillos, otro lleva el saxofón, otro lleva las maracas, y así... Ésa es la chirimía, ¿sí? La chirimía puede tocar todos los ritmos que sean, pero ellos lo cogen al son de su clarinete, ¿ya me entiendes? Eso es algo muy lindo, eso a la gente le gusta mucho, es algo típico nuestro. Así como en Barranquilla es el carnaval de Barranquilla con su papayero, eso es lo nuestro, nuestra chirimía. Así se celebra el San Pachito [Martha Mena citada en Arocha, 2002: 130].

Igualmente, en el artículo de Gloria Castrillón (2005) se menciona que una de las manifestaciones culturales afro más pintorescas se vive en los barrios de Suba, Britalia y Villa del Río, “donde San Pachito —la fiesta tradicional de Quibdó en honor a San Francisco de Asís, patrono de la ciudad— los traslada a su tierra natal y se convierte en la disculpa perfecta para hacer una rumba de tres días”. Pese a las adversidades a las que se ven enfrentados muchos de los inmigrantes afro a la ciudad, la autora destaca: “El ánimo rumbero y alegre es quizá una de las características que más se reconoce

en los negros. No importa en qué condiciones vivan, siempre habrá espacio para un gran equipo de sonido y para recibir a parientes y amigos que se quieran unir a una fiesta”.

La gente de otros municipios celebra a su vez sus propias fiestas patronales. Los istmieños, por ejemplo, celebran el 24 de septiembre a Nuestra Señora de las Mercedes, los condoteños el 7 de octubre a la Virgen del Rosario, “Rosarito”, y también el 8 de septiembre a la Virgen de la Pobreza. Estas fiestas se celebran bailando el currulao, la moña, la jota careada, el abozao, el bambazú, el makerule, la danza chocoana, la contradanza y la mina y degustando comida típica en la casa de algún paisano (Mosquera, 2002).

Se ha mostrado aquí cómo la música y la danza se convierten en elementos importantes que acompañan las fechas importantes para los afrodescendientes, como la celebración de San Pachito y otras asociadas a los rituales de paso de los afrocolombianos que aquí no se abordan en detalle por no disponerse información para el contexto bogotano, como son el nacimiento, la iniciación, el matrimonio y la muerte.

RITMOS AFRO AL PARQUE: ESCENARIOS MULTICULTURALES

Del 17 al 23 de mayo de 2004 se celebró en Bogotá el Festival de Música Colombiana al Parque que organiza anualmente el Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Allí confluyeron distintos grupos que a través de las expresiones musicales autóctonas de su región hicieron visible la multiculturalidad y la riqueza musical de nuestro país.

En diversos escenarios, como el Teatro Jorge Eliécer Gaitán, la Sala Oriol Rangel del Planetario, La Media Torta, el Teatro Colón y el parque El Lago, se hicieron presentes grupos de distintas partes del país, entre ellos cuatro agrupaciones de afrodescendientes: Chirimía Río Napi del bajo Cauca, Creole de San Andrés, Benigna Solís y Chirimía Ensueños del Pacífico.

Como complemento a la muestra de la música tradicional en la que participaron estas agrupaciones de afrocolombianos, se realizó el encuentro gastronómico “El Sabor de los Saberes” en la Media Torta, donde los bogotanos pudieron apreciar algunas de las recetas típicas de las distintas regiones del país, incluyendo la combinación de sabores exóticos de la gastronomía de los afro y raizales.

EN LAS DISCOTECAS AFRO: “MÚSICA QUE LLEGA MÁS A LA SANGRE”

De acuerdo con los datos aportados por Ávila y Gómez (2004), para junio de 2004 había en Bogotá aproximadamente 100 discotecas. Las discotecas de afrocolombianos

son otro de los espacios que han ido adquiriendo reconocimiento en la ciudad. Al igual que en las pescaderías, en las discotecas se da un fenómeno de consumo cultural de lo *exótico* que merece ser tenido en cuenta al valorar la problemática cultural de los afrodescendientes en la ciudad.

Cenón Mosquera, de Quibdó, fue el pionero de las discotecas afro en la ciudad. En 1966, con su discoteca Mozambique, se abrió un espacio de encuentro para los jugadores de fútbol del Pacífico que vivían en Bogotá. Luego, en 1979 se inauguró la hoy desaparecida Son 14, y 10 años después, en 1989, nació Pachanga, hoy conocida como Pachanga y Pochola, una de las discotecas de afrocolombianos con mayor reconocimiento y trayectoria. En el primer semestre de 2004, según las referencias encontradas en el texto de Ávila y Gómez, se habrían inaugurado seis discotecas afro entre los sectores de Galerías y Chapinero.

En la elaboración de un reportaje sobre la cultura de los afro en Bogotá, proceso que les tomó aproximadamente seis meses, estas comunicadoras sociales acudieron a tres discotecas: Pachanga y Pochola, una de las más tradicionales; Yaré, uno de los bares con mayor asistencia de afrochocoanos, y por último Bahía y Son, ubicada en el sur de la ciudad.

Para muchos afrodescendientes, frecuentar los espacios de la rumba en Bogotá se convierte en una prioridad durante el fin de semana, pues allí se “oxigenan” y llenan de alegría. En un sentido más amplio, como señalan Ávila y Gómez (2004: 20), éstos son “planes que dan sentido a su cultura dentro de la gran ciudad”. En el baile y a través de la música, los afrocolombianos establecen una relación íntima con sus raíces, lo cual explica en algún sentido que perciban las discotecas como espacios en la ciudad en donde no resulta difícil sentirse en “la propia tierra”, donde pueden ser *ellos* plenamente y donde no tienen lugar la exclusión ni la discriminación.

Frente a la música que se escucha en estas discotecas, que no es otra que la salsa, el reggae, la champeta y el reggaetón propios de los afro, se percibe con unanimidad que “llega más a la sangre” que el merengue, el trance o el vallenato que se pueden encontrar en otro tipo de discotecas. En el reportaje incluso se encuentran testimonios de algunas personas que afirman sentarse cuando en el lugar que se encuentran bailando ponen alguna canción que no esté dentro de la tendencia musical afro.

El patrón de conducta que se advierte en las discotecas, a través del texto, es muy similar en el caso de los tres lugares analizados. Sin embargo, en la descripción correspondiente a las discotecas Pachanga y Pochola y Yaré, se menciona el encuentro con personas reconocidas en la esfera musical, como es el caso de Hansel Camacho, cantante afrodescendiente entrevistado por las autoras, quien, siempre que tiene la

posibilidad, asiste a estos lugares propios de su gente a disfrutar del color, la alegría y el sabor de la música y los bailes de su tierra.

Nos impusieron a la Virgen de la Candelaria [...] nosotros la asumimos como la diosa del mar

*¿Changó Changó? Buscaste fuera de África
la Loba blanca para cumplir tu venganza
la que vende y compra por un doblón de cobre
un collar de vidrio por tres reales
un rebaño de hombres.*

Manuel Zapata Olivella

La religión, al igual que las prácticas descritas en los capítulos anteriores, es un aspecto crucial de la organización de la vida social de los afrocolombianos. En la definición de Durkheim parafraseada por Harris (2001),

[...] la esencia de la creencia religiosa consistía en que evocaba un sentimiento misterioso de comunión con un ámbito de lo sagrado. Todas las sociedades tienen sus creencias, símbolos y rituales sagrados que se oponen a los acontecimientos ordinarios o profanos.

A lo largo de la historia de los esclavizados, muchas fueron sus creencias en seres y fuerzas sobrenaturales, así como en fuerzas naturales, que se pretendieron sustituir por el catolicismo. Como señala Lady Quintero en el texto titulado *Esclavos negros en Santa Fe de Bogotá durante el periodo colonial* (1994), estas prácticas comenzaron a imponerse en el momento mismo en que los esclavos eran bautizados en el puerto de embarque en África, donde un sacerdote pasaba por entre las filas de hombres, asignándoles un nombre cristiano, el cual les entregaba escrito en un papel, a la vez que les salpicaba un poco de sal sobre la lengua y un poco de agua bendita sobre la cabeza.

Actualmente los pueblos del litoral pacífico rinden culto a distintos santos y celebran muchas veces su devoción a través de la celebración de las fiestas patronales, donde —como se mencionó en el aparte correspondiente a la música y la danza afrocolombiana— el patrono principal es San Francisco de Asís, en honor de quien se celebran las fiestas de San Pacho en Quibdó y, en pequeña escala, San Pachito en Bogotá, en un derroche de bailes de tambor, rosarios, obras teatrales, música y comida. Como los quibdoseños, cada comunidad o cada pueblo tiene su santo patrono a quien rinde devoción. Sin embargo, como se advierte en el siguiente testimonio de Leocadia Mosquera recogido por García y Gutiérrez (2003: 110), se han dado procesos de sin-

cretismo religioso que han mezclado dioses africanos con santos católicos y rituales urbanos: “Digamos que los sacerdotes que nos estaban dominando en esa época, que nos dominaron siempre, nos impusieron por ejemplo a la Virgen de la Candelaria. Nosotros la asumimos como la diosa del mar, que es Minyemayá”.

Esta apropiación mutua de saberes, resultado del contacto intercultural, se percibe igualmente en la práctica de muchos afrocolombianos que tienen en su casa altares muy adornados en honor de sus santos (García y Gutiérrez, 2003). Siempre, por humilde que sea la casa, hay un rinconcito destinado al altar del santo.

Una vez al mes, en la iglesia del Voto Nacional se celebra una misa afro, con la liturgia y los cantos propios de la cultura pacífica (Castrillón, 2005). Es sabido que en su propuesta litúrgica, los afro incorporan elementos que permiten trazar una distancia conceptual con respecto a la liturgia en la misa católica de los no afro. María, la madre, hace parte del rito de persignarse por cuanto en él no sólo se alude al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a la vez que se va haciendo la señal de la cruz, sino que después de decir: “En el nombre del Padre”, se sigue con: “de la madre”, “del Hijo” y “del Espíritu Santo, Amén”.

En la actualidad, como lo documenta la antropóloga Mónica Eliana Velasco en su tesis titulada *Pa'que baje el santo: la santería: práctica mágico-religiosa de los afrocolombianos en Bogotá* (2004),

La santería ha venido tomando fuerza en Colombia. Por una parte tanto gente afro como no afro se ha venido interesando por los orishas.⁴ Se escucha en canciones (Changó—originales de Celina y Reutilio, cantada por Yolanda Rayo), diferentes bares y discotecas que llevan el nombre de orishas como Changó en la ciudad, así como lugares de son cubano y salsa que llevan nombres alusivos a la santería como Aché o ron cubano llamado El Santero.

Este interés por los orishas ha estado acompañado de la venta de algunos elementos de uso tradicional en la santería, como subraya Velasco (2004) a continuación:

Por otra parte se observa la comercialización de diferentes elementos y objetos relacionados con el culto como caowries (conchas que se utilizan para rituales de santería) y collares de cuentas de colores correspondientes a los loas que la gente utiliza como adorno o decoración personal.

El despertar de una identificación de los afrocolombianos con esta práctica mágico-religiosa responde a la posibilidad que éstos encuentran de una reivindicación étnica

⁴ Seres sobrenaturales que constituyen el centro de la religión de la Regla de Ocha, propio del acto de la santería.

en términos religiosos e identitarios, pues en ella se hallan elementos significativos de la cultura y la sabiduría ancestral africana:

Paralelamente al grupo de sabedores y feligresía de la santería en Bogotá, quienes además conocen y mantienen unas formas de comunicación específica con los símbolos rituales de la religión, está empezando a crearse una especie de religiosidad popular, basada en la invocación a las siete potencias africanas para pedir favores. Es el inicio de un culto a las deidades africanas que cada día toma más fuerza entre los bogotanos [Velasco, 2003].

Y agrega:

Esta religión se practica de forma clandestina debido a que la comunidad se reserva saberes y conocimientos ancestrales utilizados en los rituales y a la interpretación de algunos grupos de personas que lo consideran prácticas satánicas [Velasco, 2003].

La santería se incorpora entonces como una forma de cimarronaje contemporáneo, como un mecanismo de apelación a los saberes ancestrales, las tradiciones y las formas culturales para lograr reivindicaciones étnicas de los pueblos afrocolombianos.

También se han derivado de ello intereses de la población no afrodescendiente por el consumo cultural de los productos de la práctica de la santería. Por ello hoy es posible encontrar en Bogotá lugares como la Botánica del Templo Amazónico o el Hermano Cristian, donde algunas personas no afro practican ciertos rituales de la santería, y otros espacios donde se pueden adquirir imágenes y elementos empleados en dichas prácticas:

En los altares de santería que se observan en la ciudad hay elementos representativos del sincretismo o enmascaramiento de la religión católica en esta religión, como la presencia de imágenes de vírgenes y algunos santos. También se encuentran instrumentos de hierro, juguetes, “soperas” (vasijas para guardar elementos de los orishas). Se mantiene por tradición el uso de imágenes católicas y la mención de éstas. Se asocia el orisha con el santo católico [Velasco, 2003].

EL DESTIERRO DE LOS VELORIOS

Los rituales funerarios cobran gran relevancia en el contexto de las prácticas socio-religiosas de la comunidad afrocolombiana. La muerte genera toda una atmósfera de solidaridad en el grupo social, no sólo en el familiar, lo cual se puede advertir en la confluencia masiva de los paisanos que se acercan a despedir a sus coterráneos, incluso si no los conocían, en las condolencias y en la ayuda para cubrir los gastos del entierro y la velación.

En Bogotá, sin embargo, los afropacíficos encuentran grandes obstáculos a la hora de recrear sus prácticas funerarias (Tavera, 2004). Tradicionalmente los actos funerarios en su tierra se prolongan durante nueve días, en los cuales se reparte comida, licor, café y se cantan alabaos a los muertos en la casa, que son cantos y ritos que se refieren a la vida y la muerte: “Los alabaos son característicos de los velorios de los adultos, los cuales son entonados principalmente por las mujeres, y en ocasiones especiales como lo son las alabanzas a los santos patronos” (Javier Ocampo “Las fiestas y el folclor en Colombia”, en García *et al*).

En los barrios en Bogotá no hay un espacio disponible para llevar a cabo los rituales funerarios que tradicionalmente se desarrollan en el Pacífico. Según un informante del barrio La Isla (entrevistado por Tavera), en alguna ocasión en que lo intentaron, cuando aún existía la hora zanahoria, llegó la policía e impidió la continuación del ritual: “peleándonos por escándalo público, por estar celebrando fuera de la hora acordada, [...] por tener un muerto sobre la mesa en la casa, con velas, gente cantando y otros bebiendo al lado” (Tavera, 2004: 116).

Por todos estos choques que genera la confrontación de la ciudad con las tradiciones culturales de las minorías, los afrodescendientes que han tenido que migrar a Bogotá asisten a lo que Jaime Arocha denomina “el destierro de los velorios”, pues según explica,

Entre los afrodescendientes, una lápida o un árbol marcan la tumba y el lugar donde los vivos van a conversar y a pedirles consejo a sus antepasados suyos. Donde van a ser, porque “la gente es de donde están enterrados sus muertos”, conforme enseña el *Muntu*, el cual puede estar tan en riesgo como quienes lo practican. Los deudos dejan de pertenecer a los linajes ancestrales porque tienen que integrarse a los lugares donde pueden proteger sus vidas y no donde están sus muertos [Arocha, 2002c: 94].

LUGARES DE ENCUENTRO, ESPACIOS DE REUNIÓN

No son sólo las funciones que se llevan a cabo en los espacios lo que importa —cuestión que se reduce al materialismo y la producción—, sino además, la variedad de significados culturales que en ellos se tejen, generando un sentido para quienes han crecido inmersos en las culturas afro.

Lina María Vargas (2003: 84)

La vida de los inmigrantes afrocolombianos en la ciudad supone —como ya se ha dicho en varios apartes— un choque profundo con su cultura, con su territorialidad y, por supuesto, con su identidad afrocolombiana. Sin embargo, tras comenzar a entender

la complejidad de la ciudad y alcanzar algunos de los primeros logros que se plantea un recién llegado —como conseguir un lugar cómodo donde dormir, encontrar un trabajo que permita el sustento propio y el de su familia, si es el caso, y si es posible enviar un poco de dinero a la familia que aguarda en el pueblo—, sigue una etapa muy importante: la creación de lazos de amistad y solidaridad.

Los lazos de amistad y solidaridad que se van extendiendo entre los individuos permiten la creación de lugares de encuentro y reunión. En el caso particular de los afrodescendientes, cuya migración está, las más de las veces, condicionada por la migración previa de algún familiar o amigo que ya tiene un tiempo de haberse establecido en la ciudad, estos lugares de comunicación e intercambio entre paisanos pueden ser la casa de un tío o tía, un primo o prima, o simplemente los lugares donde hay mayor concentración de afrocolombianos durante el día: las pescaderías, las peluquerías y lugares residenciales como Casablanca, donde habita un número cuantioso de afros.

Los chocoanos son los precursores de la gastronomía, la rumba y las prácticas ligadas con la peluquería en Bogotá. En los años sesenta, según la investigación de Ávila y Gómez (2004), comenzaron a aparecer los lugares de afrocolombianos en la ciudad, como resultado de su necesidad de encontrarse y reunirse con sus paisanos en sus lugares propios y donde fuera posible el intercambio social. Se hace evidente en la lectura del texto mencionado el choque cultural que se deriva de la llegada a la ciudad de estos pobladores y, por tanto, la urgencia que tienen de crear, fundar y mantener espacios en donde puedan expresarse como son, sin experimentar rechazo o ser objeto de la discriminación socio-racial, al mismo tiempo que distraerse, reforzar su identidad y los lazos con su comunidad.

Trabajos como el de la antropóloga Mónica Godoy muestran esta funcionalidad alterna de los restaurantes y pescaderías, que se convierten en escenarios de intercambio y solidaridad cultural creados por los afrocolombianos para sobrevivir en la capital, donde se advierte claramente un vínculo estrecho con “la experiencia migratoria de la gente afrochocoana y las dinámicas de construcción de sus identidades”.

Los restaurantes manifiestan una doble funcionalidad en el espacio social de los afrodescendientes en Bogotá. En primera instancia sirven de espacio para el cultivo de las tradiciones gastronómicas del Pacífico, aun cuando se haya visto que no ofrecen los platos más típicos de la región; y en segunda instancia, funcionan como lugar de encuentro para que los afrodescendientes residentes en la ciudad se reúnan a jugar cartas y dominó en horas de la tarde, cuando ya ha pasado el almuerzo. Los domingos en particular, en un parqueadero aledaño al “enclave pacífico” de restaurantes, ubicado en la carrera 4 con 20, quienes allí trabajan dedican un tiempo a jugar microfútbol.

Algunos de estos lugares son anónimos y otros ya tienen nombre propio. En la tesis de Carlos Meza se da cuenta de la existencia de uno de estos espacios multifuncionales de reunión y de expresión de la solidaridad afro, conocido como El Guardadero:

El Guardadero no deja de ser un lugar de relación, encuentro y comunicación con la paisanada. Allí los vendedores comparten con un tinto o un trago de aguardiente mientras cocinan el chontaduro, juegan dominó, se cuentan unos a otros las anécdotas del día anterior y circulan información sobre algún paisano al que le hayan decomisado el *plante*. Es posible que ante estos sucesos, El Guardadero sea el escenario donde se establecen nuevas sociedades y brinda seguridad y apoyo a cada uno de sus miembros, estimulando los lazos de solidaridad, e incentivándolos a enfrentar la jornada diaria.

Hay otro lugar cuyo protagonismo se advierte los fines de semana y los días festivos. Es el centro comercial Casablanca, en Kennedy, que se convierte en el sitio de encuentro de la paisanada, viva o no en el conjunto residencial que lleva el mismo nombre. Allí bailan, charlan y se divierten en los espacios propios de los inmigrantes del Pacífico que se han instalado (Mosquera, 1998).

En Casablanca, aparte de los bares que se encuentran en el centro comercial, los espacios deportivos de las zonas comunes también se transforman en vehículo de interacción entre paisanos. Allí se cuentan las noticias del pueblo, se consiguen o recomiendan trabajos y se da rienda suelta a una de las pasiones de los negros: el fútbol. En el caso particular de este conjunto residencial, hay que decir que el deporte es aprovechado por la comunidad no negra para invitar a los negros a participar en la vida comunitaria, ayudando así a visibilizar y valorar la presencia afro en el sector y a establecer contactos interculturales.

La dinámica que se sigue en los barrios, y en particular en aquellos donde la presencia afro es importante, es que con el tiempo una calle, el parque principal o la casa de algún vecino va adquiriendo importancia como lugar de reunión y encuentro con la comunidad afro.

En el barrio Britalia, documentado por (Mosquera, 1998), la reunión de la paisanada tiene lugar en un espacio que se ha ido convirtiendo en punto de encuentro: el bar llamado El Portón Verde, adonde los fines de semana confluye un gran número de vallecaucanos. Por su parte, los paisanos de Magüí Payán se reúnen en un bar que abrió un paisano en una calle cualquiera habitada por un buen número de magüireños, lo que facilita la interacción y la diversión, ya que no se presentan problemas con los vecinos por los altos decibeles del equipo de sonido y la bulla.

En los barrios La Isla y El Oasis, estudiados por Tavera (2004), el espacio que la comunidad ha destinado para el ensayo de los bailes del grupo de danzas adquiere un significado que va más allá de lo lúdico. Allí se adelantan procesos de socialización muy importantes, como la transmisión de saberes tradicionales a los niños afrodescendientes que han salido muy pequeños de su tierra o han nacido en Bogotá. Visto de esta forma, este lugar es también el único espacio de reproducción y transmisión de las prácticas culturales de la región. Tavera aporta en este sentido, describiendo el espacio del ensayo de la danza como un “microcosmos en el que primariamente los niños tienen un proceso de socialización frente a manifestaciones tradicionales, más allá de núcleos como la familia o la misma aula escolar” (2004: 105).

En 2003, según datos aportados en la misma tesis de Tavera (2004), con recursos de USAID, en el barrio La Isla comenzó la construcción de un centro cultural que proyectaba albergar un centro artesanal, una venta de comidas tradicionales preparadas por las mujeres de la zona y un auditorio para desarrollar actividades culturales y encuentros de la comunidad. Si bien para el momento en que la autora escribió su tesis, el centro cultural ya se había terminado de construir, no todos sus espacios estaban siendo utilizados, pues se requerían recursos adicionales para dotarlo.

En un contexto apartado de lo barrial, se encuentra otro espacio de encuentro que merece ser tenido en cuenta por sus características particulares. En el documento *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, surgido del encuentro realizado en Bogotá en 2002, Ruby Victoria Quiñones expone el caso de la maloca del colegio de San Francisco, de Bogotá, la cual se enmarca en un contexto de violencia generalizada en el área de Ciudad Bolívar.

En 1998, frente a la necesidad de los jóvenes de tener un espacio físico-temporal propio para reunirse y donde pudieran romper con los esquemas de la escuela, surgió la idea de construir una maloca, un espacio democrático, participativo y cultural “donde se busca la interacción entre padres de familia, estudiantes, maestros y miembros de las comunidades indígenas y negras”. El proyecto de la maloca pretende impulsar acuerdos que permitan la convivencia social y armónica entre los miembros de la comunidad, con el fin de cumplir con una función formadora integral (*Memorias I Foro...*, 2002: 72).

Volviendo a los espacios comerciales, el lugar por excelencia del intercambio social, donde se mezclan los chismes con las noticias y la política, son las peluquerías afro. En su *Poética del peinado afrocolombiano* (2003), Lina María Vargas resalta la importancia que la oralidad ha tenido en la historia de los pueblos afrocolombianos. En su relato etnográfico es posible descubrir las múltiples facetas de las peluquerías. En ellas se conversa e informa sobre eventos sociales, culturales y políticos, al mismo tiempo

que entre la clientela, los trabajadores y los visitantes se mantienen actualizados con información sobre el lugar de origen. Aparte de los chismes y rumores, en las peluquerías se publica información cultural y comunitaria a través de afiches que se adhieren a las vitrinas de los locales. Allí se anuncian eventos como la fiesta de San Pachito en Casablanca 33, los conciertos, las fiestas de reggae y rap, entre otros. También se cuelgan ofertas laborales, como una de Logoformas S.A., vista por Vargas, en donde se anunciaba que se requería “personal de raza negra”, obedeciendo a las políticas de inclusión de la empresa.

Las peluquerías también funcionan como espacios desde los cuales se realiza gestión cultural, artística y política. La mayoría de las personas dedicadas a la peluquería tiene oficios alternos. En Los Niches, por ejemplo, todos son profesionales o estudiantes universitarios. En otros lugares es posible encontrar a quienes hacen gestión política y cultural, como es el caso de Misael Córdoba, quien desde su peluquería New Face organiza las presentaciones de su grupo de danzas Colombia Negra, cuando no está atendiendo a políticos y representantes de las comunidades negras como Piedad Córdoba, labor que él percibe le puede servir para establecer un puente entre su comunidad y quienes luchan por los derechos de la misma en la esfera política, como se aprecia a continuación:

Entonces toda esa convención de trabajo de la peluquería también influye en la parte de relación personal, porque a pesar de ser personas que voy a cortarles el pelo, también yo dialogo con ellas y soy amigo de ellas; entonces, eso hay una cercanía en la parte estética, de arreglo del cabello, como en la parte personal... Entonces ahí es donde vienen... ya se va entrando la parte mía de hacer la participación política; yo soy una persona que no tengo mucho conocimiento de política, sino que a medida que uno se va metiendo va adquiriendo unos conocimientos y va uno aprendiendo muchas cosas. Entonces de allí que mirando la parte cultural y la parte como del poder de liderazgo y de convocatoria que tengo con la gente afro por mis cuestiones culturales, entonces la gente afro que está con aspiraciones y todo eso ven en mí un gancho para poder llegar a esa comunidad [Vargas, 2003: 93].

En conclusión, la interacción, las historias compartidas, los leguajes y los recuerdos son mecanismos que fortalecen las costumbres y tradiciones de los pueblos y de las comunidades, al mismo tiempo que marcan diferencias con relación a *los otros*, que ostentan prácticas y modos de ser, hacer y pensar distintos. De ahí la importancia que los lugares de encuentro tienen en el centro mismo de la vida social y cultural de las comunidades étnicas en la ciudad, al tener la capacidad de convertirse en las herramientas más directas de conservación de la tradición.



CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES



Las comunidades afrocolombianas y raizales han aportado desde distintos ámbitos a la construcción de ciudad y de nación. No obstante, su contribución se ha mantenido invisible, en gran parte como resultado de la falta de interés de la sociedad mayor en conocer su historia, indagar sobre sus modos de vida y su pensamiento y reconocer que en el seno de una sociedad como la colombiana, que se dice *pluriétnica y multicultural*, aún se construyen colectivamente imaginarios sobre *la diferencia* (en particular sobre las minorías étnicas) cargados de elementos peyorativos y discriminatorios, que por sí mismos impiden alcanzar este ideal plasmado hace más de una década en nuestra Constitución Política.

En la labor de recolección de información para la elaboración y aproximación del estado del arte y el diagnóstico secundario de la problemática cultural de las poblaciones afrodescendientes y raizales en Bogotá se contó con la colaboración de personas con una relevante trayectoria en las organizaciones de base afrodescendientes, algunos informantes que contribuyeron con datos importantes sobre la población afrodescendiente en Bogotá, y la participación de las mismas organizaciones para evidenciar lo que ellas identifican como las principales problemáticas culturales del grupo. Esta colaboración fue vital para la construcción de un panorama inicial de la presencia afrocolombiana y raizal en la ciudad, desde el cual se partió para presentar los datos recogidos en este documento.

Si bien se contó con el apoyo de varios colaboradores que aportaron información valiosa, también topamos con personas que ofrecieron una clara resistencia a compartir información, pues, como fuimos descubriendo, se sienten utilizadas y están en desacuerdo con perpetuar un esquema en el cual son objeto de investigación sin retribución alguna, o con no ver en los resultados de dichas investigaciones formas directas de hacerse más visibles ante la ciudad y la nación. Por el contrario, quienes permitieron recorrer algunas de sus memorias y colaboraron orientando la búsqueda de

información, tienen claro que colaborando con este tipo de estudios, de manera indirecta contribuyen a que su comunidad pueda hacerse visible y marcar su presencia.

Un aspecto que se advierte con desconcierto frente a la población raizal fue la ausencia casi total de información respecto a su presencia en Bogotá. En este tema se contó con la ayuda de la doctora Dilia Esther Robinson, quien muy amablemente accedió a compartir su experiencia y conocimiento de los raizales y a hablar sobre su proceso organizativo en la ciudad, resaltando la falta de estudios sobre el tema, algo que impide construir un estado de arte y un diagnóstico a partir de la producción académica y documental. Así, se concluye que ante la falta de investigaciones, artículos e información documental acerca de los inmigrantes raizales en la ciudad, resulta imposible plasmar, en un documento de diagnóstico, sus problemáticas culturales.

En respuesta a este panorama, con el fin de visibilizar la situación actual y las problemáticas culturales inherentes a las poblaciones afrocolombianas y raizales de Bogotá, es prioritario que las entidades distritales, los organismos privados y académicos vean en el estudio de la multiculturalidad, como característica actual de nuestra ciudad, una vía hacia el entendimiento de la urbe en su conformación poblacional, una manera de pensar sus necesidades y sus fortalezas y un vínculo con la cultura de ciertas comunidades que hoy, de no ser por algunas pocas iniciativas académicas, del Distrito y de entes sin ánimo de lucro, no parecerían hacer parte de esta ciudad. A pesar de la escasa información sobre los raizales encontrada en esta revisión, en el caso de los afrocolombianos pudimos apreciar el alcance de la dispersión de su diáspora en Bogotá, pues cuentan con una presencia en casi todas las localidades, en mayor proporción en San Cristóbal, Bosa, Engativá, Ciudad Bolívar, Suba y Rafael Uribe Uribe, lo cual permite reafirmar la necesidad de adelantar con urgencia investigaciones cuantitativas y cualitativas sobre afrodescendientes y raizales.

A partir de la revisión de los textos que describen y analizan las pescaderías, las peluquerías, las discotecas y los demás lugares que los afrodescendientes han establecido en la ciudad para procurarse un ingreso, se puede apreciar en alguna medida la importancia que estos lugares entrañan para la comunidad, no sólo en lo que atañe al proceso de inserción laboral en la ciudad, que de alguna manera se facilita, sino, en la multifuncionalidad que adquieren al transformarse en espacios para el cultivo de las tradiciones gastronómicas del Pacífico y como lugares de encuentro para recrear dinámicas lúdicas que, como el juego de las cartas y el dominó, son parte esencial de la vida cotidiana de los pobladores del litoral pacífico.

Hay una muy fuerte dominación cultural por parte de la sociedad mayor sobre los grupos afrodescendientes y raizales, en donde impera por un lado el esquema de negación de la *diferencia*, descalificada y excluida en los distintos espacios de la vida cotidiana, y por

otro, la aceptación de los individuos en la medida en que se parezcan a la mayoría de la sociedad en sus formas de hablar, vestir y comportarse. Este último aspecto supone la asimilación cultural de los individuos y, por consiguiente, la pérdida de su identidad como parte de un grupo minoritario. Luchar contra estas actitudes de estigmatización, discriminación socio-racial y aceptación social derivada de la asimilación, es el terreno sobre el cual se fija la principal problemática cultural de los afrodescendientes y raizales que habitan en Bogotá.

Aun cuando algunos afros han optado por el “blanqueamiento” y la interiorización de un discurso negativo sobre su identidad étnica como mecanismo para alejarse del grupo afrocolombiano y su cultura, muchos otros han aprovechado el espacio que la ciudad les brinda para reelaborar sus identidades y convertirlas en algo más completo y sincrético, como es el caso de muchos jóvenes que hoy comulgan con la ideología rastafari y llevan drelas en el pelo como parte de una identificación cultural y étnica positiva.

Es claro que todas las formas de visibilización de los afrocolombianos y raizales en la ciudad, abordadas a través de la recopilación de información aquí adelantada, constituyen una de las maneras de empezar a combatir la estigmatización e intolerancia frente a la alteridad que afecta en todas las esferas de la vida cotidiana a estas comunidades. Igualmente, se considera que son la base real sobre la cual los entes distritales pueden generar herramientas para definir políticas y ejecutar programas y proyectos que propendan por el mejoramiento de la calidad de vida de estas poblaciones y por la construcción de espacios urbanos de tolerancia frente a la diversidad étnica.

De acuerdo con lo observado en la realización de este estado del arte a manera de diagnóstico, recomendamos lo siguiente:

- Realizar proyectos que ahonden en los aspectos que no han sido tenidos en cuenta hasta hoy —para el caso afrocolombiano—, cuya ausencia se evidencia a lo largo del texto que aquí se presenta. Éstos son principalmente vacíos de tipo histórico, las diferencias en cifras y proyecciones que se advierten en el caso demográfico, el desconocimiento de la situación política con relación a la aplicación de la normativa, la profundización en los procesos de inserción urbana, las condiciones de dicha inserción, los posibles proyectos de integración cultural, entre otros elementos que harían más completo el panorama sociocultural de estas minorías en la ciudad y permitirían complementar el diagnóstico de la situación actual.
- Elaborar una serie de estudios minuciosos referente a la población raizal en Bogotá, para que ésta pueda ser entendida en profundidad, análisis que contemplan las distintas dimensiones —social, política, económica, demográfica y cultural— de la población radicada en la ciudad. Allí se deben considerar aspectos como la historia

de la conformación de una identidad raizal producto de un mestizaje de características distintas al de la Colombia continental, los aspectos socioeconómicos que jalonan la migración de insulares hacia el interior y los pasos que se han dado hacia la conformación de una comunidad raizal en Bogotá como parte de un proceso organizativo que facilita la articulación con la ciudad, los entes distritales y locales. A partir de la exploración de estas grandes temáticas, y de la multiplicidad de aspectos que ellas abarcan, se podrá realizar el estado del arte y el diagnóstico de la problemática cultural para este grupo en particular. En la actualidad no se cuenta con información que permita al menos una aproximación a la construcción de un diagnóstico. El presente trabajo *trata* de incluir datos a partir de lo encontrado y suministrado por las fuentes orales; sin embargo, reconoce las implicaciones de la falta de información, y por tanto considera que éste constituye un campo de conocimiento en el que falta mucho por explorar.

- Producir un trabajo detallado sobre las colonias afrocolombianas en Bogotá, que profundice en su finalidad, sus procedencias y la manera en que llevan a cabo sus actividades sociales, culturales, económicas y políticas en la ciudad. De la aproximación que aquí se hace a las organizaciones afrocolombianas residentes en la ciudad se concluye que están caracterizadas por una gran dispersión y falta de cohesión. Así mismo, se resalta que la creación de un gran número de ellas en algunos casos obedece a fines estratégicos y momentáneos. En el caso de los raizales, la comunidad cuenta con un solo ente que los agrupa, pero se evidencia, en contraposición con lo observado en el caso de los afrocolombianos, un deseo de cohesión, de organización, de reunión y de trabajar por fines claros y precisos.
- Crear mecanismos de divulgación de información e inserción de la población en general, en los diversos campos políticos, sociales, culturales y económicos que se abren en la ciudad. Hay una constante que propende por el desconocimiento y la monopolización de la información y los beneficios, a los cuales —según la población— siempre tienen acceso los mismos grupos o las mismas personas.
- Acudir a la gente y a las organizaciones de base afrocolombianas para profundizar en la construcción de un diagnóstico de la problemática cultural, ya que si bien pudimos encontrar alguna información bibliográfica y documental, hay temas que son abordados con poca profundidad, como es el de las políticas en el campo cultural, que dejan grandes vacíos en este diagnóstico, por no haberse encontrado información suficiente. Al parecer hay mucha información inédita y otra no escrita sobre estos aspectos en las organizaciones, que valdría la pena recoger en un proyecto de mayor alcance.
- Analizar cuidadosamente las condiciones de vida de los afrocolombianos y raizales en Bogotá, desde una perspectiva de inclusión, no sólo en lo sociocultural, sino en lo económico, lo educativo y lo participativo, entre otros aspectos. Esto permitiría generar una política integral en el tema de inclusión y una sensibilización de las instituciones locales del orden político, social, económico, cultural y educativo para

que miren con otros ojos hacia las comunidades negras y raizales, donde hay un amplio potencial cultural por desarrollar.

- Identificar a los líderes de las organizaciones, y a las organizaciones mismas, involucrados con el tema cultural, con el objetivo de colaborarles en el fortalecimiento de su discurso y visión. Esto garantizaría mayor influencia y poder de decisión de las organizaciones frente a las problemáticas de los afrodescendientes y raizales como minorías étnicas presentes en la ciudad, y por tanto, acciones más eficaces. Al mismo tiempo, contribuiría a generar acciones participativas que dieran como resultado la articulación de una comunidad que en sí misma está profundamente fragmentada.
- Involucrar a las comunidades afrodescendiente y raizal invitándolas a dar pasos hacia la apropiación de la ciudad y el emprendimiento de acciones colectivas, resaltando la importancia de que ellas sean las beneficiarias de este tipo de proyectos, con el fin de que no se sientan explotadas al aportar información, sino que vean esto como formas positivas de integrarse a una ciudad en cuya construcción también pueden participar.

Dificultades

La negación de la diferencia, como señala Jaime Arocha, constituye en sí misma una forma de violencia. Entendiendo esto, se puede afirmar que una de las mayores dificultades encontradas en el desarrollo de este estado del arte y del diagnóstico secundario y de la problemática cultural de las poblaciones afrodescendientes y raizales, descansa sobre la falta de interés que se ha tenido por estudiar el tema.

Sobre el tema de estudio, son muy pocas las investigaciones que buscan visibilizar la presencia de estos actores sociales en la ciudad. Hay un universo infinito de memorias circulando entre los afrocolombianos y raizales, memorias que no se han explorado, no se han tenido en cuenta, y por supuesto, no se han escrito. En este sentido, la comprensión del pasado y el presente de estas comunidades requiere un trabajo de campo extenso, que por efectos del corto tiempo y del objeto de este diagnóstico, ha sido imposible abordar.

En este orden de ideas, se ve con preocupación la falta de documentación y trabajos de investigación referentes a la población raizal. Si bien en el contexto nacional son escasos, a nivel distrital su insuficiencia es alarmante. Una ciudad que desconoce a sus pobladores, que no sabe quiénes son, qué hacen, qué piensan, qué aportan, qué proponen, entre otras, es una ciudad que se desconoce a sí misma. En la búsqueda se emplearon diversas categorías para filtrar la información contenida en bibliotecas, centros de documentación y archivos, principalmente. Una de estas categorías de filtro fue la palabra *Bogotá*, que se cruzó con los términos *raizal* o *raizales*, para registrar

con sorpresa que los sistemas de búsqueda no arrojaban ningún documento explícito que diera cuenta de su presencia en la ciudad. Así mismo, en los eventos —públicos y académicos— a los que se asistió, que tenían como ponentes principales a representantes de la minorías étnicas, se percibió con desánimo la no asistencia de algún miembro de la comunidad raizal, hecho que confirma la dificultad que se tiene en el acceso a la información de este grupo a través de los eventos colectivos con presencia de las minorías étnicas.

Con respecto a la población afrodescendiente, un aspecto que dificultó notoriamente la elaboración de este diagnóstico fue la actitud adoptada por algunos afrocolombianos frente al hecho de ser estudiados por personas no afro. En este sentido, se percibió en varias ocasiones el rechazo tajante a aportar información, como un acto de resistencia tal vez, pero que se entiende aquí como una contradicción frente a la necesidad expresada por muchos afrocolombianos de hacerse visibles.

Además, se encontró otro obstáculo igualmente preocupante. En una ocasión fue negado el acceso a la biblioteca de una universidad, en un acto inexplicable, dado que los centros de documentación deberían estar abiertos a compartir la información y el conocimiento allí contenido, independientemente del tema que se esté investigando. En otros casos fue imposible encontrar algunos documentos, que se sabe han sido publicados, pero por el desorden de algunas bibliotecas se han perdido o no están disponibles para su consulta.

Así mismo, llama la atención la gran dificultad que se tiene frente a la consulta de las tesis de grado de las universidades. Si bien éstas son propiedad del claustro y tienen derechos de autoría, en casi ningún caso se presentan facilidades para acceder a ellas. Hay que resaltar el esfuerzo realizado en el presente trabajo, ya que gran parte de la documentación valiosa que lo alimentó hace parte de la producción académica universitaria.

El acceso a la información en los organismos distritales es un proceso muy “relajado”. La no respuesta de los funcionarios públicos a las peticiones de información muestra el desinterés por el tema y por colaborar en enriquecer proyectos que no se ejecutan bajo su iniciativa. Sin embargo, se agradece la ayuda de las entidades públicas que accedieron a compartir la información de una manera amable, desinteresada, que aplaudieron la iniciativa del Instituto Distrital de Cultura y Turismo y que plantearon posibles alianzas para incrementar el conocimiento y beneficiar a estos grupos étnicos.

De acuerdo con lo experimentado en la elaboración de este proyecto, pese a construir una lista de las organizaciones conformadas por afrocolombianos en la ciudad, la consecución de información no se facilitó. Dado que la creación de organizaciones y fundaciones de afrocolombianos ha respondido en gran medida al interés que se ha

derivado del reconocimiento de éstos como grupo étnico en la Carta Política, y a las consecuentes convocatorias en las que cada cierto tiempo participan con proyectos de diversa índole que les exigen determinado grado de organización, hoy nos encontramos con una pléyade de nombres de organizaciones que alguna vez existieron, o existen aún en el papel, pero que no funcionan ni tienen presencia activa en la capital. De esto se deriva un obstáculo importante en la elaboración de este tipo de diagnósticos, pues el tiempo que se destina para encontrar información excede con mucho el que se había previsto.

Otro aspecto que dificultó la búsqueda de información tendiente a la elaboración de planos georreferenciales fue la falta de inventarios y publicación de la información. Pese a encontrar en varias oportunidades datos y cifras elevadas que daban cuenta de la masiva presencia de restaurantes, discotecas y peluquerías en la ciudad, no se hallaron listados precisos que respaldaran dichos datos. A esto se suma la dificultad de realizar una búsqueda precisa y puntual en las bases de datos de la Cámara de Comercio de Bogotá, donde se encontró una amplia categoría que cobijaba a estas actividades económicas, no filtrando especificidades como *comida del pacífico* sino arrojando *todos* los datos referentes a la actividad gastronómica de la ciudad. Lo mismo ocurrió con el resto de búsquedas de actividades económicas. Esto se explica, ya que a los propietarios de los establecimientos les interesa figurar en una categoría lo más amplia posible para vender la mayor variedad gama de productos y no restringirse sólo a unos cuantos, lo que podría ser causa de cierre.



Bibliografía

Bibliografía específica

- ACNUR, 2003. “La situación de la población afrocolombiana desplazada en Bogotá”, en *La población desplazada en Bogotá, una responsabilidad de todos*, Bogotá, Proyecto Bogotá, ¿cómo vamos?, Bogotá, ACNUR.
- ABELLO Martha, 2004. *Boraudó: una cultura afrochocoana en Bogotá*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología.
- AGUILAR MUÑOZ, Soledad, 1995. *Inmigrantes negros: recreación y adaptación cultural en la ciudad de Bogotá*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología.
- ALCALDÍA LOCAL DE SUBA, 2004. *Indagación indígena y afrocolombiana: proyecto PGI 70, contribuir al fortalecimiento de las comunidades negras e indígenas de la localidad de Suba*, Bogotá, OANAC, Juntas Administrativas Locales.
- ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ-ORCONE, 2002. *Proceso de detección y sensibilización de organizaciones de base de la comunidad negra en ocho localidades de Bogotá*, Bogotá, Alcaldía Mayor.
- ALIANZA ENTREPUEBLOS, 2004. “Hacia una ciudad intercultural: visión panorámica de los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom que habitan en el Distrito Capital”, en www.quechuanetwork.org/yachaywasi/GruposEtnicosBogotaVisionPanoramica.doc, Bogotá, Secretaría de Gobierno de la Alcaldía Mayor de Bogotá-Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- ALZATE, Hernán Darío, 2002. “Gestión de la etnoeducación por los entes regionales: Secretaria de Educación de Bogotá D.C.”, en *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- AMAYA, Luz Adriana, 2002. “Panel Educación Superior y Etnoeducación Afrocolombiana-Universidad de los Andes”, en *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.

- AROCHA, Jaime, 2000. “Afrocolombianos: de esclavizados descendientes en Bogotá”, en *Cexeci*, Badajoz, v. 11.
- , 2001. “Africanía y globalización disidente en Bogotá: la ruta del esclavo”, en Carmen Lucía Díaz, Claudia Mosquera y Fabio Fajardo (eds.), *La universidad piensa la paz: obstáculos y posibilidades*, vol.1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- , 2002a. “Africanía y globalización disidente en Bogotá”, en Carmen Lucía Díaz, Claudia Mosquera y Fabio Fajardo (eds.), *La universidad piensa la paz: obstáculos y posibilidades*, vol. 2, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- , 2002b. “Africanía y globalización disidente en Bogotá”, en Rina Cáceres (org.), *Rutas de la esclavitud en África y América Latina*, vol. 1, San José, s.e.
- , 2002c. “Muntu y Ananse amortiguan la diáspora afrocolombiana”, en revista *Palimpsestos*, No. 2, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.
- , 2002d. “Patrimonio afrocolombiano en Bogotá”, en *UNperiódico*, No. 36, sección Cultura, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 21 de julio.
- , 2002e. “Panel Educación Superior y Etnoeducación Afrocolombiana-Universidad Nacional de Colombia”, en *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- AROCHA, Jaime *et al.*, 2002. *Mi gente en Bogotá: estudio socioeconómico y cultural de los afrodescendientes que residen en Bogotá*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Gobierno-Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales.
- AROCHA, Jaime y Uriel ESPITIA, *et al.*, 2001. “Convivencia interétnica en el sistema educativo distrital”, Bogotá, Centro de Estudios Sociales-Programa RED-Secretaría de Educación Distrital.
- ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ Y CODHES, 1997. *Desplazados por violencia y conflicto social en Bogotá*, Bogotá, Editorial Kimpres Ltda.
- ÁVILA REYES, Catalina y Paola GÓMEZ, 2004. *Chocolate con leche: una mezcla deliciosa*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, Facultad de Comunicación Social.
- AYALA, Amílkar, 2004. *La construcción de nación desde lo afrolatinoamericano: caso Bogotá D.C.*, tesis de maestría en investigación social interdisciplinaria, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Facultad de Ciencia y Educación.
- BALANTA, Nevis y Myriam MONROY, 2001. *La ciudad migrante: una aproximación al fenómeno de la etnicidad afrourbana vista a través de los pajoneros residentes en Bogotá*, tesis de maestría en investigación social interdisciplinaria, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Facultad de Ciencia y Educación.
- BARAJAS, Ana Felicia, 1992. *Variación espacial en la localización de residentes chocoanos en Santa Fe de Bogotá*, Bogotá, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Instituto Geográfico Agustín Codazzi.
- BECERRA, Maribel y Carol Ximena VIDAL, 2004. *Proceso de indagación de la tradición oral de la comunidad afrocolombiana de la localidad de Suba*, Bogotá, Alcaldía de Suba-Fondo de Desarrollo Local de Suba.

- BELLO, Nubia y Claudia MOSQUERA, 1999. “Desplazados, migrantes y excluidos: actores de las dinámicas urbanas”, en *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales.
- CABEZAS RINCÓN, Lina María, 2004. *La organización de las mujeres en situación de desplazamiento como posibilidad de acción política: el caso de las mujeres de la Asociación Afrocolombiana de Desplazados, Afrodes*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Departamento de Ciencia Política.
- CASTRILLÓN, Gloria, 2005. “Vida negra en Bogotá”, en revista *Cromos*, 2005-07-22, Bogotá.
- CASTRO, Rudecindo, 2002. “Proyecto Paimadó, territorio y cultura, en Suba y Engativá”, en *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- CASTRO, Luis Carlos, 2005. *Cuerpos, espacios de encuentros y desencuentros: misas afrocolombianas en Bogotá*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Humanas.
- DE LA ROSA, Laura y Lina del Mar MORENO, 2001. “Los paimadoseños en Bogotá”, manuscrito para el Taller de Técnicas Etnográficas del Plan Curricular de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.
- DÍAZ BENÍTEZ, María Elvira, 1998a. “Aquí estamos y así somos: el ejercicio de la homosexualidad masculina entre un grupo de afrodescendientes en Bogotá”, proyecto premiado por Colciencias en el programa Jóvenes Investigadores para el Año 2002.
- , 1998b, “Danzando conmigo misma: identidad, música y hermandad afroamericana”, tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología.
- , 2003. “Ghettos Clan y Panteras Negras: reivindicadores de identidad afroamericana en Bogotá a través del hip-hop y el reggae”, en *VI Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado: 150 años de la abolición de la esclavización en Colombia, desde la marginalidad a la construcción de la nación*, Bogotá, Ministerio de Cultura-PNUD-Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc)-Fundación Beatriz Osorio.
- DÍAZ DÍAZ, Rafael Antonio, 1994. *El perfil económico del mercado esclavista santafereño 1700-1750*, informe final de resultados, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.
- , 1995a. “El sistema esclavista urbano y urbano-regional: el caso de Santa Fe de Bogotá, 1700-1750”, en *Memoria y Sociedad*, revista del Departamento de Historia y Geografía, Pontificia Universidad Javeriana, vol. 1, No. 1, noviembre.
- , 1995b. *El sistema esclavista urbano y urbano-regional en Santa Fe de Bogotá, 1700-1750*, tesis de doctorado, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.

- , 1996. “Entre la cohesión y la disolución: la familia esclava en el área urbano-regional de Santa Fe de Bogotá, 1700-1750: estudio preliminar”, en *Memoria y Sociedad*, revista del Departamento de Historia y Geografía, Pontificia Universidad Javeriana, vol. 1, No. 2, octubre.
- , 2001. *Esclavitud, región y ciudad: el sistema esclavista urbano-regional en Santa Fe de Bogotá, 1700-1750*, Bogotá, Centro Editorial Javeriano.
- FONDO DE DESARROLLO LOCAL DE KENNEDY, 2004. *Coloquio Nacional de Estudios afrocolombianos 2001. Fortalecimiento: proceso organizativo local afrobogotano en Kennedy*, Bogotá: Fondo de Desarrollo Local de Kennedy.
- GALVIS NOYES, Antonio José, 1981. “La abolición de la esclavitud en la Nueva Granada: 1820-1852”, en *Revista Javeriana*, vol. 96, No. 480, noviembre-diciembre.
- , 1974. *La esclavitud en Bogotá durante el periodo de 1819 a 1851*, tesis de doctorado en filosofía, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.
- GARCÍA Javier, Cristina BARRAGÁN, et al., 2002. “La educación en la escuela: el reconocimiento de la diversidad cultural y la promoción de la ciudadanía multicultural”, en *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- GARCÍA, Edgar y Marta GUTIÉRREZ, 2003. *Expresiones particulares de la cultura tradicional oral de la comunidad negra del litoral pacífico radicada en la localidad de Suba*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Facultad de Ciencia y Educación.
- GRISALES NARANJO, Paula Andrea, 2004, “Saberes y sabores del Pacífico”, en *UNperiódico*, No. 57, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- GODOY FERRO, Mónica, 2003. *Prácticas culinarias afrochocoanas en Bogotá*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología.
- HERRERA, Julie y Cindy IBARRA, 2004. “Comunidad afrocolombiana”, en *Bogotá, ¿una ciudad para todos?*, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- MAZZOT ILELE, Jattan, 2002. “Un estudio sobre la situación de los afrocolombianos desplazados en Bogotá-AFRODES”, en *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- MELENDRO, Adriana, 1996. *Expresión de identidad étnica y racial en migrantes del corregimiento de Guayabal (Chocó)*, tesis de grado, Bogotá, Universidad de los Andes, Departamento de Antropología.
- MENDIVELSO, Nelly, 2004. “Mapa de fuga y otros secretos afro”, en *UNperiódico*, No. 67, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- MEZA, Carlos Andrés, 2002. *Mensaje estético o estrategia autosuficiente: vendedores afrocolombianos en la dinámica del comercio callejero en Bogotá*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología.

- , 2004. “Narrativas e itinerarios de los afrodescendientes en la dinámica del comercio callejero en Bogotá”, en *Revista Colombiana de Antropología*, s.n.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL, 2003. “Los afrocolombianos hoy”, en *Atlas de las culturas afrocolombianas*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- MINISTERIO DE CULTURA, 2004. “Relatoría mesa de grupos étnicos”, en *Jornadas Regionales de Cultura Centro-oriente*, Cúcuta, Dirección de Etnocultura y Fomento Regional. www1.mincultura.gov.co/etnocultura/jornadasRegionales/cucuta/eticos_cucuta_f.doc
- MORALES, Inírida, 2003. “La presencia afrocolombiana en las ciudades: Bogotá, una experiencia multicultural”, en *VI Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado: 150 años de la abolición de la esclavización en Colombia, desde la marginalidad a la construcción de la nación*, Bogotá, Ministerio de Cultura-PNUD-Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc)-Fundación Beatriz Osorio.
- MOSQUERA ROSERO, Claudia, 1998. *Acá antes no se veían negros: estrategias de inserción de la población negra en Santa Fe de Bogotá*, Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- MOSQUERA Leocadia y Carmen Emilia PAZ, 2002. “Experiencia de organización comunitaria con la población afrodescendiente en Suba”, en *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- MUTIS, Arnaldo, 2002. “El look afro se toma a Bogotá”, en revista del periódico *El Espectador*, 2 de junio.
- ORTEGA RICAURTE, Carmen, 2002. *Negros, mulatos y zambos en Santa Fe y Bogotá: sucesos, personajes y anécdotas*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia.
- OCAMPO, Javier, 2003. “Las fiestas y el folclor en Colombia”, en *Expresiones particulares de la cultura tradicional oral de la comunidad negra del litoral pacífico radicada en la localidad de Suba*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Facultad de Ciencia y Educación.
- PALACIO, Lucelly, 2002. “El Centro de Estudios e Investigaciones Docentes CEIDADIDA”, en *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- PARÍS BECERRA, María Paula, 2003. *Transformaciones y permanencias en los hábitos alimenticios de las mujeres del Pacífico en Bogotá: una mezcla de olores, sabores, historias y memorias*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología.
- Ponencia de los Pueblos Indígenas, Afrodescendientes, Raizal y Rom de Bogotá, D.C., Al Consejo Territorial de Planeación Distrital para su Inclusión en el Plan de Desarrollo de Bogotá D. C. 2004-2008, en www.piedadcordoba.net/ipw-web/portal/cms/modules.php?name=News&file=article&sid=171
- PULIDO LONDOÑO, Hernando Andrés, 2003. *Artesanos afrodescendientes en Bogotá: aportes culturales en un contexto urbano*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología.

- QUINTERO DÍAZ, Lady, 1994. *Esclavos negros en Santa Fe de Bogotá durante el período colonial*, tesis para el título de magister en historia, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, Facultad de Educación.
- QUIÑONES, Ruby Victoria, 2002. “La maloca del colegio San Francisco en Bogotá”, en *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- RED JUVENIL AFROCOLOMBIANA DE LIDERAZGO, 2005. “La población juvenil afrocolombiana en Bogotá: entre la discriminación y la violencia política”, en www.ilsa.org.co/IMG/pdf/jov_afro.pdf
- RESTREPO, Eduardo, 2005. “Compilación bibliográfica, gente negra en Colombia, borrador”, www.unc.edu/~restrepo/working-bibliog-fin.rtf.
- ROBINSON, Dilia, 2002. “La política de etnoeducación afrocolombiana”, en *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- RODRÍGUEZ, Alcira, 2004. “Itinerarios y experiencias de mujeres jóvenes migrantes afrodescendientes del Pacífico sur en Bogotá”, informe, Bogotá, División de Investigaciones, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.
- ROMAÑA, Geiler, 2003. “Diagnóstico del desplazamiento de la población afrocolombiana asentada en Bogotá y Soacha afiliada a Afrodes”, en *La población desplazada en Bogotá, una responsabilidad de todos*, Bogotá, ACNUR., *Proyecto Bogotá, ¿cómo vamos?*
- TAVERA CASTILLO, María Cristina, 2004. *Transformaciones y continuidades de la danza tradicional del Pacífico colombiano en población en situación de desplazamiento: un estudio de caso en los barrios La Isla y El Oasis (Soacha)*, tesis de grado, Bogotá, Universidad de los Andes.
- TOVAR, Leonardo, 2002. “Multiculturalismo, resistencia y educación intercultural afrocolombiana”, en *Memorias I Foro Nacional de Etnoeducación Afrocolombiana*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- URREGO, Manuela, 2002. “Peluquerías afrocolombianas en Bogotá”, manuscrito para el Taller de Técnicas Etnográficas del Plan Curricular de Antropología, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología.
- VARGAS ÁLVAREZ, Lina María, 2003. *Poética del peinado afrocolombiano*, Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- VARIOS AUTORES, 1997. “Bogotá: una mirada desde el conflicto social y la violencia y desplazados, desarraigados y marginados”, en *Desplazados por violencia y conflicto social en Bogotá*, Bogotá, Arquidiócesis de Bogotá y Codhes.
- VEGA, Gina et. al, 2004. *Inmigrantes en la ciudad de Bogotá: grupos poblacionales nacionales e internacionales*, Bogotá, Museo de Bogotá.
- VELASCO OLARTE, Mónica Eliana, 2004. *Pa'que baje el santo: la santería: práctica mágico-religiosa de los afrocolombianos en Bogotá*, tesis de grado, Bogotá, Univer-

sidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología.

VILLA, Wilmer y Fanny QUIÑÓNEZ, 2001. *Las estructuras hegemónicas de la ciudad y esa otra imagen de lo negro*, tesis para el título de maestría en investigación social interdisciplinaria, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Facultad de Ciencia y Educación.

—, 2004. *La ruta afrocolombiana en el contexto de la interculturalidad en Bogotá*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional.

VI *Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado: 150 años de la abolición de la esclavización en Colombia, desde la marginalidad a la construcción de la nación* 2003, Bogotá, Ministerio de Cultura-PNUD-Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc)-Fundación Beatriz Osorio.

WADE, Peter, 1997. *Gente negra, nación mestiza: dinámicas de las identidades raciales de Colombia*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores-Ediciones Uniandes.

WESTH JENSEN, Kirstine, 2005. *La Juventud dentro del conflicto armado: violencia, control social e iniciativa cultural en los Altos de Cazucá*, Bogotá, PCS Internal.

Bibliografía general

GRIMSON, Alejandro, 2000. *Interculturalidad y comunicación*, Buenos Aires, Editorial Norma.

HARRIS, Marvin, 2001. *Antropología cultural*, Madrid, Alianza Editorial.

HOFFMANN, Odile y Michel AGIER, 1999. “Pérdida de lugar, despojo y urbanización: un estudio sobre los desplazados en Colombia”, en *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales.

RAPPORT, Nigel y Andrew DAWSON (eds.), 1998. *Migrants of Identity: Perceptions of Home in a World of Movement*, Londres, Berg.

ROJAS, Axel Alejandro, 2004. *Si no fuera por los quince negros: memoria colectiva de la gente negra de Tierradentro*, Popayán, Editorial Universidad del Cauca.

MINTZ, Sydney, 2003. *Sabor a comida, sabor a libertad: incursiones en la comida, la cultura y el pasado*, México, CIESAS, Ediciones de la Reina Roja.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, 2003. *Seminario de Estudios de Usuario*, Medellín, Universidad de Antioquia.

Normativa y documentos

- Acuerdo Distrital 119 de 2004: Plan de Desarrollo para el Distrito Capital.
- Acuerdo Distrital 175 de 2005: Lineamientos de política pública para población afrodescendiente.

- Constitución Política de Colombia, 1991, Artículos 2º, 7º, 8º, 10º, 13º, 63º, 68º y 70º.
- Convenio 169 de la OIT: Ley 21 de 1990.
- Decreto 059 de 1991: Organizaciones Bogotá.
- Decreto 1122 de 1998: Cátedra de Estudios Afrocolombianos.
- Decreto 1860 de 1994.
- Decreto 2248 de 1995: Registro de Organizaciones de Comunidades Negras.
- Directiva Presidencial No. 17 de 1997.
- Documento “Misión de observación a la situación de las comunidades afrodescendientes en Colombia: desplazamiento forzado interno, violaciones al derecho internacional humanitario y situación de personas afrocolombianas en las cárceles”, 2002.
- Documento “Ponencia de los pueblos indígenas, afrodescendientes, raizal y rom de Bogotá ante el Consejo Territorial de Planeación Distrital para la inclusión en el Plan de Desarrollo de Bogotá 2004-2008”, 2004.
- Documento Conpes 2909: “Programa de Apoyo para el Desarrollo y Reconocimiento Étnico de las Comunidades Negras”, Mininterior, Consejería para la Política Social, Comisión Consultiva de Alto Nivel DNP, UPRU, Bogotá, 1997.
- Documento Conpes 3169: “Política para la población afrocolombiana”, Mininterior, Consejería para la Política Social, Comisión Consultiva de Alto Nivel, DNP, UPRU, Bogotá, 2002.
- Documento Conpes 3310: “Política de acción afirmativa para la población negra o afrocolombiana”, Mininterior, Consejería para la Política Social, Comisión Consultiva de Alto Nivel, DNP, UPRU, Bogotá, 2004.
- Ley 115 de 1994: Ley General de Educación.
- Ley 134 de 1994: mecanismos de participación ciudadana.
- Ley 152 de 1994: Ley Orgánica del Plan Nacional de Desarrollo.
- Ley 22 de 1981: eliminación de todas las formas de discriminación racial.
- Ley 359 de 1997: rinde tributo a la vida y obra de tres grandes poetas afrocolombianos.
- Ley 397 de 1997: Ley General de Cultura.
- Ley 70 de 1993: Comunidades Negras y sus Decretos Reglamentarios.
- Ley 725 de 2001: Día Nacional de la Afrocolombianidad.
- Ley 812 del 2003: Plan Nacional de Desarrollo 2003-2006.
- Proyecto de Acuerdo 126 de 2005: Encuentro Internacional de Expresión Negra.

Bases de datos

- Afrodes
- Base de Datos Consultiva Distrital

- Biblioteca General de la Pontificia Universidad Javeriana
- Biblioteca General de la Universidad de los Andes
- Biblioteca General de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas
- Biblioteca General de la Universidad Nacional de Colombia
- Biblioteca General de la Universidad Pedagógica
- Biblioteca Luis Ángel Arango
- Biblioteca Nacional de Colombia
- Biblioteca del Departamento Administrativo de Planeación Distrital
- Centro de Atención al Migrante
- Centro de Documentación de la Cámara de Comercio de Bogotá
- Codhes
- Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas (DANE)
- Instituto Colombiano de Antropología e Historia
- Instituto Geográfico Agustín Codazzi

Páginas electrónicas

- Asociación de Afrocolombianos Desplazados (Afrodes)
www.etnocolombia.galeon.com/
www.afrodes.org/
www.derechos.org/nizkor/colombia/doc/afro.html
- Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP)
www.cinep.org.co/sobre_cinep.htm
- CEPAL
www.eclac.cl/
- Comunidades Negras de la Región Andina, Afroandinos
www.afrosenandes.net/index.html
- Defensoría del Pueblo
www.defensoria.org.co/
- Departamento Administrativo de Planeación Distrital
www.dapd.gov.co/www/resources/jzy_concepto_ctp.pdf
- Departamento Nacional de Planeación
www.dnp.gov.co/
- Dirección de Etnocultura y Fomento Regional
 (571) 3369222
- Etnias de Colombia
www.etniasdecolombia.org/grupos_afro_cultura.asp
- Fundación Assim Bonanga
www.hri.ca/partners/fab/contact.shtml

- Fundación Hemera
www.etniasdecolombia.org/
- Ministerio de Cultura
www.mincultura.gov.co/
- Ministerio de Educación Nacional
www.mineducacion.gov.co
- Ministerio del Interior y Justicia
www.mininteriorjusticia.gov.co
- Plan Internacional Quibdó
www.minutodedios.org
- Portal de Cultura
www.paiguen.com.ar/buscar.php?REQ=Afrocolombianos&pg=3
- Portal sobre la sociedad civil
www.choike.org
- Red Colombiana de Educación y Grupos Étnicos
www.purace.ucauca.edu.co/
- Redepaz
www.planetapaz.org/
- Secretaría de Gobierno Distrital
www.segobdis.gov.co/documentos/plan_desarrollo/concepto%20consejo%20territorial.pdf